

TESSA DARE

Siete DÍAS
de locura

Manderley

Siete DÍAS
de locura

TESSA DARE

Manderley

Índice

[Portadilla](#)
[Índice](#)
[Dedicatoria](#)
[Agradecimientos](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Nota de la autora](#)
[Sobre la autora](#)
[Créditos](#)
[Grupo Santillana](#)

Para todas las chicas que caminan y leen al mismo tiempo.

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a Tessa Woodward, Helen Breitwieser, Martha Trachtenberg, Ellen Leach, Pam Spengler-Jaffee, Jessie Edwards y Kim Castillo por su experiencia y apoyo. Muchísima gratitud para mi marido y mi familia por su amor y paciencia.

Investigar y escribir este libro me hizo sentir muy afortunada de formar parte de la comunidad romántica. Las autoras y las lectoras románticas son un grupo dinámico, diverso e inspirador. Hay médicos, abogados, empresarias, estudiosas, científicos, militares y mucho, mucho más. Y para interactuar en esta vibrante y enriquecedora comunidad de mujeres (y algunos hombres) no necesito viajar más allá de mi portátil. Esto es para mí una gran bendición que agradezco todos los días.

Por tanto, mil gracias a la comunidad romántica online: autores, editores, agentes, librerías, bibliotecarios, *blogueros*, correctores... Y, sobre todo, ¡lectores! Gracias por los muchos correos electrónicos que recibo y que me hacen reír, además de enseñarme algo nuevo todos los días, especialmente a *Two Geniuses*, las *Vanettes*, *The morning juice*, mis colegas de *Ballroom Bloggers*, *Avon Authors* y «La alianza que no debe nombrarse». Gracias, Twitter.

Y gracias también a ti, Ada Lovelace.

CAPÍTULO

1

Cuando una chica se molesta en caminar bajo la lluvia a medianoche para llamar a la puerta del diablo, este debería tener al menos la depravación—ya que no la decencia— de responder.

Minerva agarró los bordes de la capa con una mano para protegerse de otra tormentosa y fría ráfaga de viento, antes de clavar los ojos con desesperación en la puerta cerrada y volver a golpearla con el puño.

—¡Lord Payne! —gritó, esperando que su voz atravesara la gruesa hoja de roble—. ¡Abra la puerta! ¡Soy la señorita Highwood! —Dejó pasar una larga pausa en la que se aclaró la voz—. La señorita Minerva Highwood.

Aunque resultara absurdo, necesitaba hacerle saber claramente de qué señorita Highwood se trataba, aunque, desde su punto de vista, era obvio. Su hermana pequeña, Charlotte, tenía quince exuberantes y tiernos años y la mayor de la familia, Diana, poseía no solo una angelical belleza, sino una disposición en consonancia. Pero ninguna de ellas dos era el tipo de joven capaz de salir a hurtadillas de la cama y bajar por la escalera de servicio de la posada para llamar a la puerta de un notorio granuja.

Ella era diferente, siempre lo había sido. De las tres hermanas Highwood era la única que tenía el pelo oscuro y llevaba gafas, la que prefería fuertes botas de cordones a delicados escaarpines y solo a ella le importaba la diferencia entre rocas sedimentarias y metamórficas.

También era la única que no tenía aspiraciones matrimoniales ni reputación que proteger.

«Diana y Charlotte saldrán adelante. ¿Y Minerva? Minerva es simple, pedante, estudiosa y se comporta con torpeza ante los caballeros. En pocas palabras, no hay esperanzas para ella».

Eran las palabras que su madre había mencionado recientemente en la carta que envió a una prima suya. Y lo peor del asunto era que no la había descubierto fisgoneando en la correspondencia privada de su madre. ¡Oh, no!, su progenitora se la había dictado para que la transcribiera ella misma.

En efecto. Su propia madre.

El viento atrapó la capucha y se la arrancó de la cabeza. La fría lluvia cayó sobre su cuello, añadiendo injuria al insulto.

Una ráfaga hizo que la punta de la trenza le golpeará la mejilla mientras miraba fijamente la antigua torre de piedra; una de las cuatro que formaban parte del castillo de Rycliff. Salía humo por la chimenea más grande.

Volvió a alzar el puño y a golpear la puerta con fuerza renovada.

—¡Lord Payne! ¡Sé que está ahí!

Hombre vil y provocador.

Estaba dispuesta a echar raíces en ese lugar hasta que la dejara entrar, incluso aunque aquel frío chaparrón primaveral la calara hasta los huesos. No había hecho toda aquella subida, desde el pueblo hasta el castillo, resbalando sobre el camino y pisando los riachuelos de lodo en la oscuridad, para regresar derrotada.

Sin embargo, tras un largo minuto aporreando en vano la puerta, la fatiga del trayecto la inundó y la agarró los músculos de las pantorrillas y la columna vertebral. Se derrumbó. Su frente chocó contra la madera con un golpe seco. Abrió el puño que sostenía en lo alto y arremetió contra la puerta con la palma de la mano con un ritmo constante y pertinaz, pero menos vehemente. Era posible que fuera simple, pedante, estudiosa y se comportara con torpeza con los caballeros, pero también era empecinada. Estaba decidida a entrar; determinada a ser escuchada.

Resuelta a proteger a su hermana a cualquier precio.

«Abra —comenzó a repetir para sus adentros—. Abra. Abra...».

La puerta se abrió de repente con un sonido seco e inclemente.

—¡Por el amor de Dios, Thorne! No puedes esperar a que...

—Ufff. —Ella perdió el equilibrio y tropezó hacia delante. Su puño golpeó, pero no contra la puerta, sino contra un torso.

El torso de lord Payne. Un torso masculino, musculoso y desnudo, que solo era un poco menos sólido que la madera de la puerta. Su golpe cayó justo sobre la tetilla, que por lo que a ella respectaba podría ser la aldaba para llamar a la guarida del propio diablo.

Pero, al menos en esta ocasión, el diablo respondió.

—Bueno... —La ominosa palabra resonó en su brazo—. Usted no es Thorne.

—Y u-usted no está vestido. —«Y yo estoy tocando su torso desnudo. ¡Oh, Dios mío!».

Al instante, un mortificador pensamiento inundó su mente: era posible que ni siquiera llevara pantalones. Se reprendió a sí misma por ocurrírsele tal cosa al tiempo que se quitaba las gafas, con las manos frías y temblorosas. Sin embargo, captó una mancha oscura por debajo del borrón color carne de su torso. Malhumorada, exhaló su aliento sobre los dos discos de vidrio rodeados de metal para, a continuación, frotarlos con un pliegue seco de la capa. Luego se las puso de nuevo.

Él seguía semidesnudo, pero ahora podía enfocarlo perfectamente. El tortuoso reflejo de las llamas lamía cada uno de los rasgos de la hermosa cara, definiéndola por completo.

—Entre si quiere. —Lo vio estremecerse cuando una ráfaga de viento le impactó en el tórax—. Porque yo voy a cerrar la puerta, pase usted o no. —Ella dio un paso hacia delante. La puerta se cerró a su espalda con un sonido pesado y amenazador, haciéndola tragar saliva—. Debo decir, Melinda, que su visita es toda una sorpresa.

—Me llamo Minerva.

—Sí, por supuesto. —Él ladeó la cabeza—. No había reconocido su cara sin un libro delante. —Ella soltó el aire, armándose de paciencia. Respiró hondo una y otra vez hasta que fue capaz de conseguir que aquel provocador canalla se perdiera en un agujero de su mente... A pesar de aquellos hombros tan bien definidos—. Admito que no es esta la primera vez que abro la puerta en mitad de la noche y me encuentro a una mujer esperando al otro lado —reconoció él—, pero lo que sí me sorprende es que esa mujer sea usted. —La miró de arriba abajo, evaluándola—. Está llena de lodo.

Con cierto arrepentimiento, ella examinó sus botas cubiertas de barro y el ruedo manchado de la falda. Desde luego, no tenía el aspecto de una seductora a medianoche.

—No vengo de visita.

—Deme un momento para asimilar la decepción.

—Le daré ese momento para que se vista.

Ella atravesó una estancia redonda de paredes de piedra hasta la chimenea. Se tomó su tiempo para soltar la cinta de terciopelo que cerraba la capa y dejó la prenda sobre el único sillón de la

habitación.

Parecía que Payne no había desperdiciado por completo el tiempo durante los meses que llevaba en Cala Espinada, alguien se había molestado en transformar aquel silo de piedra en un refugio cálido y casi confortable. También habían limpiado y restaurado el hogar de la chimenea para que pudiera volver a usarse. En él ahora crepitaba un fuego lo suficientemente grande como para hacer que se sintiera orgulloso un guerrero normando. Además del sillón tapizado, en la estancia circular había unos taburetes y una mesa de madera. Muebles sencillos pero sólidos.

No vio ninguna cama.

Qué extraño... Miró a su alrededor estudiando el entorno. ¿Acaso aquel infame canalla no necesitaba una cama?

Por fin alzó la vista. La respuesta estaba en lo alto. Él había dispuesto una especie de altillo para dormir, al que se accedía por una escalera de mano. Unas gruesas cortinas cubrían lo que supuso debía de ser la cama. Por encima del lecho, los muros de piedra se perdían en una nada, negra y cavernosa.

Minerva decidió que le había dado tiempo de sobra para encontrar una camisa y ponerse presentable. Se aclaró la garganta antes de darse la vuelta despacio.

—He venido a preguntarle si...

Seguía semidesnudo.

Lord Payne no había hecho uso del tiempo para vestirse, sino que estaba a punto de servirse una copa. Se encontraba de perfil, estudiando el interior de una copa, y parecía como si estuviera evaluando su limpieza.

—¿Un poco de vino? —preguntó él.

Minerva negó con la cabeza. Por culpa del indecente despliegue que se mostraba ante ella, un feroz sonrojo le calentaba ya la piel. Subía por su garganta hasta las mejillas, para perderse más allá del nacimiento del pelo. No necesitaba vino para entrar en calor.

Mientras él llenaba la copa, no pudo evitar estudiar aquel torso masculino, servicialmente iluminado por la luz del fuego. Se había acostumbrado a considerarle un diablo, pero tenía el cuerpo de un dios. Un dios menor. No era el físico gigantesco de un Zeus o un Poseidón hipermusculado, sino más bien un Apolo o un Mercurio delgado y atlético. Un cuerpo que no había sido diseñado para luchar, sino para cazar; no para cortar árboles, sino para correr a toda velocidad; no para avasallar a náyades ingenuas mientras tomaban un baño, sino para...

Seducir.

Él alzó la mirada y ella apartó la vista.

—Lamento mucho haberle despertado —se disculpó.

—No me ha despertado.

—¿De veras? —Le miró con el ceño fruncido—. Pues con el tiempo que le ha llevado atender la puerta podría haberse puesto algo de ropa encima.

Con una pícaro sonrisa, él señaló los pantalones.

—Lo he hecho.

Bueno, ahora sus mejillas sí estaban a punto de arder. Se hundió en el sillón, deseando poder filtrarse en las entretelas del asiento.

«Por el amor de Dios, Minerva, contrólate. El futuro de Diana está en tus manos».

Él dejó la copa sobre la mesa y se acercó a unos estantes de madera que parecía utilizar de armario. A un lado, una hilera de ganchos sostenía la ropa de abrigo. La casaca roja de oficial, uniforme de la milicia local que comandaba durante la ausencia del conde de Rycliff; algunas

chaquetas hechas a medida, que parecían escandalosamente caras, y un abrigo de lana gris.

Ignoró todas esas prendas y tomó una sencilla camisa, que se pasó por la cabeza. Una vez que hubo metido los brazos en las mangas y estirado la tela sobre su torso, la miró.

—¿Mejor ahora?

Realmente no. El cuello sin cerrar seguía exhibiendo una amplia vista de su pecho; era como un guiño lascivo en vez de una franca mirada. Si cabe, parecía todavía más indecente. Ya no era un dios intocable, sino más bien un peligroso capitán pirata.

—Tenga. —Cogió una chaqueta de un gancho y se la tendió—. Al menos está seca. —Una vez que depositó la prenda en su regazo, le puso la copa de vino en la mano. Un pequeño sello brillaba en su dedo meñique, mostrando un destello dorado a través del tallo de la pieza de cristal—. No quiero discusiones. Está tiritando con tanta fuerza que puedo oír el castañeteo de sus dientes. El fuego y la chaqueta pueden ayudar, pero no la calentarán por dentro.

Ella tomó la copa y bebió un sorbo con cuidado. Le temblaban los dedos, sí, pero no era solo por el frío.

Él cogió un taburete y se sentó mientras la miraba con expectación.

—¿Y...?

—Y... —repitió ella, estúpidamente.

Su madre tenía razón en algo: se consideraba una persona inteligente pero, ¡oh, Dios!..., los hombres guapos la dejaban muda. Se ponía nerviosa cuando estaba en presencia de alguno, jamás sabía dónde mirar ni qué decir. Una respuesta ocurrente e inteligente la haría parecer amargada o desequilibrada, por lo que algunos comentarios provocativos por parte de lord Payne la sumían en un estúpido silencio. Tenían que pasar algunos días para que, mientras golpeaba el acantilado con su martillo de geólogo, se le ocurriera la réplica perfecta para las palabras que él le había dicho anteriormente.

Impresionante. Cuanto más tiempo clavaba los ojos en él, tanto más sentía que su inteligencia menguaba. La barba incipiente enfatizaba los ángulos de la mandíbula. El pelo, oscuro y despeinado, tenía el toque justo de pillería. Y sus ojos... Tenía los ojos brillantes como diamantes de Bristol; unas pequeñas geodas redondas y centelleantes. El anillo exterior de los iris era color avellana e incluía fríos destellos de cuarzo. Entre ambos, cien sombras cristalinas entre el ámbar y el gris.

Ella cerró los ojos con fuerza, intentando controlar los estremecimientos nerviosos.

—¿Tiene usted intención de casarse con mi hermana?

Pasaron unos segundos.

—¿Con cuál?

—¿Con Diana! —exclamó—. Con Diana, por supuesto. Charlotte solo tiene quince años.

Él se encogió de hombros.

—A algunos hombres les gustan jóvenes.

—Y otros hombres han jurado renunciar al matrimonio de por vida. Usted me dijo que era uno de ellos.

—¿Dije eso? ¿Cuándo?

—Sin duda, tiene que recordarlo. Fue esa noche...

Él clavó los ojos en ella, evidentemente desconcertado.

—¿Cuándo hemos tenido una noche?

—No me refiero a eso...

Unos meses antes se había enfrentado a él en los jardines de Summerfield para echarle en cara

sus escandalosas indiscreciones y preguntarle qué intenciones tenía respecto a su hermana. Habían discutido encarnizadamente. Sí, se habían enzarzado en una discusión cuerpo a cuerpo en la que se dijeron algunas cosas hirientes.

Maldijo su naturaleza estudiosa, que la hacía ser tan observadora. No le gustaba ser consciente de los detalles en los que se había fijado entonces; no necesitaba saber que el botón inferior del chaleco de lord Payne quedaba a la altura de su quinta vértebra, ni que desprendía un leve olor a cuero y a clavo. Pero ni siquiera ahora, muchos meses después, era capaz de olvidar tal información.

En especial cuando estaba envuelta en su chaqueta, abrazada por el calor que esta le daba y el mismo aroma especiado y masculino de entonces.

Por supuesto, él se había olvidado del encuentro por completo. No era de extrañar, la mayoría de los días ni siquiera era capaz de recordar que se llamaba Minerva. Y si lo hacía, era para meterse con ella.

—El verano pasado —le recordó— me dijo que no tenía intención de declararse a Diana ni a ninguna otra mujer. Sin embargo, hoy en el pueblo se comentaba algo muy diferente.

—¿En serio? —Ella lo observó mientras hacía girar el sello en su dedo meñique—. Bueno, su hermana es una joven muy hermosa y elegante, y no es precisamente un secreto que su madre la alienta en ese sentido.

Ella encogió los dedos dentro de las botas.

—Esa es una declaración comedida.

Las Highwood habían llegado a aquel pequeño pueblo costero el año anterior para pasar las vacaciones, ya que se suponía que los aires marinos contribuirían a mejorar la salud de Diana. Efectivamente, su hermana se puso mucho más fuerte y el verano pasó, pero ellas se quedaron allí. Y todo porque su madre tenía la esperanza de que entre Diana y aquel vizconde encantador acabara surgiendo una relación. Mientras lord Payne permaneciera en Cala Espinada, su madre no quería ni oír hablar de regresar a casa. Incluso había desarrollado una inclinación poco característica en ella hacia el optimismo, y cada mañana, mientras revolvía su taza de chocolate, les decía: «Lo presiento, chicas, hoy es el día en que se declarará».

Y aunque ella sabía que lord Payne sería mucho peor partido de lo que pensaba su madre, jamás se había atrevido a objetar nada. Quizá porque le encantaba estar allí y no quería marcharse. En Cala Espinada había encontrado, por fin, el lugar al que pertenecía.

Aquel era su paraíso personal. Podía explorar la costa rocosa para excavar en busca de fósiles sin tener que rendir cuentas o escuchar frases de censura; allí podía desarrollar aquellas conclusiones que podrían poner a la comunidad científica inglesa a la cabeza de los descubrimientos. Lo único que impedía que fuera completamente feliz en aquel lugar era la presencia de lord Payne... Y por extrañas ironías de la vida, su presencia era la razón por la que seguía allí.

No le había parecido que hubiera nada malo en permitir que su madre albergara esperanzas de que lord Payne fuera a declararse a Diana, aunque ella sabía de sobra que tal proposición no iba a producirse nunca.

Hasta esa misma mañana, en la que su certeza se desmoronó.

—Esta mañana estuve en la tienda para todo —comenzó a explicarle—. Por lo general suelo ignorar los cotilleos de Sally Bright, pero hoy... —Tragó saliva antes de mirarle a los ojos—. Hoy me dijo que usted le había dado una dirección de Londres a la que reenviar su correo. Sally está segura de que usted se marcha de Cala Espinada.

—Por lo que usted concluyó que eso quiere decir que me casaré con su hermana.

—Bueno, todo el mundo está al tanto de su situación. Si tuviera efectivo se habría ido de aquí hace meses, pero está atrapado en este lugar hasta que pueda acceder a su fortuna, el día de su cumpleaños, a menos que... —Tragó saliva otra vez—. A menos que se case antes.

—Eso es cierto.

Ella se reclinó en el sillón.

—Me iré al instante si me repite las palabras que me dijo el pasado verano, durante nuestro encuentro en los jardines: que no tiene intención alguna hacia Diana.

—Pero eso fue el verano pasado. Estamos en abril. ¿Resulta tan inconcebible que haya cambiado de idea?

—Sí.

—¿Por qué? —Él chasqueó los dedos—. Ya sé, usted piensa que no poseo cerebro, por eso no puedo cambiar de idea. ¿No es así?

Ella se sentó en el borde del asiento.

—No puede cambiar de idea porque sigue siendo como era. Sigue siendo un canalla falso y mentiroso, que coquetea con mujeres ingenuas durante el día y se acuesta con las mujeres de otros hombres por la noche.

Él suspiró.

—Oiga, Miranda, desde que Fiona Lange se fue del pueblo, no he...

Ella sostuvo una mano en alto. No quería saber nada de la aventura amorosa que él había tenido con la señora Lange, ya se había enterado de más de lo necesario por boca de la propia mujer, que se consideraba una poetisa. Aún deseaba poder arrancar aquellos poemas de su mente. Odas obscenas y entusiastas que agotaban todas las palabras que rimaban con «estremecimientos» y «goce».

—No puede casarse con mi hermana —protestó ella, imprimiendo a su voz toda la firmeza que fue capaz de reunir—. Sencillamente no lo permitiré.

La hermosa y elegante Diana Highwood —como a su madre le gustaba decir a todo aquel que quisiera escucharla— era justo el tipo de joven que podía echar el anzuelo a un caballero elegible. Pero la belleza externa de Diana palidecía en comparación con su naturaleza dulce, generosa y su carácter tranquilo; con el sosegado coraje con el que se había enfrentado a la enfermedad durante toda su vida.

Sin duda, Diana podía pescar a un vizconde, pero no debería casarse con ese en concreto.

—Usted no se la merece —aseguró a lord Payne.

—Cierto. Pero en esta vida ninguno suele obtener lo que se merece de verdad. ¿Dónde estaría la diversión? —Tomó la copa de su mano y saboreó un trago de vino.

—Ella no le ama.

—Bueno, no le desagrado. El amor no es necesario. —Se inclinó hacia delante y apoyó el codo en la rodilla—. Diana es demasiado educada para rechazarme; su madre se moriría de placer, y mi primo me enviaría una licencia especial en un abrir y cerrar de ojos. Podríamos casarnos esta misma semana. El domingo podríamos ser «hermanos».

«No». Todo su cuerpo, hasta la última célula, rechazó la idea.

Al tiempo que se deshacía de la chaqueta prestada, Minerva se puso en pie y comenzó a caminar por encima de la alfombra. Los mojados pliegues de su falda se enredaron mientras se paseaba con energía.

—Eso no puede ocurrir. No es posible. No. —Tuvo que apretar los dientes para contener el

gruñido que pugnaba por salir de su boca. Cerró los puños—. He logrado ahorrar veintidós libras del dinero que recibo como asignación, además de algunos peniques. Se lo doy. Será suyo si me promete dejar en paz a Diana.

—¿Veintidós libras? —Él meneó la cabeza—. Tal sacrificio fraternal es conmovedor, pero esa cantidad no bastaría para mantenerme en Londres ni una semana. Sin duda, no podría llevar el tren de vida que acostumbro.

Ella se mordió los labios. No había contado con que resultara tan fácil, pero había decidido que no hacía daño alguno si probaba primero con el soborno. Era lo más sencillo.

Respiró hondo y alzó la barbilla. Esa era su última oportunidad para disuadirle.

—Entonces fúguese conmigo.

Tras una aturdida pausa, él estalló en carcajadas.

Ella dejó que los burlones sonidos le pasaran por encima y, sencillamente, esperó de brazos cruzados. Por fin la risa menguó y terminó con una tos sofocada.

—¡Santo Dios! —jadeó él—. ¿Habla en serio?

—Muy en serio. Abandone a Diana y escápese conmigo.

Él terminó lo que quedaba en la copa de un sorbo y la dejó sobre la mesa. Luego carraspeó y la miró fijamente.

—Eso es muy valiente por su parte, cielo. Ofrecerse para casarse conmigo en vez de su hermana, pero lo cierto es que yo...

—Me llamo Minerva, no soy su cielo. Y se ha vuelto loco si piensa que sería capaz de casarme con usted.

—Juraría que acabo de oírla decir que...

—Que se escapara conmigo, sí. Pero ¿casarme con usted? —Hizo un sonido gutural de incredulidad absoluta—. ¡Por favor! —Él la miró de soslayo—. Ya veo que está perplejo.

—Bueno, lo admitiría de buena gana, pero sé lo mucho que le gusta señalar todos mis defectos intelectuales.

Ella rebuscó en el bolsillo interior de su capa hasta que localizó el ejemplar de una publicación científica que llevaba. Lo abrió en la página del anuncio y se lo tendió para que lo leyera.

—Hay una reunión en la Real Sociedad Geológica a finales de mes. Es un simposio. Si viene conmigo, mis ahorros serían suficientes para subvencionar el viaje.

—Un simposio de geología. —Clavó la mirada en la publicación—. Esta es su escandalosa propuesta a medianoche, la que la hizo calarse en la oscuridad para venir hasta aquí: invitarme a acompañarla a un simposio de geología si dejo en paz a su hermana.

—¿Qué esperaba que le ofreciera? ¿Siete noches de placer carnal?

Ella lo había dicho de broma, pero él no se rio. En lugar de eso, la miró de arriba abajo, tomando constancia de su empapado vestido.

Se sintió como una apetecible langosta. ¡Maldición! ¿Por qué siempre decía lo que no debía?

—Esa oferta me resultaría mucho más tentadora —aseguró él.

«¿De veras?». Tuvo que morderse la lengua para no decirlo en voz alta. Para su mortificación, tuvo que admitir para sus adentros lo mucho que la emocionaba aquel comentario. «Prefiero un poco de placer carnal con usted a una conferencia sobre piedras»... Sin duda, era un elogioso cumplido.

—Un simposio sobre geología —repitió él para sí mismo—. Debería haber sabido que las piedras surgirían en algún momento.

—Las piedras están por todas partes. Por eso nosotros, los geólogos, las encontramos tan

interesantes. De todas maneras, no estoy tentándole con el simposio en sí, sino con la promesa de obtener quinientas guineas.

Bueno, había captado su atención. La mirada de lord Payne se agudizó.

—¿Quinientas guineas?

—Sí. Ese es el premio que obtiene la mejor exposición. Si me ayuda a llegar allí, yo podré presentar mis conclusiones ante la sociedad y usted quedarse con las quinientas guineas. Estoy segura de que esa cifra será suficiente como para costear todas sus borracheras y depravaciones en Londres hasta su cumpleaños, ¿no cree?

Él asintió con la cabeza.

—En efecto, si lo administro con cierto juicio. Podría tener que contenerme para no comprar unas botas nuevas, pero hay que estar dispuesto a realizar algún sacrificio. —Él se puso en pie para mirarla cara a cara—. Sin embargo, me surge una duda. ¿Por qué está tan segura de que va a obtener el premio?

—Porque voy a ganar. Podría explicarle mis conclusiones detalladamente, pero muchas de las palabras polisílabas que pronunciase le resultarían demasiado complejas. Estoy segura de que no las entendería. Es suficiente con que confíe en mí.

Él le dirigió una mirada indagadora y ella se obligó a sostenérsela, con confianza y sin parpadear.

Tras un buen rato, en los ojos de lord Payne apareció un brillo poco familiar. Allí había algún tipo de emoción que nunca había visto en él.

Pensó que podría ser... respeto.

—Bueno —dijo él finalmente—. Tal certeza es propia de usted.

El corazón le revoloteó en el pecho de una manera extraña. Era lo más agradable que él le hubiera dicho nunca. De hecho, pensó que era lo más agradable que nadie le hubiera dicho nunca.

«La certeza es propia de usted».

Y, de pronto, todo fue diferente. Los escasos sorbos de vino que había tomado se esparcieron por sus entrañas, calentándola y relajándola. Derritieron su torpeza. Se sintió a gusto consigo misma y algo más mundana. Como si aquello fuera lo más natural del mundo: mantener una conversación a medianoche en un torreón de piedra con un granuja a medio vestir.

Se acomodó lánguidamente en el sillón y se llevó las manos al pelo para buscar y arrancar las horquillas restantes. Con lentos y medidos movimientos se peinó los mojados mechones y se los colocó sobre los hombros para que se secaran con más facilidad.

Él se quedó quieto, observándola. Después se dio la vuelta para servirse más vino.

Un sensual chorro rosado formó remolinos en la copa.

—Présteme atención, no acepto el plan. Ni por asomo. Pero solo para dejar claro el tema, ¿cómo tenía pensado proceder? ¿Una mañana nos levantaríamos y huiríamos a Londres juntos?

—No, no es en Londres. El simposio será en Edimburgo.

—¿Edimburgo! —Él dejó la botella en la mesa con un golpe seco—. Edimburgo está en Escocia. —Ella asintió con la cabeza—. Me había parecido entender que sería en la Real Sociedad Geológica.

—Y allí será. —Ella agitó la publicación que sostenía en la mano—. La Real Sociedad Geológica de Escocia. ¿No lo sabía? Es en Edimburgo donde ofrecen las becas más interesantes.

Lord Payne apartó la vista de ella y miró fijamente la publicación.

—¿Por el amor de Dios! Tendrá lugar dentro de... apenas... dos semanas. Marietta, ¿acaso no se da cuenta de lo que conlleva un viaje a Escocia? Se necesitan casi esas dos semanas para llegar

hasta allí.

—Viajando en el carruaje de posta desde Londres son cuatro días. Lo he comprobado.

—¿En el carruaje de posta? Cielo, un vizconde no viaja en un carruaje de posta. —Meneó la cabeza antes de sentarse frente a ella—. ¿Y cómo se tomará su querida madre la noticia, cuando se dé cuenta de que ha huido a Escocia con un canalla como yo?

—Oh, se sentirá emocionada. Desea tanto que una de sus hijas se case con usted que no se mostrará especialmente escrupulosa al respecto. —Minerva se miró las botas mojadas y manchadas de barro y estiró las piernas ante ella—. Será perfecto, ¿no lo ve? Lo plantaremos como una fuga. Mi madre no protestará ni tampoco lo hará lord Rycliff. Él se sentirá muy feliz al pensar que por fin se va a casar. Iremos a Escocia, presentaremos mis conclusiones y cobraremos el premio. Luego le diremos a todo el mundo que, sencillamente, no funcionó.

Cuanto más explicaba sus ideas, más fácil brotaban las palabras de sus labios y más alentada se sentía. Eso iba a funcionar. Realmente podría resultar.

—¿Piensa regresar a Cala Espinada soltera, después de pasar dos semanas de viaje conmigo? Se habrá dado cuenta de que estará...

—¿Arruinada a los ojos de la sociedad? Lo sé. —Clavó los ojos en el chisporroteante fuego—. Estoy dispuesta a aceptar ese destino. De cualquier forma, no deseaba casarme. —«Tampoco esperaba hacerlo», por decirlo llanamente. No apreciaba demasiado la idea de ser objeto de escándalo y murmuración, pero ¿verse alejada de la sociedad podía ser mucho peor que estar siempre apretujándose en sus márgenes?

—¿Y sus hermanas? Sus reputaciones también se verán manchadas por la relación que tienen con usted.

Aquel comentario detuvo sus pensamientos. No era que no se le hubiera ocurrido esa posibilidad; por el contrario, la había sopesado con mucho cuidado.

—A Charlotte le faltan algunos años para debutar —adujo—, sobrevivirá a tan jugosos chismes. En lo que respecta a Diana..., algunas veces creo que lo mejor que puedo hacer por ella es arruinar sus posibilidades de hacer un *buen* matrimonio. Quizá entonces pueda casarse por amor.

Él degustó el vino mientras pensaba.

—Bueno, me alegro de que haya solventado todo eso a su entera satisfacción. No tiene cargo de conciencia por arruinar su reputación ni la de sus hermanas, pero ¿ha pensado por un momento en la mía?

—¿Su qué? ¿Su reputación? —Se rio—. Pero si su reputación ya es terrible.

Las mejillas de lord Payne se tiñeron de rojo.

—No creo que sea terrible.

Ella se tocó el pulgar derecho con el dedo índice de la mano izquierda.

—Para empezar, es un desvergonzado mujeriego.

—Sí —reconoció él.

Siguió enumerando y se tocó el dedo índice.

—Su nombre es sinónimo de destrucción... Peleas, escándalos y explosiones, literalmente hablando. Donde quiera que vaya le sigue el caos.

—Bueno, todo eso no es culpa mía. Sencillamente... ocurre. —Se pasó una mano por la cara.

—¿Y le preocupa que mi plan pueda arruinar su reputación?

—Por supuesto. —Él se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas. Hizo un gesto con la mano que sostenía la copa—. Soy un mujeriego, es cierto. —Alzó la mano vacía—. Y sí,

parece que corrompo todo lo que toco, pero hasta ahora he tenido la fortuna de que ambas tendencias se mantuvieran separadas. Me acuesto con mujeres y estropeo las cosas, pero jamás he arruinado a una mujer inocente.

—Sin duda, un simple descuido por su parte.

Él se rio entre dientes.

—Es posible. Pero no es uno que tenga intención de remediar.

Sus ojos se encontraron. Los de él eran indefensos y fervorosos, y entonces ocurrió algo muy extraño: ella le creyó. Aquel era un obstáculo que no se había planteado: que él pusiera objeciones por principios. No, jamás habría soñado que le quedara un solo escrúpulo que ella pudiera ofender.

Pero, por lo que parecía, así era. Y se lo estaba haciendo saber en completa confianza, como si fueran amigos y estuviera seguro de que lo iba a comprender.

Durante los diez minutos transcurridos desde que golpeó su puerta algo había cambiado entre ellos.

Minerva se recostó en la silla sin dejar de mirarle.

—Es una persona distinta por la noche.

—Lo soy —convino él con sencillez—. Pero usted también.

Ella negó con la cabeza.

—Yo soy siempre así, por dentro. Es solo que... —«de alguna manera, jamás he logrado ser así contigo. Cuanto más lo intento, menos lo consigo».

—Escuche, me siento muy honrado por su invitación, pero este viaje que usted sugiere no es posible. Cuando estuviéramos de regreso, sería considerado un bellaco, un seductor de la peor calaña. Y ¿cómo no iba a ser así, si dejo de lado de manera insensible a una inocente señorita después de haberme fugado con ella?

—¿Por qué no puedo ser yo la que le deje de lado a usted?

Él contuvo la risa.

—Porque nadie se creería que...

Demasiado tarde, él apretó los labios.

—... yo le he dejado a usted —terminó ella—. Sin duda, ¿quién iba a creérselo?

Maldiciendo por lo bajo, él dejó la copa a un lado.

—Por favor, no se sienta ofendida.

Diez minutos antes, lo único que hubiera esperado de él era que se riera de ella. Entonces estaba preparada para sus burlas, habría sabido ocultarle cómo le dolían, pero ahora las cosas habían cambiado; se había puesto su chaqueta y bebido su vino y, aún más que eso, había vislumbrado su honradez. Ahora que había bajado la guardia... ocurría eso.

Se sintió profundamente herida.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Es inconcebible, sí. Sé que tiene razón, eso es lo que diría todo el mundo: que resulta increíble que un hombre como usted pudiera... —tragó saliva—, pudiera quedarse prendado de una chica como yo.

—No quería decir eso.

—Claro que quería. La idea de que usted pudiera haberse enamorado de mí y que yo le desairase es absurda. Ridícula. Yo soy normal y corriente; simple, pedante y estudiosa. Desesperada. —Se le quebró la voz—. Un anacronismo geológico. Nadie lo creería.

Encogió los dedos dentro de las botas antes de plantar los pies en el suelo para recoger su capa.

Él se levantó a la vez e intentó tomarla de la mano. La joven se apartó, pero no fue lo suficientemente rápida y sus dedos le rodearon la muñeca.

—Se lo creerían —aseguró él—. Yo haría que se lo creyeran.

—Es usted un hombre horrible y provocador. ¡Si ni siquiera recuerda mi nombre! —Intentó zafarse de su sujeción.

Lord Payne le apretó la muñeca.

—Minerva.

Se quedó paralizada, sin respiración, como si hubiera estado luchando para abrirse camino entre la nieve.

—Escúcheme —pidió él con lenta suavidad—, haría que se lo creyeran. Pero no voy a hacerlo porque creo que este plan es una idea malísima. Sin embargo, podría llevarlo a cabo. Si esa fuera mi intención, podría convencer a todos los habitantes de Cala Espinada, a toda Inglaterra, de que estoy irremediablemente enamorado de usted.

Ella inhaló por la nariz.

—Por favor...

Él sonrió.

—No, hablo en serio, sería muy fácil. Empezaría por estudiarla cuando usted no se diera cuenta. Por recorrerla con la mirada cuando estuviera ensimismada en otra cosa, cuando tuviera la cabeza inclinada sobre un libro. Admiraría su oscura melena; ese pelo salvaje que siempre se escapa de las horquillas y cae sobre su cuello. —Con la mano libre cogió un húmedo mechón con la punta de los dedos y se lo colocó detrás de la oreja. Luego le acarició la mejilla con suavidad—. Notaría su piel perfecta donde el sol no la ha besado. Y su boca... ¡Maldición! Creo que podría llegar a desarrollar una adictiva fascinación por su boca. —Lord Payne detuvo el pulgar sobre sus labios, tentándola con la posibilidad de tocarlos. Ella ansió ese contacto, estaba dispuesta a suplicar por él. Era... indeseadamente deseado—. No tardaría demasiado. Muy pronto, todos los que nos rodean se darían cuenta de mi interés por usted —aseguró—. Se creerían que me siento atraído por usted.

—¿Después de haberse burlado de mí durante meses? Nadie se olvidaría de eso...

—Formaría parte de la atracción, ¿sabe? Un hombre puede comenzar un flirteo mostrando desinterés, pero también desdén. Sin embargo, jamás bromearía sin sentir afecto.

—No le creo.

—Pues debería, los demás lo harían. —Él le puso las manos en los hombros y le recorrió el cuerpo con la mirada; desde las botas al pelo enredado—. Les haría creer que me consume una salvaje y visceral pasión por una hechicera de pelo negro como el azabache y labios exuberantes. Que admiro su lealtad hacia sus hermanas y su espíritu valiente e ingenioso. Que me vuelven loco las señales de la profunda pasión que oculta en su interior y solo deja escapar de su caparazón en ocasiones. —Sus manos subieron para encerrarle la cara entre ellas y sus ojos ámbar, como diamantes de Bristol, retuvieron a los suyos—. Que veo en usted una rara y natural belleza que, de alguna manera imposible, han pasado por alto los demás hombres. Y que la deseo, con desesperación, para mí. Oh, claro que podría conseguir que me creyeran.

El rico y ronco flujo de palabras había obrado alguna suerte de hechizo sobre ella. Estaba paralizada, era incapaz de moverse o hablar.

«No es cierto —se recordó a sí misma—. Ninguna de esas palabras significa nada».

Pero su roce era real. Auténtico y cálido... Tierno. Podría significar demasiado si ella se lo permitía. La cautela le dijo que se apartara.

Pero en vez de alejarse de él, puso una temblorosa mano sobre su hombro. Mano tonta. Dedos tontos.

—Si quisiera —murmuró el hombre, inclinándose a la vez que la obligaba a alzar la cara hacia él—, podría convencer a todos de que la verdadera razón por la que he permanecido tantos meses en Cala Espinada es esta, no mi primo o mis finanzas. —Su voz se volvió más ronca—. Que usted, Minerva, es la razón. —Lord Payne le acarició la mejilla con tanta dulzura que le dolió el corazón—. Que siempre ha sido usted.

En sus ojos había una mirada sincera e indefensa. No percibió indicio de ironía en su voz. Casi la había convencido.

El corazón comenzó a palparle en el pecho con violencia. Y ese latido alocado era todo lo que ella podía escuchar.

Hasta que otro sonido se entrometió.

Una risa. Una risa femenina que goteó desde lo alto como una cascada de agua helada para arrancarla bruscamente de su embeleso.

«¡Oh, Dios!».

—¡Por todos los demonios! —Él miró hacia arriba, al altillo donde se hallaba en teoría la cama.

Minerva siguió el rumbo de su mirada. Desde detrás de las cortinas que ocultaban el lecho se escuchó otra carcajada de mujer. Se reía de ella.

«¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!».

¿Cómo podía ser tan estúpida? Por supuesto, él no se encontraba solo. Se lo había apuntado en varias ocasiones. Para empezar había tardado una eternidad en abrir la puerta, pero no estaba durmiendo. Y había hecho una pausa para ponerse...

¡Para ponerse los pantalones!

«¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!».

Y esa mujer, quienquiera que fuera, había estado allí arriba todo el tiempo. Lo había escuchado todo.

Buscó a tientas su capa y la sacudió con dedos temblorosos. El humeante calor del fuego resultaba de repente espeso y empalagoso. Sofocante. Tenía que salir de allí. Iba a vomitar.

—Espere. —Él intentó detenerla junto a la puerta—. No es lo que parece. —Ella le lanzó una gélida mirada—. De acuerdo, de acuerdo, es casi lo que parece. Pero, se lo juro, me había olvidado de que estaba ahí arriba.

Ella dejó de luchar contra el picaporte.

—¿Cree que eso hará que cambie mi opinión sobre usted?

—No. —Él suspiró—. Lo que quería que cambiara era la opinión que tiene de usted misma. Eso es lo que pretendía; hacer que se sintiera mejor.

No dejaba de ser sorprendente cómo, con un comentario, él era capaz de incrementar la sensación de mortificación un millón de veces.

—Entiendo. Normalmente reserva los falsos cumplidos para sus amantes, pero se le ocurrió utilizarlos en un caso de caridad. —Él comenzó a responder, pero ella le acalló con la mirada antes de alzar los ojos al altillo—. ¿Quién es?

—¿Importa?

—¿Que si importa? —Abrió la puerta—. ¡Santo Dios! ¿Acaso las mujeres son intercambiables para usted? ¿Les pone rostro o se limita a retozar con ellas debajo de las sábanas como si fueran peniques? No me lo puedo creer...

Una ardiente lágrima le resbaló por la mejilla. Odió esa lágrima. Odió que él la hubiera visto. Ese hombre no se merecía que llorara por él. Aquello era solo... por aquel momento junto al fuego. Tras pasar años sintiéndose ignorada, por fin había sido el centro de atención. Se había sentido apreciada.

Deseada.

Y todo había sido una mentira. Un chiste ridículo. Una broma.

Él se puso el abrigo.

—Permita que, por lo menos, la acompañe.

—Manténgase alejado. No quiero que se acerque ni a mi hermana ni a mí. —Le apartó con una mano mientras atravesaba el umbral—. Es usted el hombre más falso, horrible, desvergonzado y despreciable que haya tenido la desgracia de conocer. ¿Cómo es capaz de dormir por la noche?

La respuesta se produjo al tiempo que ella cerraba ruidosamente la puerta.

—No soy capaz.

CAPÍTULO

2

Y Colin tampoco durmió esa noche.

Después de que Minerva Highwood desapareciera entre la lluvia, ni siquiera un granuja disoluto y carente de sentimientos como él podía seguir donde lo había dejado. Sacó a la viuda de su cama, le dijo que se vistiera y la envió de regreso al pueblo. Una vez que se aseguró por sí mismo de que Minerva había llegado sana y salva a su casa —comprobando que sus botas manchadas de barro estaban pulcramente colocadas junto a la puerta trasera de la posada—, regresó a sus aposentos en el castillo, donde descorchó una nueva botella de vino.

Pero no pegó ojo.

Jamás lo hacía. No dormía por las noches si estaba solo.

¡Dios!, odiaba el campo. Ni siquiera todo el brillo del sol y el aire marino de Sussex podían compensar aquellas oscuras y tranquilas noches. En los últimos tiempos le había dado por pensar que cambiaría con gusto su tetilla izquierda —los testículos nunca eran objeto de ese tipo de negociaciones— por dormir tranquilo durante una noche. Desde que Fiona Lange había dejado el pueblo, había logrado conciliar el sueño —en el mejor de los casos— cuando ya comenzaba a amanecer. Durante la mayor parte del invierno se había dedicado a beber hasta alcanzar un estado de aturdimiento nocturno, pero su cuerpo, ya afectado por la falta de descanso, comenzaba a verse perjudicado por el volumen de licor ingerido. Si no tenía cuidado, acabaría convirtiéndose en un alcohólico. Y era demasiado joven para eso, ¡maldición!

Así que, por fin, había cedido a uno de los miles de meneos de caderas y sonrisas invitadoras que la señora Ginny Watson le había estado lanzando desde hacía algún tiempo. Se había resistido a la joven viuda durante meses, pues no era su intención mantener una relación con una habitante de la localidad, pero se marcharía en cuestión de días, conque ¿por qué no hacer que las últimas noches fueran más tolerables? ¿A quién podía hacer daño?

A quién, ciertamente.

En su mente volvió a ver a Minerva Highwood, con aquella única lágrima deslizándose por su cara.

«Muy mal, Payne. Muy mal».

Debería haberla despachado de inmediato. No tenía intención de casarse con Diana Highwood, nunca la había tenido, pero Minerva estaba helada y mojada y consideró necesario que pasara algún tiempo ante el fuego. Luego encontró perversamente divertido bromear sobre el cúmulo de conclusiones que, encadenadas, habían conducido a aquel ilógico y descabellado final.

De todos los alocados planes que podía proponer..., ¿una falsa fuga para obtener un premio en geología? Sin duda, Minerva Highwood no ganaría un certamen de elegancia, pero debía admitir que tampoco era la clase de chica que llamaría a su puerta.

Lo peor de todo era que toda aquella perorata seductora con la que la había agasajado... no había sido mentira. Aquella mujer resultaba peculiarmente atractiva. Su pelo oscuro, despeinado y cayendo en desordenadas ondas hasta su cintura era pura seducción por sí solo, pero, además, su

boca lo fascinaba. Para ser una sabelotodo con una lengua viperina capaz de dejar helado a cualquiera, poseía los labios más maduros, exuberantes y provocativos que hubiera visto nunca. Unos labios dignos de la Afrodita de cualquier autor del Renacimiento; con un tono profundamente rojo en los bordes y un matiz más pálido en el centro, justo como un bocado de ciruela madura. En ocasiones, ella se atrapaba el inferior con los dientes y lo mordisqueaba como si saboreara alguna dulzura oculta.

¿Sería esa admiración la causa de que, durante varios minutos, él se hubiera olvidado de que Ginny Watson le esperaba en el atilillo?

Sin duda Minerva había pagado el precio por su falta de reflexión.

Por eso necesitaba regresar a Londres. Allí la habitual depravación de la que gozaba le mantenía alejado de esa clase de problemas. Sus amigos y él deambulaban de un club a otro como una banda de bestias nocturnas, y cuando se cansaba de ir de juerga, no tenía problemas para encontrar mujeres que desearan compartir su cama. Él les ofrecía un exquisito placer físico y ellas la paz que necesitaba. Todo el mundo contento.

Sin embargo, esa noche había decepcionado profundamente a dos mujeres y velaba acompañado de su amarga y familiar pena.

Pero sus días allí estaban contados, Bram llegaría al castillo al día siguiente. Al parecer el motivo del viaje no era otro que inspeccionar la milicia tras varios meses de ausencia, aunque él conocía bien a su primo y sabía que tenía otros motivos. Tras muchos meses de penitencia, él disfrutaría de un alivio temporal.

Adiós, frías habitaciones de piedra.

Adiós, aterradoras noches en el campo.

En cuestión de días estaría muy lejos de allí.

—¿Cómo que me quedo aquí? —Colin clavó los ojos en su primo al tiempo que sentía como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago—. No entiendo.

—Pues está muy claro —señaló Bram con suavidad—. Es lo que suele pasar con los cumpleaños, ¿sabes? Por sorprendentemente increíble que te resulte, son siempre el mismo día del año. Y para el tuyo faltan todavía dos meses. Hasta entonces soy el fideicomisario de tu fortuna y controlo cada penique que posees. Te quedas aquí.

Colin meneó la cabeza.

—Esto no tiene sentido, los franceses se han rendido. Acabas de anunciarlo en el pueblo. La guerra ha terminado.

Se hallaban frente a El Toro y la Mariposa, la única e incomparable taberna de Cala Espinada. Tras haber supervisado la instrucción de la milicia por la tarde, Bram había invitado a todos los voluntarios a reunirse allí para tomar unas cervezas. Había sido en aquel lugar donde anunció las últimas noticias sobre Francia, seguro de que cada una de sus palabras estaría en boca de cada habitante de Inglaterra al día siguiente: Napoleón I había renunciado al trono y solo faltaba por resolver el papeleo concerniente al asunto.

La victoria era suya.

Un grito de júbilo amenazó con hacer caer las paredes del local. Los críos corrieron hasta la iglesia de Santa Úrsula para hacer repicar la campana. La primera ronda de cervezas se convirtió con rapidez en una segunda y después en una tercera. Cuando la tarde agonizaba, las esposas y novias comenzaron a aparecer con algunos platos de comida. Alguien sacó un violín. No

transcurrió mucho rato antes de que comenzara un baile improvisado. Todos los habitantes de Cala Espinada..., todos los habitantes de Inglaterra tenían algo que celebrar.

De hecho, él también debería regocijarse.

Sin embargo, se notaba muerto por dentro. Y era una sensación demasiado familiar.

—Bram, necesitabas que me hiciera cargo de la milicia durante tu ausencia y lo hice. —«Aun a costa de mi cordura»—. Incluso me he ocupado de tu corderito favorito. Pero si la guerra ha acabado, ya no es necesaria mi presencia aquí.

—Da igual si es necesaria o no, la milicia seguirá formada hasta que la Corona decrete lo contrario. No puedo disolverla cuando se me antoje.

—Si es así, Thorne podría supervisarla.

—Por cierto, ¿dónde está Thorne? —Bram miró a su alrededor en busca del cabo.

Colin respondió con un gesto vago.

—Estará haciendo lo que suele hacer: afeitándose con una guadaña oxidada, desollando anguilas vivas con sus propias manos... ¿Quién sabe? A él le *encanta* este lugar.

—Ah... —repuso Bram—. Y tú *necesitas* este lugar.

Colin se frotó la cara con las manos. Sabía que la intención de Bram era buena. Su primo creía realmente que dejarle desamparado en plena campaña de Sussex, sin dinero, para supervisar a la milicia local era la mejor manera de redimir su disoluta existencia. Lo que Bram no comprendía era que, sencillamente, eran distintos. La disciplina militar y la vida rural podían haber domado los demonios internos de su primo, pero solo alimentaban los suyos.

Sin embargo, no había manera de hacérselo comprender. ¿Y qué podía decirle, de todas maneras? «¿Muchas gracias por preocuparte por mí, pero habría sido mejor que no lo hicieras?». Bram era ahora su única familia. A lo largo del año anterior habían forjado entre ellos una frágil amistad, casi fraternal, y no quería echarla a perder.

—Colin, si lo que quieres es marcharte de Cala Espinada, tienes otras opciones. Sabes que si te casas dejarás de depender de mí. Una buena esposa podría ser lo más indicado para ti.

Él gimió para sus adentros. Había presenciado ese fenómeno una y otra vez con sus amigos. Se casaban y eran felices hasta el absurdo —la materialización de la satisfacción que cualquier hombre contenido experimentaría al ver saciadas sus necesidades con el placer obtenido en la, ahora, frecuente realización del coito—. Y a partir de ese momento se dedicaban a cacarear como si hubieran inventado el matrimonio y fueran a recibir una gratificación económica por cada soltero que pudieran convertir para la causa.

—Bram, me alegro infinito de que seas tan feliz con Susanna y el bebé que tenéis en camino, pero eso no quiere decir que el matrimonio sea bueno para mí. De hecho, creo que sería muy malo para la mujer con la que acertara a casarme. —Golpeó con el puño la fachada del edificio—. Mira, necesito ir a Londres. Le he hecho una promesa a Finn.

—¿Y qué le has prometido exactamente? —Bram miró a través de la ventana a los milicianos, reunidos en torno al tambor de quince años.

—Lo cierto es que perdí una apuesta con él. En concreto un par de botas. Le ofrecería mis Hobys, pero son demasiado grandes para él, así que le prometí que le llevaría a Londres a comprar un par nuevo. Había pensado que entonces podríamos visitar algunas escuelas; el otoño, con el nuevo curso, está a la vuelta de la esquina.

Bram meneó la cabeza.

—Ya he encontrado colegio para Finn aquí mismo, en Sussex. Escuela Flintridge para chicos.

—¿Flintridge? ¿Y qué me dices de Eton? Le aseguramos a su madre que estudiaría en el mejor

colegio.

—En el mejor para Finn. Flintridge ofrece una educación excelente y está cerca de su casa. Además, los Bright poseen una tienda de pueblo, ¿cómo se te ocurre enviarlo a Eton? Sabes tan bien como yo que se sentiría fuera de lugar.

Colin sabía todo lo que había que saber sobre Eton y sentirse fuera de lugar allí. Había ingresado con ocho años tras sufrir una tragedia: acababa de quedarse huérfano y todavía era muy reciente la pérdida de sus padres. En aquel momento era pequeño para su edad y se convirtió en el blanco perfecto para sus compañeros, algo que se añadió a las pesadillas, que los matones utilizaron como tema principal de sus burlas. Todavía podía escuchar sus voces de falsete.

«¡Mamá! —graznaban por los pasillos, imitándole—. ¡Mamá, despierta!».

El primer año había sido una tortura, pero acabó superándolo.

—Sé que no le resultará fácil al principio —dijo a Bram—, pero puedo enseñar a Finn cómo mantener el tipo. Necesita ver mundo, saber que hay algo más allá del campo. Debería tener un tutor, así no se quedará atrás en los estudios. Tengo pensado llevarlo al club de boxeo cuando vayamos a comprar las botas, así podrá sorprender a los demás niños y dar una paliza a los más obstinados.

Miró a través de la ventana de El Toro y la Mariposa hacia el lugar donde Finn Bright estaba apoyado en la pared, acompañado de su hermano gemelo, Rufus. Desde el pálido cabello rubio hasta las traviesas sonrisas, pasando por los cuerpos larguiruchos, los gemelos Bright eran idénticos. O, al menos, lo habían sido hasta el verano anterior..., cuando una explosión de artillería mutiló el pie izquierdo de Finn.

—Fue un accidente —comentó Bram, leyéndole el pensamiento.

—Pero yo podría haberlo impedido.

—También yo podría haberlo impedido.

Colin golpeó la ventana con un dedo.

—Míralo. Está curado y, sin embargo, inquieto. El clima comienza a ser más cálido. Ve cómo el resto de los chicos de su edad corren, juegan al críquet, trabajan los campos, persiguen a las chicas... y se hunde. Por primera vez alcanza a comprender la realidad; una realidad que le acompañará durante el resto de su vida. Sé que tú lo entiendes.

Bram había resultado herido en la rodilla en España hacía poco más de un año. Logró conservar la pierna, pero todavía cojeaba y la lesión puso fin a su carrera en el campo de batalla. Cualquiera habría imaginado que, al escucharle, Bram se ablandaría y daría una oportunidad a la idea.

Y se habría equivocado. La expresión de su primo tenía de blanda lo mismo que el granito.

—Colin, no deberías haber hecho al crío esas promesas. Es típico de ti. No dudo que quisieras conseguir que él se sintiera mejor, pero tus buenas intenciones son como proyectiles de mortero. Una y otra vez disparas por esa bocaza tuya y lastimas a los inocentes que tienes a tu alrededor. — El aludido hizo una mueca pensando en Minerva Highwood y lo ocurrido la noche anterior. En aquella solitaria lágrima deslizándose por su mejilla—. Esta es, precisamente, la razón por la que no puedo dejarte libertad para administrar tus fondos —prosiguió Bram—. Contarás una maravillosa historia de los días pasados con Finn, pero sé que por las noches recorrerás los clubes y tugurios.

—¡Maldita sea! La manera en que paso mis noches es cosa mía. No puedo seguir en este lugar, Bram. No sabes lo que dices.

—Oh, claro que lo sé. Lo sé muy bien. —Bram dio un paso hacia él y habló en voz baja—. He

comandado regimientos en batalla. ¿Acaso crees que no entiendo lo que la muerte y el derramamiento de sangre provocan en un hombre? Pesadillas, inquietud, inclinación por la bebida. Es una sombra que sigue cerniéndose sobre ellos durante años, incluso décadas. He conocido a muchos soldados marcados por la guerra.

Al entender la intención de sus palabras, se le aceleró el pulso. Como es natural, Bram conocía los hechos que rodearon el accidente. Casi todos los que le conocían sabían lo del accidente, y los que no lo hacían poseían la educación suficiente como para entender que no hablaba sobre ello. Nunca.

—No soy uno de tus soldados marcados por la guerra —dijo.

—No. Tú eres parte de mi familia. ¿Es que no lo entiendes? Quiero que lo superes.

—¿Que lo supere? —Se rio sin ganas—. ¿Cómo no se me había ocurrido? —Se golpeó la frente con la mano abierta—. Debo superarlo. ¡Qué magnífica idea! Yo tengo otra para ti, Bram: tienes que erguirte y dejar de cojear. Y Finn... Bueno, Finn podrá conseguir que le vuelva a crecer el pie.

Bram suspiró.

—No voy a fingir que sé lo que necesitas —se justificó—, pero sí sé que no lo encontrarás en los tugurios de juego ni en los teatros. Estos meses son mi última oportunidad para ayudarte. Después de tu cumpleaños, las cuentas, las propiedades, Riverchase..., todo será tuyo para que lo cuides... o lo pierdas.

Colin se puso rígido al instante.

—Jamás arriesgaré Riverchase. Nunca.

—Hace años que no pones un pie allí.

—No me apetece. —Se encogió de hombros—. Es demasiado tranquilo y queda demasiado lejos.

«... y guarda demasiados recuerdos».

—Tienes que tomar las riendas del lugar —aseguró Bram.

—Los administradores lo han hecho bastante bien a lo largo de los últimos años —replicó—. No me necesitan. Soy más feliz viviendo en la ciudad.

—¿Llamas felicidad a la existencia depravada y sin objetivos que llevabas en la ciudad? —Bram frunció el ceño—. ¡Por Dios, hombre! Ni siquiera eres sincero contigo mismo.

Colin cerró el puño, conteniendo las ganas de usarlo, cuando vio que Finn salía de la taberna.

—Ese crío tiene la maleta hecha, Bram. No puedes decepcionarlo —se apresuró a decir en voz baja.

—Oh, yo no voy a decepcionarlo. Eso te lo dejo a ti.

«¡Ay!».

Finn se acercó a ellos.

—¿Qué tal, milores?

El joven que tenían delante parecía luchar para no resultar demasiado esperanzado. Así era Finn; daba igual que hubiera perdido a los dardos o que se hubiera quedado sin pie, siempre se enfrentaba a la vida con valentía. Era más fuerte de lo que dejaba entrever y adivinaba en él una fuerte ambición. Aquel muchacho llegaría a ser alguien algún día, estaba seguro. Y se merecía algo mejor que la puñetera Escuela Flintridge para chicos.

—Finn, ha habido un cambio de planes. No iremos a Londres esta semana.

—¿N-no?

—No —replicó Colin—. Vas a ir a casa de lord Rycliff.

Bram lo miró, aturdido.

—¿Qué?

—Sí, lo acabamos de comentar. Es lo más conveniente. —Le lanzó a su primo una mirada de advertencia a la que él respondió con otra capaz de reducir a polvo cualquier piedra que se interpusiera en su camino.

—Pero... pensaba que me quedaría con usted, lord Payne. —Finn le miró confundido—. Que íbamos a acomodarnos en una casa de huéspedes para solteros en Covent Garden.

—Bueno... Mi primo y yo estamos de acuerdo en que será más conveniente para ti un ambiente familiar. Al menos durante una temporada. ¿No es eso, Bram?

«Venga, hombre. Recházale si te atreves. No seas imbécil».

Su primo por fin recuperó el habla.

—Acabamos de mudarnos a la casa nueva en la ciudad, Finn. Susanna estará encantada de recibir a nuestro primer invitado.

Colin se inclinó hacia el muchacho.

—No te preocupes, iré a buscarte en verano. Justo a tiempo de dar un paseo en barca por el Támesis. —Se acercó más para hablarle al oído—. Y al club de boxeo, no temas. Hay un premio gordo en tu futuro si escucho buenos informes de tus tutores.

El joven sonrió.

—De acuerdo.

—Ve a buscar tu equipaje, Finn —intervino Bram—. Reúnete conmigo en las cuadras y lo acomodaremos en el carruaje. Partiremos al amanecer. —Ambos se alejaron, ensimismados en los arreglos; planes que no le incluían a él.

Intentó convencerse a sí mismo de que todo había resultado bien, incluso mejor de lo planeado. Si hubiera sido él quien hubiera llevado a Finn a Londres, habría acabado estropeándolo todo de alguna manera. Bram tenía razón, cada vez que intentaba hacer algo bien, acababa pifiándola.

Paseó por el exterior de la taberna, sobre el césped, mientras sacaba la petaca del bolsillo interior de la chaqueta. La abrió para dar un trago rápido. El líquido ardió en su garganta, pero sabía que sería el primer sorbo de muchos. La noche ya dibujaba su velo de brillantes puntos celestes sobre la cala, pero él no sabía cómo iba a sobrevivir a los meses siguientes sin volverse loco.

Un grupo de mujeres caminaba sobre la hierba, por el sendero que unía El Rubí de la Reina con la taberna. No era precisamente una sorpresa que las huéspedes de la posada se hubieran visto seducidas por los acordes de la música. Él se ocultó entre las sombras de un castaño; no estaba de humor para mantener una conversación educada en ese momento.

Reconoció a las mujeres cuando se acercaron.

Eran las Highwood. La matrona viuda en primera posición, seguida por sus tres hijas. Primero Charlotte, luego Diana... y, por último, algo rezagada, Minerva; con la cabeza metida, como era su costumbre, entre las páginas de un libro. La brisa de la noche coqueteaba con las faldas y los chales.

Tenía opciones para marcharse de Cala Espinada. De hecho, ahí mismo se acercaban dos.

Podía casarse con Diana.

O podía fugarse con Minerva a Escocia.

Magníficas opciones, sí, señor. ¿Qué era preferible: deshonar la reputación de una hermana o arruinar la futura felicidad de la otra? Lo que tenía claro era que quería alejarse de ese lugar, pero prefería hacerlo con alguna pizca de decencia intacta.

Sacó de nuevo la petaca y tomó otro trago de licor.

Diana Highwood podría ser la novia perfecta para algún hombre afortunado. Era hermosa, elegante, educada, poseía un corazón de oro. Podría hacerse un lugar en la sociedad, no haría preguntas y toleraría sus excesos mejor que la mayoría, lo que quería decir que la relamida y marisabidilla hermana de las gafas tenía razón.

Diana se merecía algo mejor que él.

En lo referente a la hermana cuatro ojos... Clavó la mirada en ella mientras avanzaba sobre el césped y apenas fue capaz de reconocer a la chica que le había visitado la noche anterior. La joven atrevida y ocurrente que se había soltado el pelo frente al fuego de la chimenea y hablaba con una cautivadora confianza en sí misma. ¿Dónde se había metido aquella chica encantadora durante todos esos meses?

Es más, ¿dónde estaba en ese momento? El vestido adornado con ramitas de muselina que llevaba puesto no era horrible, pero tampoco le favorecía. La mejor manera de describirlo sería «poco interesante». Caminaba con los hombros encorvados, como si así pudiera meterse dentro de sí misma. Si eso lo unía al hecho de que ocultaba la cara entre las páginas de un libro, se diría que estaba haciendo un gran esfuerzo por desaparecer.

—¡Minerva! ¡Ponte derecha! —ladró la señora Highwood.

Colin meneó la cabeza. Teniendo en cuenta las constantes reprimendas de su madre, ¿era tan difícil comprender que quisiera esconderse?

La noche anterior Minerva se había aventurado fuera de su caparazón. Había recorrido el dificultoso camino hasta el castillo, en medio de la lluvia, para golpear insistentemente su puerta hasta que él la dejó entrar. Luego ofreció su reputación a cambio de proteger a su hermana. ¿Y qué gratificación había recibido por su sacrificio? Humillación, burla... Y rapapolvos de su madre.

Jamás hubiera soñado que diría aquello sobre la sabelotodo que se había pasado los últimos meses acribillándole con miradas airadas y comentarios sarcásticos, pero era cierto: Minerva se merecía algo mejor.

Cerró la tapa de la petaca y la guardó en el bolsillo. Era posible que tuviera que esperar algunos meses para compensar a Finn Bright, aunque jamás pudiera reemplazar su pie.

Pero, sin duda, iba a tomar decisiones respecto al tema de las Highwood.

Esa misma noche.

CAPÍTULO

3

El padre de Minerva había comentado en cierta ocasión que cuando ella se perdía entre las páginas de un libro, se necesitarían perros de caza y un grupo de rescate para traerla de regreso.

Pero, a falta de ello, la rama baja de un árbol podía encargarse de resolver el problema.

«¡Zas!».

—¡Ay! —Arrancada a la fuerza de su ensimismamiento, Minerva se frotó la sien dolorida antes de colocarse bien las gafas. Por supuesto, tuvo la precaución de marcar la página del libro que leía con un dedo de la otra mano.

Charlotte ladeó la cabeza y la miró con resignación.

—¡Oh, Min! Desde luego...

—¿Te has hecho daño? —preguntó Diana, preocupada.

Delante de ellas, su madre se dio la vuelta y suspiró desesperada.

—Minerva Rose Highwood... A pesar de ese antinatural amor por la cultura, puedes llegar a ser muy estúpida. —Se acercó a ella y la agarró por el codo para arrastrarla por el césped hasta el camino—. Jamás entenderé de dónde has salido.

«No, mamá —pensó para sus adentros, echando a andar por el sendero—. Dudo mucho que consigas entenderme».

La mayoría de la gente no la comprendía. Se había resignado a ello incluso antes de la humillación sufrida la noche anterior. En los últimos tiempos le parecía que quien mejor la entendía no era una persona, sino un lugar: Cala Espinada. Aquel sitio donde podían refugiarse las señoritas de buena cuna y..., bueno..., *personalidad* interesante. Daba igual que fueran de naturaleza enfermiza, intelectuales o que sintieran inclinación por los escándalos; allí tenían cabida todas las mujeres inadaptadas, cualquiera que fuera la clase a la que pertenecieran. A los lugareños no les importaba si llevaba el vestido manchado de tierra o si vagaba por los senderos entre los campos con el pelo suelto y un libro abierto ante la cara.

Allí se había sentido como en casa, casi cómoda... Hasta esa mañana.

Cuanto más se acercaban a la taberna y a la fiesta que se desarrollaba en el interior, más crecía su temor.

—Mamá, ¿no podemos volver a la posada? Hace un clima horrible.

—Pues es suave comparado con la lluvia de la semana pasada.

—Piensa en la salud de Diana. Acaba de pasar por un catarro...

—Bah, de eso hace semanas...

—Pero mamá... —Desesperada, intentó buscar otra excusa—. No es correcto que...

—¿Correcto? —Su madre sostuvo en alto una mano, sin guante, mostrando la tierra que se había alojado bajo sus uñas—. ¿Tú me hablas de lo que no es correcto?

—Sí, bueno... Una cosa es frecuentar El Toro y la Mariposa por la tarde, cuando es un salón de té para damas, pero es que después de anochecer ¡es una taberna! —No pensaba mencionar dónde había estado ella la noche anterior.

—No me importaría ni aunque fuera un antro de opio. Es el único lugar donde se puede bailar en quince kilómetros a la redonda —repuso su madre—, y estoy convencida de que Payne estará allí. Esta noche hará la propuesta, estoy segura. No sé por qué, pero tengo el palpito de que será hoy.

Quizá su madre tuviera el palpito de que ocurriría eso sin saber por qué, pero lo que ella sentía era mucho más visceral. Parecía como si su corazón y su estómago hubieran intercambiado los lugares dentro de su cuerpo.

Según se acercaban a la entrada de la taberna, ella enterró la cara en el libro. Daba igual que en su interior hubiera novelas, cuentos o tratados científicos, los libros eran su refugio más frecuente. Y aquella noche ese libro era, literalmente, su única barrera contra el mundo. No se atrevía a dejar sola a Diana, pero tampoco sabía cómo iba a enfrentarse a lord Payne otra vez. Por no mencionar a la amante que este había mantenido oculta en el altillo; la que se rio de sus tontas esperanzas. La amiga de lord Payne podría ser cualquier mujer de las presentes en aquel abarrotado establecimiento. Y, quien fuera, podría haber relatado la historia a todas las demás.

Cuando entraron en el establecimiento, y mientras atravesaban entre la multitud, estuvo segura de haber oído reír a alguien.

Sí, alguien estaba riéndose de ella.

Y esa era, precisamente, la peor de las consecuencias de aquella desastrosa noche. Durante meses, Cala Espinada había sido un lugar seguro en el que guarecerse. Pero ya no volvería a sentirse a salvo allí. El eco de aquella risa cruel la seguiría por cada sendero..., por cada calle de la localidad. Él había arruinado a aquel pueblo para ella.

Y ahora amenazaba con arruinar el resto de su vida.

«El domingo podríamos ser “hermanos”».

No. No pensaba consentirlo. No lo haría. Encontraría la manera de detenerlo, incluso aunque tuviera que arrojarle el libro a la cabeza.

—¡Oh! No está aquí.

Aquel plañidero comentario de Charlotte renovó sus esperanzas. Bajó el libro y escudriñó la estancia. Los voluntarios de la milicia se encontraban en el local; sus casacas rojas con entorchados dorados destacaban contra las blancas paredes encaladas. Bajó la barbilla pero miró con atención a través de las gafas, concentrándose en el extremo más alejado de la estancia, donde hombres y mujeres se amontonaban delante de la barra.

Lord Payne no estaba allí.

Respiró con más facilidad. Se subió las gafas por la nariz y notó que las comisuras de los labios se relajaban en una especie de sonrisa. Quizá él hubiera sufrido un ataque de culpabilidad. Probablemente se había quedado en su torre para retozar con su amiga. Bah, daba igual dónde estuviera siempre y cuando no fuera allí.

—¡Oh, ahí! —chilló su madre al tiempo que se giraba—. Ahí está. Acaba de llegar.

«¡Maldición!».

El corazón le dio un vuelco cuando lo vio. No parecía precisamente un hombre que hubiera experimentado un ataque de culpabilidad, se le veía sombrío y más peligroso que nunca. Aunque apenas acababa de cruzar el umbral de la puerta, la atmósfera de la estancia cambió al instante; Payne irradiaba una perceptible energía llena de inquietud que parecía transmitir a todo el mundo. Todos los presentes se pusieron en alerta. Un mudo mensaje recorrió todos los cuerpos.

«Está a punto de suceder algo».

Los músicos atacaron el preludio de un baile de figuras. A su alrededor comenzaron a formarse

parejas.

Sin embargo, lord Payne no parecía tener prisa en emparejarse con nadie. Vio cómo se llevaba la petaca a la boca e inclinaba la cabeza hacia atrás. Ella tragó saliva sin pensar, como si estuviera sintiendo el ardor del licor en la garganta.

Él bajó la petaca y le puso el tapón antes de guardarla en el bolsillo interior. Fue entonces cuando clavó la mirada, cálida y decidida, en ellas. En las Highwood.

Notó que se le erizaba el vello de la nuca.

—Diana..., te está mirando —murmuró su madre, presa de la excitación—. Estoy segura de que va a pedirte que bailes con él.

—Diana no debería bailar —aseguró Minerva, incapaz de dejar de mirarlo—. Al menos no debería bailar esto. El asma...

—Bah. El aire marino ha hecho un buen trabajo. Hace meses que no tiene un ataque.

—Cierto, pero el último que tuvo lo provocó un baile. —Meneó la cabeza—. ¿Por qué tengo que ser siempre yo la que se ocupe del bienestar de Diana?

—Porque yo tengo que ocuparme del tuyo, ingrata.

La mirada de su madre la dejó paralizada. Cuando era niña había envidiado los ojos azules de su madre, le parecía que eran del color de los océanos tropicales y del cielo veraniego, pero aquel intenso azul se había desvanecido durante los años transcurridos desde la muerte de su padre. Ahora poseían el tono de un algodón teñido que ya hubiera visto tres estaciones. O el de la porcelana china de la clase más quebradiza.

El color de la paciencia, casi gastado.

—Somos cuatro, Minerva. Todas mujeres. Sin maridos, padres o hermanos a nuestro alrededor. Es posible que no estemos en la miseria, pero carecemos de seguridad. Diana tiene la posibilidad de pescar a un vizconde rico y guapo, y pienso aprovecharla. ¿Quién si no salvará a esta familia? ¿Tú? —Soltó una carcajada.

A ella no se le ocurrió qué responder.

—¡Oh, oh, se acerca! —chilló Charlotte—. Lord Payne viene hacia aquí.

Minerva se vio envuelta en una intensa sensación de pánico. ¿Payne tenía realmente la intención de declararse esa noche? Cualquiera hombre con dos dedos de frente lo haría. Diana siempre había sido hermosa, pero esa noche estaba radiante con aquel vestido de seda verde esmeralda y apliques de encaje color marfil. Su pelo rubio destellaba como si tuviera brillo propio bajo la luz de las velas y su etérea compostura irradiaba un halo de educación y elegancia.

Parecía justo una vizcondesa.

Y lord Payne parecía, por su parte, un poderoso señor. El hombre recorría la estancia a grandes zancadas hacia ellas, atravesándola entre la multitud que abría a su paso un camino recto e inquebrantable. La gente se alejaba de él con miradas sorprendidas, pero Colin no se daba cuenta, sus ojos estaban clavados en ellas con expresión de determinación.

En ella. En Minerva Highwood.

«No seas tonta».

No podía ser. Sin duda, era un efecto óptico provocado por las gafas. Él se acercaba a Diana, por supuesto. Y le odiaba por ello. Era un hombre absolutamente horrible.

Pero su corazón no se tranquilizó con aquella certeza. Al contrario, notó un ardor entre los pechos. Siempre se había preguntado qué se sentiría estando de pie en un rincón de un salón de baile siendo consciente de que un hombre atractivo y poderoso se dirigía hacia ella. Supuso que era lo más cerca que se hallaba de experimentar tal cosa. Estar al lado de Diana..., imaginándolo.

Presas de una repentina sensación de ansiedad, dirigió su vista al suelo... y luego al techo. Se reprendió a sí misma por su cobardía y se obligó a mirarle.

Él se detuvo ante ella y le hizo una reverencia antes de tenderle una mano.

—¿Me concede este baile?

Su corazón se detuvo. El libro se le escurrió entre los dedos y cayó al suelo.

—Diana, dame tu ridículo—susurró su madre—. Deprisa, venga... Yo lo sostendré mientras bailas.

—No creo que sea necesario —repuso la aludida.

—Por supuesto que es necesario. No puedes ponerte a bailar con ese voluminoso ridículo colgando de la muñeca.

—Es que no soy yo la que va a bailar. Lord Payne ha invitado a Minerva.

—¿A Minerva? Vaya tontería... —Su madre emitió un poco delicado sonido de incredulidad, que se convirtió en una mueca de asombro cuando se inclinó hacia delante y vio que lord Payne efectivamente le había tendido la mano a ella... A Minerva—. Pero... Pero... ¿Por qué?

—Porque la elijo a ella —repuso Payne con sencillez.

—¿De veras? —«¡Oh, Dios! ¿De veras? ¿Ella acababa de decir “¿De veras?” en voz alta?».

Al menos se había detenido en ese punto y no había expresado el resto de los pensamientos que atravesaban su cerebro a toda velocidad y que podrían estar más cerca de: «¿De veras? ¿Ese avance decidido y peligroso a través del salón de baile era por mí? En ese caso, ¿podría volver al punto de origen y repetirlo desde el principio? Y esta vez más despacio y con sentimiento».

—Señorita Minerva —intervino él con la voz profunda y oscura como la obsidiana—, ¿me concede este baile?

Ella observó en silencio, encantada en su interior, cómo la enguantada mano masculina apresaba la suya. La agarraba de forma cálida y firme.

Contuvo el aliento, mientras sentía los ojos de todos los presentes clavados en ellos.

«Por favor, por favor, que nadie se ría».

—Gracias —se obligó a decir—. Me sentiré muy... aliviada.

Él la guio hasta la pista, donde hicieron cola para el baile.

—¿Aliviada? —murmuró él, divertido—. Por lo general, las damas a las que invito a bailar suelen decirme que se encuentran muy *complacidas* u *honradas* de que las haya invitado, no *aliviadas*.

Ella se encogió de hombros.

—Ha sido la primera palabra que me ha venido a la mente.

Y en ese momento fue lo más sincero que pudo decir. Sin embargo, en cuanto ocupó su lugar frente a él y comenzaron a sonar los primeros acordes de la música, cualquier sensación de alivio se evaporó. El miedo ocupó su lugar.

—No puedo bailar —confesó por lo bajo mientras daba un paso adelante.

Él la cogió por las manos y la obligó a girar sobre sí misma.

—Si ya está bailando.

—Pero no lo hago bien.

Él arqueó la ceja.

—Eso es cierto.

Ella hizo una venia hacia el lado equivocado, chocando con la mujer que tenía a la izquierda. Se disculpó, jadeante, con esta y corrigió la postura... para pisar el pie de lord Payne.

—¡Santo Dios! —dijo él con los dientes apretados, antes de acercarla a su costado para

moverse juntos adelante y atrás—. No estaba exagerando.

—Nunca exagero. Soy una inútil.

—No es una inútil, deje de ser tan pesimista. Pero una cosa está clara: si quiere que este baile sea correcto tiene que dejar que sea yo quien la lleve.

Los pasos del baile les obligaron a separarse y ella se sintió perdida. Intentó convencerse a sí misma de que aquello era una declaración de intenciones, que él había aceptado su plan; que la llevaría a Escocia. Por eso la había elegido. La había elegido a ella y no a Diana. ¿Por qué si no la habría invitado a bailar, más que para transmitir la impresión de que existía cierta atracción entre ellos? Pero aquellos errantes pensamientos fueron acallados con rapidez por el atronador ruido de los pasos y los salvajes acordes que salían del violín.

Ejecutó con torpeza otra serie de movimientos antes de que llegara una preciosa parte de la melodía en la que no era necesaria otra cosa que permanecer quieta y batir palmas.

Y luego se encontraba otra vez delante de lord Payne.

Él la apretó contra su cuerpo. La apretó de una manera indecente.

—Diga «¡ay!» —murmuró Payne.

Ella lo miró parpadeando.

«¿Que dijera qué?».

Él le pellizcó con fuerza la parte interior del brazo.

—¡Ay! —exclamó—. ¿Por qué ha hecho...?

Él le envolvió la cintura con un brazo y luego lo flexionó, haciendo que tropezara. Se le descolocaron las gafas.

—¿Qué le ocurre, señorita Highwood? —exclamó Colin en voz alta, con expresión de fingida alarma—. ¿Se ha torcido el tobillo? Qué lástima...

Unos segundos después, atravesaban de cualquier manera la puerta roja de El Toro y la Mariposa hasta que, a dos pasos de la entrada, su escarpín se enredó en una roca y se torció el pie de verdad.

Él la atrapó justo antes de que cayera de rodillas al suelo.

—¿Se ha hecho daño?

Ella negó con la cabeza.

—Solo en el orgullo.

Lord Payne la ayudó a recuperar el equilibrio, pero no la soltó.

—No era esto lo que había planeado. No era consciente de su... dificultad para el baile. Si lo hubiera sabido, habría...

—No, no pasa nada. Está bien. El baile, nuestra salida. Usted... abrazándome delante de todo el mundo. —Tragó saliva—. Todo ha salido bien.

—¿De verdad?

Asintió con la cabeza.

—Sí.

Sin duda, había sido bueno sentir sus brazos alrededor de la cintura. Y también el ilegible ardor que vio brillar en sus ojos y que hacía que cualquier atisbo de inteligencia que poseía se desvaneciera en la nada. Un minuto más sometida a alguna de esas cosas y se hubiera convertido en tonta de capirote.

Lanzó una larga mirada a la puerta. Estaba segura de que alguien los seguiría, o al menos los espiarían a través de la ventana. ¿Es que nadie estaba preocupado por su reputación? ¿Por su tobillo al menos? Necesitaban que alguien los viera juntos si quería que la fuga fuera un poco

convinciente. De otra manera aquel peligroso y desestabilizador abrazo no serviría para nada.

—¿Por qué yo? —inquirió, incapaz de contenerse—. Podría tener a Diana.

—Sí, supongo que podría. Y si decidiera casarme con ella, usted no podría detenerme.

El corazón le golpeó con tanta fiereza en el pecho que estuvo segura de que él también lo sentía.

—Pero esta noche me ha elegido a mí, ¿por qué?

Él torció los labios en una sonrisa irónica.

—¿De verdad quiere que se lo explique?

—Sí. Si lo explica con sinceridad, no... —«no como anoche».

—Mmm... Con sinceridad... —Él pareció meditar sobre el significado de las palabras—.

Siendo sincero, su hermana es una joven muy guapa, elegante, educada. Es muy fácil mirarla e imaginar una vida a su lado. Casarse, un hogar, porcelana china, niños... No es una imagen poco atractiva, pero resulta muy asentada y rígida.

—¿Y cuando me mira a mí? ¿Qué ve entonces?

—¿Sinceramente? Cuando la miro... —dijo mientras deslizaba el pulgar a lo largo de su espalda—. Cuando la miro pienso algo parecido a: «Solo Dios sabe qué pruebas voy a tener que superar si sigo este camino».

Ella se retorció entre sus brazos, empujándole el pecho.

—Suélteme.

—¿Por qué?

—Para poder golpearle.

—Me ha pedido que sea sincero. —Él se rio entre dientes pero no la soltó—. Esto... Esta lucha es justo a lo que me refiero. No, usted no encaja en absoluto en el molde de joven hermosa, elegante y previsible. Pero concédase algo de valor, Marissa. A algunos hombres nos gusta ser sorprendidos.

«¿Marissa?».

Ella clavó los ojos en él, horrorizada. Y conmovida. Y horrorizada de sentirse conmovida.

—Usted... es... el hombre más..., más... —Se escuchó el tintineo de una campana. La puerta de El Toro y la Mariposa se abrió y un puñado de jóvenes del pueblo salió entre risitas ahogadas, llevando consigo una oleada de música y calor. Ella contuvo el aliento. Si esas muchachas se daban la vuelta, la verían con Payne. Los verían a los dos juntos—. Sorpresa... —susurró.

Y apretó sus labios contra los de él.

CAPÍTULO

4

Sorpresa», había dicho ella.

«Sin duda, toda una sorpresa».

Dulzura. Eso fue lo que primero le sorprendió. Colin había visto salir muchas palabras ácidas de esos labios, pero su beso era muy dulce. Fresco y dulce, con un leve toque de decadencia encubierta. Como una ciruela madura bajo el sol del verano dispuesta a caer en su mano a la más mínima provocación.

La caída fue la segunda sorpresa. Cuando comenzó a besarle ella cayó sobre él, que se vio obligado a rodearle la cintura con los brazos y a estrecharla con fuerza.

Sus cuerpos se encontraron.

No, *encontrarse* no era la palabra adecuada. Sus cuerpos se habían encontrado hacía algunos meses, aquel día en los jardines de Summerfield. Ahora solo renovaron ese conocimiento. La sensación de intimidad resultó inmediata y sorprendente. Pero fue el aroma a jazmín que desprendía su pelo lo que actuó como detonador en su interior. Como si liberara un recuerdo que no estaba almacenado en su mente, sino en su cuerpo.

Lo que conducía a la maravillosa y tercera sorpresa.

Placer. Una intensa sensación de triunfo. ¡Dios!, llevaba tiempo deseando eso, pero no lo sabía. De hecho, habría preferido morir antes que admitirlo. Pero sí, una parte de él había deseado eso. Mucho y durante demasiado tiempo. No estaba conociéndola mediante ese beso, sino confirmando verdades que sospechaba desde hacía meses. Como que debajo de toda aquella educación e intereses poco femeninos ella era toda una mujer. Una mujer que no se mostraba espinosa y testaruda entre sus brazos; por el contrario, solo encontraba curvas cálidas y flexibles que se amoldaban a sus músculos a la perfección.

Una mujer que él podía conseguir que se derritiera. Que suspirara. Que se estremeciera.

Con la que no tendría suficiente con un beso.

Le pasó la lengua por los labios cerrados, pidiéndole más. Habían pasado tantos años desde que besó a una chica por el puro placer de besar que se había olvidado de lo placentero e intoxicante que podía resultar. Quería hundirse en esa fría dulzura. Emborracharse, sumergirse en ella. Perderse por completo en un profundo beso.

«Abre la boca. Ábrela para mí».

Ella emitió un pequeño sonido, algo parecido a un chirrido, pero sus labios permanecieron sellados bajo los de él.

Volvió a intentarlo, arrastrando la lengua hacia la comisura. Lenta, sinuosamente... De aquella manera que sabía que a las mujeres les gustaba ser lamidas, justo donde más sensibles eran los labios.

Por fin, ella los separó. Payne introdujo la lengua entre ellos, saboreándola. ¡Santo Dios!, era dulce y fresca, pero completamente maleable. Se mantenía inmóvil, sin respirar. Él se detuvo a sorberle el voluptuoso labio inferior antes de volver a tantear en su interior. Presionó ahora un

poco más profundo, girando la lengua en el interior de su boca antes de retirarla.

Notó el dulce suspiro de su aliento contra la mejilla. Aquel suspiro era una confesión y le ofrecía dos pistas.

Por un lado, le confirmaba que ella no tenía ni idea de cómo devolverle el beso. ¿Y por otro? Por otro le aseguraba que también ella lo deseaba. Que también estaba esperando que ocurriera.

Cuando se apartaron, una sensación de mutua incredulidad parecía flotar en el aire.

—¿Por qué...? —La vio apretar las manos contra el estómago. Durante un momento ella lo miró de arriba abajo; después clavó sus ojos en los de él—. ¿Por qué ha hecho eso? —susurró.

—¿El qué? —repuso, riéndose entre dientes—. Ha sido usted quien me besó.

—Sí, pero... Por qué ha hecho... —Hizo una mueca—. Ha hecho el resto.

Él hizo una pausa.

—¿Porque esa es la manera en que un hombre besa a una mujer?

Ella lo miró fijamente.

«Por el amor de Dios, no podía ser tan inocente».

—Sé que es imposible que tenga mucha experiencia en el tema, pero imagino que alguien le habrá explicado la manera en que se relacionan los sexos, ¿verdad? —Él tendió las manos en un ilustrativo gesto y se aclaró la voz—. Así, ya sabe... Cuando un hombre desea a una mujer mucho, pero mucho...

Ella le golpeó el hombro con el puño y él apenas pudo detener un segundo puñetazo.

—No me refiero a eso y lo sabe de sobra —siseó mientras miraba de reojo al grupo de chicas que se alejaba en dirección a la posada, absortas en su propia conversación—. ¿Por qué ha hecho eso conmigo? Un simple beso era suficiente. ¿En qué estaba pensando?

—¿En qué, desde luego? —Se pasó la mano por el pelo, bastante ofendido por su tono de acusación—. Soy un hombre y usted ha rozado todo su... femenino cuerpo contra el mío. No pensé. Reaccioné.

—¿Reaccionó?

—Sí.

—¿Por...? —Ella cambió el peso de pie—. ¿Por mí?

—Es una respuesta natural. ¿No es usted científica? Debería entenderlo. Cualquier hombre saludable reaccionaría ante tal estímulo.

Ella dio un paso atrás, bajó la barbilla y le miró por encima de las gafas.

—Quiere decir con eso que lo encontré estimulante.

—No es eso lo que quería... —Apretó los labios y dejó inconclusa la frase. La única manera de poner fin a aquella absurda conversación era, simplemente, dejar de hablar.

Respiró hondo y enderezó los hombros. Cerró los ojos durante un instante. Luego los abrió y la miró; la miró de verdad, como si fuera la primera vez que la veía. Observó el espeso pelo oscuro en el que un hombre podía hundir los dedos; las formales gafas, que ahora habían resbalado hasta la punta de la nariz, y, tras las lentes, aquellos enormes ojos, oscuros... e inteligentes. Y esa boca. Tan madura, excitante y sensual...

Se permitió admirar su silueta. Había una pícaro emoción al conocer la ardiente lozanía que ocultaba aquel poco pretencioso vestido de muselina adornado con lacitos. Había sentido su forma, tanteado sus curvas y hecho un mapa de su figura con todas las terminaciones nerviosas del suyo.

Sus cuerpos se habían encontrado, sí; pero aún más que eso, se habían reconocido.

No llegarían más allá, por supuesto. Él tenía sus reglas y ella... A ella no le gustaba y ni

siquiera fingía lo contrario. Sin embargo, se había presentado ante su puerta, en mitad de la noche, con un plan que pretendía inducirlo a una aventura que se encontraba a caballo entre la lógica y la temeridad. E iniciaba besos que no sabía cómo continuar.

Si analizaba todo aquello en conjunto, ella era simplemente...

Una sorpresa. Una bocanada fresca y poderosa de algo inesperado, aunque todavía no sabía si era bueno o malo.

—Sí, quizá... —repuso tentativamente— la encuentre estimulante.

Ella entrecerró los ojos con suspicacia.

—No sé si debo tomármelo como un cumplido.

—Tómelo como quiera.

La vio mirar en dirección a El Rubí de la Reina. El grupo de chicas había desaparecido.

—Bah... Ni siquiera estoy segura de que alguien se haya dado cuenta de que estábamos besándonos.

—Yo sí me he dado cuenta. —Se frotó los labios con el dorso de la mano. El sabor a ciruelas maduras seguía impreso en ellos y, de repente, notaba mucha sed.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó ella.

—Cuándo nos vamos ¿adónde?

—A Escocia, por supuesto.

—¿A Escocia? —Se rio, sorprendido—. No vamos a ir a Escocia.

—Pero... —La vio parpadear furiosa—. Hace un momento, ahí dentro... Ahí mismo dijo que me elegía a mí.

—Para bailar. La elegí como pareja de baile.

—Sí, precisamente... Eligió bailar conmigo delante de todo el mundo y luego me arrastró fuera, mientras me abrazaba de una manera inapropiada, para más tarde besarme en medio de la calle. ¿Por qué iba a hacer todo eso si no tiene intención de fugarse conmigo a Escocia?

—Por última vez, ha sido usted quien me ha besado a mí. En cuanto a lo demás... Lamento la escena que tuvo lugar anoche en mis habitaciones. Pensaba que le debía una disculpa.

—¡Oh! ¡Oh, no! —Ella apretó una mano contra su pecho—. ¿Está diciendo que bailó conmigo por lástima? ¿Que me besó porque le doy pena?

—No, de eso nada. —Suspiró—. No del todo. Es que se me ocurrió que merecía sentirse apreciada y admirada delante de todos.

—Y ahora, por segunda noche consecutiva, me confiesa que todo fue un engaño para que pueda sentirme dejada de lado y humillada... delante de todos. —Vio que a ella se le llenaban los ojos de lágrimas—. No puede estar haciéndome esto otra vez.

¡Oh, por el amor de Dios! ¿Cómo había ocurrido eso? Su intención no podía ser mejor y, sin embargo, de alguna manera...

«Tus buenas intenciones son como proyectiles de mortero».

—Hasta aquí hemos llegado —aseguró ella con los puños cerrados—. No voy a permitir que vuelva a escapar. Insisto, debe llevarme a Escocia. Le exijo que me arruine. ¿Acaso no le queda honor?

La campana de la puerta de la taberna tintineó de nuevo y se apartaron de golpe.

Parecía que la fiesta había tocado a su fin en la taberna. Los participantes salieron de El Toro y la Mariposa y tomaron rumbo al césped.

Mínerva cruzó los brazos sobre el pecho y alzó la punta de la nariz.

—Mire —susurró él—, ¿conoce algún lugar privado donde podamos hablar? Uno que no sea mi

alojamiento a medianoche.

Tras una larga pausa, ella se subió las gafas.

—Reúnase conmigo en lo alto del camino a la playa mañana por la mañana, al amanecer.

—¿Al amanecer?

—¿Demasiado temprano para usted?

—Oh, no —se apresuró a responder—. Soy un hombre madrugador.

—Llega tarde —le reprendió ella a la mañana siguiente. Los primeros rayos de sol del amanecer arrancaban destellos de sus gafas—. Llevo un rato esperándole.

—Buenos días para usted también, Marianna. —Colin se frotó los ojos cansados antes de pasarse la mano por la mandíbula cubierta de barba incipiente—. Tuve que despedirme de mi primo. —Deslizó la mirada por la prenda que la cubría; una abominación sin forma, confeccionada en tela gris y abotonada hasta la barbilla—. ¿Qué demonios lleva puesto? ¿Ha ingresado en un convento desde que hablamos por última vez? ¿Se ha convertido en una monótona hermanita de la caridad?

—Lo he pensado, no se crea —aseguró ella secamente—. Sin duda, habría sido lo más prudente. Pero no, al final opté por ponerme el traje de baño. —Le recorrió con la mirada—. Imagino que a usted no se le habrá ocurrido traer uno.

Él se rio.

—No, imagina bien.

—Supongo que valdrá con que se quite algunas prendas. Vamos, venga.

Él la siguió por el rocoso camino hasta la cala, aturdido e innegablemente intrigado.

—Si hubiera sabido que esta actividad incluía desvestirse, habría sido más puntual.

—Vamos, rápido. Debemos darnos prisa o nos verán los pescadores.

Llegaron a la playa. El aire marino que les envolvió tuvo un efecto embriagador y despejó todas las telarañas de su cerebro. El mundo comenzó a parecer un lugar mejor.

Él se detuvo en el borde del agua. El mar le lamió las botas. Se tomó un momento para respirar hondo antes de examinar la cala y las redondeadas rocas que parecían casi fantasmagóricas en el brumoso amanecer. Jamás había apreciado antes esa imagen, no había estado allí nunca a tan temprana hora de la mañana.

Parecía un lugar eterno. Casi místico.

El mar le salpicó la cara.

—Despierte —dijo ella al tiempo que se quitaba las gafas y las colocaba en el interior de una pequeña bolsita encerada que se colgó de la muñeca. Él la vio acercarse con decisión a las suaves olas—. El tiempo apremia.

Colin observó con incredulidad cómo aquella loca de atar se metía en el agua. Primero hasta las rodillas. Luego hasta la cintura. Por fin hasta el cuello.

—Salga de ahí —le ordenó, con un tono que recordó demasiado al de una niñera—. Y no quiero tener que repetirlo.

—¿Por qué?

—Porque estamos en abril y tiene que estar congelándose. «Y porque siento una repentina curiosidad por verla mojada y, esta vez, sin barro que la cubra. No tuve la oportunidad de apreciar la imagen la otra noche».

Ella se encogió de hombros.

—No está tan mal cuando te acostumbras a la temperatura.

¡Por el amor de Dios, si hasta dolía mirarla! Estaba tiritando y tenía los labios azules. Estaba seguro de que, debajo de esa horrible prenda, tendría los pezones duros como carámbanos. ¿Esperaba de verdad que se uniera a ella? ¿Él y sus preciosos testículos, altamente susceptibles a las temperaturas extremas?

—Escuche, Madeline. Ha habido un malentendido. No he venido aquí para nadar, sino para hablar.

—Y yo tengo que mostrarle un punto de la ensenada que se halla justo al rodear esas rocas. Solo se puede llegar hasta allí nadando. Hablaremos cuando lleguemos. —Ella le miró con la cabeza ladeada—. No tendrá miedo, ¿verdad?

¿Miedo él? Ja. ¿Qué acababa de escuchar salpicando en el agua? Debía de ser el guante que ella le acababa de arrojar.

—No. —Se descalzó y se quitó la chaqueta. Luego enrolló las perneras del pantalón hasta las rodillas y las mangas de la camisa hasta los codos. Preparado para la batalla—. Muy bien. Ya voy. —Dio un respingo al penetrar en las frías profundidades. Cuando la línea de flotación le llegó al ombligo, maldijo en voz alta—. Esto tiene su mérito, espero que lo sepa. Las leyendas se forjan con mucho menos. Lancelot solo tuvo que remar en un lago en el que el agua estaba como un plato.

Ella sonrió.

—Lancelot era un caballero. Usted es vizconde. Tiene el listón más alto.

Él soltó una risa ahogada que se convirtió en un jadeo a causa del frío.

—¿Por qué solo muestra este sentido del humor tan deliciosamente pícaro cuando está mojada y helada? —le preguntó, acercándose a ella.

—Pues... —La vio parpadear con tanta fuerza que casi podría haber emprendido el vuelo con el impulso de las pestañas—. No lo sé.

Aunque estaba sumergida en agua helada, comprobó que ella se ruborizaba de pies a cabeza. Notó también que todas las barreras invisibles que ella mostraba se alzaban al instante. ¡Qué extraño! La mayoría de las mujeres que conocía confiaban en su encanto y belleza física para ocultar sus rasgos menos agradables. Aquella chica hacía lo contrario: escondía las más interesantes de sus virtudes tras una fachada de remilgada sencillez.

¿Qué más sorpresas estaría ocultándole?

—Venga, movámonos —le acució ella—. Sígame.

Con brazadas ágiles y relajadas, ella lo guio entre las rocas diseminadas junto a la costa hasta una pequeña ensenada rodeada de acantilados.

Colin alzó la mirada para admirar los enormes promontorios rocosos y supo, en ese momento, que por muchos años que viviera jamás entendería qué llevaba a un hombre —o a una mujer— a mirar un muro de piedra como ese y pensar: «Creo que me gustaría asistir a un simposio sobre esto».

—Bien, ¿qué es lo que vamos a ver?

—No está allá arriba —le corrigió la joven—, sino ahí abajo.

—¿Abajo? ¿Dónde? —Miró a su alrededor y no vio nada más que agua.

—Hay una gruta. La entrada queda oculta cuando hay marea alta. Ya verá. Agárrese a mí.

Ella le tendió el brazo y él se lo cogió por encima del codo. A su vez, Minerva le apresó el suyo de manera similar.

—Ahora tome aire —le aconsejó ella.

—Un momento, ¿adónde...?

Jamás llegó a respirar profundamente tal como la joven había sugerido. Se vio obligado a sumergirse con ella antes de tener posibilidad de negarse. Se encontró arrastrado por el brazo, completamente hundido en el agua. Ella los impulsó hacia delante, moviendo los pies como si fueran aletas.

Por lo que parecía, habían entrado en una especie de túnel.

Sintió que la roca le arañaba la espalda. Pataleó y su pie impactó con la piedra. Se estiró para llegar a donde debería estar la superficie del agua..., pero también había roca. Estaba atrapado.

Abrió los ojos bajo el agua. Todo estaba oscuro y no se veía nada. El mar parecía turbio, rodeado por aquellos muros de piedra. No había aire, solo agua.

Intentó retroceder nadando, pero ella tiró de él hacia delante, haciendo que se detuvieran por completo, prisioneros en ese estrecho pasadizo de roca. Le ardían los pulmones, notaba palpar las extremidades. En los oídos escuchaba el rugido del agua y el frenético latido de su corazón, atrapado contra las costillas.

Podía morir allí.

Sin embargo, el mayor temor se lo provocaba pensar que no sería así. Que sus pulmones aprenderían de alguna manera a prescindir del aire y permanecería allí abajo, en aquella oscura trampa de agua, perdido en un silencio interminable. Reviviendo aquella noche infernal una y otra vez.

«Se acerca la muerte y estoy solo».

Pero no estaba solo. Notó los dedos de Minerva en su brazo, como un grillete, y que ella le cogía la muñeca con la otra mano para tirar de él bruscamente. Atravesaron como un relámpago el resto del túnel de roca antes de salir a la superficie, jadeantes, en el otro lado.

Le recibió más oscuridad, pero allí al menos había aire; solo tenía que buscarlo.

—Está bien, tranquilo —dijo ella—. Ya hemos llegado.

—¡Santo Dios! —logró articular finalmente, mientras se enjugaba el agua de la cara—. ¡Jesús! ¡San Juan Bautista! Y, ya que estamos, Mateo, Marcos, Lucas y Juan... —Todavía no era suficiente, iba a tener que recurrir al Antiguo Testamento—. Abdías, Nabucodonosor, Matusalén y Job.

—Tranquilo —repitió ella, y lo agarró por los hombros—. Tranquilo. Y, por si no lo sabe, también hay mujeres en la Biblia.

—Sí. Claro que lo sé, fueron las que causaron todos los problemas; del primero al último. ¿Qué lugar es este? No puedo ver ni una maldita cosa.

—Hay una tenue claridad. Espere un momento y se le acostumbrarán los ojos.

Él alzó la cabeza y vio que a través de algunas grietas de formas floridas que había en lo alto se filtraba un poco de luz. Tenues alfilerazos blancos en la negrura.

Minerva le asió la barbilla y le obligó a apartar la vista de la luz para mirarla a ella.

—No clave allí los ojos o jamás se acostumbrarán a la luz. Límitese a mirarme a mí y a respirar hondo muy despacio. Así. Inspirar... Espirar...

Aquella voz apaciguadora estaba logrando que se calmara. Probablemente era el mismo tono que utilizaba para tranquilizar a su hermana cuando padecía un ataque de asma. Se sintió humillado. No necesitaba mimos, aunque disfrutara de la ronca y fascinante calidad de su voz y del sensible roce de sus dedos en la cara. El apresurado latido de su corazón se sosegó un poco.

Por fin, las grietas blancas que flotaban sobre sus cabezas le proporcionaron un leve resplandor que le permitió reconocer los rasgos de Minerva. Los suaves ojos oscuros enmarcados por largas

pestañas negras; las mejillas redondeadas y la piel pálida. Los labios, húmedos por el agua salada.

—¿Ya me ve? —susurró la joven.

Él asintió con la cabeza. Y aunque estaba seguro de que aquella experiencia cercana a la muerte estaba distorsionando su percepción —o quizá fuera debido a la tenue luz—, la encontró preciosa.

—La veo. —Deslizó los brazos alrededor de su cintura para acercarla más.

—¿Qué le ha pasado? ¿Perdió la orientación bajo el agua? —Ella le apartó un mechón de pelo de la frente—. ¿Tengo que preocuparme por usted?

¡Vaya pregunta! Y sobre todo expresada con esa voz tan dulce y ronca. Algo hizo que tardara en responderle.

—No. —Le dio un beso firme en la frente—. No, cielo, no pierda el tiempo preocupándose por mí.

La soltó y ella se distanció al momento.

—Venga... —Lo guio hasta una repisa de piedra y él la ayudó a subir al verla forcejear con aquella prenda inmundada para alzarse fuera del agua. Resultaba muy agradable volver a adoptar el papel de hombre fuerte. Y también lo era notar la firmeza de sus muslos bajo los dedos.

Una vez que ambos hubieron subido a la repisa rocosa, ella avanzó a tientas a lo largo de la pared de la caverna hasta meter la mano en un hueco en lo alto, de donde retiró una especie de caja. Del recipiente sacó una vela y un yesquero. Una llamareda naranja iluminó la gruta, lo que permitió a Colin confirmar que era tan pequeña y asfixiante como sospechaba. Pero el resplandor de aquella vela también creó un pequeño e íntimo espacio con su halo dorado. Pensó que nada le agradaría más que quedarse dentro de esos límites en un futuro cercano.

Las sombras incidieron en los rasgos de Minerva mientras recuperaba las gafas y se las ponía. Luego sostuvo la vela para iluminar la pared de piedra, a su espalda.

—¿Dónde estamos?

—En la cueva de las maravillas. Mire esto. Toda la superficie expuesta es un estrato de vida marina fosilizada. —La vio pasar la punta de los dedos por la áspera pared—. Me he pasado horas haciendo moldes y estudios, dibujando bosquejos, extrayendo especímenes de donde puedo. Aquí hay un equinoideo, ¿lo ve? Junto a él se halla un trilobites y, justo encima, hay una esponja marina fosilizada. Mire.

Y él miró. Vio rocas, resaltes y más rocas llenas de resaltes.

—Fascinante. ¿Es este el tema sobre el que ha escrito su artículo? Sobre equi-no-sé-qué y trogloditas. Me parece difícil que lleguen a valer quinientas guineas.

—No, no trata sobre ellos, pero su valor es incalculable.

La vio desplazarse lateralmente por los límites de la gruta y la siguió porque parecía que era lo que ella esperaba de él. Cuanto más se alejaban de la luz, más se encogía la caverna a su alrededor, oprimiéndole los pulmones. Aunque estaba empapado por el agua de mar, una fina capa de sudor comenzaba a perlarle la frente.

—¿Ve esta depresión en la piedra? —preguntó ella al tiempo que alzaba la vela.

Él se concentró en ese punto, feliz de tener una distracción.

—Sí.

—Es una huella —informó en un tono bajo y reverente—. Fue horadada hace muchísimo tiempo, cuando una criatura pisó en el barro. La impresión se conservó, comprimida por la piedra.

—Ya veo. Y esto es extraordinario porque... ¿las huellas son raras?

—Las huellas fosilizadas son muy raras, sí, pero es que además nadie ha encontrado antes una

huella como esta. Fijese en esto, son tres dedos separados. —Y él se fijó. La suela entera de una de sus botas podría caber en uno de los «dedos» de aquel ejemplar—. Se parece a la que dejan las patas de los lagartos o los cocodrilos —comentó ella.

—Dado el tamaño, tendría que tratarse de un cocodrilo gigantesco.

—Justo. —Incluso a pesar de la oscuridad, notó el brillo excitado en los ojos de Minerva—. ¿No lo entiende? El señor James Parkinson ha publicado tres volúmenes con placas de fósiles, desde plantas a vertebrados. Ha documentado docenas de animales, incluidos un cocodrilo y un elefante prehistóricos. Pero esta huella no se ajusta a ninguna de las descripciones que aparecen en sus escritos. Esto demuestra la existencia de una criatura desconocida, inédita para la ciencia moderna. Un lagarto prehistórico gigante.

Él parpadeó.

—Bueno, bueno... Eso parece... notable.

Un lagarto prehistórico gigante. Aquel era el gran descubrimiento científico que garantizaba que ganaría las quinientas guineas. Ella quería viajar a Edimburgo para probar la existencia de los dragones. Ningún científico de mente estrecha le concedería un premio por eso.

—Esta huella —continuó ella con vehemencia— lo cambia todo. Todo. —Él solo podía mirarla fijamente—. ¿No se da cuenta?

—Lo cierto es que... no.

Incapaz de permanecer más tiempo en aquel angosto lugar, se dirigió a la parte más ancha de la gruta. A continuación se sentó en el borde de la repisa. El mar le lamía las puntas de los dedos.

—¿Hay otra manera de salir de aquí? —preguntó alzando la vista.

Ella se sentó a su lado y suspiró.

—Debería haber imaginado que esto no serviría de nada. Ha tenido razón desde el principio: planear la fuga fue una idea estúpida. Se me ocurrió que si tenía oportunidad de ver este hallazgo con sus propios ojos, comprendería lo que significa; que se convencería de que se llevaría las quinientas guineas. Pero, para mi consternación, usted parece incapaz de captar el valor científico.

Él pasó por alto conscientemente aquel sutil insulto.

—Eso parece, sí.

—Por no mencionar que esperaba que usted contribuiría al viaje con algo más que comentarios sarcásticos. Pero también me equivoqué respecto a eso.

—¿A qué se refiere?

—Ya sabe... A que ya que no aportaba materia gris, proporcionara al menos fuerza bruta. Protección. Seguridad. Pero después de lo que ha ocurrido en el túnel... No puedo dedicarme a arrastrarle hasta Escocia mientras usted patatea.

—Eh, eh... Espere un momento —la interrumpió. Se aclaró la voz y bajó el tono una octava—. Soy un hombre fuerte. Boxeo, hago esgrima, monto a caballo, practico tiro, soy el teniente primero de una pequeña pero valerosa milicia. Estoy seguro de que podría enfrentarme a ese lagarto gigante suyo y lanzarlo por el acantilado. Es solo que no me siento a gusto en los túneles submarinos.

—Ni en las cavernas. —Al notar su ofendido silencio, ella continuó—: No, no se le ocurra negarlo, puedo notar lo fuerte que respira.

—No es cierto.

—¡Por Dios! Si está empañándose las lentes a pesar de la distancia. ¿Le dan miedo los lugares cerrados?

—No me dan miedo —aseguró él. El silencio que mantuvo la joven expresaba a las claras su

escepticismo—. Es una fobia —masculló—. Me desagradan los espacios cerrados y oscuros.

—Debería haberlo mencionado antes de que entráramos en la gruta.

—Bueno, ni siquiera me dio la oportunidad.

—¿Y cómo piensa hacer para salir por el túnel?

—No pienso hacerlo. —En aquella cámara de mayor tamaño, y gracias a la luz de la vela, la situación no era tan mala. Sin embargo, no pensaba atravesar de nuevo aquella tumba—. ¿No ha mencionado que la entrada de la gruta está por encima del nivel del agua cuando baja la marea? Esperaré a que eso ocurra.

—Pero pasarán horas. La gente se preguntará qué nos ha ocurrido.

A Colin le sorprendió aquel «nos» que mencionaba: a ella ni siquiera se le había ocurrido que podía regresar sola y dejarlo allí. Ya había observado esa cualidad en ella en los últimos meses, nunca se planteaba la idea de ser desleal. Imaginó que por eso estaba siendo tan desdeñosa con él.

La vio pellizcarse el puente de la nariz.

—¡Dios! Ahora sí que tendremos que ir a Escocia. Si alguien se fijara en que hemos desaparecido juntos esta mañana... Si alguien nos vio besarnos anoche... Si su amante se decide a hablar... —Ella bajó la mano—. Cada una de esas cosas por separado sería pasada por alto, pero ¿las tres a la vez? Sin duda, ya he perdido la reputación.

—Esa es una conclusión precipitada —aseguró él, ignorando a propósito que cada acontecimiento por separado también resultaba bastante inexcusable—. Vamos a ocuparnos de los problemas de uno en uno. ¿Cuántas velas tiene?

—Esta y otra.

Hizo una rápida estimación mental. Tres, quizá cuatro horas de luz. Más que suficientes. Notó un fuerte escalofrío.

—¿Tiene frío? —Sin duda, se le ocurrían cosas peores que pasar algunas horas acurrucado junto a una mujer para entrar en calor.

Ella metió la mano en un hueco de la roca.

—Tengo una manta aquí guardada. —Tras arrodillarse junto a él, extendió la tela y cubrió los hombros de ambos, teniendo la prudencia de dejar algunos centímetros de separación entre sus cuerpos.

Un calor húmedo comenzó a traspasar su ropa mojada.

—Sería demasiado esperar que guardara también una botella de whisky, ¿verdad?

—No, no la tengo.

—Una pena. Pero aun así... Las velas, una manta... ¿Pasa mucho tiempo en este..., er..., lugar? —terminó él, tras haber pensado una palabra que sustituyera de manera diplomática a infierno.

Fue consciente de que ella encogía los hombros.

—La geología es mi pasión. Algunos científicos tienen un laboratorio, yo tengo una gruta.

Una docena de respuestas irónicas se agolpó en su mente, pero sospechó que burlarse de ese tema en concreto la haría sentirse demasiado vulnerable. Era una científica y tenía una gruta. Él, por su parte, era un aristócrata sin objetivos que no tenía nada.

—Lo tenía todo planeado —comentó ella—. Hay un carruaje de postas que hace la ruta entre Eastbourne y Rye. Pasa los martes y los jueves alrededor de las seis. Si esperamos en la calle mayor, podríamos subirnos a él. Nos llevaría hasta la siguiente parada y desde allí al norte. Llegaríamos a Londres al día siguiente por la mañana.

Mmm..., estar en Londres al día siguiente por la noche... Bullicio. Comercios. Sociedad. Clubes. Brillantes bailes y doradas óperas. Cielos oscurecidos por el humo del carbón. Farolas

iluminando las calles oscuras.

—Desde allí —continuaba explicando ella—, cogeríamos otro carruaje de postas.

—No, no, no. Se lo dije la otra noche: un vizconde no viaja en un carruaje de postas. Y este vizconde en particular no piensa poner un pie en ningún carruaje.

—Espere un momento... —La vela osciló en la mano de Minerva—. ¿Cómo había pensado que viajaríamos a Edimburgo si no es en un carruaje de postas?

Él encogió los hombros.

—No vamos a ir a Edimburgo, pero si fuésemos tendríamos que encontrar otro medio de transporte.

—¿Cuál? ¿Una alfombra mágica?

—¿Qué tal un carruaje de alquiler privado con un conductor incorporado? Usted viajaría en él y yo la acompañaría a caballo.

—Eso costaría una fortuna.

Él se encogió de hombros.

—En lo que respecta a la manera de viajar, tengo mis preferencias. No voy en carruajes y tampoco viajo de noche.

—¿Y tampoco viaja de noche? Pero así sería mucho más rápido. Si no viajamos por la noche, el viaje llevará el doble de tiempo.

—Entonces es una suerte que no vayamos a ir, ¿verdad?

Ella alzó la vela y le estudió el rostro con atención.

—Solo está poniendo excusas. Quiere romper nuestro acuerdo...

—¿De qué acuerdo habla? No tenemos ningún acuerdo.

—... y se saca de la manga esas ridículas condiciones. —La vio hacer un gesto en el aire—. Nada de carruajes, nada de viajar de noche. ¿Qué clase de hombre tiene esas reglas?

—La clase de hombre que ha estado a punto de morir en un accidente de carruaje... —repuso él de mal humor— por la noche.

Ella suavizó la expresión y también la voz.

—Oh...

Él se movió con inquietud sobre la piedra. Se le había olvidado que ella desconocía tal cosa. En Londres lo sabía todo el mundo; la historia circulaba por los salones de baile y entre las mesas de juego todas las temporadas. Saltaba de las matronas a las debutantes, de los corredores de apuestas a los cantantes de ópera, siempre envuelta en un halo de tristeza. «Me he enterado de que el pobre lord Payne...».

—¿Ocurrió hace poco tiempo? —preguntó ella.

—No, fue hace mucho.

—¿Qué sucedió?

Con un breve suspiro, él reclinó la cabeza y la apoyó en la áspera y húmeda piedra.

—Cuando era un niño, mientras viajaba con mis padres, se rompió un eje de las ruedas y el coche volcó. Sobreviví al accidente sin apenas un rasguño, pero mis padres no fueron tan afortunados.

—¿Resultaron heridos?

—Murieron. Allí mismo, en el carruaje, ante mis ojos. Mi padre lo hizo casi al instante. Mi madre, sin embargo, falleció más lentamente y tras una larga agonía. —Hizo una pausa—. No podía salir, ¿sabe? El azar hizo que el carruaje cayera sobre un lado y que fuera imposible abrir la puerta. No pude salir en busca de auxilio, no pude escapar. Permanecí allí atrapado durante toda

la noche. Solo. Me encontró un campesino que pasaba por allí a la mañana siguiente.

¡Toma! Eso le enseñaría a pedirle sinceridad.

—¡Oh! —Ella le tomó del brazo—. ¡Oh, Dios! Lo siento mucho. Entiendo ahora por qué le dan miedo..., por qué siente fobia por los espacios oscuros y cerrados. ¡Qué atrocidad!

—En efecto, horrible. —Se frotó la sien—. Huelga decir que tengo pocas ganas de verme en una situación similar, así que rijo mi vida por unas simples reglas: jamás viajo de noche ni lo hago en carruajes cerrados. Ah, y tampoco duermo solo. —Hizo una mueca torcida—. Esto último es más una declaración de intenciones que una regla.

—¿Qué quiere decir?

Vaciló durante un momento, pero ya había revelado demasiado de sí mismo, no tenía sentido ocultar el resto.

—Sencillamente, que no duermo solo. Si no comparto la cama con alguien, soy incapaz de pegar ojo. —Se acercó al suave calor que emitía el cuerpo de Minerva y recolocó la manta alrededor de sus hombros—. Así que ya puede modificar sus planes, cielo. Si hiciéramos ese viaje..., la necesitaría en mi cama.

CAPÍTULO

5

Minerva escuchó, en alguna parte al fondo de la gruta, el goteo del agua que rompía el aturdido silencio.

«Una, dos, tres...

»Diez, once, doce...».

¿La necesitaría? ¿En su cama, nada menos? Resultaba demasiado surrealista para que pudiera creérselo. Se recordó a sí misma que no era a ella. Por lo que se veía, le serviría cualquier mujer.

—Así que quiere decir que ese accidente..., esa trágica noche de su infancia... es la razón de su libertina manera de vivir.

—Sí. Es mi maldición. —Él emitió un hondo suspiro. Un suspiro destinado a tocar su fibra sensible.

Y funcionó. Realmente funcionó.

—¡Santo cielo! —Intentó tragar el nudo que tenía en la garganta—. Debe de dedicarse a hacer esto todo el tiempo. Noche tras noche le cuenta a las mujeres su triste historia y...

—Lo cierto es que la triste historia me precede.

—... y ellas no solo le abren los brazos, también se levantan las faldas para usted. «Ven aquí, pobrecito, déjame abrazarte...», una y otra vez. ¿No es así?

Él vaciló.

—Algunas veces.

Ella supo que lo hacían, sin ningún género de dudas. Incluso ella misma se sentía impulsada a eso. Cuando él relataba su historia, una honda emoción dejaba su impronta en el pecho. Pesar, simpatía... Sus entrañas se retorcieron y lanzaron un complejo impulso a sus venas. Toda su feminidad respondía a la llamada.

Entonces llegaron las mentiras. Su corazón comenzó a susurrar mentiras. Medias verdades insidiosas que resonaban con cada pulsación.

«Es un hombre destrozado».

«Te necesita».

«Tú puedes sanarle».

Pero su razón tenía mejor criterio. Un número incontable de mujeres ya había pasado por sus manos, entre otras partes, para intentar sanar aquella alma destrozada..., ¡sin éxito!

Y aun así... Aunque su mente supiera que era una tontería, su cuerpo se estremecía por el deseo de abrazarle. De consolarle.

—No me lo puedo creer —suspiró, casi para sí misma—. No puedo creer que esté intentando hechizarme a mí.

—Yo no estoy intentando nada, le muestro los hechos. ¿No es eso lo que más le gusta? Si alberga alguna idea de convencerme para hacer ese viaje, debe conocer mis condiciones. No voy en carruajes, lo que quiere decir que montaré a caballo todo el día. Y no podría montar a caballo durante el día a menos que duerma bien por la noche. Y no duermo solo, ergo tendría que

compartir mi cama. A menos, claro está, que prefiera que busque a una chica en cada posada en la que pernoctemos.

Se vio invadida por una intensa náusea.

—Uf...

—Si le soy sincero, en este momento tampoco me gusta mucho la idea. Compartir la cama con muchas mujeres a lo largo del camino al norte podría haber resultado increíble hace cinco años, pero ahora... ya no. —Se aclaró la voz—. Hoy en día lo único que busco es poder descansar. No me acuerdo ni con la mitad de las mujeres con las que duermo, si es que eso tiene algún sentido.

—¿Si tiene algún sentido? Nada de esto tiene sentido.

—No tiene por qué comprenderme, bien sabe Dios que yo no lo hago.

Ella imitó su postura, recostada contra la pared de roca. Bajo la manta, sus brazos se tocaron. Incluso solo con aquel leve contacto, pudo sentir la inquietud de Payne. Era evidente que él hacía verdaderos esfuerzos para ocultar su ansiedad, pero ella llevaba años fuertemente armonizada con las más pequeñas señales de desasosiego. No podía ignorar la jadeante respiración ni los músculos tensos, desesperados por abandonar aquel lugar.

Y a pesar de la complejidad que suponía, no perdía las esperanzas de llegar a comprenderlo. Después de todo era una científica.

—¿Esto le ocurre solo en la gruta? —preguntó—. ¿O le pasa todas las noches? —Él no respondió—. Dice que le ocurre desde esa infausta experiencia en la infancia, pero ¿ha mejorado o empeorado con el tiempo?

—No quiero hablar de ello.

—Oh, de acuerdo.

Qué triste que él sufriera así. Qué patético que tuviera que recurrir a una larga lista de mujeres sin nombre para aguantar su sufrimiento. La idea le revolvió el estómago, sintió una irracional envidia... y notó un leve ardor por debajo del traje de baño.

Otra cuestión brilló en su mente.

—¿Quién..., quién estaba en su cama la otra noche? —No pudo evitar preguntarle—. No debería importarme, pero... —«Pero quienquiera que fuera tiene el poder de hacer que mi vida sea una agonía».

—Ginny Watson —repuso él a regañadientes, tras una dilatada pausa.

—Oh... —Conocía a aquella joven y alegre viuda. Era la lavandera de la posada. Al parecer también era la lavandera, y otras cosas, de los residentes en el castillo. Pero no aparentaba ser una mujer con inclinación a esparcir chismes.

—No significa nada —aseguró Colin.

—¿Es que no lo ve? Eso es lo peor. —Se apartó de la roca y se giró hacia él para mirarle. La tela mojada del traje de baño rozó la piedra—. El insomnio no es algo tan raro, ¿sabe? Tiene que haber una solución. Si no puede dormir por la noche, ¿por qué no enciende alguna lámpara? Puede leer un libro, beberse un vaso de leche caliente... Acudir a un médico para que le recete algunos polvos para dormir.

—Esas ideas no son nuevas. Las he probado todas y muchas más.

—¿Y nada funciona?

Las gotas volvieron a romper el silencio.

«Una, dos, tres...».

Él le acarició el brazo suavemente. Luego, poco a poco, se inclinó hacia ella.

—Funciona una cosa —le susurró al oído.

Acto seguido, le rozó la mejilla con los labios.

Ella se tornó rígida. Cada terminación nerviosa de su cuerpo se puso alerta. No sabía si a causa de la consternación o por la expectación de que la convirtiera en otra muesca en su cadena amorosa.

«Consternación», se dijo a sí misma. Debería estar consternada.

—Es usted un sinvergüenza —susurró—. No puedo creerlo.

—Para mí también es una sorpresa. —Le pasó los labios por la barbilla—. Pero usted es una mujer sorprendente.

—Y usted un oportunista.

—No voy a negarlo. ¿Por qué no aprovecha la ocasión? Quiero besarla y usted necesita practicar con desesperación.

Ella le puso la mano en el hombro para apartarle. En la gruta flotó un indignado silencio.

—¿Qué está sugiriendo?

—Ayer por la noche quiso devolverme el beso, pero no sabía cómo.

A Minerva se le subió el corazón a la garganta. ¡Qué mortificación! ¿Por qué se había dado cuenta él?

Sin añadir nada, lord Payne le quitó las gafas, las dobló y las dejó a un lado.

—No me lo puedo creer —suspiró ella.

—Eso es lo que repite una y otra vez. —Él se inclinó más cerca, haciendo desaparecer la distancia entre ellos—. Pero ¿sabe qué, Matilda? ¿Sabe lo que no ha dicho?

—¿Qué?

—No ha dicho «no». —Él la buscó en la oscuridad, acariciándole la mejilla con rapidez antes de ahuecar la mano sobre la barbilla. Con la mano allí posada comenzó a trazar círculos cada vez más amplios con el pulgar, hasta que le rozó el labio inferior—. Tienes una boca hecha para besar —murmuró, sin dejar de mirarla a los ojos—. ¿Lo sabías? —Ella negó con la cabeza—. Suave y voluptuosa. —Él se inclinó al tiempo que le acariciaba la barbilla con la palma de la mano—. Muy dulce.

—Ningún hombre me ha dicho antes que le pareciera dulce.

—¿Te ha besado algún otro hombre? —Una vez más, ella meneó la cabeza—. Me alegro. —Colin le rozó los labios con los suyos. Fue solo un leve contacto, pero provocó una burbujeante sensación en sus venas. Él emitió un ronroneo de satisfacción—. Tu boca es dulce porque sabes a ciruelas maduras.

No lo pudo evitar; se rio.

—Eso es absurdo.

—¿Por qué?

—Porque es muy pronto para que las ciruelas estén maduras.

La ronca y entrecortada risa masculina los estremeció a los dos.

—Piensas demasiado para tu bien. Pero eso se arregla con un buen beso.

—Pues no quiero cambiar.

—Es posible, pero creo que sí quieres besarme. —Le acarició con la nariz la curva de la mejilla y su voz se convirtió en un sensual susurro—. ¿Quieres?

Y quería. ¡Oh, vaya si quería!

No podía negarlo. Y menos cuando él la tocaba así. Quería que la besara y devolverle el beso. Quería tocarle, acariciarle, abrazarle con fuerza. Aquel tierno impulso todavía palpitaba en su interior a pesar de todos sus esfuerzos para expulsarlo. Su corazón seguía vertiendo aquellas

mentiras al resto de su cuerpo.

«Te necesita».

«Tú puedes sanarlo».

Ella poseía calidez femenina en abundancia y, en ese momento, era lo que él precisaba. A cambio, podría vislumbrar lo que significaba ser necesitada, ser besada. Ser llamada dulce antes de ser comparada con una ciruela madura.

Experimentar lo que era ser deseada por un hombre deseable.

—¿Solo esta vez? —suspiró.

—Solo esta vez.

Siempre que los dos supieran que era un mero entretenimiento..., una forma inofensiva de pasar el rato, no podía hacer daño, ¿verdad? En secreto, en la oscuridad.

Allí no había nadie que se riera.

Contuvo el aliento cuando él depositó un casto beso en la frente, y en la mejilla, y en la barbilla.

Y, por fin, en los labios.

Él frotó la punta de la lengua contra aquel vulnerable lugar en la comisura de la boca, tentando a sus labios para que los separara. Ella se quedó sin aliento y él aprovechó el momento para introducir la lengua en su boca.

Se quedó paralizada al instante y apretó la palma de la mano contra el musculoso torso para apartarlo con fuerza.

—No entiendo... —La joven cerró los dedos, aferrando con firmeza la pechera mojada—. No sé por qué hace esto. Y tampoco sé qué debo hacer para responder.

—Cállate. —Él le acarició el pelo, enredando los dedos entre los espesos y húmedos mechones para desenredarlos—. Saber besar es una habilidad como otra cualquiera; requiere de un poco de práctica. Piénsalo, considéralo algo parecido a bailar. —Colin se detuvo para besarle el cuello, la oreja—. Ríndete a la cadencia. Sigue mi ritmo.

Volvieron a intentarlo. En esta ocasión él le apresó el labio superior entre los suyos y apretó con suavidad. Luego repitió la misma acción con el labio inferior.

Y, por último, introdujo la lengua entre los dos para frotarla contra la de ella, quien le devolvió la caricia tentativamente, lo que granjeó un gruñido de aprobación por su parte. Minerva notó un hormigueo en la piel y un fuerte calor creció entre sus cuerpos, derritiendo la ansiedad que la atenazaba.

Él ladeó la cabeza para reconocer su boca desde un nuevo ángulo.

En ese momento la muchacha supo por qué él había comparado los besos con los bailes. Hacía movimientos. Muchos movimientos. No solo metiendo y sacando la lengua en su boca, sino que además tenía que moverla juguetonamente, intentando engatusarla con sutileza. Pero, tal y como le sucedía siempre en una pista de baile, se sintió débil y mareada. Abrumada y fuera de onda. Siempre un paso por detrás.

Una vez más volvió a escapar.

—Esto no va a funcionar —aseguró ella, languideciendo en su interior—. No doy pie con bola en una pista de baile. Sencillamente, no va a funcionar.

—No, no digas eso. —Jadeaba tan fuerte como ella—. Ha sido un mal ejemplo por mi parte. No pienses en esto como en un baile. Besar no es como bailar, en absoluto. Límitate a pensar en cómo harías... —le vio clavar la vista en la pared fosilizada de la gruta— una excavación.

—¿Una excavación?

—Sí. Un beso correcto es como una excavación. Cuando desentierras a tus pequeños trogloditas, no te limitas a clavar la pala en la tierra, ¿verdad?

—No. —La cautela le hizo alargar la vocal.

—Claro que no. Una excavación como Dios manda lleva su tiempo y hay que tomar precauciones. Prestar atención a los detalles. Se empieza por examinar cuidadosamente los diversos estratos. Cuando por fin desentierras, lo que vas a encontrar es una sorpresa.

Aquello sonaba mucho más prometedor. Tras reflexionar durante un buen rato, ella tuvo que preguntar:

—¿Y quién excava a quién?

—Lo ideal es que ambos lo hagamos. Algo así como..., como hacer turnos.

La joven volvió a permanecer en silencio durante largo rato. El aire que los envolvía cambió. Se calentó.

Tragó saliva.

—¿Puedo ser la primera?

Colin intentó con todas sus fuerzas contener una amplia sonrisa de triunfo. Eso lo habría echado todo a perder.

—Por supuesto —replicó con su voz más solemne.

Ella se arrodilló y se puso delante de él. La tenue claridad recortaba su silueta a contraluz: un tentador reloj de arena en sombra con un halo de pelo rizado. Quiso abrazarla, estrecharla otra vez entre sus brazos. Dar a su pulso una razón para acelerarse. Aliviar su alma con aquel cálido contacto humano que tanto necesitaba. En momentos como aquel, la paciencia suponía un alto precio.

Pero lo que se obtenía a cambio hacía que valiera la pena el esfuerzo. Notó el contacto de la mano de Minerva cuando surcó la oscuridad para acariciarle la cara.

¡Oh, Dios! Esa mujer era toda una sorpresa.

Su innata curiosidad la diferenciaba de todas las demás. Ella no se concentró en los rasgos que formaban las cejas, los pómulos, los labios, la línea de la nariz; todas las características que comprendían una cara y la convertían en un mero bosquejo. No, su contacto era más cabal, más minucioso, buscaba cada detalle. Le pasó la palma por la barba incipiente. Alisó el surco entre sus cejas y le rozó debajo de los ojos, donde las noches sin dormir habían dejado huella. Él se encontró entregado por completo a aquellas caricias y suspiró hasta que sus pulmones se quedaron sin aire.

Minerva le rozó el borde de las pestañas con la punta de un dedo, provocando una delicada cascada de placer en su interior. Menuda revelación; tendría que añadir caricias en las pestañas a su repertorio.

Cuando por fin le enredó los dedos en el pelo, gimió. Las mujeres solían adorar su cabello ondulado y a él le encantaban las atenciones que prodigaban a ese punto de su anatomía en concreto. Agradables sensaciones recorrieron su cuero cabelludo cuando Minerva comenzó a examinar a conciencia los mojados mechones antes de retirárselos de la frente. Con la punta del dedo encontró la cicatriz y se la dibujó con suavidad; una fina y pálida cordillera que comenzaba en la sien y se perdía por detrás de la oreja. Era el único recordatorio físico del accidente de carruaje, pero no solía ser percibida por ningún observador casual.

Sin embargo, ella la había encontrado con facilidad. Supuso que porque descubrir cosas

enterradas era lo que mejor se le daba. Y una buena excavación dejaba al descubierto todos los secretos...

Comenzó a preguntarse sobre la prudencia de aquel ejercicio.

—Se supone que debemos besarnos —protestó.

—Ya, ya voy. —La voz de Minerva dejaba traslucir cierto nerviosismo. Se acercó más, hasta colocar las rodillas entre sus muslos abiertos, antes de inclinarse hacia delante y rozar sus labios con los de él.

Un ansiado ramalazo de placer le removi6 las entrañas, pero ella se retir6.

—Puedes hacerlo mejor —dijo solo para provocarla.

Ella acept6 el reto y le bes6 de nuevo, ahora con m6s firmeza. Insinu6 su lengua con un leve golpecito lleno de curiosidad, aunque demasiado fugaz.

—¿Mejor?

—Mejor. —«Casi demasiado bien».

—Mmm... Aqu6 sabe a whisky —detall6 ella, pas6ndole la lengua por el borde del labio—, pero aqu6, sin embargo, huele a especias. —La joven inclin6 la cabeza para acariciarle con la nariz la parte inferior de la mand6bula—. A clavo.

¡Santo Dios! 6l cerr6 los ojos con fuerza cuando ella le lami6 la piel una y otra vez, dibujando con la lengua la curva de su garganta. Cuando lleg6 al centro, apret6 los labios contra su nuez. 6l respiraba con tanta fuerza que le dol6a la garganta, apenas pod6a soportarlo.

—Todav6a no me has besado bien —la provoc6 una vez m6s—. ¿Tienes miedo?

Ella alz6 la cabeza.

—No.

—Pues yo creo que s6. —«Y me parece que yo tambi6n tengo un poco de miedo».

Y con una buena raz6n. La boca de Minerva busc6 la suya y sus labios entreabiertos se apretaron contra los suyos. Y all6 se quedaron. Dulces, suaves... Ardiendo por el calor de sus alientos entremezclados. Durante todo ese tiempo 6l se vio acosado por la necesidad de gruñir, de tomar la iniciativa, pero logr6 contenerse con caballerosa conformidad, aunque perder6a la batalla si ella no actuaba con rapidez.

Aquello era mucho m6s que una excavaci6n. Ella estaba vaci6ndolo. Exponiendo todas sus necesidades, cavando en el estrato m6s profundo de su ser, hasta que no solo se sinti6 desnudo ante ella, sino desnudo y desprotegido. Fr6o, tembloroso e indefenso en la oscuridad.

«B6same —orden6, y subray6 el mensaje apretando la rodilla contra su muslo—. B6same ahora o sufrir6s las consecuencias».

Por fin. Ella tir6 de sus cabellos para obligarle a acercarse m6s y, al mismo tiempo, le pas6 los dientes por el interior del labio inferior. Acto seguido desliz6 la lengua dentro de su boca. Solo la punta, provoc6ndole. Luego penetr6 un poco m6s adentro. Y m6s hondo todav6a, una y otra vez, incrementando la intensidad de la caricia de una manera lenta y tentadora.

La joven suspir6 sin dejar de besarle. Un ronco quejido. Un sonido apenas perceptible que sin embargo le atraves6 de pies a cabeza, encendiendo cada una de sus terminaciones nerviosas como si les hubiera prendido fuego.

Minerva le solt6 el pelo y por un momento a 6l le preocup6 que todo hubiera acabado.

«No te detengas. ¡Dios m6o!, no te detengas».

Pero solo le hab6a soltado para posar las manos en la pared de la gruta, junto a sus hombros, y obligarle as6 a apoyarse en la rocosa superficie mientras los pechos, que 6l sinti6 redondos y suaves contra su torso, le clavaban la punta deliciosamente dura de sus fr6os pezones. Ella le

inmovilizó contra la piedra, utilizando ese impulso para profundizar el beso y acariciar el interior de su boca con la lengua.

Y, de pronto, él perdió el control.

La acercó, agarrándola por los muslos. La mantuvo más cerca hasta que ella se rindió a su boca con inocente abandono. Con aquel beso todo su cuerpo cobró vida. No solo su cuerpo, también afectó a lo que rodeaba su corazón.

«¡Dios!». Jesús y María Magdalena. Dalila, Jezabel, Salomé, Judith, Eva. Todas ellas causa de problemas, de la primera a la última. Había que agregar a Minerva Highwood a la lista.

Una mujer así podía ser su ruina. Eso si no la arruinaba él primero.

—¿Cómo te llamo? —notó que le susurraba ella al oído—. Cuando... Mientras estamos haciendo esto, ¿cómo te llamo?

Él apesó la áspera tela que le cubría la espalda.

—Debes llamarme por mi nombre: Colin.

—Colin —murmuró ella como para sí misma. Luego, con más sentimiento, dejó caer un beso húmedo en su sien—. ¡Oh, Colin!

«¡Oh, Dios!». Podía escucharla gemir su nombre cien veces y no sería suficiente.

Mientras se besaban, él le pasó las manos de arriba abajo por la espalda. Abrazándola, calentándoles a ambos. Después de recorrerle la columna varias veces, no pudo evitar aventurarse más allá. Ella todavía le debía la posibilidad de hacer un reconocimiento por su parte.

Tenía que tocarla. Tenía que llegar a su parte más suave, tierna y secreta, igual que ella había llegado a la de él.

Le deslizó la palma por la cadera hasta ahuecar la mano sobre su trasero, que apretó con suavidad. Luego la subió por un costado, lentamente, recreándose en la curva de la cadera, la minúscula cintura, las interminables cordilleras de sus costillas... Hubiera jurado que contó por lo menos treinta y cuatro o más... Hasta que, por fin, llegó al tierno y redondo abultamiento de su pecho.

—¡Colin! —El tono le indicó que había llegado demasiado lejos.

—Min... Yo... —Apoyó la frente en la de ella. No sabía cómo disculparse. No lamentaba lo que había hecho, ni hablar.

Ella se retiró para mirarle.

—Colin. Puedo verte.

Por la manera en que pronunció las palabras, por el tono de temor, él llegó a preguntarse por un momento si aquel beso no habría sanado de verdad la miopía que padecía. Aquello habría sido un verdadero milagro, pero estaba dispuesto a creerlo. Por su parte, se sentía bastante distinto después de aquel beso.

—Hay luz aquí dentro —se sorprendió ella—. Puedo verte. —Se estiró para alcanzar las gafas.

En ese instante comprendió lo que ella quería decir: la silueta de Minerva ya no bloqueaba la vista, y también él fue consciente de que la marea había bajado. Ahora se podía ver la secreta entrada submarina y un rayo de sol la traspasaba con rapidez, como seda dorada ensartada en el ojo de una aguja para clavarse directamente en sus ojos.

—¡Ay! —Alzó la mano para proteger las pupilas del intenso amanecer.

Ahora que podía verlo bien, Colin observó que aquello que bajo el agua le había parecido un túnel negro e interminable, en el que había estado seguro de que moriría, no medía más de un metro de largo.

Puso los ojos en blanco ante su ridiculez. No era de extrañar que ella hubiera dudado de su

temple.

—Pronto podremos salir —aseguró ella al tiempo que se levantaba. La vio fruncir los labios para apagar la vela con un soplado. Mientras la observaba preparar sus cosas, notó una extraña sensación: decepción. Una fuerte decepción.

Aquello no acababa de tener sentido. La luz había transformado la gruta. El espacio ya no era un vacío oscuro. Iba a abandonar aquella estrecha cavidad al cabo de unos minutos, pero se sentía desilusionado. Decepcionado de no poder quedarse allí para besarla durante algunas horas más.

—¡Maldición! —masculló.

—Sí, eso mismo. —Ella dobló la manta con eficientes movimientos—. Puedo decir lo mismo después de lo que acabamos de hacer.

—No seas tan dura contigo misma, solo ha sido un simple beso. —Aunque sabía que allí no había nada de simple.

—Bueno, no puede volver a ocurrir.

Él apretó la mano contra el plexo solar. Ahí sentía... aquella aguda punzada de decepción. Esa gruta estaba, sin duda, llena de sorpresas.

Mínerva clavó los ojos en la huella y en sus notas. Luego le miró a él mientras retorció su pelo hábilmente en un nudo.

—Nos marcharemos mañana —comentó, al tiempo que sujetaba un montón de horquillas con los labios—. No podemos retrasarlo más si queremos conservar la esperanza de llegar a Edimburgo a tiempo.

Él meneó la cabeza.

—Cielo, pensé que ya te lo había dejado claro. No...

—Accedo a todas las condiciones. A todas. Sobrevivirás. No viajaremos por la noche y, con respecto a la parte de la cama... —Un leve sonrojo le cubrió las mejillas—. También estoy dispuesta. Pero tenemos que marcharnos mañana o no llegaremos al simposio.

Él tragó saliva. ¿La parte de la cama...? Ojalá no lo hubiera mencionado.

También tenía sus propias reglas en lo que concernía a las mujeres. Hasta ese momento las había seguido al pie de la letra y, aun así, el respeto que sentía por sí mismo pendía de un hilo. Pero esto era diferente. Ella era distinta de tantas maneras que ni siquiera podía empezar a enumerarlas. Por lo general no solía encontrar tan atrayente la inocencia, pero en el caso de Mínerva se veía suavizada por una innata y atrevida curiosidad. No estaba seguro de poder resistirse a ella si se le ofrecía la oportunidad. Y varias semanas de viaje supondrían muchas oportunidades.

Bueno, en ese mismo momento su mente se recreaba en una vívida fantasía que implicaba desenrollar el nudo de su pelo, arrancar aquella infame ropa de su cuerpo y arrastrar con la tela cualquier capa de modestia que ocultara... Dejarle puestas solo aquellas gafas, para que le viera bien. Así no le quedarían dudas sobre quién la hacía retorcerse, jadear y gemir de placer. Así podría observar todas y cada una de sus expresiones de éxtasis cuando se internara en...

—No vengas a buscarme a la posada —estaba diciendo ella—. Sería fácil que nos interceptaran. Saldré de allí por mi cuenta y nos reuniremos en el camino.

Él se masajeó la mandíbula al tiempo que contenía un gemido. Era un libertino con todas las de la ley. Ella era una sabionda virgen e inocente que apenas acababa de saborear su primer beso. Aquella era una idea muy mala. Por mucho que él quisiera marcharse de Cala Espinada, por mucho que ella anhelara hacer ese viaje...

No podía ser. Porque, ahora, él la deseaba.

—¿Colin?

Él se estremeció.

—¿Sí?

Ella le sostuvo la mirada. La vulnerabilidad que vio brillar en sus ojos le removió la conciencia.

—Por favor —susurró—, ¿estarás allí? No se te ocurrirá volver a jugar conmigo ni me harás quedar en ridículo, dejándome allí plantada mientras el carruaje pasa de largo, ¿verdad? —La vio tragar saliva—. ¿Debería estar preocupada?

«Sí, cielo. Es justo eso, sin duda, deberías preocuparte».

CAPÍTULO

6

Él no llegaba.

Minerva clavó la mirada en el castillo. Luego bajó la vista al reloj por cuarta vez en otros tantos segundos. Pasaban dos... Dos no, tres minutos de las seis.

Él no llegaba.

Jamás debería haber supuesto lo contrario. Tendría que haber imaginado que la dejaría plantada.

El suelo comenzó a retumbar bajo sus pies. Un estruendoso ruido de cascos inundó sus oídos. Ahí estaba: el carruaje de postas. E iba a pasar de largo, dejándola a un lado del camino; una tonta toda peripuesta para ir a ninguna parte.

Desesperante.

Miró fijamente la línea que trazaba la carretera esperando que, en cualquier momento, surgiera la negra sombra del vehículo bordeando la cumbre de la distante colina. Qué extraño... El ruido de cascos se hizo más y más intenso, pero no apareció ningún coche. Y lo cierto era que en ese momento ya notaba el temblor del suelo en las tibias. Y continuaba sin ver nada. Se volvió con rapidez, confundida y ligeramente frenética.

Y allí estaba él. Lord Payne.

«Colin».

Se acercaba a ella a caballo, surgiendo entre la niebla del amanecer. El viento jugaba con su pelo ondulado. En realidad, la imagen era muy parecida a la que evocaba cualquier cuento de hadas. Bueno, él no montaba un garañón blanco, sino un eficaz y robusto castrado de Sussex. Ni tampoco le cubría una brillante armadura o un regio atavío, sino un sencillo abrigo de buena confección y unos pantalones de montar de ante.

Pero no importaba, incluso así la dejaba sin aliento. Montado a caballo mostraba una estampa magnífica. Resplandeciente. Sin duda, era el hombre más guapo que hubiera visto nunca.

Y entonces él tuvo que abrir la boca.

—Esto es un error.

Ella lo miró de soslayo.

—¿Un error?

—Sí. Debería habértelo dicho ayer, pero mejor tarde que nunca. Este viaje sería un error de proporciones catastróficas. No podemos hacerlo.

—Pero... —Ella miró a su alrededor y se dio cuenta de que él no llevaba nada consigo. Ni maletas ni bolsas de ningún tipo. Y se le cayó el alma a los pies.

—Colin, ayer en la gruta... Me lo prometiste.

—Solo te dije que estaría aquí a las seis. No te prometí que viajaría contigo.

Ella se tambaleó sobre sus recios botines. Entumecida y desanimada, se sentó sobre uno de los baúles.

Él observó su equipaje.

—¡Santo Dios! ¿Cómo has traído tú sola tres baúles hasta aquí?

—He hecho tres viajes —explicó la joven con voz débil. Tres fríos y dificultosos viajes entre la niebla para nada.

—Tres baúles —repitió él—. ¿Qué es lo que llevas en ellos?

—¿Y a ti qué te importa? Acabas de decir que no me acompañarás.

Él se agachó frente a ella, poniendo sus ojos al nivel de los suyos.

—Escucha, Michaela, esto es por tu bien. ¿Acaso alguien se dio cuenta ayer de que habíamos desaparecido juntos? ¿Alguien nos vio besarnos la otra noche?

Ella negó con la cabeza.

—No.

Nadie parecía haber sospechado nada. Lo que debería haberla hecho sentir mejor, pero de alguna manera hacía que todo resultara más humillante.

—Entonces, hasta ahora estás a salvo. Y esta empresa representa muchos peligros para ti. No solo para tu reputación, sino que también está en juego tu seguridad. Tu felicidad. Y todo podría desaparecer. —Él le acarició la mejilla.

Mínerva le miró fijamente a los ojos. Los tenía enrojecidos, con expresión de cansancio. Habían aparecido algunas líneas entre las cejas. No se había afeitado. Desde lejos había parecido un romántico y atractivo príncipe, pero de cerca...

—¡Caray! Estás horrible.

Le vio frotarse la cara.

—Sí, bueno, he tenido una noche difícil.

—¿No has dormido nada?

—De verdad, intenté dormir. Ese es el problema. Llegado a este punto debería haber asumido ya que eso nunca acaba bien.

Y ahí estaba otra vez: esa oleada de simpatía que la atravesaba de pies a cabeza. Quiso acariciarle el pelo, pero se limitó a darle una palmadita de ánimo en la manga del abrigo.

—Razón de más para acompañarme. —Ella intentó que sonara como la única solución lógica, aunque sabía que no era así—. En menos de dos semanas dispondrías del dinero suficiente para regresar a Londres y vivir como te gusta.

Él meneó la cabeza.

—No sé cómo decirte esto sin que te parezca mal, así que ni siquiera voy a intentar ser diplomático: olvídate de mí. Deja de preocuparte por tu hermana y al diablo con las quinientas guineas. Piensa en ti y nada más. Estás apostando tu reputación, tu armonía familiar..., tu futuro entero por una extraña huella prehistórica. Soy jugador, cielo. Sé cuándo estoy ante una mala apuesta.

—Así que no crees en mí.

—No, no se trata de eso. Es solo que no creo en dragones.

—¿Eso es todo? ¿Piensas que son fantasías mías? —Se puso en pie y comenzó a tirar de las correas que sujetaban un baúl—. Esta criatura no fue un dragón. No se trata de una especie de bestia mítica, sino de un animal real que vivió hace millones de años. He basado mis conclusiones en años de estudios científicos. —Tras unos minutos de tirones y traqueteos, finalmente abrió el baúl—. Aquí están —afirmó al tiempo que sacaba un montón de publicaciones y las ponía encima de otro bulto—. Todas mis conclusiones y escrituras personales. Meses de notas, bosquejos y medidas. —Sostuvo en alto un diario con cubiertas rígidas de cuero—. Este volumen entero está lleno de comparaciones con todos los registros fósiles disponibles. He comprobado que no hay

datos de ninguna criatura similar hasta la fecha. Y si todo lo demás fracasa y no logro convencerlos... —sacó un bulto envuelto en tela—, he traído esto.

Colin clavó la mirada en el objeto que había colocado sobre el baúl.

—¡Anda!, es la huella.

Ella asintió con la cabeza.

—Hice un molde de yeso.

La estudió y notó algo más. En la gruta, a oscuras, la huella había parecido una depresión aleatoria: únicamente tres puntos hundidos en la piedra, frutos del tiempo y el azar, no de una criatura prehistórica.

Pero ahora, con la luz del sol iluminando el relieve en el yeso, podía estudiarla con más detalle. Los bordes eran definidos y suaves. Se asemejaba a una huella humana, las impresiones de los dedos eran individuales y estaban separadas de la palma. Parecía realmente un pie. El pie enorme de un reptil enorme. La huella de una criatura que podía hacer que un hombre corriera pidiendo auxilio para salvar la vida.

Tuvo que admitir que resultaba impresionante.

Pero ni de cerca tan impresionante como la propia Minerva.

Al fin vislumbraba un atisbo de la inteligente y confiada mujer que había llamado a su puerta. La mujer que había estado anhelando ver otra vez.

El vigoroso aire matutino prestaba a su piel un bonito tono sonrojado y la brumosa luz del sol realizaba el atractivo efecto. Se había recogido todo aquel espeso pelo oscuro en un apretado moño para estar más cómoda durante el viaje, pero algunos mechones habían caído sobre sus sienes y mejillas desordenadamente. Los guantes de cuero se ceñían a sus dedos como una segunda piel. El vestido de viaje era de terciopelo, a medida y de un color oscuro y exuberante, que oscilaba entre el rojo y el violeta según cómo incidiera la luz del sol sobre el grueso género, por lo que podía adquirir una calidad de estruendosa alarma o un matiz de salvaje placer.

Fuera el que fuera, él sabía que debía dejar de mirarlo, que debía retroceder poco a poco y poner punto final a todo aquello.

—Conseguiré ganar ese premio —aseguró ella—. Sé que no confías en mí, pero te lo demostraré.

—Lo cierto es que no me necesitas para...

—No soy la única que cree en mis conclusiones. Sé que piensas que estoy loca, pero no es cierto. —La vio rebuscar en el bolsillo interior del baúl y sacar un sobre—. Ahí tienes, léelo.

Él desdobló la misiva, sosteniéndola con cuidado por los bordes. El mensaje estaba escrito por una firme mano masculina.

—Ve directamente al final. —Ella señaló con el dedo el último párrafo—. Aquí.

—«He leído con gran interés sus últimos informes de Sussex —obedeció él, leyendo en voz alta—. Son alentadores. Parece algo increíble. Por fin más datos sobre los lagartos gigantes».

—Más abajo —le interrumpió ella.

—«... Estas conclusiones tuyas son, sin duda, excitantes —leyó—. Desearía que reconsiderara sus planes y viajara hasta Edimburgo para el simposio. Estoy convencido de que el premio será suyo; no tendrá competencia. Y aunque el premio de quinientas guineas es un pobre incentivo, estaría encantado de fomentar nuestro mutuo conocimiento. Me siento más que impaciente de conocer por fin, cara a cara, al colega que llevo admirando desde hace tanto tiempo y cuya

amistad tengo... —Las palabras se desvanecieron. Se aclaró la voz antes de seguir leyendo—. Cuya amistad tengo en gran estima. Por favor...».

Se detuvo. «¿En gran estima?». En la correspondencia entre un caballero y una joven soltera y sin compromiso, aquello era prácticamente una declaración de amor.

—«... por favor, realice el viaje. Siempre suyo, sir Alisdair Kent» —terminó.

¡Maldición! Aquella torpe sabionda tenía un admirador. Quizá incluso un enamorado. Qué arcaico y extraño. Qué hermoso. ¡Qué irritante!

—¿Lo ves? —dijo ella—. Seguro que me llevaré el premio.

—Oh, ya entiendo. Ya comprendo tu verdadera intención. —Dio algunos pasos sin objetivo, mientras se reía entre dientes para sus adentros—. No puedo creérmelo. Me estás utilizando.

—¿Utilizando? ¿Qué quieres decir? Eso es absurdo.

Él hizo una mueca despectiva.

—Por favor... Aquí estaba yo, preocupándome por que si cedo a tus demandas y te acompaño durante este viaje estaría aprovechándome de ti. —Sostuvo en alto la carta—. Pero lo único que te importa es este tal sir Alisdair Kent. Ibas a fingir fugarte conmigo con la esperanza de verle a él. ¡Eres tú la que pretende aprovecharse de mí!

Ella le arrebató la carta de la mano.

—¡No digas disparates! Acabarás con una cantidad más que respetable de dinero a tu disposición en vez de estar en la miseria. Te he dicho que te daré todo el premio. Quinientas guineas.

—Un bajo precio por jugar con mi sensible corazón. —Él apretó la mano sobre el órgano ofendido—. Tenías intención de ganarte cruelmente mi afecto. Sugeriste que viajáramos juntos durante varias semanas. Dos solteros atrapados durante todos esos días. —Arqueó las cejas—. Todas esas *noches*, lanzándome esas tímidas miradas tuyas por encima de las gafas mientras me volverías loco con todas esas palabras polisílabas. Compartiendo mi cama, besándome con tentador descaro.

Ella parpadeó con furia al tiempo que doblaba de nuevo la preciosa carta.

—Ya basta.

No, no bastaba. Ni hablar. Él sabía que ella no le respetaba, pero ahora se sentía poseído por una intensa lujuria hacia ella y, siendo ecuanimes, Minerva debería corresponder al menos con un poco de codicioso embelesamiento indefenso. Sí, eso sería lo más justo. Pero no, ella había estado suspirando durante todo el tiempo por otro hombre. Durante aquel beso salvaje en la gruta ¿habría estado limitándose a practicar para luego llevarlo a cabo con aquel tonto geólogo?

—No es necesario que te burles de mí —dijo ella—. No es necesario ser tan cruel. Sir Alisdair Kent es solo un colega, nada más.

—Según esa carta, siente un *hondo* aprecio por ti. No dice que te tenga en estima, sino en *gran* estima.

—Él ni siquiera sabe que... —La vio cerrar los puños y respirar hondo. Cuando habló otra vez había controlado la voz—. Es un geólogo eminente. Y cualquier admiración que sienta hacia mí se limita, única y exclusivamente, al plano profesional. Está seguro de que la criatura que dejó esta huella demostrará la existencia de una nueva especie. Incluso conseguiré ponerle nombre.

—¿Ponerle nombre? —Colin miró el molde de yeso—. ¿Por qué ir a Escocia para eso? Podemos hacerlo aquí mismo. Sugiero que le llamemos... *Frank*.

—No, no me refiero a ponerle ese tipo de nombre, sino a que será la que dé nombre a la especie: un nombre científico. Además, este lagarto era una hembra.

Él ladeó la cabeza y clavó los ojos en el molde de yeso.

—Es solo una huella. ¿Cómo demonios sabes eso?

—Simplemente lo sé. Lo presiento. —Con la punta de los dedos dibujó respetuosamente la forma de los tres dedos—. La criatura que dejó esta huella, sin duda, no era un *Frank*.

—Entonces *Francine*.

Minerva suspiró con fuerza.

—Ya sé que todo esto es una broma para ti. Pero no lo será para mis colegas. —La vio tomar de nuevo la tela para envolver el molde con ella—. Fuera lo que fuera esta criatura, fue real. Vivió, respiró y... dejó esta marca. Y ahora, miles de años después..., esta huella puede llegar a hacer que cambiemos la manera en que comprendemos el mundo.

Ella cerró y aseguró el baúl, poniendo un pie sobre la tapa para apretar las cinchas de cuero. Al hacerlo, hizo aparecer un fino tobillo ante sus ojos. Era pálido y torneado. Colin no supo qué encontraba más excitante: si el erótico vislumbre del tobillo o el gesto de terquedad en su rostro.

—Aparta, déjame a mí —se ofreció a ayudarla con las correas.

Al escuchar su voz, ella dejó de forcejear con las cinchas y permitió que se encargara de la tarea. Cuando él ocupó el lugar en el que estaba ella, le rozó la pantorrilla con los nudillos. Un escalofrío de deseo le estremeció de pies a cabeza. «¡Santo Dios!». Por eso, precisamente, no podía ceder para llevar a cabo aquel descabellado plan.

Terminó de asegurar las hebillas y se incorporó, al tiempo que se sacudía de manera ruidosa el polvo de las manos enguantadas.

—Estoy seguro de que se tratará de un anciano, ¿sabes? Lleno de verrugas —aseguró él mirándola fijamente.

—¿Quién?

—Ese tal sir Alisdair. —Vio cómo Minerva se ruborizaba—. Apuesto lo que sea a que es más viejo que *Francine*. Y menos atractivo.

—¡No me importa! No me importa si es viejo y está lleno de verrugas, si es jorobado o tiene lepra. Aun así sería un hombre instruido e inteligente. Respetado y respetuoso. Incluso en esas condiciones sería mejor hombre que tú, y lo sabes, por eso te mueres de envidia. Estás siendo cruel a propósito solo para satisfacer tu orgullo. —Ella le miró de arriba abajo, desafiante—. Y como no cierres la boca van a entrarte moscas.

Por una vez en su vida él se había quedado sin palabras. Lo único que pudo hacer fue seguir su consejo y cerrar la boca.

Observó, mudo, que a ella ahora le envolvía un aire de decisión. Las suaves curvas de su rostro parecieron convertirse en firmes ángulos.

—No hay marcha atrás. Me voy a Edimburgo contigo o sin ti.

—¿Qué? ¿Tienes intención de viajar casi ochocientos kilómetros tú sola? No, no puedo permitirlo. Te..., te lo prohíbo.

Era la primera vez que le prohibía a alguien hacer algo y resultó tan convincente como esperaba. Es decir, no tuvo ningún efecto.

Ella tomó aire por la nariz.

—Quédate aquí y cástate con Diana si quieres, pero no voy a ser tu cómplice. Ya me he cansado, no puedo quedarme aquí, observando.

—¡Por Dios! ¿Es eso todo lo que te preocupa? —Le puso las manos sobre los hombros para asegurarse de que le prestaba atención—. No voy a casarme con Diana. Jamás ha sido mi intención casarme con ella. Llevo días intentando hacértelo comprender.

Minerva le miró fijamente a los ojos.

—¿De verdad?

—De verdad.

A lo lejos se escuchó el distante sonido de unos cascos y las ruedas del carruaje hicieron vibrar el suelo. El estruendo se incrementó cada vez más mientras ellos se miraban a los ojos.

—Eso debe de ser el carruaje de postas —dedujo ella.

Él alzó la vista hacia la carretera. Sí, allí estaba. Había llegado el momento decisivo.

—Venga —dijo—. Déjame ayudarte a volver a llevar el equipaje a la posada.

Ella negó con la cabeza.

—¡Oh, no! De eso nada.

—Min...

—No. Ya no puedo regresar. No puedo... He dejado una nota en la que explico que me he ido contigo a Escocia. Dada la hora que es, lo más probable es que ya estén despiertas y la estén leyendo. No voy a ser la chica que se inventó una fuga. La patética mujer que metió todas sus esperanzas en tres baúles y salió al amanecer para regresar a casa derrotada y desesperada. Mi madre... —La vio respirar hondo antes de erguir la espalda y alzar la barbilla—. No pienso seguir siendo esa chica. Nunca más.

Y allí, mientras la observaba, se vio inundado por una sensación de lo más extraña, una emoción que le suavizaba y ablandaba por dentro. Rezumaba admiración no expresada y le hacía sentirse privilegiado, como si hubiera presenciado uno de esos pequeños milagros que pueden ocurrir cualquier día de primavera. Como cuando se ve a un potrillo recién nacido dar los primeros pasos sobre patas temblorosas, o al percibir que una nueva mariposa sale de su crisálida estrenando las alas.

Ante sus ojos, ella se había transformado en una nueva criatura. Todavía resultaba un poco torpe e insegura, pero, aun así, firme. Y recorría sin vacilación el camino hacia la belleza.

Se rascó el cuello. Deseó que hubiera en los alrededores alguien a quien pudiera acercarse para decirle: «¿Has visto eso?».

—Quieres hacerlo de verdad —constató en voz alta—. Significa mucho para ti.

—Sí. —Y su mirada era clara y sincera.

—Si emprendemos este viaje no habrá marcha atrás.

—Lo sé.

—Quiero estar seguro de que comprendes todas las implicaciones. Que has calculado todos los riesgos. Que has sopesado todo lo que vas a sacrificar. ¿Sabes a lo que te expones en el momento en que te marches conmigo?

Ella asintió con la cabeza.

—Cambio el lugar que ocupó en la sociedad por otro en la Real Sociedad Geológica. Comprendo a la perfección todas las consecuencias y creo que es un buen intercambio. Colin, acabas de decirme que piense en mí misma, pues ya ves, es lo que estoy haciendo.

Ella se apartó de él y se puso a saltar de puntillas al tiempo que agitaba los brazos, haciendo señas al conductor del carruaje.

—¡Alto! ¡Por favor, deténgase!

Lord Payne solo pudo permanecer allí parado, observando sus desesperados gestos, ridículamente orgulloso en su interior.

«Bien hecho, cielo. Bien hecho».

El carruaje se detuvo poco a poco mientras ella movía el baúl más pequeño. De pronto,

Minerva lo miró sonriente.

—Es tu última oportunidad, ¿vienes o no?

CAPÍTULO

7

El camino hacia Londres estaba lleno de baches, polvo, piedras y miseria.

Y Minerva disfrutó de cada uno de sus minutos.

Todo hay que decirlo: disfrutó en silencio y sin parpadear siquiera, ya que no tenía espacio para moverse.

Dentro del carruaje de postas, cuatro viajeros se apiñaban en los asientos. Dos más compartían pescante con el conductor. Casi le daba miedo pensar cómo irían los que viajaban encima del vehículo; por la ventanilla veía colgar sus piernas como si fueran estalactitas. Más allá, vislumbraba ocasionalmente a Colin, que cabalgaba junto al coche. Le envidió; era el más afortunado de todos, respiraba aire fresco y gozaba de amplia libertad de movimientos.

Pero, a pesar de todo, estaba emocionada. Todas las angustiosas decisiones y los frenéticos preparativos habían quedado atrás, ahora tocaba deleitarse en la euforia de haberlo conseguido. Tras pasarse toda la infancia deseando fervientemente poder escaparse de casa, por fin lo había hecho. Y en esta ocasión no se trataba de un plan infantil para perderse en el bosque en compañía de una cesta de picnic preparada de manera precipitada tras haber escrito una nota en la que solo rezaba un «adiós». Este era un viaje fruto de una necesidad seria y profesional. Casi un viaje de negocios.

Aquella mañana había tomado su vida en sus manos.

Aunque se alegraba mucho de no estar haciendo el viaje a solas.

Cuando se detenían a descansar o cambiar de caballos, Colin ejercía el papel de novio atento y solícito. Se mantenía a su lado y se ocupaba de pequeños detalles para que se sintiera más cómoda, como conseguir refrigerios o vigilar su equipaje. La tocaba a menudo, como cuando colocaba sutilmente una mano en su codo para acompañarla de vuelta al carruaje.

Sabía que aquellos contactos no eran para su placer o el de él, sino para beneficio de los que los rodeaban. Se trataba de pequeñas pistas físicas que tenían su propio cometido. Cada vez que la tocaba, Colin estaba diciendo sin palabras: «Esta mujer está bajo mi protección».

Y cada vez que él emitía ese mensaje, ella se sentía un poco más estimulada.

Agradeció especialmente aquellas muestras de protección cuando llegaron a Londres por la noche y se dirigieron a la posada. Estaba tan cansada que apenas podía mantenerse en pie. Fue Colin quien trató con el posadero y los registró bajo un nombre falso en menos que canta un gallo. Incluso se aseguró de que subían todos sus baúles a la habitación, pidió una cena frugal y buscó a un mozo que se ocupase de conseguir aquellos artículos que iba a necesitar durante el viaje, como algunas camisas limpias, útiles para afeitarse y otras cosas por el estilo, en vez de dejarla sola en la posada.

De hecho, la hizo sentirse tan segura y cómoda que había dado cuenta ya de la mitad de la cena, a base de carne con guarnición de zanahorias, cuando fue repentinamente golpeada por la realidad de la situación. Estaba en un dormitorio pequeño, donde solo había una cama, a solas con un hombre. Un hombre que no era pariente suyo ni su marido.

Dejó el tenedor en el plato y tragó el último bocado con un saludable sorbo de vino antes de mirar a su alrededor.

Sería allí. En aquel lugar se concretaría su ruina absoluta. Entre carne y zanahorias hervidas y un horrible papel en la pared.

—Estás demasiado callado —comentó—. Ni siquiera me has tomado el pelo en todo el día.

Él alzó la mirada de su plato.

—Eso es porque estoy esperando que lo hagas, Morgana.

Ella apretó los dientes. Sin duda, ya no pensaba molestarle nunca más.

—Esperando que haga ¿qué?

—Que recobres la cordura —confesó él señalando la habitación—. Que pongas fin a esta locura. Que me pidas que te lleve de vuelta a casa.

—¡Oh! Eso no va a ocurrir.

—¿Es que no te arrepientes ni siquiera un poco?

Ella negó con la cabeza.

—No.

Él volvió a llenar de vino ambas copas.

—¿No estás nerviosa al pensar que vas a compartir conmigo esta habitación y lo que significará eso por la mañana?

—No —mintió.

Si bien él no podría haber sido más solícito y protector desde que abandonaran Cala Espinada, no podía evitar sentirse nerviosa en su presencia. Era tan guapo, tan descarado y tan..., tan masculino que su personalidad parecía apropiarse de todo el espacio.

Y, ¡cielos!, ella se había mostrado de acuerdo en compartir la cama con él. Si su idea de compartir el lecho conllevaba algo más que dormir uno al lado del otro, no sabía qué iba a hacer. El miedo y la curiosidad habían comenzado a librar una batalla en su interior al recordar la excitante habilidad de la que había hecho gala cuando la besó en la gruta.

—Si no puedo disuadirte... —dijo él.

Ella cerró los ojos.

—No puedes.

Colin suspiró.

—Entonces mañana me ocuparé de conseguir un billete en el carruaje de postas que hace el recorrido al norte. Deberíamos intentar dormir lo máximo posible.

La joven tragó saliva.

Mientras él terminaba de comer, ella decidió buscar refugio en algo familiar. Se disculpó y se levantó de la pequeña mesa donde estaban cenando para acercarse a sus baúles y abrir el de menor tamaño, donde guardaba todos sus libros. Sacó su diario; si iba a defender su investigación al cabo de una semana más o menos, era necesario que organizara las conclusiones más recientes y las añadiera al discurso.

Tomó un lápiz y lo sostuvo entre los dientes mientras cerraba el baúl. Volvió a la mesa, hizo sitio apartando los platos vacíos y se subió las gafas, preparada para trabajar.

Abrió el pequeño libro en la última página escrita... y estudió con horror lo que había escrito allí.

Le dio un vuelco el corazón.

—Oh, no... ¡Oh, no!

Al otro lado de la mesa, Colin levantó la mirada de la comida.

Ella hojeó las páginas sin poder contener la consternación.

—¡Oh, no! ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo puedo ser tan estúpida?

—No te limites, puedes ser cualquier cosa que desees. ¿Qué pasa? Hace un momento te quejabas por que no te había tomado el pelo en todo el día —agregó él al notar su mirada acerada.

Ella colocó los brazos en la mesa e inclinó la cabeza sobre ellos, subiendo y bajando el cuello para golpear la frente contra la muñeca.

—Qué... estúpida... soy...

—Venga, venga, seguro que no es tan malo. —Colin dejó a un lado los cubiertos y se limpió la boca con una servilleta. A continuación desplazó la silla alrededor de la mesa hasta que estuvo sentado a su lado—. ¿Qué es eso que te contraría tanto? —preguntó al tiempo que cogía el diario.

Ella alzó la cabeza.

—¡No! ¡No! ¡Deja eso! —Demasiado tarde. Ya lo tenía entre sus manos. Lo vio hojear las páginas sin leer el texto—. Por favor, no lo leas. Todo lo que hay ahí escrito es mentira, ridiculeces. Es un diario falso, ¿entiendes? Me he pasado la noche en vela, escribiéndolo. Mi intención era dejarlo en mi habitación, dar a mi madre y mis hermanas la impresión de que nos habíamos enamorado... —Apretó los labios para no decir en voz alta aquella tontería—. Que llevábamos un tiempo viéndonos. Así se creerían con más facilidad nuestra fuga. Pero me he equivocado. He traído conmigo el falso diario y he dejado el auténtico en El Rubí de la Reina.

Él se demoró en una página en particular, mientras se reía entre dientes.

Ella notó que le ardía la cara. ¡Ojalá la tragara la tierra!

—Por favor, por favor, no lo leas. —Desesperada, intentó arrancarle el diario de las manos.

Colin lo impidió y lo puso fuera de su alcance, justo antes de levantarse de la silla.

—¡Oh, esto es fantástico! ¡Absolutamente fantástico! Escribes alabanzas sobre mí muy convincentes. —Se aclaró la voz y leyó en tono melifluido—: «Mi madre siempre dice que lord Payne será el yerno perfecto: rico, con título nobiliario, guapo y encantador. Confieso...».

—¡Basta!

Le persiguió, pero él retrocedió, gateando por encima de la cama y bajándose por el otro lado.

—«... confieso —continuó declamando— que tardé mucho en admitirlo, pero una no es insensible a la intensa masculinidad que destila lord Payne. Es difícil recordar los defectos de su carácter cuando se está tan cerca de... —Colin bajó el volumen para mirarla a los ojos mientras arrastraba las palabras finales de la frase— su perfección física».

—Eres un hombre horrible... ¡Horrible!

—Eso dices ahora, pero cambiarás de opinión cuando estés sometida a mi *perfección física*. — Lo vio rodear la cama hacia ella.

Ahora era ella la perseguida.

Dio varios pasos hacia atrás hasta que su espalda chocó contra la pared. Como si fuera un niño al que no le quedara un sitio donde esconderse, cerró los ojos.

—Deja de leerlo, por favor.

Él hojeó el libro mientras se acercaba.

—¡Dios mío! Hay páginas y páginas llenas de descripciones sobre mí. Una oda a mi pelo, a mi perfil cincelado. Tengo los ojos como..., ¿como diamantes?

—No me refiero a diamantes de verdad, sino a diamantes de Bristol.

—¿Qué demonios son los diamantes de Bristol?

—Un tipo de formación rocosa. Por fuera parecen guijarros normales, grises, tirando a marrón, pero cuando los rompes, dentro están llenos de cristales de diferentes tonos de gris.

¿Para qué se molestaba en explicárselo? Aquel hombre horrible ni siquiera la escuchaba.

—«... Nadie a nuestro alrededor imagina nuestra relación... —siguió leyendo—. Para cualquier observador casual parecerá que solo me toma el pelo, pero hay profundos sentimientos debajo de sus burlas y soy la única que lo sabe. Un hombre puede comenzar un flirteo mostrando desinterés, pero también desdén. Sin embargo, jamás bromearía sin sentir afecto». —La atravesó con la mirada—. Esas palabras son mías. Me has plagiado.

—Lo siento, pero es que las mentiras no se me ocurren con tanta facilidad como a ti. —Alzó las manos en el aire—. ¿Qué más da? Esas palabras eran mentira cuando tú las dijiste y siguieron siéndolo cuando yo las plasmé ahí. ¿No lo entiendes? Todo lo que he escrito ahí es falso.

—No esta parte. —Clavó un dedo en el centro de una página—: «Nos hemos besado y me ha pedido que le llame por su nombre de pila, Colin».

Se vengó de ella con una mirada inescrutable. Minerva notó que el corazón se le aceleraba en el pecho y casi dio un paso hacia él. Durante un vertiginoso momento pensó que iba a besarla otra vez.

Deseó que la besara otra vez.

Pero no lo hizo. Y estaba segura de que alguien, en alguna parte, estaba riéndose de ella y de sus vanas esperanzas.

—Sí, eso es cierto —convino—. Me has dicho que te llame Colin, pero, aun así, tú no eres capaz de recordar mi nombre. —Le arrancó el libro de la mano—. Creo que ya has recuperado el tiempo perdido. De hecho, estoy segura de que ya has excedido la cuota diaria que te corresponde de tomadura de pelo.

—¿Y no puedo seguir un poco más a cuenta de mañana?

—No. —Cerró de golpe el diario y lo guardó con rapidez en su lugar.

—Venga, vamos, no te enfades. Como tú misma has dicho, solo son ridiculeces.

—Lo sé. No es eso lo que me molesta tanto. —«Por lo menos no es lo único que me molesta»—. Se trata del hecho de haberme dejado el otro diario. El auténtico, con todas mis medidas y observaciones.

—Pensaba que tenías montañas de conclusiones.

—Y las tengo. Pero mi presentación se verá mermada al no tener esas.

Él la miró en silencio durante un buen rato.

—¿Cuánto se verá mermada?

—Oh, no te preocupes. —Forzó una sonrisa—. Tus quinientas guineas están aseguradas. Todavía tenemos esto —le tranquilizó dando una palmadita al baúl donde guardaba el molde de yeso.

—Bien —dijo Colin—. Gracias a Dios, tenemos a *Francine*.

Colin suspiró hondo al tiempo que se pasaba la mano por el pelo. ¿Qué demonios estaba haciendo? Cuando ella le dio aquel ultimátum en la carretera, no le había dejado más elección que acompañarla; lo exigía la decencia, pero se había pasado el día esperando que recuperara la cordura. Que cancelara aquel alocado viaje y le exigiera que la llevara de vuelta a Cala Espinada. Sin embargo, hasta aquel momento la determinación de Minerva no había disminuido un ápice. Y una extraña fuerza de la naturaleza le impedía dejarla sola.

No sabía de dónde puñetas procedía aquel impulso, pero allí estaba, en una posada con ella, sin saber dilucidar si era debido al honor o al deber. ¿Necesidad de protegerla, quizá? ¿Lástima?

¿Curiosidad? Solo tenía clara una cosa: le importaban un bledo aquellas quinientas guineas.

La vio sacar un grueso rollo de tela blanca de uno de los baúles.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Ropa de cama. No pienso dormir ahí encima. —Indicó la sucia sábana que cubría el lecho.

Mientras la observaba, ella desenrolló la tela encima del hundido colchón y se estiró para extender la impoluta sábana blanca hacia las cuatro esquinas de la cama. Notó que los bordes estaban ribeteados y bordados con un delicado diseño que no pudo identificar correctamente.

Ella cogió un segundo rollo. Supuso que sería la colcha. Presentaba el mismo patrón en el borde. En el centro la tela estaba adornada con algo muy colorido y de extraño diseño, una imagen redonda como la rueda de un carro. Cuando Minerva alisó las arrugas, él ladeó la cabeza para estudiar el dibujo. Las cuidadosas puntadas bordadas delimitaban cierto tipo de espiral. Parecía algo así como una caracola en dos partes, pero la de dentro estaba dividida en docenas de cámaras.

—¿Es un nautilo? —preguntó.

—Has estado cerca, pero no. Es un amonites.

—¿Un amonites? ¿Qué es un amonites? Suena parecido a uno de esos pueblos arcaicos que son castigados en el Antiguo Testamento.

—Los amonites no son un pueblo bíblico —repuso ella en tono de tensa tolerancia—. Pero sí, han sido castigados.

—Golpeados.

Tras alisar con brusquedad la tela, Minerva le miró airada.

—¿Golpeados?

—Gramaticalmente hablando, creo que la palabra adecuada es «golpeados».

—*Científicamente* hablando, la palabra adecuada es «extintos». Los amonites están extintos. Han llegado a nosotros a través de los fósiles.

—Y, por lo que se ve, de las sábanas.

—Mira... —La vio soplar con furia para apartar un mechón que le colgaba delante de la cara—. Podrías echar una mano.

—Pero disfruto más observándote —aseguró él, sabedor de que sus palabras la provocarían. Sin embargo, tomó el borde de la sábana superior y manoseó la costura antes de estirarlo—. ¿Lo has bordado tú?

—Sí. —A juzgar por su tono no había sido un trabajo que hubiera disfrutado—. Desde que cumplí doce años, mi madre me obligó a pasar una hora bordando todas las tardes. Nos ponía a las tres a trabajar en nuestro ajuar.

«Ajuar». La palabra resonó en su cabeza.

—¿Has traído tu ajuar?

—Por supuesto que he traído mi ajuar. No me quedaba más remedio, si quiero convencer a alguien de que me he fugado. Además, es el mejor lugar para trasladar a *Francine*. Todos estos rollos de tela la envuelven con suavidad y la protegen de los golpes que pudiera sufrir en el camino.

Una extraña emoción le recorrió el cuerpo, pero desapareció antes de que pudiera definirla. Lo más probable era que se tratara de culpabilidad. Aquellas sábanas eran las que se usaban para honrar una cama matrimonial, y ella estaba extendiéndolas sobre un colchón manchado, en una sórdida posada de mala muerte.

—De todas maneras —prosiguió ella—, aunque mi madre me obligó a bordar, insistí en

escoger un motivo de mi elección. Nunca he comprendido por qué siempre se bordan grecas y florecitas insípidas.

—Bueno, a riesgo de estar ejerciendo de abogado del diablo... —Soltó el borde de la tela—. Quizá sea porque dormir en un lecho de flores resulta encantador y romántico, mientras que compartir la cama con un primitivo caracol, ya extinguido, resulta bastante asqueroso.

La vio tensar la mandíbula.

—Estás a punto de dormir en el suelo.

—¿He dicho asqueroso? ¡Quería decir maravilloso! Siempre he querido acostarme con un caracol prehistórico.

Ella no se dejó convencer.

—Ese caracol representó un trabajo ímprobo. Resultó muy difícil calcularlo. Conté centenares de puntadas para que todas las celdas fueran correctas. —Pasó el dedo sobre los abultamientos de hilo, dibujando la espiral desde el centro—. Si te fijas, no se trata de un patrón fortuito. La naturaleza suele seguir principios matemáticos. Cada cámara de la concha del amonites, de la primera a la última, sigue una secuencia numérica invariable.

—Sí, sí... Lo sé. Es un logaritmo. —dijo Colin, y vio cómo ella, sorprendida, alzaba bruscamente la cabeza y se ajustaba las gafas antes de clavar los ojos en él—. ¿Sabes? —meditó—. Este diseño comienza a atraerme de verdad después de todo. Los caracoles no me parecen demasiado excitantes, pero los logaritmos... Siempre he pensado que es una palabra que suena muy pervertida. —La volvió a decir en un tono más pícaro—. Logariitmo. —Dejó que la sílaba tónica vibrara en su lengua—. Ohh, sí, gracias. ¿No te parece que insinúa algo más?

—Eso le pasa a muchos términos matemáticos. Creo que es porque todos fueron elegidos por hombres. «Hipotenusa» es, sin duda, todavía más lasciva.

—Y «cuadrilátero» evoca imágenes carnales.

Ella se mantuvo en silencio un buen rato antes de arquear una de sus cejas oscuras.

—No tantas como... «rombo».

¡Santo Dios! ¡Aquella palabra era categóricamente lasciva! Ver cómo ella la pronunciaba excitaba todas sus terminaciones nerviosas. Debía admirar la manera en que ella respondía a cualquier reto que le presentara, devolviendo réplicas novedosas y sorprendentes. Algún día esa creativa mujer haría muy feliz a algún hombre afortunado.

Se rio entre dientes para sacudirse aquel repentino ataque de deseo.

—Mantenemos unas conversaciones de lo más extrañas.

—Creo que esta conversación es algo más que extraña. Resulta, incluso, chocante.

—¿Por qué? ¿Porque comprendo los principios básicos de los logaritmos? Sé que estás acostumbrada a dirigirte a mí con palabras cortas y sencillas, pero he recibido la más exquisita educación que puede recibir un joven en Inglaterra. He estudiado en Eton y en Oxford.

—Sí, pero... No sé. Lo cierto es que jamás te imaginé destacando en matemáticas. —Se llevó ambas manos a la espalda para abrir los corchetes del vestido. Era como si se hubiera olvidado de que se encontraba allí, o no sintiera timidez al tener que desnudarse ante él.

Colin tuvo que apoyarse en el poste de la cama. Sin duda, aquello era un nuevo logro en su carrera amorosa. Nunca había visto desnudarse a una mujer mientras hablaban de matemáticas; ni jamás se hubiera imaginado que pudiera ocurrir.

Se aflojó la corbata.

—Si soy sincero —confesó—, jamás obtuve notas demasiado buenas en matemáticas. Podría haberlo hecho, claro está, pero me aseguré de que no fuera así.

—¿Por qué?

—¿Estás loca? A nadie le caen bien los niños que sacan buenas notas en matemáticas. Son pequeños pedantes aburridos que se pasan el día encorvados sobre sus pizarras. Todos tienen cuatro ojos y ningún amigo.

Apretó los labios al darse cuenta de lo que había dicho. Pero ya era demasiado tarde.

Ella se quedó paralizada, con los brazos doblados para despojarse del vestido. Cualquier rastro de diversión había desaparecido de su cara. La vio inspirar por la nariz antes de mirar fijamente hacia un rincón.

¡Maldición!, siempre acababa metiendo la pata y haciéndole daño.

—Min, no quería decir que...

—Date la vuelta —ordenó ella, ignorándole por completo—. Es tarde y estoy cansada. Deja de disculparte y gírate para que pueda terminar de desvestirme. Te informaré de en qué momento mis pedantes cuatro ojos están a buen recaudo bajo el asqueroso caracol marino.

Él hizo lo que le pedía y se volvió hacia la pared. Mientras se aflojaba los botones de los puños de la camisa, intentó no escuchar los susurros de la tela. No funcionó. No podía impedir que su imaginación se descontrolara y pintara en su mente imágenes de ella quitándose el vestido, desatando los cordones del corsé. La escuchó contener el aliento y una emoción incontrolable bajó por su espalda al reconocer el profundo suspiro que emite una mujer que libera sus pechos al final del día.

La sangre se le agolpó en la ingle y tuvo que contener su propio suspiro. Se dijo a sí mismo que era un hombre y había una mujer desnuda en la estancia. No podía evitar la reacción física de su cuerpo; era simple biología... Las aves estaban sometidas a sus dictados, lo mismo que las abejas. Ni siquiera escapaban los caracoles marinos.

Escuchó suaves salpicaduras en el aguamanil y supo que ella se estaba pasando una tela mojada por cada exuberante curva desnuda. Sin duda, ahora estaba torturándole a propósito y, probablemente, se lo merecía.

Al final oyó el rechinar de la cama.

—Ya puedes girarte.

Y lo hizo, asumiendo que la encontraría bajo las sábanas de cara a la pared. Sin embargo, estaba de lado, mirándole directamente.

—Voy a desnudarme —informó—. ¿No prefieres darte la vuelta?

—No, creo que no. —La vio apoyarse en un codo—. Jamás he visto a un hombre desnudo. Bueno, no he visto de cerca a uno de verdad. Sé indulgente con mi curiosidad científica. —Él clavó en ella una penetrante mirada—. O si prefieres, tomaré tu desnudo como una disculpa.

Oh, sin duda, ella era una listilla. Así que debería pagar todas sus azuzadoras e irreflexivas tomaduras de pelo desnudándose ante ella... Incluso él mismo debía admitir que era un justo castigo.

—Me sentiré más que feliz de permitir que te recrees en el conjunto de mi perfección física, pero solo si tú también te muestras ante mí. —Al notar el conmovido silencio de Minerva, continuó—: Me parece un trato justo. Ojo por ojo, diente por diente...

—¿Cómo va a ser justo? Tú has visto muchos dientes..., digo, tetas.

¡Dios! ¡De qué manera había dicho ella esa palabra! Tan explícitamente, sin indicio alguno de timidez. Justo acababa de recobrar la compostura y ella conseguía en un instante que volviera a palpitar de deseo.

—No sé por qué, entonces quieres ver mis pechos —explicaba ella—. Y dado que has

presumido con consumada altanería de que te has... prodigado... delante de la mitad de las mujeres de Inglaterra, no creo que tengas el valor de negarte por modestia en este momento.

—Estoy hablando en serio —replicó él sin alterarse—. Es cierto que he tenido la fortuna de ver muchos pares de pechos en mi vida, pero cada uno es diferente, y no he visto los tuyos.

Ella se movió dentro de la cama, haciendo que la caracola bordada se retorciera.

—Te aseguro que no son nada fuera de lo normal.

—Permite que sea yo quien lo juzgue.

Ella alzó la barbilla.

—De acuerdo. Este es el trato: la mitad de mi desnudez por la tuya entera.

Él fingió pensárselo.

—Trato hecho.

Ella se sentó en la cama y se desabrochó los botones de la pechera del camisón. Luego bajó las mangas con cuidado, mientras protegía sus pechos tras las rodillas dobladas. Tenía los antebrazos tostados por el sol, pero los hombros eran pálidos y hermosamente torneados.

Una vez que se hubo desnudado hasta la cintura, se apretó contra la pared que formaban sus piernas y le lanzó el reto.

—Tú primero.

Él se quitó la camisa por la cabeza y la lanzó a un lado. Luego desabrochó los botones de la bragueta y dejó caer los pantalones sin ceremonia alguna.

Bueno, tampoco era cierto. Sin duda, había cierta fanfarria en sus acciones. Su rampante erección parecía un toque de trompeta en busca de atención y sobresalía del nido de vello oscuro que se reunía en su ingle. Parecía querer llamar la atención de una manera provocativa e inmadura.

—Ahora te toca a ti —la acució.

Fiel a su palabra, ella bajó las rodillas poco a poco y reveló su torso desnudo.

Se estudiaron el uno al otro.

Ella tenía razón, se dijo a sí mismo; sus pechos no eran nada fuera de lo normal. Para empezar tenía dos; el número habitual. Eran redondos y de tamaño medio, coronados por apetecibles pezones erguidos. La habitación estaba demasiado oscura como para percibir el tono de las arrugadas areolas, pero no era selectivo al respecto; rosados, pardos, oscuros... Todos sabían igual en la oscuridad.

No, sus senos, aunque atractivos, no eran científicamente más o menos atractivos que todos los que había visto antes. Pero lo que, sin duda, le dejaba sin aliento era el conjunto. La imagen de ella, allí sentada, medio desnuda, en aquel nido de sábanas limpias y blancas con el pelo oscuro cayéndole sobre los hombros y aquellas gafas, que habían resbalado hasta detenerse de manera muy atractiva en la punta de la nariz. Y aquellos labios exuberantes que ella mantenía entreabiertos.

Parecía un recuerdo interrumpido. Un sueño húmedo. O quizá un vislumbre del futuro...

«Basta. No sigas por ahí».

—Sin duda, no estará siempre así, ¿verdad? —preguntó ella al tiempo que se inclinaba hacia delante para estudiarle con atención.

—¿El qué?

—Eso..., tan grande. Y tan activo. —Su inquieto miembro dio otro brinco ansioso, como un perro de caza mal entrenado—. ¿Lo has hecho a propósito? —preguntó ella, que parecía bastante asombrada.

¡Oh, maldita fuera! De repente deseó hacerlo a propósito. Con un propósito... Con el explícito propósito de empañarle las gafas y arrancarle una cadena de suspiros de deleite.

—No pienso seducirte —afirmó.

Tras un largo momento, ella alzó la cabeza. Le miró a la cara mientras, con la punta del dedo, subía las gafas hasta el puente de la nariz.

—¿Qué has dicho?

—No voy a seducirte —repitió él—. Ni esta noche ni nunca. He pensado que deberías saberlo. —Ella le miró fijamente—. Mantengo lo que te dije aquella noche en el castillo: no arruino a chicas inocentes. Quería que supieras que tengo reglas.

—¿Tienes reglas para elegir a las mujeres que seduces?

—No, no. Para mí mismo.

—¡Ah! Hay un código para seductores. Una especie de código de honor entre mujeriegos. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Sí, más o menos. Entre los tipos normales solo existe el impulso de llevar a la cama a las mujeres que imagina... Bueno, en ese caso quizá no se necesiten reglas. Pero cuando un hombre vive con la meta sincera de no pasar una noche solo..., se hace necesario tener un extenso conjunto de reglas personales. Y, aunque te parezca mentira, tengo principios.

—¿Y esas reglas son...?

—Comienzan con un buen alarde de buenos modales básicos, por supuesto. Decir «por favor» y «gracias», y poner en práctica el proverbial dicho «Las mujeres primero». No poseo preferencias en cuanto a posiciones, pero no me gustan las ataduras ni las mordazas.

Ella lo miró boquiabierta.

—¿Ataduras y...?

—No me malinterpretes, no tengo nada en contra de ello, pero no permito que me aten. En cuanto a lo demás... —Comenzó a enumerar con los dedos—: Nada de vírgenes ni prostitutas. Nada de mujeres que se encuentren en delicada situación económica. Nada de hermanas de anteriores amantes, ni madres...

—¿Madres? —graznó ella.

Él se encogió de hombros. Había una divertida historia detrás de aquella regla en particular.

—Mira, no importa de qué traten las reglas, el caso es que las tengo. Y como ya te he dicho, si te seduzco estaría saltándomelas. Así que no voy a vulnerarlas. He pensado que sería mejor sacar a colación el tema ahora, mientras estoy desnudo ante ti. Porque si lo hubiera dicho en otro momento, podrías haberte sentido ofendida y suponer que no me siento atraído por tu persona. —Señaló la turgente y completa erección, que parecía casi ridículamente optimista—. Como puedes observar muy bien, no es el caso.

Ella permaneció en silencio durante varios segundos, estudiándolo.

—Tienes razón —aseguró al final, dirigiéndose a su erección—. Mantenemos unas conversaciones de lo más extrañas.

Él se frotó la cara y soltó el aire lentamente.

—Todavía no es demasiado tarde para salvar tu reputación, ¿sabes? Puedo llevarte ahora mismo a casa de Bram y Susanna y así podrías llegar a usar esas sábanas para el propósito con el que fueron confeccionadas. Podrías salvarte. Quizá no lo creas, pero en alguna parte existe un hombre que valorará el trabajo que has empleado en ellas, lo que significan. Forman parte de tu ajuar. Deberían tener un uso especial.

Si una soltera y un reconocido mujeriego pasaban la noche a solas en esa habitación, daría igual

lo que hicieran realmente sobre esas sábanas bordadas. Incluso aunque no se vieran manchadas de sudor, por su semilla o la sangre virgen, ella estaría arruinada. Cuando regresara de esa aventura, Minerva estaría mancillada de manera irreversible para toda la sociedad.

Ella se puso boca arriba y miró al techo.

—Ya he tomado una decisión, ¿de acuerdo?

Él apartó la sensación de culpa que lo asolaba y se recordó que aquel viaje era idea de ella y que conocía bien todas las consecuencias. Le había dicho, literalmente, que dormirían juntos y así sería. Compartiría con ella esa cama. Ese era el trato.

—Siempre duermo encima de las sábanas —explicó él al tiempo que se sentaba en el borde del colchón—. Así que si tú te quedas debajo...

—... habrá algo entre nosotros.

«Sí, algo». Con el espesor de una hojita de abedul.

Mientras estaba tumbado sobre la cama y miraba fijamente el techo, el recuerdo de sus pechos parecía flotar en la oscuridad. Eran como dos lunas redondas y aterciopeladas que se movían en la negrura, tentándolo a tocarlas. A saborearlas. Él sabía que era inútil estirar la mano hacia aquel espejismo, pero su ingenua erección se alargaba y engrosaba, sin perder en ningún momento la esperanza.

Cerró los ojos, intentando pensar en las cosas menos excitantes. Arañas con patas peludas, calabazas llenas de bultos con el cuello largo, pero estas le hicieron pensar en puñeteros órganos genitales; puré de guisantes, polvos y cera de abejas que olían a rancio, como los ancianos.

De pronto, una imagen diferente se abrió paso en su mente. Una que le hizo querer soltar una carcajada.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, somnolienta.

Él envidió que fuera capaz de dormirse.

—Nada —replicó—. Solo estoy imaginando la reacción de tu madre.

CAPÍTULO

8

Dónde está Minerva? —Tras dejar a un lado las cartas, la señora Highwood llamó con una palmada a una de las camareras de El Toro y la Mariposa—. Aquí estás... ¿Cómo te llamabas? No me acuerdo.

—Me llamo Pauline, señora.

—Muy bien, Pauline. Quiero que vayas a la posada y le digas a mi caprichosa hija que quiero que se reúna aquí con nosotras de inmediato. ¿Has oído? ¡De inmediato! Dile que deje de una vez esos garabatos. Ya se ha perdido el té y la cena. Quiero que reciba la lección con la señorita Taylor, y luego será la cuarta para jugar al *whist*. O bien comienza a comportarse como una hija obediente o ya la dejaré por inútil. Me lavaré las manos por completo.

Con una reverencia, Pauline se dispuso a hacer lo que le habían encomendado.

Kate Taylor, sentada al piano junto a Charlotte, sonrió. Dudaba mucho que Minerva tomara en consideración todas aquellas amenazas vacías, según las cuales la señora Highwood desistiría de hacer carrera femenina de ella y la dejaría a su aire.

Kate sentía mucha simpatía por las tres señoritas Highwood, quizá en realidad fuera más envidia que simpatía, y eso significaba algo. Ella no tenía familia, solo el círculo de amigas que había reunido allí, en Cala Espinada. No poseía más hogar que El Rubí de la Reina. Tampoco había tenido más madre que los benefactores anónimos que pagaron su educación en la Escuela Margate para Chicas.

Se había pasado muchas noches llorando sobre la almohada en aquel frío e impersonal dormitorio del ático, suplicándole a Dios que le enviara una madre de verdad... En ocasiones, el comportamiento de la señora Highwood hacía que se sintiera agradecida de que Él no hubiera respondido a sus oraciones. Al parecer, no todas las madres eran una bendición para sus hijos.

—Empieza otra vez desde el principio, Charlotte —indicó a su joven alumna—. Y pon más atención al ritmo. —Golpeó la partitura con el fino puntero—. Interpretas mal la melodía cuando empieza ese arpegio de semicorcheas... Entrás tarde. —Apartó la muñeca de Charlotte para demostrar lo que quería decir—. Empiezas así, con el índice. Luego cruzas por debajo con el pulgar.

—¿Así? —Charlotte la imitó.

—Sí. Hazlo un par de veces muy despacio, para acostumbrarte. Luego prueba a más velocidad.

Mientras la chica repetía la melodía, se escuchó una serie de crujidos procedentes de la barra.

Los hacía el cabo Thorne. Estaba sentado de lado, mostrándoles su anguloso perfil, y su única compañera era una jarra de cerveza. Ya fuera culpa de las repetitivas escalas, de las partidas de cartas o de las chillonas exclamaciones de la señora Highwood, resultaba evidente que a Thorne le disgustaba mucho tener que compartir aquel espacio con alguien.

Cuando Charlotte emprendió la segunda repetición del mismo pasaje, ella observó que el hombre hacía una enorme mueca de disgusto ante su cerveza. A continuación le vio dejar la jarra en el mostrador para comenzar a hacer crujir los huesos de la mano izquierda. Uno a uno.

Lentamente. De una manera amenazadora y algo premeditada, que sugería que estaba deseando romper algo —o a alguien— si aquel laborioso ejercicio musical continuaba.

—Hazlo tres veces más, Charlotte —ordenó, enderezando la espalda.

Thorne podía suponer una presencia intimidante, eso seguro, pero no iba a conseguir que la clase concluyera antes de lo previsto. Las repeticiones eran esenciales para llegar a lograr una buena ejecución, y las mujeres tenían tanto derecho como el que más a quedarse allí, en El Toro y la Mariposa. El local era a la vez salón de té para las damas y taberna para los caballeros.

Charlotte seguía practicando los arpeggios, tocando cada vez con más fluidez, cuando las campanillas de la puerta tintinearón bruscamente. Pauline había regresado tras realizar el recado.

—¿Y bien, chica? —preguntó la señora Highwood—. ¿Dónde está mi hija?

—La señorita Minerva no estaba en la posada, señora Highwood.

—¿Qué? ¿No estaba allí? Por supuesto que estaba. ¿Dónde va a estar si no?

—No estoy segura de saberlo, señora. Cuando informé a la señorita Diana de que estaba buscándola...

En ese momento Diana abrió la puerta de golpe.

Los naipes volaron sobre la mesa cuando la señora Highwood repartió las cartas.

—Ten cuidado, cariño. O te dará un ataque.

—¡Se ha marchado! —Diana tragó saliva y respiró hondo un par de veces antes de seguir, al tiempo que sostenía en alto un papel—. Minerva se ha marchado.

Charlotte dejó de tocar el piano.

—¿Cómo que se ha marchado?

—Ha dejado una nota. Debí de caerse del escritorio, no la he encontrado hasta ahora. —Diana alisó el papel antes de sujetarlo para poder leerlo.

Como si estuvieran en la iglesia, en lugar de en un salón de té, las mujeres presentes se levantaron de sus sillas al unísono, dispuestas a escuchar lo que decía la carta. Incluso el cabo Thorne, que parecía inalterable frente a la barra, se mostró sutilmente interesado.

—«Mi querida Diana —comenzó a leer la hermosa rubia—, lamento la sorpresa que os voy a dar, pero ni tú ni Charlotte ni mamá debéis preocuparos por mí. Me encuentro a salvo, voy camino del norte con lord Payne. Nos hemos fugado a Escocia para casarnos. Estamos... —Diana bajó la nota y fijó la mirada en su madre—. Estamos locamente enamorados».

El silencio que siguió hubiera podido cortarse.

Charlotte fue la primera en romperlo.

—No. No. Debe de haber un error. ¿Minerva se ha fugado con lord Payne? ¿Están enamorados? No puede ser...

—¿Cómo es posible que falten desde esta mañana y nadie se haya dado cuenta todavía? —preguntó Kate.

Diana se encogió de hombros.

—Minerva siempre está por ahí fuera, explorando la cala y los acantilados. No es inusual que desaparezca antes de desayunar y no regrese hasta que se ha puesto el sol.

Kate reunió todo su coraje y se volvió hacia la barra.

—¿Cabo Thorne? —Él levantó la mirada—. ¿Cuándo fue la última vez que vio a lord Payne?

El enorme hombre frunció el ceño.

—Ayer por la noche.

—Entonces debe de ser cierto —concluyó Diana—. Se han fugado para casarse.

Una nueva preocupación oprimió su corazón y Charlotte atravesó la estancia hasta la joven

rubia para tocarle el brazo.

—¿Te encuentras muy decepcionada?

Diana la miró perpleja.

—¿Decepcionada? ¿Por qué?

Ella señaló a la todavía anonadada señora Highwood.

—Sé que tu madre albergaba esperanzas de que lord Payne y tú...

—Sí, pero yo jamás las compartí —susurró Diana—. Es un hombre encantador y bastante guapo, pero nunca he sentido por él nada que no fuera amistad. He pensado a menudo que sería un verdadero alivio que él se casara con otra. Pero nunca habría soñado que fuera Minerva...

—Minerva odia a ese hombre —aseguró Charlotte—. Me lo ha dicho muchas veces. —Arrancó la carta de la mano de Diana—. No puedo creer que se haya fugado para casarse con él. Me resultaría más fácil convencerme de que ha sido secuestrada por los piratas.

Kate se encogió de hombros.

—Una aparente aversión puede ocultar una intensa atracción secreta.

—Pero durante los últimos meses no han hecho otra cosa que discutir por tonterías —recordó Charlotte—, y la mitad de las veces lord Payne ni siquiera es capaz de acordarse de su nombre.

—La otra noche le pidió que bailara con él —señaló Diana.

—Eso es cierto, estuvieron bailando —convino la otra—. Pero fue un desastre absoluto. Aun así, ¿quién podía imaginarse que ocurriría esto?

—Nadie. Porque no es así. —El cabo Thorne apartó la jarra de cerveza a un lado y se levantó tan bruscamente que casi se golpeó la cabeza con las vigas vistas pintadas de negro. Se acercó al grupo con dos zancadas—. Estoy seguro de que Payne se trae algo entre manos. Iré tras ellos. Si salgo ahora mismo, puedo llegar a Londres por la mañana. —Miró a Diana—. Si siguen la carretera al norte, lord Rycliff y yo los encontraremos enseguida y traeremos a su hermana a casa.

—¡No!

Todos se volvieron hacia quien había lanzado aquel grito: la señora Highwood. La mujer permanecía paralizada en el sitio, con las palmas de las manos apoyadas en la mesa y la mirada perdida. Kate no podría decir si la señora había siquiera parpadeado una sola vez desde que Diana leyó la carta.

—Nadie va a salir tras ellos —aseguró la señora Highwood—. Lo supe desde que le vi. Lord Payne será mi yerno. Mis amigas siempre me lo dicen, tengo una intuición sin parangón. —Se golpeó el pecho con una mano—. Claro que siempre estuve segura de que, tan guapa como es, sería Diana quien lo pescaría. Pero al parecer no tuve en cuenta el ingenio de Minerva. —Sus ojos azules brillaron como zafiros—. No quiero ni imaginar lo que ha hecho esa astuta hija mía para cazarlo.

—Sin duda alguna, Minerva no le ha cazado —se opuso Charlotte—. Estoy segura de que ella jamás se fugaría con lord Payne. ¡Tiene que haber sido secuestrada!

—Dudo mucho que haya sido secuestrada, Charlotte —intervino Diana—. Mamá, tienes que admitir que este giro de los acontecimientos es totalmente inesperado.

—Increíble, diría yo. —Thorne cruzó los brazos—. Él no es bueno.

—Quizá se haya enamorado de ella —adujo Kate—, tal y como dice la carta.

Thorne negó con la cabeza.

—Es imposible.

—¿Imposible? —Aquello comenzaba a pasar de castaño oscuro; Kate se sentía molesta por Minerva—. ¿Por qué es imposible que un hombre se enamore de una chica rara? Quizá Minerva

no sea la chica más bonita del mundo, pero puede ser que lord Payne haya visto algo más importante que la belleza en su mente inquieta o en su espíritu independiente. ¿Sería eso tan increíble? ¿Acaso una mujer no puede ser amada a pesar de sus defectos?

Las Highwood apartaron la mirada en medio de un embarazoso silencio y ella supo que había sido demasiado elocuente. Aquello implicaba a Minerva, no a ella. Sus situaciones no eran iguales. Era posible que Minerva no fuera la chica más guapa del mundo, pero seguía siendo una joven de buena cuna.

Ella, sin embargo, estaba sola y era pobre, además de padecer aquella imperfección física. Ningún caballero elegante se plantearía fugarse con ella, ni siquiera le pediría un baile. Pero, tonta como era, seguía teniendo esperanzas de encontrar el amor. Después de todo, llevaba toda la vida aferrándose a tal esperanza. Ahora ya no podía soltarse.

—Minerva es mi amiga —añadió con sencillez—. Y me alegro mucho por ella.

—Si de verdad es su amiga, debería preocuparse. —La mirada de Thorne estaba llena de vehemencia—. Es necesario que la rescatemos.

Kate alzó la barbilla y le volvió la cara. Su mancha de nacimiento del color burdeos era muy visible en ese ángulo.

—¿Esa decisión no la debería tomar su madre?

La señora Highwood la asió del codo.

—¡Sí! La señorita Taylor tiene razón. Deberíamos estar celebrándolo. Imagínense... Mi torpe y mal encarada Minerva fugándose con un vizconde... Algunos podrían definirlo como inesperado o increíble, pero, a menos que alguien me convenza de lo contrario... —una amplia sonrisa se extendió por la cara de la mujer, haciendo que pareciera diez años más joven—, yo lo llamo *milagro*.

CAPÍTULO

9

Minerva se despertó en plena noche... enredada con él.

Pasó por un momento de puro y paralizante terror hasta que recordó exactamente dónde se encontraba... Y con quién. Una vez que se acordó de que estaba en una posada en Londres y supo que la pesada pierna que se había hecho sitio entre las suyas era nada menos que de lord Payne..., el miedo se hizo todavía mayor.

Él suspiró en sueños y se acurrucó contra ella al tiempo que afianzaba un brazo alrededor de su cintura.

¡Oh, Dios! ¡Colin estaba rodeándole la cintura con un brazo!

Y eso no era lo peor. Lo peor era que estaba encima y ella... Ella ¡estaba debajo de él! Su olor y el calor que emanaba de su cuerpo la envolvían como una manta. Él tenía la barbilla apoyada en su hombro y la nariz presionada con suavidad contra un punto debajo de su oreja. Sí, la sábana bordada suponía una barrera suave y flexible entre sus cuerpos, pero, por lo demás, estaban tan bien trenzados que podrían ser una sola criatura.

Miró al techo fijamente. Notaba el palpitar del pulso en la garganta. El deseo de moverse era insoportable, y aun así no se atrevía a hacerlo.

Durante unos minutos eternos permaneció quieta. Respirando. Mirando la oscuridad sin ver. Escuchando el frenético latido de su corazón y sintiendo el suave calor del aliento de Colin en su cuello, como una caricia.

Y entonces, de repente, él se puso rígido como una piedra. El brazo que le rodeaba la cintura se tensó y la apretó hasta que su sujeción resultó casi dolorosa. La pierna que había puesto sobre la suya se volvió dura como el acero. Dejó de notar su aliento en el cuello.

Colin comenzó a temblar con tanta violencia que les estremeció a los dos.

El ritmo cardíaco de Minerva se aceleró, haciéndose más intenso.

¿Qué podía hacer? ¿Despertarle? ¿Hablarle? ¿Permanecer quieta y, simplemente, esperar a que ese episodio... terminara?

Aquella horrible sensación de desamparo no era nueva. La embargaba cada vez que Diana tenía un ataque de asma. Jamás podía hacer demasiado para ayudar a su hermana cuando sufría una crisis respiratoria, salvo quedarse a su lado y animarla a mantener la calma. Haciéndole saber en cada momento que no estaba sola.

Quizá eso también serviría con él. Que supiera que había alguien a su lado.

—¿Colin?

Él aspiró bruscamente. Sus músculos estaban anudados, tan tensos como muelles.

Ella tenía un brazo aprisionado bajo el peso de su cuerpo, pero todavía le quedaba libre la otra mano. Alzó los dedos temblorosos y los puso con suavidad sobre su antebrazo. El fuego se había apagado hacía tiempo y el aire de la estancia era frío, pero la piel de Colin estaba húmeda por el sudor.

—Colin... —Deslizó los dedos de arriba abajo por el brazo, muy despacio, con toques

tranquilizadores. Deseó poder acariciar también otras partes de su cuerpo, como el cuero cabelludo, la espalda o la cara, pero a menos que él aliviara la apremiante firmeza con que la retenía, no podría hacerlo.

Sus atenciones no parecían ayudar. Ahora él se estremecía con violencia y su respiración era entrecortada. Notaba el atropellado latido de su corazón contra el hombro.

Aquello era todavía peor que en la gruta. Allí Colin había estado algo agitado, pero ahora parecía que era su vida la que estaba en juego.

Un sonido ahogado pugnaba por salir desde el fondo de su garganta. Un gemido crudo y angustiado, casi inhumano.

—No —le escuchó mascullar—. ¡No! No te dejaré —gritó a continuación—. Atrás, maldito perro.

Ella se estremeció. Jamás le había escuchado hablar en un tono tan salvaje.

«¡Oh, Dios! ¡Oh, Colin! ¿Qué guardas dentro de ti?».

Tenía que hacer algo, lo que fuera, por arrancarlo de aquel lugar oscuro donde parecía sentir tal terror. Desesperada, recurrió al mismo truco que él le había enseñado en la pista de baile. Deslizó los dedos hasta la vulnerable parte interior del brazo y pellizcó con fuerza.

Él se estremeció bruscamente y contuvo el aliento entre jadeos, como un hombre que estuviera a punto de ahogarse y lograra alcanzar la superficie.

—Colin, soy yo, Minerva. Estoy aquí. —Giró sobre sí misma hasta quedar encima del brazo aprisionado y le miró a los ojos mientras le acariciaba la frente para tranquilizarlo—. No estás solo. Todo va bien. Solo tienes que respirar hondo. Estoy aquí.

Él no abrió los ojos, pero la tensión que atenazaba su cuerpo se suavizó. Su respiración se sosegó. El pulso, que ella notaba contra su pecho, también aminoró la velocidad.

—Estoy aquí —repitió ella—. No estás solo.

—Min... —Su voz era tan áspera como una bola de algodón en rama. Ronca y suave a la vez. Colin atrapó uno de sus mechones y lo frotó entre la punta de los dedos—. ¿Te he asustado?

—Un poco.

Él masculló una maldición y la estrechó contra su pecho.

—Lo siento, cielo. Todo está bien ya. —Ella notó que el pecho de Colin subía y bajaba cerca del suyo cuando suspiró—. Todo está bien.

Increíble. Después de aquel episodio que acababa de experimentar, era él quien la tranquilizaba a ella. Y lo estaba haciendo realmente bien. Percibió sus dedos en las sienes dibujando pequeños círculos tranquilizadores. Era un alivio saber que la crisis había pasado ya... Se había quedado vacía, débil... Agotada.

—¿Necesitas algo? —musitó ella al tiempo que apretaba la frente contra su pecho—. ¿Brandy? ¿Té? ¿Quizá te ayudaría... hablar sobre ello?

Él no respondió, de modo que ella se preocupó por si le había ofendido.

Finalmente Colin la besó en la parte superior de la cabeza.

—Duerme.

Así que hizo lo que le decía. Se dejó envolver por su fuerza, por el lento y constante latido de su corazón, hasta que se sumió de nuevo en el sueño.

Cuando Minerva despertó, ya era de día.

Y estaba sola.

Se sentó en la cama. Los débiles rayos del sol penetraban a través de la única y mugrienta ventana de la habitación. Bajo la luz del día, la estancia parecía todavía más mugrienta que la noche anterior.

Se puso las gafas antes de mirar a su alrededor. Su equipaje seguía allí, pero no vio señal alguna de Colin. Tampoco estaban sus botas, su abrigo, ni siquiera sus guantes o la corbata que había colgado sobre el respaldo de la silla.

Le dio un vuelco el corazón.

Colin no podía haberse marchado.

Se bajó con rapidez de la cama y comenzó a buscar en la mesa, en la cómoda. Sin duda, habría dejado al menos una nota. Al no encontrar ninguna, se aseó y vistió lo más rápido que pudo. Si era racional, suponía que él estaría abajo, pero se sentiría mucho más tranquila cuando lo viera con sus propios ojos.

Por suerte, en el momento en que ella entró en el comedor para desayunar, Colin se levantó de su silla para recibirla.

—Ah, ya estás aquí.

Él se había dado un baño y se había afeitado. Todavía tenía el pelo húmedo detrás de las orejas. El polvo del viaje que cubría su abrigo había sido cepillado, por lo que el profundo color azul de la respetable prenda contrastaba con el niveo blanco de la corbata y la camisa limpias. Alguien había lustrado sus botas, que brillaban en sus pies.

Tenía buen aspecto. Realmente bueno. No era solo que estuviera impresionantemente guapo, sino que parecía vigoroso y poderoso. Tras haberle sentido gemir y temblar junto a su cuerpo la noche anterior, verlo así suponía un profundo alivio. Estaba muy preocupada por él.

—Colin... Yo... —Abrumada sin saber por qué, le puso una mano en la solapa.

—Espero que hayas dormido bien. Estábamos esperándote.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Estabais?

—Sí, mi querida hermanita —aseguró él en voz alta, y le cogió la mano—. Permite que te presente a los Fontley.

«¿Querida hermanita?». No pudo más que clavar los ojos en él, anonadada.

Colin se dio la vuelta y la llevó consigo, tratándola con la misma delicadeza que si fuera la figura de porcelana de una caja de música a la que acabaran de dar cuerda. Ella se topó de frente con una pareja de gesto amable. El caballero tenía el pelo blanco y su esposa sonreía desde debajo de un gorrito de encaje.

—Los Fontley se han ofrecido a llevarte en su carruaje. También se dirigen al norte.

—Oh. Encantada de conocerles —aseguró ella con absoluta sinceridad.

Colin la hizo girar hacia el otro lado de la mesa poniéndole una mano en la parte baja de la espalda.

—Y estos son sus hijos. El señor Gilbert Fontley y la señorita Leticia.

—¿Cómo está usted? —Gilbert, un joven al final de la adolescencia, se levantó de la silla y realizó una galante reverencia ante ella.

—Por favor, llámeme Lettie —ofreció la chica con los ojos llenos de entusiasmo mientras le tendía la mano—. Es como me llama todo el mundo.

Lettie tenía el pelo color arena y un cutis pálido, igual que el resto de su familia. Parecía solo un poco más joven que Charlotte. Calculó que tendría doce o trece años.

Gilbert le acercó una silla y ella se sentó.

—Nos complace mucho que se una a nosotros, señorita Sand —aseguró la señora Fontley con una sonrisa—. Será un honor escoltarla hasta casa de sus parientes, en York.

«¿Señorita Sand? ¿Parientes en York?».

Lanzó a Colin una mirada llena de preguntas, pero aquel provocador bellaco no se dio por aludido.

La señora Fontley removió su té.

—Creo que para Gilbert y Lettie será beneficioso conocer a jóvenes como ustedes —comentó la matrona—. Este es un encuentro fructuoso para todos. Gilbert está pensando en dedicarse a la Iglesia. Comenzará a estudiar en Cambridge este otoño.

—Señorita Sand —intervino el joven en cuestión—, su hermano nos estaba relatando anécdotas sobre su estancia en una misión en Ceilán.

—¡Oh! ¿De verdad? —Con absoluta incredulidad miró a su recién adquirido hermano—. ¡Dios mío! ¿Cuáles de nuestras buenas obras estabas relatándoles, *Colin*?

Hizo hincapié en el nombre. Su nombre de pila. Después de todo, si realmente fuera su hermano sería así como lo llamaría.

Resultaría interesante ver si ahora él podía recordar el suyo. Y utilizarlo en consonancia.

Apoyó la barbilla en la mano y clavó los ojos en él, sonriendo.

Él le devolvió la sonrisa.

—Pues me he limitado a narrar alguna de las anécdotas que nos ocurrieron en Ceilán, ciel... M.

«M». ¿Así era como pretendía resolver su problema de memoria? ¿Reduciéndola a una inicial en vez de esforzarse en recordar su nombre? ¡Estupendo!

—Señorita Sand, su hermano nos ha estado hablando sobre los años que estuvieron en misiones de Ceilán atendiendo a los más pobres y desfavorecidos. Alimentando el hambre de conocimientos y consiguiendo que muchos niños aprendieran a leer y escribir.

Vio que Lettie la miraba con los ojos abiertos como platos.

—¿De verdad se pasó la adolescencia curando leprosos?

Apretó los dientes. Apenas podía creérselo. ¿No había otra identidad falsa que asumir? ¿Misioneros curando leprosos en Ceilán? ¡Por favor!

—No, lo cierto es que no.

—Lo que mi amada hermana quiere decir es que no resultó un trabajo arduo durante todo el tiempo. —Colin apoyó el brazo en el respaldo de su silla—. Después de todo, éramos niños. Nuestros amados padres, que Dios tenga en su gloria, fueron indulgentes y nos permitieron realizar exploraciones.

—¿Exploraciones? —preguntó Gilbert, entusiasmado.

—¡Oh, sí! Ceilán es un lugar precioso, con todas esas montañas y selvas exuberantes. M y yo solíamos salir temprano de la cabaña con algo de pan en los bolsillos; nos pasábamos el día entero a la aventura. Caminando entre las vides, devorando los mangos directamente de los árboles, montando elefantes...

Ella se volvió para observar a la familia Fontley. No podía creer que alguien pensara que aquella ridícula historia tenía visos de realidad. ¿Elefantes y mangos? Pero cuatro pares de ojos azules estaban escrutando a Colin con arrobos, adoración y algo de admiración.

Bien, al menos eso suponía un bálsamo para la humillación sufrida aquella noche en el castillo. Ella no era su única víctima. Era evidente que él solía utilizar ese talento que poseía para la exageración salvaje e intencionada de manera regular. Y, por lo que parecía, con bastante éxito.

—¿Vagaban por la selva durante todo el día? —preguntó Lettie—. ¿Y no les comieron los

tigres? ¿Ni se perdieron?

—¡Oh, nunca! Me habría preocupado si hubiera estado solo, pero siempre íbamos juntos, ¿sabes? Teníamos un pequeño truco, un juego al que nos entregábamos cada vez que salíamos de aventuras: si perdía de vista a mi hermana en medio de la espesa maleza de la selva, solo tenía que gritar «¡Tallyho!» y M me respondía...

Colin la miró con las cejas arqueadas, como si esperara que fuese ella la que pusiera el colofón final a aquella épica cadena de disparates.

—Estás chiflado —se limitó a decir.

Él golpeó la mesa con la mano abierta.

—¡Exacto! Yo gritaba «¡Tallyho!» y ella respondía «¡Estás chiflado!» como si tal cosa. Era la manera en que evitábamos perdernos.

Todos los miembros de la familia Fontley se rieron.

—¡Qué juego más inteligente! —aseguró el patriarca entre risas.

—Nada nos separará nunca, ¿verdad, M? —Colin le cogió la mano y se la apretó al tiempo que la miraba a los ojos con ternura—. Creo que jamás me sentiré tan cerca de nadie como de mi estimada hermana.

Al otro lado de la mesa, la señora Fontley suspiró.

—Jóvenes...

Minerva no tuvo oportunidad de hablar con Colin a solas hasta mucho rato después, cuando los lacayos estaban asegurando sus baúles al techo del carruaje de los Fontley.

—¿Qué pretendes? —le siseó al oído.

—Mi única intención es que se sientan a gusto —musitó él en respuesta—. Jamás permitirían que viajáramos con ellos si les dijéramos la verdad.

—Es posible. Pero ¿por qué inventarse unas historias tan ridículas y exageradas? ¿Curar leprosos? ¿Montar elefantes en Ceilán? ¿De dónde sacas esas cosas?

Él se encogió de hombros.

—Se le llama improvisación.

—Estas son personas decentes, no está bien contarles esas mentiras.

—Viajamos bajo una identidad falsa, con la premisa de un compromiso falso, con nombres falsos. Y ha sido idea tuya. Ya no hay lugar para andarse con escrúpulos morales, cielo.

—Pero...

Él alzó una mano.

—Si consideras que contar a los Fontley algunas historias un poco exageradas es una maldad, te sugiero que aprendas a aceptar la maldad, al menos durante esta semana. Su oferta para que viajemos con ellos es una bendición. Ahorraremos un montón de dinero y quizá conserves tu reputación. Ahora tienes una señora de compañía.

Sabía que era cierto.

—Todo eso está muy bien, pero soy yo la que compartiré el carruaje con ellos durante días, sufriendo los efectos de tus absurdas ficciones.

—Exactamente. ¿No te parece divertido?

—¿Divertido?

Él le puso las manos en los hombros y esperó a que le mirara a los ojos. Ella lo hizo sin vacilar. Resultaba imposible pensar con claridad cuando tenía la vista clavada en aquellos iris

brillantes de color avellana.

—Vive el momento, M. Esta es la posibilidad que esperabas para salir de tu caparazón. Hay una chica confiada e interesante ahí dentro. Solo muestras un atisbo de vez en cuando. Intenta ser ella durante algunos días. No conseguirás llevar este viaje a buen puerto si no lo haces.

Ella se mordió los labios. Quería pensar que había una chica confiada e interesante en su interior y que, por fin, alguien la veía. Pero, por lo que ella sabía, Colin estaba empleando con ella el mismo truco que con los Fontley: inflamar su orgullo con falsas alabanzas. Decirle lo que quería escuchar.

Mentir, una vez más.

—Solo se trata de algunas exageraciones inofensivas. —La condujo lentamente hasta el carruaje—. Considéralo como bajar corriendo por una cuesta. Si tratas de disminuir la velocidad y elegir dónde pisas, acabas dando un traspie y tropezando. Pero si te dejas llevar y permites que la historia transcurra por sí sola, todo irá rodado.

—¿Está preparada, señorita Sand? —preguntó el señor Fontley—. La señora Fontley y los chicos ya están dentro.

Ella asintió con la cabeza.

Colin la empujó hacia el carruaje. Una vez que tomó asiento al lado de Lettie y hubo acomodado sus faldas, su flamante hermano cerró la puerta para asomar la cabeza por la ventanilla abierta.

—Iré a caballo, M. No me alejaré mucho. Si necesitas cualquier cosa de mí, ya sabes lo que debes hacer. —Lo vio esbozar una pícaro sonrisa—. ¡Tallyho!

—¡Estás chiflado! —gritaron Gilbert y Lettie al unísono.

Ella ocultó la cara entre las manos con un leve gemido.

—M y yo siempre hemos estado igual de unidos —comentó Colin mientras paseaban por un pequeño bosquecillo, apartando las ramas para que ella pudiera pasar—. Desde que estábamos en la cuna.

—¿De verdad? —preguntó Lettie—. ¿Incluso cuando eran bebés?

Mínerva puso los ojos en blanco. ¿De dónde sacaba él tanta energía para seguir fomentando aquella charla sin sentido? Estaba exhausta. Cuando se habían detenido para cambiar de caballos y almorzar, había sentido como si hubiera estado toda la mañana bajando por aquella cuesta imaginaria, saltando de un ambiguo engaño a otro para satisfacer la ilimitada curiosidad de los Fontley. Esperaba con ansiedad poder escapar brevemente, alejarse para estirar las piernas.

Pero, por supuesto, Colin había decidido acompañarla. Y Lettie y Gilbert no habían querido perderse el encuentro.

—¡Oh, sí! —continuó Colin, guiándolos por el camino—. Mi hermana y yo siempre hemos disfrutado de esta profunda conexión. Mantenemos conversaciones sin intercambiar una palabra.

Entonces la miró y ella le sostuvo la mirada.

Él tenía razón, sin duda. Podían mantener una conversación sin intercambiar una palabra, y la que estaba teniendo lugar en ese momento era algo así como:

—*Colin, cierra el pico.*

—*No pienso hacerlo, M.*

—*Entonces te lo cerraré yo.*

—*¿De veras? ¿Cómo?*

—*No lo sé todavía, pero será de una manera lenta y dolorosa. Y no dejaré pruebas.*

—Me salvó la vida en cierta ocasión —estaba informando Colin al joven Fontley.

—¿Quién? —intervino Lettie—. ¿La señorita Eme?

—Ya lo creo. Me arrancó, literalmente, de las garras de la muerte. Es toda una historia.

Ella, que avanzaba vigorosamente entre la hierba que le cubría los tobillos, contuvo la risa.

«No me cabe duda».

—Cuéntenoslo. Estoy seguro de que esa historia es digna de la señorita Sand. —Gilbert la miró con admiración. Posiblemente aquel brillo en sus ojos indicara cierta inclinación por ella.

¡Oh, Dios! De todas las veces que podía haber sido objeto del interés de un caballero, tenía que ser ahora...

—Bueno, todo empezó en lo más profundo de la selva —comenzó Colin—. Uno de los días que salimos a explorar me picó un extraño escarabajo muy venenoso.

Lettie abrió mucho los ojos.

—¡La señorita Eme hizo un corte en la herida y chupó el veneno! —exclamó antes de que él pudiera seguir con la historia.

—No, no. No habría servido de nada, ese veneno es de los que actúan con rapidez.

—¿Lo arrastró de regreso hasta la casa en busca de ayuda?

—No, me temo que no. —Colin negó con la cabeza—. Resultaba demasiado pesado para ella.

—Así que lo dejé allí, muriéndose, y me fui a casa a cenar —intervino ella en tono burlón—.

Fin.

Gilbert se rio.

—Claro que no hizo eso. Corrió en busca de auxilio, ¿verdad?

—En efecto —aseguró Colin.

Habían llegado hasta la orilla de un riachuelo y *su hermano* se sentó sobre un leño caído.

—Apuesto lo que sea —intervino Lettie, al tiempo que se sentaba a su lado y dejaba al descubierto el encaje de las enaguas— a que ella corrió a la casa como una loca y regresó justo a tiempo. Seguro que la acompañaba algún hechicero nativo que le curó con místicos cantos y polvos extraños.

Colin negó con la cabeza, sonriendo ante la desbordante imaginación de la chica.

—No. Lo cierto es que cuando ella regresó con ayuda era ya demasiado tarde. No me pudo curar. Había muerto.

Todos se quedaron en silencio.

—Pero... —Lettie frunció el ceño—. Pero eso no puede ser. Está usted aquí.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Gilbert.

«Sí, ¿qué ocurrió?», estuvo a punto de agregar ella misma. Se encontraba ansiosa por saber qué pasaba a continuación, cuando él yacía en la selva después de que le hubiera picado un extraño escarabajo ceilandés.

«No ocurrió nada, no seas tonta. Todo es mentira».

Colin se aclaró la garganta.

—Bueno, no puedo decir exactamente lo que ocurrió, porque caí desplomado en mitad de la selva y no recuerdo nada de lo que sucedió después. Parece que me sumí en un coma muy profundo. Las señales de vida se redujeron tanto que mi familia pensó que había muerto. Rezaron por mí, prepararon mi cuerpo y lo metieron en un ataúd de madera. Lo siguiente que supe, al despertarme, fue que estaba encerrado en un lugar oscuro. Me habían sepultado vivo.

—¡Oh, Dios mío! —gimió Lettie, aferrándose a su bota—. ¿Qué pasó luego?

—Que lloré, gemí... Clavé las uñas en las tablas hasta que se me rompieron y comencé a sangrar. Me desesperé. Temblaba. Grité hasta que tuve la garganta en carne viva. —Su voz mostraba en ese momento una calidad extraña. Le vio alzar la mirada, en busca de la suya—. Y, no sé cómo, ella me oyó. ¿Verdad, M? Me oíste, escuchaste mi llamada en la oscuridad. Estaba solo y asustado, pero, en la oscuridad de la noche, tú escuchaste los angustiados gritos que me salían del corazón.

Ella tragó saliva para intentar hacer desaparecer el nudo que tenía en la garganta. Ya no le gustaba esa historia. No sabía a qué estaba jugando Colin. Era evidente que había descrito los hechos de su niñez, cuando estuvo atrapado en la oscuridad, y lo que había significado para él. Parecía que no había olvidado el episodio de la noche anterior. Que lo recordaba todo. Y ahora deseaba... ¿qué? ¿Qué pretendía? ¿Darle las gracias por su ayuda? ¿Burlarse de su preocupación?

—¿Quieres contarles el resto, M? —preguntó él.

—No, no quiero —repuso ella, meneando la cabeza.

Colin miró a los chicos.

—Corrió hacia el lugar donde estaba enterrado sin importarle la oscuridad y comenzó a rebuscar entre la tierra con sus manos desnudas. Al escuchar esos ruidos... Bueno, al principio pensé que había muerto de verdad y que los sabuesos del infierno rascaban mi ataúd.

Lettie lanzó un chillido que ahogó mordiéndose el nudillo.

—Aún hoy odio a los perros —aseguró él.

—¡Oh, qué pena!

Ella recordó el eco de sus gritos salvajes. «Atrás, maldito perro».

—Intenté gritar, pero no podía. El aire estaba cada vez más espeso y apenas podía respirar. Cuando los sonidos estuvieron más cerca, logré coger una simple bocanada para llenar mis pulmones. Lo suficiente para gritar algo. —Hizo una dramática pausa—. ¡Tallyho! —susurró. Los Fontley contuvieron el aliento—. Y ¿podéis adivinar qué dulces palabras escuché que me respondían?

—¡Estás chiflado! —respondieron al unísono en voz baja.

—Exactamente —dijo Colin—. Ella me salvó de las mismas garras de la muerte. Mi querida y valiente hermanita.

Sus miradas se encontraron y ella tuvo que apartar los ojos. No sabía qué sentía, pero sentía algo. Y lo sentía en lo más profundo.

Gilbert se volvió hacia ella.

—¡Qué valiente fue, señorita Sand!

Ella hizo un gesto vago con la mano.

—No fue nada.

—Es demasiado modesta. Siempre lo fue —aseguró Colin, y se levantó del tronco. Hizo una carantoña a la niña en la barbilla antes de regresar al camino—. Espera a saber la historia de M y la cobra.

CAPÍTULO 10

Y esa es la historia de la cobra.

Colin dejó el tenedor en el plato, ahora vacío, y se recostó en la silla, muy satisfecho.

Los Fontley al completo apartaron los ojos de él y clavaron la vista en Minerva, impresionados.

A su vez, ella le lanzó a Colin una mirada furibunda.

—No soy una encantadora de serpientes —aseguró la joven.

—Claro que no. Los encantadores de serpientes necesitan una flauta. —Miró a sus acompañantes—. Como digo, ella sumió a aquella criatura en un profundo trance solo con su voz. Después de aquel día, aquel ser escamoso no se separó de ella. Reptaba siguiendo su estela por todo Ceilán. Se convirtió en una mascota. La bautizamos como *Sir Alisdair*.

Por debajo de la mesa notó un pinchazo en el muslo. Disimuló el grito de dolor con una tos.

Supo que acabaría pagando todo aquello, pero no podía evitar tomar el pelo a Minerva. Jamás había podido reprimirse, desde la primera vez que la vio. Y ese día, por encima de todos los demás, quería provocarla: empujarla más allá de esos límites que ella se autoimponía.

Quería que lo sorprendiera.

Todavía más: quería mantener ocupada su atención, porque si le procuraba la posibilidad de dirigir la conversación, sabía que ella sacaría a colación un tema desagradable. Uno que implicara la noche anterior. Y no deseaba hablar sobre lo que había ocurrido entonces. A su circunspecta manera, ya le había dicho todo lo que necesitaba saber. Más de lo que le había contado nunca a nadie.

—Señorita Sand —dijo Gilbert Fontley—, ¿cómo podemos convencerla para que cante?

—No pueden —aseguró ella, mirándole claramente furiosa.

—El señor Fontley es un gran amante de la música, lo mismo que yo —explicó la matriarca, al tiempo que daba una palmadita en el brazo de su marido—. Señorita Sand, nos sentiríamos muy complacidos si pudiéramos escucharla. Por favor, denos esa satisfacción. Ahí mismo hay un piano.

—Pero... —Tragó saliva y protestó débilmente—. No es posible.

Colin la observó examinar el abarrotado comedor de la posada. En una localidad tan pequeña como aquella, ese tipo de establecimientos también servía como taberna del pueblo. En aquel local debía de haber más de treinta almas en ese momento, que se dividían entre los viajeros que pasarían allí la noche y los hombres de la localidad que disfrutaban de una cerveza. Una multitud.

La joven señorita Lettie se unió a la campaña.

—Oh, por favor, señorita Eme. Cante para nosotros.

—Vamos, M —la animó él alegremente—. Solo un par de canciones.

Ella apretó los dientes.

—Pero, hermanito, ya sabes que dejé de cantar después de aquel horrible incidente con el ciempiés, el coco y los rubís robados. —Antes de que él se apresurara a pedir más detalles, fue ella quien añadió algo más—. Un asunto que hemos jurado sobre la tumba de nuestros padres que

nunca, jamás, contaríamos a nadie.

Sonrió. Por fin estaba atrapada y mostraba su verdadero espíritu.

—Es cierto. Pero hoy es mi cumpleaños. Y siempre haces una excepción el día de mi cumpleaños...

—Sabes de sobra que no...

La voz de Minerva quedó apagada por el vozarrón del señor Fontley.

—¿Es su cumpleaños, Sand? —exclamó el hombre—. Bueno, ¿por qué no lo ha dicho antes? Debemos brindar a su salud. —El caballero pidió una botella de jerez a la joven que servía la mesa.

—Hermanito, tú nunca bebes licores —comentó ella con mordacidad cuando los vasos se deslizaron sobre la mesa.

—Solo el día de mi cumpleaños. —Colin alzó el vaso en un brindis antes de vaciarlo.

La oyó gruñir.

—¿Por qué no canta, señorita Eme? —imploró Lettie de nuevo—. Me muero por escuchar algo de música y es el cumpleaños del señor Sand.

De pronto, todos los Fontley comenzaron a suplicar.

Ella le miró y solo dijo una palabra: «Colin». En sus grandes ojos oscuros había una súplica muda: «No me hagas esto».

Él sintió una punzada de remordimiento, pero no intervino. Había aprendido a reconocer la mirada que mostraban en ese momento los ojos de Minerva. Esa chispa salvaje y desesperada significaba que estaba a punto de hacer algo en consonancia.

—Muy bien —claudicó ella—. Cantaré.

Colin la vio agarrar un vaso de jerez que, tras vaciarlo de un solo trago, dejó de nuevo sobre la mesa con un tintineo. Luego apoyó las manos sobre la mesa y se levantó.

Con lentas pero decididas zancadas se dirigió hacia el piano. Después se quitó las gafas, que dobló antes de guardarlas. Pulsó una sola tecla al tiempo que cerraba los ojos para reconocer el tono.

Entonces abrió la boca y cantó.

Bien. Cantó muy, muy bien.

«¡Sorpresa!».

En la abarrotada estancia se hizo el silencio con tanta rapidez que casi se podía escuchar el ruido que hacían las mandíbulas al caerse al suelo. La canción que ella había elegido era una vieja balada popular. Nada de elaboradas piezas o gorjeos operísticos. Solo una sencilla melodía que favorecía su voz clara y lírica. No era una tonada adaptada de una elegante pieza musical por las mujeres de Cala Espinada, pero resultaba perfecta para ser interpretada en una pequeña posada rural. No, no era el tipo de melodía remilgada pensada para bailar, ni servía para deslumbrar oídos acostumbrados al *bel canto*, pero removía las entrañas.

El corazón.

¡Santo Dios! Era una simple cancioncilla, no como para considerarla una obra de arte, pero desde luego iba directa al corazón.

No había manera de escapar. Se había quedado encandilado. Tan subyugado como la cobra ceilanesa de la historia que se había inventado un rato antes.

Más que eso, estaba orgulloso.

Cuando los amantes que protagonizaban la balada llegaron a su inevitable y trágico final, la multitud estalló en un entusiasta aplauso y él batió palmas como el resto.

—Esta es mi chica —musitó casi para sus adentros.

Pero no lo era. No de verdad y no debía reclamarla. Pensar que durante todo ese tiempo — todos los días que había residido en Cala Espinada— ella había guardado ese don en su interior... Aquella canción era gloriosa y conmovedora, y Minerva había reunido el coraje suficiente como para entonarla ante una multitud de desconocidos. Igual que había poseído la dulzura suficiente para calmarle la noche anterior, cuando rozaba las llamas de su infierno particular.

¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Cómo era posible que no lo hubiera sabido?

Los Fontley y todos los demás reclamaron a voces otra canción. Pero ella negó con la cabeza con timidez.

—Solo una más —le pidió él con las manos ahuecadas alrededor de la boca—. Canta mi favorita.

Ella le lanzó una mirada de sufrida paciencia pero accedió.

Tocó otra tecla y probó el tono.

Otro momento de pura revelación.

Ahora ella había cogido el gusto a cantar, a la atención que obtenía. Su voz ganó fuerza y confianza. Cantó sin apartar los ojos de él, como si estuviera dedicándole las notas. A fin de cuentas, ¿no se lo había pedido él? Y era el mejor regalo de no-cumpleaños que hubiera recibido nunca. Aquellos exuberantes labios le convertían en su esclavo. Cada vez que ella tomaba aire entre las frases, eran sus pechos los que reclamaban su atención.

Si la primera canción le tocó el corazón, la segunda... Bueno, la segunda impactó un poco más abajo.

Cayó en la cuenta de pronto de que quizá debería esmerarse para que no le pillaran babeando por su hermana. Sin embargo, una mirada a su alrededor le indicó que no era el único en la estancia afectado por ella.

Gilbert Fontley, en particular, parecía totalmente subyugado.

Sin apartar la vista de Minerva, el joven se inclinó hacia él.

—Señor Sand, ¿cree que es posible enamorarse en un solo día?

Él sonrió.

—No sabría decirte. Me enamoro cada noche, pero jamás dura más allá del desayuno.

Gilbert le miró confuso.

—P-pero... Pero había pensado que...

—Cada uno tiene sus demonios, Gilbert. —Dio una sonora palmada en el hombro del joven antes de inclinarse hacia él—. Un consejo: entre a formar parte de la Iglesia.

Minerva terminó su balada y en esta ocasión él supo que no habría súplicas ni aplausos que la persuadieran de volver a cantar. A pesar del griterío de la multitud, rendida a sus pies, ella se puso las gafas y se abrió paso de regreso hasta la mesa.

Colin empujó la silla hacia atrás, dispuesto a recibirla con algunas palabras de sincera alabanza, pero mientras ella atravesaba la estancia, un hombre sin afeitar y de gran tamaño, que sostenía una jarra de cerveza en la mano, se interpuso en su camino. Comenzó a acosarla con algunas palabras y, aunque él no podía discernir las frases con aquel estrépito, tampoco lo necesitaba para entender lo que estaba ocurriendo.

Aquel repugnante patán quería a su chica.

Y ella no quería tener nada que ver con el repugnante patán. El individuo le puso una mugrienta zarpa en el brazo y ella intentó zafarse. Se le torcieron las gafas con el forcejeo. Aquel pequeño detalle, prueba a fin de cuentas de la inquietud de Minerva, fue suficiente para hacerle salir de sus

casillas.

Comenzó a mover los pies, deseoso de sangre.

—Señor, suélteme.

Minerva tiró con fuerza para zafarse de aquel bruto asqueroso. Al hombre le apestaba el aliento a cerveza y ajo y su cuerpo apestaba a... Otras cosas cuya procedencia mejor sería no saber.

—... otra canción, cariño. —Él le cogió el codo con una mano y la retuvo por la cintura con la otra—. Ven a sentarte en mi regazo para hacerme una representación privada —intentó engatusarla al tiempo que bajaba la mano para rozarle las nalgas.

Instintivamente, ella se echó hacia atrás. Se sintió sucia. Quizá otras mujeres conocían la manera de desviar aquella indeseada atención, pero ella no sabía cómo conseguirlo. Jamás le había ocurrido nada similar.

Entonces vio a Colin, que se abría camino a través de la abarrotada estancia. Sus zancadas parecían casi fáciles y despreocupadas. Pero cuando estuvo más cerca fue consciente de la tensión que marcaba su mandíbula y la fría furia que brillaba en sus ojos.

Apartó al borracho patán con un codazo.

—Perdone, pero ¿puede decirme qué hace poniendo la mano encima a mi hermana?

El corpulento hombre se enderezó.

—Creo que eso es cosa mía, jefe —se burló, adoptando un tono aristocrático.

—Estupendo. —Colin le golpeó en el hombro—. Entonces no le importará que sea yo el que se la ponga a usted.

Lanzó el puño con fuerza al vientre del patán, antes de golpearle con el otro en la cara.

Ella se llevó las manos a la boca para ahogar un grito de sorpresa.

El tipo no se tambaleó, ni siquiera parpadeó. Simplemente cayó. Con fuerza. Arrastrando consigo una mesa y los vasos que había encima. El sonido de vidrios rotos y madera astillada resonó en la estancia, reclamando la atención de todos los presentes.

Colin se cernió sobre el bruto mientras sacudía la mano con la respiración entrecortada. La mirada que había en su cara mostraba una intensa furia, contenida a duras penas.

—No vuelva a tocarla *nunca* —aconsejó con la voz afilada como un cuchillo.

La tomó por el codo y, tras saludar a los Fontley, la guio fuera de la estancia. En el momento en que salieron estalló el caos en el comedor. Le sorprendió el ruido de sillas arrastradas por el suelo y los gritos cada vez más intensos.

—¿Cómo se ha atrevido a molestar a esa señorita! —escuchó que gritaba claramente el señor Fontley.

—Arderá en el infierno por haber hecho eso. Es una mujer de Dios. —Era la voz aún algo aguda de Gilbert.

Colin y ella se detuvieron al pie de las escaleras y estallaron en carcajadas al unísono.

—Será mejor que subamos —dijo la joven.

—¿Estás bien? —preguntó él, deteniéndola en el rellano del primer piso. La miró de pies a cabeza—. ¿Te ha hecho daño?

—No. No, gracias. —Tragó saliva—. ¿Y tú?

Él abrió la puerta.

—Ha sido el mejor cumpleaños del mundo.

Entraron a trompicones en el cuarto, sin dejar de reírse. Mientras ella encendía la lámpara, él

se dejó caer en una silla.

—Eres increíble —aseguró Minerva.

—Bueno... —Él sonrió de oreja a oreja—. Admítelo, ha sido divertido.

Ella no pudo contener una sonrisa.

—Nunca había hecho nada así.

—¿A qué te refieres? ¿A cantar baladas o a ser causa de una pelea en una taberna?

—En realidad a ambas cosas. Jamás había hecho nada de eso. Ni siquiera había hecho esto. —
Le tomó la mano y la giró hacia la luz—. Oh, estás sangrando.

—No es nada. Un arañazo.

Quizá, pero ella se apresuró a acercarse a la jofaina para coger un paño. Necesitaba hacer algo. De otra manera, aquella inquieta energía que vibraba en su interior acabaría canalizándose de otras formas. Formas muy peligrosas.

Cuando tomó la toalla, vio que le temblaban las manos. Aquel hombre era el demonio hecho carne. El caos personificado. Jamás sabía qué descabellado camino tomaría o qué imprudente acción realizaría al momento siguiente. En el transcurso de ese viaje, él podía poner en riesgo tanto su reputación y su seguridad como su estatus científico.

Quizá incluso su corazón.

Pero tenía que admitir que... sabía divertirse.

Regresó junto a él con una toalla húmeda y examinó la herida de cerca. Colin estaba en lo cierto: era solo un arañazo en los nudillos. Pero se lo había hecho defendiéndola y ella quería besar aquella valiente mano herida. Se inclinó para presionar la tela contra ella.

Tocó el pequeño sello que llevaba.

—Va lo que quieras a que ese tipo llevará estampado el escudo de tu familia en la cara durante semanas.

Él se rio.

—Bueno. Se merecía algo mucho peor.

—Apenas puedo creerme lo fácilmente que lo has tumbado —comentó ella—. Y era enorme. ¿Dónde aprendiste a pelear así?

—Practicando boxeo en un club. —Colin estiró los dedos e hizo una mueca—. El boxeo está de moda entre los caballeros de Londres. Gentleman Jackson's es el salón más conocido. La pregunta de la noche es... —Su voz se hizo más ronca—. ¿Dónde has aprendido tú a cantar así?

—¿A cantar cómo? —Ella mantuvo la calma mientras seguía inclinada examinando la herida.

—A cantar... así. Hace más de seis meses que resido en Cala Espinada y me he visto obligado a asistir a incontables representaciones en ese mísero salón de té, por no mencionar todas las veladas informales de la posada o los himnos los domingos en la iglesia. He escuchado cantar a Diana y a Charlotte muchas veces. Por Dios, incluso he oído cantar a tu madre. Pero jamás a ti.

Ella se encogió de hombros al tiempo que tomaba un trozo de tela para improvisar un vendaje.

—Tampoco se me da tan bien y las únicas que sé son las baladas que aprendí de niña. Una vez que me hice mayor intenté esquivar las lecciones de música siempre que me fue posible. Odiaba ensayar.

—No pienso creer que odias cantar. Y, viendo cómo has cantado ahí abajo, tampoco me voy a creer que no practicas.

Ella notó que se sonrojaba. Claro que practicaba, cuando nadie la veía. Cantaba cuando elaboraba sus divagaciones. Pero cantar para sí misma era como leer mientras caminaba, algo que jamás reconocería ante él.

—Le dejo a Diana todo el honor.

—Ah. No quieres brillar más que ella.

Se rio.

—Como si yo pudiera llegar a brillar más que Diana.

—Ya, supongo que se puede decir que tu hermana es muy brillante. Pelo dorado, piel luminosa; radiante de pies a cabeza. Quizá es cierto que no puedes brillar más que ella. —Le vio ladear la cabeza para mirarla desde un nuevo ángulo—. Pero ¿sabes qué, Min? Podrías llegar a eclipsarla.

—Somos hermanas, no rivales.

Él hizo una mueca despectiva.

—Todas las mujeres son rivales entre sí, sobre todo las hermanas. Las damas se pasan la vida juzgándose y clasificándose unas a otras. No podría decir cuántas veces he escuchado comentarios sobre si tal joven es más bonita que otra, más ocurrente, más dispuesta o más ligera de cascos. ¿Y quién pide todas esas opiniones? Siempre son mujeres, nunca hombres. A nosotros no nos podría importar menos. Por lo menos esas comparaciones.

Ella lo miró de reojo.

—¿Qué les gusta comparar a los hombres?

—Mmm, te responderé otro día. Cuando no esté sangrando y en franca desventaja.

Ella le aseguró el vendaje.

—No estamos hablando de mujeres anónimas. Hablamos de mí y de Diana. Quiero a mi hermana.

—¿Escondes tu don para que ella no se vea eclipsada?

—¿Mi don? —Apretó el vendaje y él mostró una mueca de dolor—. Eso no es un don. Por lo menos no es mi mejor don.

—Ah. Ya entiendo. —Él estiró la mano vendada—. Eres igual de competitiva que las demás, solo que tú lo haces por todo lo contrario. Por eso te esfuerzas por ser la menos atractiva, la menos sociable, la menos casadera.

Ella lo miró de soslayo. Estaba segura de que él había dicho esas palabras como parte de la broma, pero contenían algo de verdad.

—Quizá tengas razón. —Dobló el resto de las toallas y las volvió a guardar—. Me siento comprometida con mis estudios y no estoy segura de querer casarme. Desde luego no se me ocurriría hacerlo con el tipo de hombre que le gusta a mi madre. Y sí, siempre me he sentido feliz de permitir que Diana sea la más guapa, la más elegante, la más amable. La que mejor canta. Me alegro de que sea ella la que atraiga a todos los pretendientes.

Él arqueó las cejas.

—Excepto a mí.

—Tú eres un caso especial.

—Lo tomaré como un cumplido.

—Pues no deberías. —Y tampoco debería mirarla de esa manera. Con tanta intensidad. Como si pudiera leer en su interior—. Explícame por qué no te has casado ya hace mucho tiempo —farfulló—. Si no puedes dormir solo, el matrimonio es la solución más lógica. Tendrías una esposa a tu lado todas las noches.

Él se rio entre dientes.

—¿Sabes cuántos maridos vuelven a dormir en la misma cama que su esposa después de la luna de miel?

—Estoy segura de que algunos matrimonios son de conveniencia, pero ¿cuántos lo son por

amor? No creo que tengas problema para conseguir que una mujer se enamore de ti.

—Si me casara, debería enamorarme también de mi esposa. No de una mujer cualquiera, sino de una en particular. Y seguir enamorado de ella durante años, lo que es más bien difícil. Ojalá conociera a una mujer con la que intentarlo..., pero todavía no lo he hecho. Después de tantos años dedicándome a picar de flor en flor, ¿cómo estar seguro de lograrlo? Eres científica. Dime, ¿cómo se puede probar el amor?

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que debe ser demostrado.

—Bien, ahí lo tienes. Siempre fallo en las demostraciones.

Ella lo miró con pesar.

—Sí, claro. Los dos sabemos que esa es la causa de que nunca hayas sacado buena nota en matemáticas. No tuvo nada que ver con falta de esfuerzo, sencillamente no lograste superar las pruebas.

Él no respondió. Se mantuvo recostado en el respaldo de la silla con las manos detrás de la cabeza mientras la miraba con expresión inescrutable. No podría decir si la observaba con irritación, admiración, aprecio o cólera.

Se levantó con un suspiro.

—Debemos dormir.

La suite tenía dos dormitorios conectados, lo que servía para mantener las apariencias ante los Fontley. Pero los dos sabían que solo usarían ese. Ella cruzó la estancia y comenzó a desabrocharse la chaquetilla. Sintió los ojos de Colin clavados en su figura cuando se la bajó por los brazos y la dejó a un lado. ¿Es que ese hombre no poseía los modales necesarios para apartar la vista? Notó que su cuerpo se calentaba bajo aquella mirada ardiente, como ceniza que revoloteara en el aire lleno de humo.

Le dio la espalda y llevó hacia atrás las manos para soltar los corchetes del vestido.

—Permíteme —se ofreció él, que de repente se encontraba justo detrás de ella.

Se quedó paralizada durante un momento y se encorvó por instinto. Pero aquel vestido en concreto resultaba muy difícil de desabrochar y apreciaría su ayuda.

—Solo los corchetes —le advirtió.

—Por supuesto.

Tras apartar algunos mechones sueltos, él comenzó la tarea en la nuca. Abrió los corchetes lentamente, uno a uno. Ella cruzó los brazos sobre los pechos para mantener el vestido en su lugar al notar que comenzaba a aflojarse.

—¿Cómo lo supiste? —La voz de Colin era un suave murmullo según bajaba las manos.

—¿El qué?

—*Barbara Allen*. ¿Cómo supiste que es mi balada favorita? —La ronca intimidad en su voz la desarmó.

—¿Acaso no es la favorita de todo el mundo?

La suave risa ante la respuesta no fue fingida.

—No me digas que acabamos de encontrar un punto en común...

—Tenemos muchas cosas en común —aseguró ella, al tiempo que sentía aquella estupidez, tan familiar, que le atacaba cuando estaba con él. Allí se encontraba, como un terco murmullo—. Los dos somos seres humanos. Los dos hablamos el mismo idioma. Sabemos lo que es un logaritmo. Tenemos el pelo oscuro, dos ojos...

—Los dos tenemos piel. —Él deslizó la punta de los dedos por su hombro desnudo y la

sensación le provocó un hormigueo en el brazo—. Los dos tenemos manos... Y labios.

Ella cerró los ojos y contuvo el aliento durante un buen rato antes de darse cuenta de que se había preparado para un beso que no llegó a recibir. Le maldijo, se maldijo a sí misma. Necesitaba dejar de pensar en besos. Era solo que... Que no podía olvidar la manera en que la había mirado hacía solo un rato, cuando cantó. La manera en que la había defendido, cómo había atravesado entre toda la gente para llegar junto a ella. La forma en que se había enfrentado a ese hombre, llegando a sangrar por ella.

Se aclaró la voz y dio un paso hacia delante, todavía mirando hacia la pared.

—Gracias por tu ayuda. ¿Puedes darte la vuelta, por favor?

—Ya lo he hecho. —Las tablas del suelo chirriaron, confirmando sus palabras.

Ella giró la cabeza para lanzar una mirada al espejo y asegurarse de que era cierto. Casi deseó encontrarse con sus ojos recorriéndola, pero parecía que él ya había visto suficiente la noche anterior. Colin siguió dándole la espalda mientras ella se bajaba el vestido por las caderas y se lo quitaba.

Una vez que se deshizo de aquella seria indumentaria, se puso el camión a toda velocidad antes de darse la vuelta y meterse en la cama.

—Ya es seguro. Puedes girarte.

—Seguro... —Él lanzó un bufido de incredulidad—. ¿Para quién?

Ella intentó quedarse dormida mientras él recorría la estancia al tiempo que se quitaba las botas, el reloj y los gemelos. Le escuchó avivar el fuego, haciendo toda clase de sonidos masculinos. Los hombres jamás se esforzaban en ocultar su presencia. Podían hablar en voz alta, producir ruidos secos y golpes apagados o sonoros, mientras que las damas se veían obligadas a recurrir a susurros por lo bajo.

La cama rechinó con fuerza cuando él se dejó caer junto a ella. Le rozó la espalda con un brazo. Ese simple contacto le hizo sentir un hormigueo de pies a cabeza. Cuando Colin se acomodó en el lecho, ella fue consciente —completa y perfectamente consciente— de cada parte de él. De todas las partes en que se tocaban sus cuerpos y de todas aquellas otras en las que no lo hacían.

—¿Tienes sueño? —preguntó ella algunos minutos después.

—Acabaré teniéndolo.

—¿Quieres hablar? —inquirió ella a la pared. Se sintió cobarde, pero era incapaz de darse la vuelta y enfrentarse a él.

—Prefiero escucharte. ¿Por qué no me cuentas un cuento? Uno que hayas leído de niña.

—Jamás leí cuentos cuando era niña.

—No me lo creo. Siempre tienes la nariz hundida en un libro.

—Pero es cierto —aseguró ella, bajito—. Cuando era pequeña tardaron mucho en darse cuenta de mi hipermetropía. Todo el mundo pensaba que era traviesa en el mejor de los casos y tonta en el peor. Mi madre me reñía por fruncir el ceño con la misma frecuencia que por soñar despierta. Diana siempre leía libros de cuentos, pero por mucho que intentaba enseñarme, yo no le encontraba sentido a las letras. Teníamos una doncella que cantaba baladas mientras hacía su trabajo, y yo solía seguirla a todas partes para escucharla, aprendiéndome de memoria todas las que podía. Eran mis historias. —Cerró los ojos—. Por fin, una de las institutrices se dio cuenta de que necesitaba gafas. La primera vez que me las puse, no sé cómo decirte... Fue un milagro.

—¿Ver bien?

—Saber que no era tonta. —Notó un nudo en la garganta—. Creía que me pasaba algo, ¿sabes? Pero, de repente, lo veía todo con claridad. Y no solo a lo lejos, sino también lo que tenía cerca.

Podía concentrar la atención en una página. Podía explorar lo que tenía a mi alrededor, descubrir los mundos que había bajo la punta de mis dedos. Por fin podía ser hábil en algo.

No sabía si él podía entenderla, pero esa era la razón por la que el simposio resultaba tan importante para ella. Por qué *Francine* significaba tanto. Esa era la razón por la que algunas mañanas antes había abierto el baúl que contenía su ajuar y cambiado aquellas fantasías nupciales por nuevas metas de carácter más científico. Jamás fue la hija que su madre deseaba. Era diferente a sus hermanas y había aceptado ese hecho. Podría vivir con el desesperado objetivo de llegar a ser una dama elegante que siguiera las modas imperantes o... ser alguien, en alguna parte, respetada y admirada por ser ella misma. Minerva Highwood, geóloga, ratón de biblioteca y... Y, después de esa noche, una especie de trovadora.

—En cuanto aprendí a leer —continuó—, nadie fue capaz de mantenerme alejada de los libros. Todavía es así. Pero para entonces ya había pasado la edad de los cuentos de hadas.

—Bueno... —comentó él con voz adormecida—, esa ha sido toda una historia para dormir; la chica oprimida, la doncella amigable, el final feliz. Los cuentos de hadas son muy parecidos a este.

—¿De veras? Tenía la impresión de que en la mayoría de ellos aparecía un guapo príncipe encantador.

Hubo un silencio muy largo. Y humillante.

—En realidad, el tuyo también tiene un caballero —dijo él finalmente—. Sir Alisdair, tu colega.

—Imagino que sí. —Esperando que su voz no mostrara la decepción que sentía, agarró las sábanas con los dedos y tiró de ellas.

Él se acercó a ella.

—¿Sabes? Llevo un tiempo preguntándome una cosa: si ese diario en el que tan literariamente ensalzabas mis encantos es falso..., ¿qué demonios pone en el verdadero?

CAPÍTULO

11

Kate Taylor tomó una copa de agua. Aquello no estaba bien.

Al otro lado de la mesa del comedor de El Rubí de la Reina, Charlotte hojeaba un pequeño libro con la cubierta de cuero.

—Esto y aquello..., algo más sobre piedras...

—Sigue mirando —ordenó la señora Highwood—. Es el único diario de Minerva. Tiene que mencionarlo en algún sitio.

La señora Nichols, la anciana propietaria de la posada, indicó a la doncella que sirviera el postre. Mientras la chica vestida con un delantal ponía la *mousse* fría de limón en cada plato, Kate intercambió una mirada con Diana. Sabía que estaban compartiendo aquella mezcla de curiosidad y mortificación.

Como era natural, la huida había sido la conversación del día en Cala Espinada, y Kate estaba tan ansiosa como el que más de enterarse de los detalles del improbable amorío de Minerva, pero ¿había que leer su diario en la mesa del comedor? Aquello resultaba de muy mal gusto.

—De verdad, mamá —intervino Diana—. ¿Tenéis que leer lo que ha escrito Minerva en voz alta? ¿No deberíamos concederle alguna privacidad?

La señora Highwood consideró la pregunta.

—Por principios, jamás fisgonearía en sus escritos. ¿Verdad que no lo haría, señora Nichols?

La mujer negó con la cabeza.

—Nunca lo haría, señora Highwood.

—Pero en este caso, las circunstancias justifican cierta investigación. ¿No piensa igual, señora Nichols?

—Por supuesto, señora Highwood.

—El cabo Thorne sigue insistiendo en que debería salir en persecución de ellos dos o, por lo menos, avisar a lord Rycliff. Parece tener la equivocada impresión de que lord Payne está tramando alguna de sus locuras. Pero yo jamás pensaría eso de él, ¿qué opina usted, señora Nichols?

—Claro que no, señora Highwood. Es un joven excelente. Siempre alababa mis pasteles.

—¡Oh, esto es! —exclamó Charlotte excitada al tiempo que abría el volumen en una página intermedia—. Aquí hay algo sobre un grandioso descubrimiento.

Todos los que estaban alrededor de la mesa guardaron silencio, en vilo, mientras la joven seguía escudriñando un poco más.

—Bah, nada. Trata de lagartos.

—¡Lagartos! —La señora Highwood apartó su ración de *mousse* de limón—. No lo entiendo. No sé cómo demonios logró enredarlo.

—Mamá, ella no lo enredó. Sigo diciendo que es ella la que se ha visto enredada. —Charlotte pasó otra página—. Si estuviera enamorada de él, ¿no lo habría confesado en su diario? Si fuera yo, habría llenado páginas enteras de poesías sobre un hombre tan bien parecido como lord Payne.

Kate tomó un alargado vaso de cordial de la bandeja.

—Quizá Minerva no siente inclinación por la poesía.

—Pero al menos debería haber escrito algo favorable. ¡Por fin! Aquí le menciona. Hacia mitad de la página. Pone lord B-A-I-L-E —deletreó—. Tan lista y lo escribe mal.

Kate ocultó una sonrisa mirándose el regazo. Dudaba mucho que Minerva hubiera escrito mal sin querer el nombre del hombre al que amaba.

—¡Qué más da cómo está escrito! ¡Léelo, venga! —la urgió la señora Highwood, retorciéndose las manos—. ¿Qué dice?

Charlotte bebió un sorbo de limonada.

—«... hoy jueves, nos vimos obligadas a sufrir la presencia de lord Baile a la hora de la cena. No sé si atribuir la aguda indigestión que sufrí a su presencia, al servilismo de mamá o al pastel de anguila de la señora Nichols. Sin duda, fue una velada muy desagradable».

—¿Qué fecha tiene? —preguntó Diana—. ¿Algún día del verano?

Charlotte negó con la cabeza.

—La semana pasada.

Sabía que era el momento apropiado para defender el pobre pastel de anguila de la señora Nichols, pero algunas cosas no tenían defensa posible. Por tácito acuerdo, todos permanecieron en silencio y se dedicaron a saborear una cucharada de *mousse*.

Y a tomar un sorbo de cordial.

Y a degustar otra cucharada más de dulce.

—Bueno, tiene que haber algo más. —La señora Highwood señaló a su hija menor con la cuchara—. Sigue leyendo, querida.

—De acuerdo, sigo. —Charlotte hojeó el resto de las páginas—. No hay mucho que leer. Casi todo son bocetos de piedras, conchas y huellas de lagarto. El único hombre al que menciona de manera regular es a un científico. Un tal sir Alisdair Kent. Parece sentir una profunda admiración por él. Cuando sale el nombre de lord Payne, no es de manera amable precisamente. —Cerró el volumen—. Mamá, ya te he dicho que no está enamorada de él. Ha sido secuestrada contra su voluntad. Debes permitir que el cabo Thorne vaya tras ellos.

La señora Highwood estiró el brazo.

—Dame eso, niña.

Arrancó el cuaderno de manos de Charlotte, lo abrió por la última página escrita, lo sostuvo a una prudente distancia y clavó la vista en las letras escritas. El ceño fruncido se convirtió con rapidez en una expresión de deleite.

—¡Ajá! Ya lo encontré. Una entrada que escribí hace tan solo tres noches: «Me he enterado de una lamentable noticia en la tienda para todo. Se rumorea que Payne, hombre horrible donde los haya, se declarará a D. ¡Después de lo que me prometió el pasado verano! ¡No puedo permitirlo!». Y las siguientes palabras fueron escritas dos días después. Veinticuatro horas después del baile, queridas. —La señora Highwood arqueó una ceja antes de comenzar a leer—. «Payne ya está convencido. El plan fue sellado con un beso. Nos marchamos mañana».

Lanzó el diario sobre la mesa provocando el tintineo de los vasos.

—Ya lo ves, Diana. Tu hermana es una astuta e intrigante tentadora. Te robó a lord Payne delante de tus narices. Lleva tramando todo esto desde el pasado verano. Es decir, casi desde que llegamos. ¡Imagínate!

—Jamás fue mío para que haya podido robármelo. —Diana se sonrojó—. Estoy segura de que las cosas no son lo que parecen.

—Es posible... —intervino Kate, intentando hacerse a la idea de que Minerva Highwood era una desvergonzada seductora... Y fracasando por completo—. Pero creo que, sin duda, podemos concluir que Minerva se fue con lord Payne por voluntad propia. Es evidente que no ha sido secuestrada.

—¡Qué chica más retorcida! —La señora Highwood se metió una cucharada de *mousse* de limón en la boca—. ¿Cuándo comenzó a fijarse en los hombres? Jamás mostró interés por ninguno. Ni me habría imaginado que a Minerva le interesaran los besos. Y ahora...

—Oh... —suspiró Charlotte, que se quedó paralizada mirando con arrobo su cuchara—. Ahora... Imaginaos lo que debe de estar haciendo ahora...

Kate se atragantó al contener la risa.

—Charlotte, por favor —la reprendió Diana, cerrando los ojos—. Olvídalo.

CAPÍTULO

12

Por segunda noche consecutiva, Minerva se despertó por culpa de unos torturados gemidos.

Pero esta vez no era Colin quien los emitía.

Cuando se giró hacia él, se lo encontró durmiendo pacíficamente a su lado. Sin embargo, a través de la pared llegaban unos horribles sonidos. Gritos violentos, descomunales y desesperados.

—Colin... ¡Colin! —Le sacudió el brazo—. ¡Despiértate! Creo que están asesinando a alguien.

—¿Qué? ¿Quién? —Colin se sentó de golpe y su cabeza chocó contra una de las vigas inclinadas—. Quiero decir, además de a mí...

Ella le puso la mano en el brazo antes de realizar un significativo gesto de cabeza.

—Escucha.

Él cerró los ojos.

Los repugnantes sonidos continuaban en todo su esplendor. Ahora se escuchaba con claridad el chillido de una mujer.

—¿Y bien? —le aguijoneó, casi frenética—. ¿No deberías vestirme y acudir a ver qué pasa? Por lo menos, avisa al posadero. ¡Hay que hacer algo!

Él suspiró y se frotó la cara.

—Eso no son las pruebas de un crimen. Nadie está muriendo, salvo que nos refiramos a la muerte francesa: *la petit mort*.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con *la petit mort*?

—Me refiero al coito —explicó él, al tiempo que se dejaba caer en la cama y se ponía la muñeca sobre los ojos—. Ni siquiera están peleando, sean quienes sean. Sin duda, se lo están pasando de vicio. —Respiró hondo—. ¡Malditos sean!

—¿Siempre es tan intenso? —se interesó ella.

—Solo cuando es bueno.

—¿Bueno? —Aguzó el oído con el ceño fruncido. Aquello no sonaba nada bien. La pobre mujer gritaba como si le fuese la vida en ello.

—¿Cómo puedes ser tan curiosa y culta pero a la vez tan inocente? Sabes en qué consiste el coito, ¿verdad?

—Por supuesto. Es un procedimiento científico, ¿sabes? —Un chillido traspasó en ese momento la pared y la hizo apretar el brazo de Colin—. ¿Estás seguro de lo que dices?

—Sí. —Le vio cubrirse la cara con una almohada y gemir por lo bajo—. Y yo pensando que intentar dormir solo era la peor tortura...

El rítmico traqueteo se incrementó en la habitación de al lado, cada vez más fuerte y rápido. Un largo y ronco bramido masculino se unió a los chillidos de la mujer.

Luego se detuvo.

—Por fin —suspiró Colin, poniéndose la almohada debajo de la cabeza—. Ya han terminado. Ahora podremos dormir un poco.

Pasaron varios minutos.

—No estás durmiendo —aseveró él.

—Tú tampoco.

—No soy capaz. ¡Maldita sea! Mi cuerpo es demasiado sugestionable. —Rodó sobre su costado para mirarla antes de pasarle la punta de los dedos por el borde de la manga—. ¿Te pasa a ti lo mismo? ¿Estás excitada?

Ella no sabía qué hacer con la ardiente sensación que recorría su cuerpo. Ni con el pulgar que le acariciaba el brazo.

—Sobre todo me encuentro confundida.

Él se rio entre dientes.

—No puedo creer que seas tan inocente. —Le deslizó la mano por el costado—. ¿Entiendes el placer que proporciona el acto?

—Estoy enterada, sí. Pero, si es así, ¿por qué no suena más agradable?

—Porque hacer el amor no es un acto civilizado. Es pasión en su naturaleza más pura, más visceral. Es primitivo y salvaje. Deberías comprenderlo si has tenido algún... —Casi pudo ver cómo arqueaba las cejas—. Espera un momento... No me digas que no lo has tenido. Tú, la científica por excelencia; la mujer que puede recitar el logaritmo que define con precisión la curva de la concha de los amonites... No me digas que no conoces todos los funcionamientos de tu cuerpo.

—No te digo nada. —Respiró de manera entrecortada.

—Sin duda alguna, no es posible —aseguró él mientras le ponía la mano en el muslo—. ¿Así que esta intrépida investigadora de grutas submarinas no ha explorado su pequeña cueva?

Por encima de la sábana, él la tocó. *Ahí*. Entre las piernas. Y la sensación la atravesó en medio de la oscuridad. Soltó un pequeño gemido, pero apretó los labios con rapidez.

—¿Has dicho algo? —preguntó él. La joven negó con la cabeza. El corazón le dio un vuelco—. Mmm, creo que comprendes el placer. —Su contacto se incrementó, convirtiéndose en un tortuoso círculo—. Pero solo en secreto. Siempre has estado rodeada de gente, ¿verdad? De tus hermanas, los sirvientes... ¿Te has acariciado a ti misma de esta manera? ¿Con los dientes apretados, con la cara hundida en la almohada, en absoluto silencio?

Él siguió moviendo los dedos en lentos barridos, rozando sus partes más íntimas con leves fricciones que casi podrían calificarse de accidentales, sin intención. Pero ella comenzaba a conocer a Colin bastante bien y su cuerpo también. Notó que se le crispaban los pezones y que comenzaba a estar mojada entre los muslos.

La naturaleza prohibida e inesperada de su contacto era casi más excitante que el roce en sí.

Un hombre estaba tocándola. *Ahí*.

Colin estaba tocándola *ahí*.

Eso no podía estar ocurriendo. No podía permitir que ocurriera.

Pero así era y no se estaba oponiendo, sino dándole carta blanca. Y ¡oh, cielos! ¡Era maravilloso! A través de las capas de tela, él le pasó la punta del dedo por el interior del muslo, y ella contuvo el aliento.

—¡Colin!

—No, no. Si estoy equivocado, no me lo digas. Me gusta demasiado esta idea. La pequeña científica investigando bajo las sábanas por la noche. O quizá en el baño. Sus curiosos dedos vagando por todas partes, explorando. Buscando el placer con la yema de los dedos una y otra vez... Incrementándolo... —Su voz era oscura y pecaminosa—. Hasta que el clímax le atraviesa

en un perfecto y devastador silencio. —Ahuecó la mano sobre su monte de Venus antes de gemir por lo bajo—. Por Dios, Min... La imaginación masculina es, sin duda, muy poderosa. Pero creo que esta es la imagen más excitante que ha pasado por ella.

—Pero... Pero te equivocas... en casi todo.

Él se quedó quieto.

—¿Casi?

¡Santo cielo! ¿En qué estaba pensando para añadir esa palabra? Aquella conversación era demasiado mortificante. ¿Había explorado por su cuenta? Sí. ¿Equivalían aquellos momentos furtivos a la ineludible euforia que sentía en ese momento, con él? ¡Dios, no!

Jamás había sentido nada como esto. Puede que fuera tanto una chica libidinosa como una pobre científica, pero resultaba un fracaso en ambos campos.

—Creo que es necesaria otra lección, Min.

Sus palabras la hicieron estremecer de pies a cabeza.

—¿De verdad?

—Sí. —Colin subió la mano hasta su vientre—. Sí, es necesario que sepas de lo que hablo. La fuerza del deseo. Lo bueno que puede llegar a ser cuando es salvaje, lujurioso e intenso. —Él llevó los dedos un poco más arriba hasta que los detuvo justo debajo de la curva de un pecho—. Necesitas saber lo que es desear a un hombre o acabarás atrapada en un matrimonio sin pasión. Atada a un viejo geólogo polvoriento cuyas ideas admirarás, sí, pero cuyas caricias no harán que te retuerzas y gimas de placer.

Él se detuvo durante un momento antes de dibujar la línea del esternón.

—¿Confías en mí? —preguntó Colin.

—¿En qué?

—Si me confías tu cuerpo. Tu placer.

Lo decía con tanta franqueza que no sabía cómo responderle. Ya le había confiado su seguridad y sus posesiones. Incluso su virtud. Sin embargo, sabía que nunca podría confiarle su corazón. Pero... ¿no formaba ese órgano parte indivisible de su cuerpo?

Sin embargo, deseaba, necesitaba sus caricias. Sus labios y su lengua habían sido vencidos por el deseo. No lograba obligarse a decir que no.

—Cierra los ojos —le ordenó Colin—. Cierra los ojos y piensa en él.

Ella obedeció.

—¿En quién debo pensar?

—En él, quienquiera que sea. Sir Alisdair Kent, el príncipe de un cuento de hadas. Debes de soñar con alguien; todas las mujeres lo hacen.

Imaginó que sí, que todas las chicas soñaban con un pretendiente y ella no era diferente.

Pero la mayoría de ellas jamás tenían una posibilidad como aquella de estar con él en carne y hueso. Eso era lo que ocurría. Porque aunque ella intentaba no permitirse caer en los ensueños románticos, cuando cedía y se imaginaba segura y adorada entre los brazos de un hombre guapo, encantador e inalcanzable...

... ese hombre se parecía mucho a Colin.

Odiaba admitirlo incluso ante sí misma. Y la idea de que él pudiera sospecharlo era..., era demasiado humillante para tomarla en consideración.

Sintió un movimiento en el colchón antes de notar el peso de él sobre ella. Y entonces pudo percibir su calor, todos sus músculos extendidos sobre ella, con sus cuerpos separados tan solo por una sábana de lino.

Se tensó de pies a cabeza.

—Tranquila —susurró él mientras la obligaba a separar las piernas para acomodar las caderas entre ellas—. Está bien. No te haré daño. No prescindiré de la sábana. Estarás a salvo ahí debajo. Limitate a mantener los ojos cerrados y los labios separados. Aprende cómo debería ser.

«Aprende cómo debería ser». ¿No debería ser tierno y romántico?

¿No debería ser como hacer el amor estando enamorado?

Pero eso no era amor. Era una diversión, una lección. Solo otra elaborada ficción.

La reacción de su cuerpo, sin embargo, era real. Sus brazos y piernas hormiguearon debajo de él. Respiraba tan fuerte que se sintió mareada y débil.

Él le acarició un pecho por encima de la tela, comenzando en la punta y trazando espirales cada vez más amplias antes de regresar otra vez al duro pico.

—Un buen amante —susurró él, comenzando a darle cálidos besos justo debajo de la oreja— se tomará su tiempo. Siempre antepondrá tu placer al suyo. Serás libre para experimentar, para tocar. Para pedirle lo que tu cuerpo desea ardientemente.

Notó su dedo rozándole el pezón. Un leve contacto como el paso de una pluma. La sensación resultaba sorprendente y exquisita.

—¿Te ha gustado? —preguntó él—. ¿Quieres más? —«*Sí. Sí, sí, por favor*»—. Entonces debes decírmelo. No son necesarias las palabras si no quieres hablar. Cuando uno hace el amor, las palabras pueden, y deben, fallar. Pero un hombre actúa mejor si se ve animado. Así que si quieres que repita algún movimiento, debes hacérmelo saber. Con un jadeo, con un suspiro o un pequeño gemido de placer. Volvamos a intentarlo, ¿quieres?

Notó otra vez la punta del dedo en el tenso y dolorido pezón, pero desapareció antes de que pudiera registrar la sensación.

Y luego... nada.

Se mordió los labios y supo que él esperaba su respuesta. Hombre horrible y provocador. La llevaría hasta el borde de un tenso y tembloroso placer y luego la abandonaría allí a menos que ella suplicara pidiendo más.

Se quedó inmóvil y silenciosa durante lo que parecieron años mientras luchaba contra sí misma. Mientras pugnaba contra el deseo de recibir un poco más de placer y el miedo a rendirse por completo.

La cruda necesidad y la curiosidad vencieron.

Separó los labios y soltó el aliento con un lento suspiro casi musical.

Él respondió con un gemido profundo y resonante.

—Sí. Eso es. Vuelve a suspirar por mí.

Colin presionó el pulgar contra el pezón y lo rodeó, tanteando alrededor del fruncido pináculo. Ella volvió a suspirar, esta vez con más sentimiento, y él la recompensó con una caricia más prolongada. Minerva se arqueó bajo el contacto y giró la cabeza a un lado.

—¿Te gusta? —Le pellizcó suavemente el pezón—. Responde.

Ella no pudo contener un gemido. Colin tenía razón. Expresar el placer lo hacía más dulce, más intenso. Era cierto.

—Sí. Dios mío, sí... Esto hace que un hombre se vuelva salvaje, cielo. —Comenzó a moldearle y apretarle el seno mientras le cubría de besos la estirada garganta, sorbiendo y lamiendo su piel—. Una vez que he logrado hacerte suspirar, lo único en lo que puedo pensar es en hacerte gemir. Entonces lo consigo y necesito que grites indefensa, presa del éxtasis.

Se movió sobre ella, redistribuyendo su peso. El cuerpo de Colin, duro por todas partes, se

apretó contra su ingle. Su torso musculoso aplanó sus pechos. La rodilla se insinuó entre sus muslos separados... Y su duro y ambicioso miembro, que ella había admirado descaradamente la noche anterior, se apretó contra su sexo.

El placer la atravesó como un ramalazo. Intenso. Avasallador. Diferente a cualquier cosa que hubiera sentido antes.

Gimió con fuerza. Porque quería más. Más de su dureza, de su calidez. De aquella tentadora fricción que sentía a través de la sábana fría.

Él le dio justo lo que deseaba. Se movió con un rápido y continuo ritmo, meciéndose contra ella mientras la besaba en la garganta y le acariciaba los pechos con la nariz por encima de la tela.

—¿Sí? —la apremió al tiempo que le chupaba la oreja.

—Sí.

—¿Más?

—Más.

—Dímelo con las manos. Aférrate a mí. Muévete conmigo.

Y lo hizo sin recato, le rodeó los hombros con los brazos y su excitación se incrementó al sentir la fuerza de sus músculos bajo las palmas. Él se movía contra ella, por ella. Le subyugó sentir su cuerpo moviéndose sobre el suyo, rozándose contra ella una y otra vez.

Muy pronto, él arrancó un gemido con cada deliciosa fricción, y cuanto más alto la llevaba, más sonora era su respuesta. El colchón se unió a la erótica sinfonía, rechinando al compás de sus rítmicos y fuertes empujes. Cuando Colin incrementó la cadencia, el cabecero de la cama se unió a la retumbante percusión al golpear contra la pared.

—Sí, Min. Así debería ser. —El deseo le enronquecía la voz—. Jamás te conformes con menos. Sé valiente. Salvaje, fuerte y hermosa. ¡Oh, Dios, eres tan hermosa!

Estaban a oscuras y ella sabía que él apenas podía verla, pero no importaba. Se sintió hermosa. Bajo sus manos, su piel ardiente era cálida y bella. Juntos habían conseguido aquel primoroso e increíble placer.

Se dejó llevar por la sensación arqueando las caderas y saliendo a su encuentro cuando los empujes se hicieron más rápidos y fuertes.

De repente, algo cambió. El placer la perseguía. Le seguía los pasos con cruel intensidad. No podía ocultarse de eso, no podía escapar.

Abrió los ojos de pronto, sin ver nada en la cruda oscuridad.

—Colin...

—Sí. —Él continuó acariciándola, implacable—. Sí, llámame por mi nombre. Con fuerza.

—Colin..., yo... —jadeó espantada—. No puedo...

—No luches contra ello. Es así como debe ser. Perfecto. —La acompañó sin parar, apoyando la frente en su hombro—. Eres perfecta.

Estaba llegando... el placer. Envolverte, juguetón. Quería absorberla. Introducirla en un lugar oscuro y extraño. Se aferró a Colin con más fuerza, clavándole las uñas en los hombros.

«No me sueltes».

Él la besó en las mejillas, en los labios.

—Córrete conmigo, cariño. Hazlo por ti.

Y se rindió. Se escuchó gritar cuando el clímax por fin la atrapó, elevándola hasta los cielos. Rompiéndola en miles de fragmentos. Derritiéndola. Dejándola sin respiración. La había cambiado sin remedio.

Pero siguió, embistiendo con las caderas con un ritmo torturado y frenético. Él le encerró la

cara entre las manos y la miró antes de enredar los dedos en su pelo y tirar con fuerza. El tirón se volvió delicioso y la envió directa de nuevo al placer, que la atravesó una segunda vez.

Colin siguió estrechándola, apretándola, frotando su miembro contra ella.

—Lo siento —gimió él—. Es demasiado bueno, no puedo detenerme.

Con un sordo gruñido, él también se estremeció y se convulsionó entre sus brazos. Luego se dejó caer sobre ella, jadeando contra su cuello.

Ella relajó los dedos que clavaba en sus hombros; le temblaban las manos. No sabía cómo tocarle. Notó que se le deslizaba una gota de sudor por la clavícula. No supo si era suya o de él.

¿Qué quería decir todo aquello? No había sido una cópula de verdad, no habían hecho el amor. Pero no podía negar que era real. No sabía qué pensar ahora de él, ni mucho menos cómo mirarle o cómo iba a hablarle al día siguiente. ¿Qué iba a pensar de ella después de que hubiera gemido y suspirado su nombre? ¿Estaba arruinada? ¿Era una licenciosa?

Él se dejó caer a un lado con la mano todavía enredada en su pelo. El pecho le subía y bajaba con cada jadeo.

—¡Santo Dios, mujer! —«Mujer». Era una mujer—. Siempre me sorprendes. Comienzo siendo tu tutor, enseñándote una lección, y luego, de alguna manera... Unos minutos después me convierto en tu pupilo. —Colin soltó una risa entrecortada, ronca e íntima.

Y unos segundos después estaba roncando.

CAPÍTULO

13

Dios mío! —Entrecerrando los ojos ante la brillante luz matutina, Colin se pasó una mano por el pelo—. No me lo puedo creer. Nunca me pasa esto. Nunca.

Minerva rodó por la cama con expresión somnolienta y se frotó la cara.

—¿El qué?

—Vístete, deprisa. Nos hemos quedado dormidos.

Y así comenzó una alocada carrera para asearse, vestirse y guardar todas sus cosas. Aquella prisa fue una suerte en ciertos aspectos. Posponía cualquier conversación sobre lo ocurrido la noche anterior.

Sin embargo, no borraba los recuerdos. Cada sonido, cada movimiento de Minerva le excitaba. La manera en que se pasaba el cepillo por la confusa y enredada masa oscura llena de rizos. Cómo se bamboleaban sus pechos cuando comenzó a saltar sobre un pie para ponerse la bota. Cuando ella alargó la mano y se apoyó en su hombro para no caerse, pensó que se lanzaría sobre ella otra vez. No había exagerado la noche anterior: ella le convertía en un imberbe patán, el doble de estúpido de lo que ya era en realidad.

«¡Maldita sea, hombre! ¿En qué estás pensando? Tienes reglas para esto».

Sí, había hecho una excepción. Pero tampoco había roto sus normas, solo las había ampliado.

«Ampliado. Olvidado. Fastidiado. Convertido en la diferencia entre un gemido y un sollozo».

Se estremeció. ¡Maldición! Tenía ante sí otro largo día sobre el caballo. «Excelente. Al menos no tendría tiempo para la culpa y los lamentos».

Con un poco de suerte, los mozos ya habrían seleccionado un caballo y estaría esperándole, ya ensillado. Para realizar un viaje como aquel, alquilar un caballo en cada posta no era lo mejor. Tampoco estaba haciéndole un gran favor a su trasero. Pero no había alternativa, él no era capaz de pasar el día dentro de un carruaje.

Vio que Minerva apartaba las cortinas y miraba a hurtadillas por la ventana.

—Oh, ahí están los Fontley. Están subiéndose al carruaje. No es posible que hayan decidido marcharse sin nosotros.

—No creo. —Se unió a ella ante la ventana. Los Fontley, en efecto, estaban a punto de marcharse—. No pueden hacerte eso. Hoy es tu cumpleaños.

—No empecemos. —Ella le lanzó una mirada aviesa desde detrás de las lentes. Entonces pareció recordar lo ocurrido la noche anterior porque la vio sonrojarse, tragar saliva y apartar la mirada.

Él tuvo el repentino e inexplicable deseo de besarla. Pero estaba seguro de que eso sería una mala idea y, de todas maneras, no tenían tiempo. Se apresuraron a bajar las escaleras en medio de ruidosos pasos arrastrando el equipaje consigo.

—¡Ya estamos aquí! —gritó él, adelantándose a Minerva—. ¡Ya hemos llegado! ¡Tallyho!

Uno de los lacayos de los Fontley estaba colocando el equipaje en la parte trasera y él le tendió el baúl más pequeño para que lo instalara allí. Luego le pasó el segundo.

—No te olvides de este —indicó Minerva mientras arrastraba el tercer y más voluminoso baúl; era en el que llevaba a *Francine*.

Mientras la ayudaba con él, se escuchó restallar el látigo del conductor. Antes de que supieran lo que pasaba, el carruaje se puso en marcha.

Los Fontley se marchaban. Sin ellos.

—¡Esperen! —gritó ella, desesperada—. ¡Regresen!

La señora Fontley sacó la cabeza por la ventanilla con expresión disgustada.

—¿Y dejar que mis hijos se relacionen con unos personajes tan censurables? Ni hablar. —El carruaje se alejaba dando tumbos por el camino cuando la matrona dijo las últimas palabras—: ¡No son buena gente!

Minerva la miró, jadeante y aturdida.

—¿A qué se referirá? Sin duda alguna, no creo que sea porque ayer por la noche golpeaste a ese hombre.

—No lo creo. Pero no se me ocurre qué, de lo que hemos dicho, puede haberla hecho cambiar de actitud... Salvo que... —Se le cayó el alma a los pies.

—¿Salvo qué? —lo apremió ella.

—Salvo que nos escucharan anoche.

Ella se puso pálida.

—¡Oh, santo Dios! —La vio morderse los labios—. Pero ¿cómo es posible que nos hayan...?

—Pues lo han hecho.

—No, no es posible... A menos que estuvieran alojados en la habitación de al lado. A menos que... —Minerva buscó sus ojos con la mirada; los de ella estaban abiertos como platos con expresión de horror—. A menos que fuera a ellos a los que escuchamos nosotros.

Él soltó el aire lentamente. Giró la cabeza y siguió con la mirada el carruaje.

—Bueno... Bien por ellos. Bien hecho, señor Fontley.

Minerva no parecía compartir su diversión.

—¡Oh, Dios! —La vio sentarse sobre el único baúl que le quedaba y hundir la cabeza entre las manos—. Deben de considerarnos unos charlatanes intrigantes. Saben que cada palabra que dijimos es falsa. Lo de Ceilán, los leprosos, la estúpida mordedura de escarabajo. Saben que somos unos mentirosos.

Él inclinó la cabeza y se frotó la nuca.

—Bueno, sí. Esperemos que hayan llegado a esa conclusión.

Ella le miró.

—¿Qué otra cosa iban a pensar? ¿Que no estábamos mintiendo? ¿Que en realidad somos hermanos y...? —Notó la mirada de repulsión absoluta que apareció en los ojos de Minerva—. No. ¡No!

—No te preocupes —aseguró él precipitadamente—. Estoy seguro de que pensaron lo primero.

—Buf. —La joven se estremeció—. Creo que me estoy mareando.

—No es necesario, cielo. Nosotros sabemos la verdad.

—¿La sabemos?

Él percibió lo incisivo que pretendía ser el comentario. Ninguno de los dos sabía exactamente lo que eran el uno para el otro después de lo ocurrido la noche anterior.

No obstante, no era el momento adecuado para mantener esa conversación. Por primera vez fue consciente de la manera en que les miraban las personas que había alrededor. Sus ojos no eran calurosos. Y cuando posó la vista en la puerta de la posada, esta se cerró de manera violenta.

Escuchó, además, que echaban la llave.

Alquilar un caballo fresco estaba, al parecer, fuera de toda cuestión. E imaginó que nadie en ese pueblo les ofrecería un carruaje.

—Debería haber supuesto que era una mala idea —gimió ella—. Debería haber sabido que acabaría pagándolo de alguna manera. Cada vez que me tocas acabo muriéndome de vergüenza.

Colin se aclaró la garganta antes de acercarse a Minerva.

—Será mejor que salgamos de este lugar cuanto antes. Sea lo que sea lo que los Fontley piensan de nosotros, lo compartieron con todos los presentes.

—Pero ¿adónde iremos? ¿Cómo lograremos llegar a...? —Ella señaló el carruaje, cada vez más lejano, con la voz llena de desesperación—. Se han llevado mi ropa, todas mis pertenencias....

Él se agachó delante de ella.

—Todavía tienes el bolso, ¿verdad? —Ella asintió con la cabeza—. Y todavía tienes a *Francine*. Estás sentada encima.

Minerva volvió a asentir.

—Todos mis descubrimientos científicos están aquí dentro.

—Eso es lo que importa. Lo demás es reemplazable. Ahora vamos a caminar hasta el próximo pueblo y allí volveremos a empezar. ¿De acuerdo?

Ella sorbió por la nariz.

—De acuerdo.

La ayudó a ponerse en pie y miró fijamente el baúl mientras pensaba cuál era la mejor manera de transportarlo. «¿Al hombro?».

Minerva cogió un asa con la mano enguantada y lo alzó.

—Yo lo llevaré de este lado y tú del otro. Será lo más rápido.

Su sentido de la caballerosidad se rebeló, pero sabía que ella tenía razón. Sostener el baúl entre los dos era lo mejor.

—Venga, vamos —claudicó él. Siguió la carretera que salía del pueblo cargando con ellos la huella del lagarto gigante—. Será mejor que nos lo tomemos con una sonrisa. Volveremos a estar en camino de inmediato.

Les llevó horas.

Minerva había razonado consigo misma que el siguiente pueblo no podía hallarse demasiado lejos. Unos cuantos kilómetros a lo sumo. Pero *Francine* supuso todo un obstáculo en su avance. Tuvieron que detenerse a descansar, a cambiar la posición de la mano, a reajustar el peso. Y aunque siguió repitiéndose para sus adentros que la sombra de unas casas y el campanario de una iglesia aparecerían tras la siguiente colina o al doblar la siguiente curva del camino..., anduvieron durante horas sin encontrar nada.

Las carretas de mercancías y los carruajes pasaron junto a ellos de manera regular, pero todos estaban llenos o habían sido advertidos en la posada donde habían pernoctado de que evitaran a un par de charlatanes que recorría a pie el camino del norte. Incluso aunque uno de los carruajes se hubiera detenido, no habría servido de nada; Colin no se subiría a ninguno. No, tuvieron que caminar kilómetros y kilómetros, a la espera de encontrar algún pueblo donde ella pudiera comprar el billete para viajar en el carruaje de postas y él conseguir un caballo de alquiler. Pero no sabían dónde quedaba.

El sol se encontraba en lo alto y ella estaba cada vez más cansada. Ni siquiera habían desayunado. La fatiga y el hambre se unían en su interior, provocándose el uno al otro hasta que resultó insoportable. La sed le secó la boca.

Por fin, ella se detuvo a la orilla del camino.

—No pienso dar un paso más. No puedo seguir.

Él posó en el suelo su lado del baúl.

—De acuerdo. Descansemos un poco.

—No. No quiero descansar, quiero subirme a un carruaje. Quizá si estuviera sola me recogería alguno. Así que yo me quedo aquí y tú puedes seguir caminando.

Colin negó con la cabeza.

—Ni hablar. Sé que no tienes buen concepto de mí, pero si crees que soy capaz de abandonar a una mujer a su suerte en un camino solitario, es que te has vuelto loca. ¿Sabes la clase de criminales que recorren estas rutas en busca de infelices a los que desvalijar?

—Sí, creo que sí. —Lo miró con mordacidad.

—Así que ahora también soy un salteador de caminos...

—Eres tú el que nos ha metido en este aprieto.

Él dio un paso atrás.

—¿Crees que todo esto es culpa mía?

—¡Por supuesto que es culpa tuya! Yo no te pedí que les contaras a los Fontley todas esas mentiras. Ni te pedí que me convirtieras en cómplice de tu incorregible comportamiento. Ni que me enseñaras... lecciones.

—¡Oh, claro que no! Tú te limitaste a aparecer ante mi puerta en mitad de la noche para rogarme que te llevara a Escocia. —Se señaló el torso con el pulgar—. A besarme ante la puerta de El Toro y la Mariposa; a arrastrarme sin motivo hasta el fondo de una maldita gruta submarina... Tampoco yo he pedido nada de eso.

—Has arruinado este viaje —gritó ella—. Lo has echado todo a perder.

—Bueno, perdona que te lo recuerde, pero creo que esa era la idea: arruinarte.

Ella cerró los puños e intentó tranquilizarse.

—Hicimos un trato muy sencillo: tú me llevabas a Edimburgo y yo te daba quinientas guineas a cambio. No recuerdo que hubiera ninguna cláusula sobre mentir, cantar... o gemir.

—No, eso fue gratis. De nada. —Aquel hombre insufrible caminó trazando un círculo al tiempo que movía los brazos—. Descansaremos unos minutos y luego seguiremos caminando. El siguiente pueblo no puede estar muy lejos.

—No pienso moverme de este lugar.

Él se detuvo detrás de ella y la agarró por los hombros.

—Claro que lo harás —masculló—. Aunque tenga que obligarte.

—No te atreverás.

—Oh, claro que me atreveré. —Le masajeaba los músculos de los hombros, pero no precisamente con ternura, sino como haría un entrenador a un boxeador antes de un combate. Y le resultaba maravilloso. Mientras se inclinaba hacia ella, la hizo girar para que mirara hacia delante—. Sí —le susurró al oído—. Te empujaré, te arrastraré, te provocaré para que saltes, porque posees un brillante ingenio oculto bajo ese salvaje exterior. Porque puedes cantar pero no lo haces, porque contienes una fogosa pasión en tu interior que necesitas liberar, porque puedes seguir caminando... Solo necesitas que alguien te empuje más allá del horizonte.

Sin duda alguna, era efecto del hambre y la fatiga, no de su voz ronca e íntima, pero se

estremeció ligeramente.

—No puedo más que tomarme esas palabras con ironía —aseguró ella al tiempo que giraba la cabeza para mirarle a los ojos—, dado que vienen de un hombre que ni siquiera es capaz de viajar dentro de un carruaje.

Él tensó los dedos.

—¡Hola! —Un vehículo se detuvo en el camino, a su lado. Una joven con un sombrero lleno de cintas les llamó desde el interior—. ¡Madre, mía! ¿Qué les ha ocurrido? ¿Necesitan ayuda? ¿Podemos echarles una mano? —La muchacha abrió la puerta—. Viajo con mi hermana y nuestra acompañante, ¿saben? Tenemos sitio para más viajeros.

Minerva se levantó del baúl y miró a Colin.

—¿Bien? ¿Debo empujarte?

—No —aseguró él de malas maneras—. Iré en ese maldito carruaje. Solo hasta el siguiente pueblo.

Ella miró a la joven del vehículo. Le calculó la misma edad que Diana, y la calidad del gorrito y el carruaje indicaban que se trataba de una mujer de posición acomodada. A juzgar por la manera en que se detenía a ofrecer su transporte a unos desconocidos, debía de ser excepcionalmente amable o bastante estúpida.

Lo más seguro es que fuera el tipo de chica privilegiada y alegre, incapaz de imaginar que podía sucederle nada malo porque nunca le había ocurrido nada.

—Es usted muy amable al recogernos —dijo Minerva, haciéndole una reverencia—. Soy la señorita Sand y él es... mi hermano. Mucho me temo que esta mañana tuvimos un leve contratiempo. Si puede llevarnos hasta el próximo pueblo, le quedaríamos muy agradecidos.

—¿Así que volvemos a ser hermanos? —murmuró él mientras alzaba el baúl.

—Sí —musitó ella en respuesta—, pero sin añadidos. No se te ocurra mencionar misioneros, cobras... Y, sobre todo, nada de..., ya sabes.

Sus ojos eran muy duros cuando la miraron de arriba abajo.

—Créeme, no necesitas preocuparte por eso.

Ella disimuló la cruel puñalada que sintió en su orgullo.

—Introduzca aquí su baúl, dentro del compartimento —indicó la decidida señorita—, me temo que arriba no hay sitio. Cordelia siempre acaba adquiriendo una docena de sombrereras en cada viaje.

Después de que ella subiera al carruaje y se acomodara en el asiento, él subió el equipaje para colocarlo de la mejor manera posible. Por fin, tomando aliento como si se dispusiera a sumergirse en el mar, entró y ubicó aquel robusto cuerpo a su lado. Sus piernas dobladas ocupaban casi el doble de espacio que las suyas.

—¡Continúe, John! —le ordenó la damita al cochero.

Cuando el carruaje se sacudió para ponerse en marcha, ella sintió que todos los músculos de Colin se ponían rígidos. Percibió aquella familiar punzada de simpatía por él, pero realmente la situación no era para tanto. Se trataría de un breve paseo.

Y sobreviviría.

—Soy la señorita Emmeline Gateshead. —La joven del sombrero de cintas le tendió la mano y ella se la estrechó—. Esta es mi hermana, la señorita Cordelia Gateshead, y nuestra señorita de compañía, la señora Pickerill.

Saludó a las otras mujeres educadamente. Podría haberse ahorrado el esfuerzo: las tres se concentraron al instante en Colin. No es que resultara una sorpresa, aquel hombre atraía a las

mujeres como la miel a las abejas.

—Así que se dirigen al norte —comentó la señorita Gateshead—. Perdón, no me he quedado con sus nombres.

—¡Oh! —De repente la invadió una sensación de pánico—. Bueno, nosotros...

—¡No! ¡No digan nada! Lo adivinaremos —aseguró Cordelia con una sonrisa—. Nos ayudará a pasar el rato. —Miró fijamente a Colin—. ¿Es usted un oficial, de vuelta de la guerra?

—No, señorita. No soy un héroe.

Ella habría dicho lo mismo unos minutos antes, pero ahora no estaba tan segura. Desde el momento en que entró en el carruaje era consciente de la tensión del cuerpo de Colin. Ahora, sus gafas habían comenzado a empañarse por efecto de su jadeante respiración. Pero ninguno de los presentes sospechaba su lucha. Resistía lo que para él era una tortura en valeroso silencio.

Quizá incluso heroico silencio.

—Qué pena... Estaría fantástico de uniforme —aseguró Emmeline con un desparpajo que fue seguido por una tosecita de la acompañante—. ¿Vienen de la ciudad?

—Hemos estado allí de paso —repuso ella—, pero venimos desde más al sur; desde la costa.

—¡Ya sé! ¡Es un pirata! —propuso Cordelia, conteniendo el aliento antes de ceder a una risita nerviosa.

Emmeline giró la cabeza y miró a Colin de reojo.

—Bueno, podría ser —convino con cierta coquetería en su voz—. Desde luego, posee un aire canalla.

«Mi querida señorita Gateshead, no se lo imagina».

—Quizá sea un espía —intervino también la señora Pickerill.

La irritación que ardía en su interior se acercó al punto de ebullición. No podía detener la necesidad de aquellas mujeres y el callado sufrimiento de Colin la tenía en vilo. Ahora parecía como si hubiera dejado de respirar por completo.

—¿Por qué no les dices la verdad, hermanito? —Quizá hablar le ayudaría. Le encantaba inventar historias extrañas, y si hablaba, tendría que respirar.

Él se aclaró la voz.

—Oh, no me gusta hablar.

La señora Pickerill lo miró con sospecha.

—Solo lo suficiente, ¿no? Nombres, destino.

—Sí, por supuesto —convino ella, enlazando su brazo con el de Colin de manera casual—. Pero la cuestión no es quiénes somos —improvisó—, sino quiénes podríamos ser.

—¿Y quién podría ser usted? —La señorita Cordelia Gateshead se inclinó hacia delante en el asiento.

—Díselo, hermanito —le urgió ella—. Es un asunto divertido y pienso que en este momento estamos muy necesitados de diversión.

Le dio un pequeño apretón en el brazo con disimulo. «Estoy aquí. No estás solo».

Él asintió con la cabeza.

—Bueno, debo decir... Lo cierto es que... —Puso su mano sobre la suya—. Podríamos pertenecer a la realeza.

Cada una de las mujeres que ocupaban el cubículo jadeó, incluida ella. Bueno, había sido idea suya. Al menos en esta ocasión no se las vería con cobras o leprosos.

—¿A la realeza? —La señorita Gateshead se incorporó—. ¡Asombroso!

—Esa fue nuestra reacción cuando dieron con nosotros los abogados. —Colin comenzó a

relajarse un poco. Su incorregible y pícaro ego tomaba el timón—. Recientemente nos hemos enterado de que es muy posible que nuestro padre descienda del príncipe Ampersand, monarca de Crustácea.

—¿Crustácea? —repitió Cordelia—. Jamás había oído hablar de ese lugar.

—¡Tampoco nosotros! —exclamó él—. Tuvimos que ir en busca del atlas a la biblioteca de nuestro padre y quitarle el polvo cuando recibimos la carta el mes pasado. Al parecer se trata de un pequeño principado situado en las cadenas montañosas que separan España e Italia. Toda la economía local se basa en la exportación de queso de cabra y caléndula.

Ella contuvo la risa. Cualquier imbécil que hubiera mirado un atlas sabía que España no limitaba con Italia. Y, bueno, la caléndula no se daba en las montañas.

—¿Qué decía la carta? —preguntó Cordelia.

—Informaba de que hace algunos meses la tragedia se cebó con ese diminuto principado alpino. Toda la familia real de Crustácea falleció por la virulenta tensión provocada por una contagiosa enfermedad: la fiebre violeta.

—Nunca había oído hablar de la fiebre violeta.

—Ni nosotros —aseguró Colin—. Tuvimos que buscarlo en los viejos ejemplares sobre medicina que poseía nuestro padre. ¿Verdad, M? —Le palmeó la mano—. Es muy rara, pero casi siempre mortal. —Chasqueó la lengua—. Una auténtica desgracia. Acabó con la vida del príncipe, la reina madre y todos los herederos reales. Y a menos que quieran que el principado acabe en manos de un vil usurpador, llorón y verrugoso llamado... —la miró de reojo— sir Alisdair, ¿verdad? —Ella hizo una mueca—, tenían que encontrar a algún descendiente del linaje real. Buscaron por todas partes hasta dar con nosotros. Así que vamos rumbo a la casa solariega de la familia para intentar recuperar el volumen donde están registrados nuestros nacimientos; la Biblia familiar o algo por el estilo. Es posible que el mes que viene pudieran encontrarse delante del príncipe y la princesa de Crustácea.

—Es como un cuento de hadas —suspiró Emmeline.

«Sí —pensó ella—. Como un cuento de hadas. Corrupto de principio a fin».

—Oh, no es un cuento de hadas —aseguró Colin—. No envidie la repentina elevación de nuestro linaje. Si realmente somos miembros de la realeza, nuestras vidas dejarán de ser nuestras. Tendremos deberes, ¿saben? Nos veremos obligados a abandonar Inglaterra, a nuestros amigos y nuestras amadas fincas. Y también cualquier esperanza de encontrar el amor. —Su expresión se volvió sombría—. Un príncipe no puede esperar encontrar el amor.

Ambas hermanas se apretaron las manos contra el corazón al unísono.

—¿No puede? —preguntó Cordelia.

—No, no puede. —Con aire de prudente sinceridad, Colin se inclinó hacia delante—. Si siguiera siendo el pobre y simple señor Colin Sand, vecino de Sussex, podría rendirme a los encantos de una hermosa chica que conociera mientras viajaba. Pedir permiso para cortejarla. Tomarme mi tiempo para entablar una profunda amistad. Confiarle todos mis sueños, antojos, secretos, y aprender los de ella. Llevarle dulces y ramos de flores. —Lanzó una pesadosa mirada por la ventanilla del carruaje—. Como cualquier hombre, he disfrutado durante mi juventud, he cometido excesos juveniles, pero siempre he anhelado enamorarme algún día; sentir un profundo amor por la mujer adecuada.

¡Dios Santo! Contaba aquellas historias con tal convicción que incluso ella misma tenía que recordarse que eran pura invención. Solo había caído una vez en el error de creer tales mentiras. «Que eres tú, Minerva. Que siempre has sido tú». Todavía podía escuchar la risa burlona

retumbando en las paredes de la torre.

Al menos esta vez sería ella la que se riera. Las jóvenes señoritas Gateshead estaban totalmente embelesadas.

Tenía que reconocer que tal encanto era un talento. Veinte minutos en el mismo carruaje y Colin ya tenía a dos damitas bien educadas completamente enamoradas de un príncipe capaz de no aceptar un mundo de riquezas a cambio de disfrutar de un amor verdadero. Sus corazones, almas, sonrisas y virtudes serían suyas con solo una mirada. Y probablemente no les haría esperar cola.

De pronto se dio cuenta de que él no había desatado todo su potencial seductor en Cala Espinada, al menos no con Diana. Y una extraña oleada de gratitud la envolvió.

—Si fuera un príncipe —aseguró él, con una sonrisa capaz de desarmar a cualquiera, al tiempo que hacía gala de una enorme timidez y revelaba un hoyuelo en su barbilla, como si le dominara una vulnerabilidad secreta que solo el amor de una buena mujer pudiera curar—, cumpliré con mi deber, por supuesto. Lo haré lo mejor que pueda. Pero algunas veces creo que sería un alivio que todo resultara ser un enorme error.

El carruaje se detuvo de repente con una brusca sacudida.

—¡Oh! —exclamó Emmeline, cayendo hacia delante—. ¿Qué ocurre?

Minerva miró por la ventanilla por primera vez desde hacía varios minutos. El trecho de la vía que atravesaban en ese momento estaba situado en un bosque. Quizá habían llegado a un peaje o el camino se encontraba lleno de barro.

Sin previo aviso se abrió ligeramente la puerta de la cabina.

Por la estrecha rendija brilló el cañón de una pistola.

—La bolsa o la vida.

CAPÍTULO

14

Colin casi se rio. No de diversión, sino de pura ironía. En realidad, lo verdaderamente absurdo era que una parte de él diera la bienvenida al giro que habían tomado los acontecimientos. Prefería enfrentarse a un salteador de caminos armado que pasar un solo minuto más encerrado en aquel infernal y sofocante carruaje. Se sentía como una peonza y la compañía de cuatro mujeres no le hacía olvidar las opresivas paredes ni el aire demasiado caliente. Cuando el carruaje se detuvo de manera inesperada, estaba a punto de volverse loco.

Estaba a punto de bajarse.

Al ver la pistola, estuvo a punto de implorar: «Sí, dispáreme. Termine con mi sufrimiento».

Hasta que la pistola se giró en dirección a Minerva.

Le inundó una sensación de calma absoluta. No sentía pánico. Lo que estaba era enfadado.

Carraspeó para atraer la atención de aquel bastardo.

—Si tiene que apuntar a alguien, apúnteme a mí.

El salteador de caminos le complació al tiempo que lanzaba una bolsita de lona por la puerta entreabierta.

—Pásense la bolsa. Metan dinero, joyas, relojes y anillos. Todo lo que tenga algún valor. —Un *clic* ominoso resonó en el carruaje cuando el hombre amartilló el gatillo—. Deprisa.

Las señoritas Gateshead se encogieron y se aproximaron a su acompañante.

Colin recogió la bolsita del suelo y se dirigió a ellas mientras aflojaba el cordel que la cerraba.

—Mucho me temo que debemos hacer lo que nos ordenan —dijo en el tono más calmado y tranquilizador que pudo—. Después podremos continuar camino. No pasará nada.

¡Maldición! Sabía que entregar los artículos de valor era la única elección segura y responsable. Salvo por el cuchillo que guardaba en la bota, iba desarmado y se hallaba en clara desventaja. Posiblemente el ladrón tenía secuaces que estarían encargándose del conductor del carruaje y los lacayos a punta de pistola. Cualquier heroicidad que él pudiera intentar tendría como resultado heridos o muertos. Con cuatro mujeres en el carruaje no podía arriesgarse. Aun así, odiaba tener que ceder a sus demandas. Se maldijo para sus adentros por no haber tenido la precaución de llevar la pistola al viaje. ¿Por qué no se le había ocurrido?

La respuesta estaba clara: porque no había previsto hacer el viaje. Había intentado cancelarlo por completo la mañana que se reunió con Minerva junto a la carretera.

Debería haberse esforzado más en conseguirlo.

Las tres mujeres que tenía enfrente comenzaron a despojarse de guardapelos, pulseras, anillos y horquillas con dedos temblorosos. Él también depositó en la bolsa las escasas monedas que guardaba en el bolsillo.

—¿Y ella? —El forajido señaló a Minerva con la punta de la pistola.

—Ella no lleva joyas —explicó, interponiéndose entre la punta del cañón y el cuerpo de la joven.

—¿Y en el ridículo no lleva nada?

Le tendió a Minerva la bolsa de lona.

—El ridículo, Min.

—Pero... —En sus ojos oscuros leyó una profunda consternación—. Ahí llevo todo mi...

Todo su dinero. Todo el dinero del que ambos disponían. Sí, él lo sabía. Y el brillo que había en los ojos de Minerva le indicaba que ella acabaría realizando algo muy estúpido para conservarlo si él no se hacía el dueño de la situación.

—Dáselo —le ordenó con firmeza—. Ahora.

La cara de la joven adquirió el color del papel mientras se desenrollaba la correa del ridículo de la muñeca y lo dejaba caer en la bolsa de lona.

—Ahí tiene. —Tendió la pesada bolsa al salteador de caminos—. Cójalo y lárguese antes de que cambie de idea y aplaste su desgraciada y apestosa cara de una patada.

—No tan rápido. —El ladrón dirigió su pistola al pequeño sello que él llevaba en el dedo—. El anillo.

—No sale. —Se lo demostró tirando de la banda de oro—. Si quiere llevárselo tendrá que cortarme el dedo.

Las mujeres contuvieron el aliento al escuchar la sugerencia, consiguiendo que el bandido asomara la cabeza. El hombre les observó desde debajo de un sombrero de ala ancha con ojos inquisitivos.

Apuntó la pistola en dirección a *Francine*.

—¿Qué hay en ese baúl?

—Nada —se apresuró a responder Minerva—. Nada.

«¡Maldición! Mala respuesta, cielo». El contenido del baúl no tenía valor para nadie más que para ella y, quizá, para algunos científicos polvorientos, pero aquella rápida negativa hacía que cualquiera tuviera la impresión de que estaba lleno de doblones de oro. Estaba seguro de que ahora el ladrón no se marcharía sin él y Minerva, por su parte, no se lo permitiría.

Se inclinó hacia ella.

—Min, esto no tiene tanto valor como tu vida.

—Esto *es* mi vida. Sin esas pruebas, todo esto habrá sido para nada.

—Entréguelo —ordenó el forajido, que sostenía la pistola con una mano mientras trataba de asir el baúl con la otra.

—No —gimió Minerva, intentando detenerle—. Por favor.

A él se le desbocó el corazón en el pecho. ¡Santo Dios! Aquella chica iba a terminar muerta.

—Deje el baúl —dijo Colin mirando al salteador—. Deje el baúl y lléveme a mí.

El ladrón curvó los labios.

—No es mi tipo. Pero quizá me lleve a la chica con el baúl. Me gustan las que tienen carácter.

Colin tuvo que recurrir a toda su capacidad de control para no darle un puñetazo a aquel hombre en ese mismo instante. Estuviera o no armado, podría derrotarle con facilidad. Estaba seguro de ello.

«Pero hay más», se recordó a sí mismo. Fuera del carruaje había más hombres, seguramente armados. No podía arriesgarse a desencadenar un tiroteo habiendo mujeres presentes.

Tensó la mandíbula.

—¿Qué valor tiene esta joven para usted? ¿Unos minutos de diversión? Mi rescate supone una fortuna. —Le mostró el anillo con el sello y adoptó su acento más aristocrático—. Valgo miles de guineas. Deje a las mujeres en paz e iré con usted voluntariamente. Sin resistirme.

Él observó cómo la avaricia y la sospecha pugnaban en los ojos del ladrón. Aquel tipo quería

creerle, pero no estaba seguro de poder hacerlo.

Y entonces, desde el asiento de enfrente, la señorita Cordelia Gateshead le hizo el mejor regalo que podría haber esperado recibir de ella.

—Oh, Su Alteza, no debe... —La chica entrelazó los dedos y suspiró.

Bueno, aquello sellaba su destino.

Mientras se preparaba para abandonar el carruaje, inmovilizó a Minerva con una severa mirada.

—Escúchame —susurró con rápida ferocidad—. Debes dirigirte al próximo pueblo y buscar alojamiento seguro en una posada. Luego avisas a mi primo y esperas allí hasta que él llegue. ¿Me has entendido?

Los ojos de Minerva brillaron de miedo.

—Pero... Colin...

—No quiero discusiones al respecto. Haz lo que te he dicho, necesito saber que estás a salvo.

Ella asintió con la cabeza. Él notó que le temblaba el labio inferior y no pudo resistirse a apaciguarlo con un breve, y poco fraternal, beso.

—Que Dios le guarde, príncipe Ampersand —se despidió Emmeline Gateshead, ahogando el llanto en un pañuelo—. Y a sus súbditos de Crustácea.

Cuando se bajó del carruaje, evaluó la escena. Como había sospechado, el salteador no estaba solo. Había otros dos, que él viera en ese momento, y ambos armados. Un hombre regordete sostenía los caballos por las riendas y apuntaba con una pistola al conductor. El tercero, joven y delgado, se hallaba a unos pasos, con el mosquete apoyado en el hombro y el dedo en el gatillo.

El primer asaltante le golpeó con la pistola.

—Chicos, ¡mirad lo que me he encontrado! ¡Es un príncipe!

—No parece un príncipe. Tiene todos los dientes.

—Sea quien sea, alejémoslo de la carretera. —El tipo regordete soltó las riendas de los caballos e hizo un gesto con la cabeza al conductor.

El carruaje se sacudió al ponerse en marcha y Colin se regocijó al ver que las cuatro hembras inocentes —cinco si contaba a *Francine*— se alejaban. Respiró hondo por primera vez desde que el vehículo se había detenido en aquel lugar dejado de la mano de Dios. Siempre que supiera que Minerva se encontraba a salvo, podría aguantar lo que fuera que le esperara.

Si hubiera resultado herida, los remordimientos no le habrían dejado vivir.

Sin dejar en ningún momento de presionarle con la pistola, el salteador de caminos le empujó hacia el bosque.

—Mi primo es el conde de Rycliff —comentó mientras caminaban entre los helechos, bajo las copas de los avellanos—. Es el fideicomisario de mi fortuna. Deben enviarle una carta sellada con esto —señaló el anillo— y él se encargará de satisfacer lo que exijan como rescate.

O eso esperaba. Su primo bien podía responderles que adelante, que le harían un favor si le enviaran al infierno. Todo dependía de qué humor se encontrara Bram ese día. En realidad no importaba, no tenía intención de quedarse con aquellos ladrones demasiado tiempo. Se trataba de unos ladronzuelos, no unos secuestradores. Seguramente cometerían algún desliz que le procurara la oportunidad de escapar. Quizá ni siquiera tuviera que esperar al día siguiente.

O puede que sí.

Una vez que se internaron en lo más profundo del bosque, su captor le hizo girar bruscamente para pegarle con la pistola en la sien. El golpe le obligó a girar la cabeza y su cerebro fue enviado a algún lugar brillante y lleno de dolor.

Los tres hombres le rodearon.

—Así que un príncipe, ¿no? —El regordete se golpeó una mano con el otro puño—. No espere de nosotros un tratamiento real.

Él se enderezó. Gracias a los años de combates en el club, sabía cómo esquivar los golpes. Pero también era consciente de que sus puños no tenían nada que hacer contra tres hombres armados. Con todo, no pensaba encogerse e implorar.

—No soy realmente un príncipe. Pero, si les sirve de algo, soy vizconde.

No sirvió, sino que le supuso otro golpe, en esta ocasión en el estómago.

Y bueno, fuera como fuera, cuando llegó la mañana siguiente, no había encontrado una oportunidad de escapar.

Más bien se encontraba golpeado, ensangrentado y atado a un castaño.

Con la mirada clavada en el cañón de un arma.

CAPÍTULO 15

Era un día maravilloso para practicar tiro; suave, soleado y no demasiado ventoso.

Kate Taylor apretó el gatillo de la pistola sin apartar la vista del centro de la lejana diana.

Las lecciones semanales de tiro eran legado de la señorita Susanna Finch, hija de un caballero que se dedicaba a la invención de armas y primera anfitriona de Cala Espinada; ella estaba convencida de que una señorita debía saber cómo defenderse.

Susanna se había casado con lord Rycliff el año anterior y en la actualidad residía con él en Londres. Así que, en su ausencia, Kate Taylor había tomado en sus manos la continuidad de la labor de la dama a fin de que las señoritas siguieran llevando a cabo las actividades previamente establecidas.

Los lunes paseaban por el campo. Los martes se daban baños de mar, siempre que el clima lo permitiera. Los miércoles trabajaban en el jardín, y los jueves...

«Bang».

Los jueves era el día en que practicaban tiro. Allí, en Summerfield, la propiedad de los Finch, sir Lewis Finch siempre daba la bienvenida a las señoritas, poniendo a su disposición la mejor colección de armas imaginable y refrigerios para su comodidad. Como era natural, el anciano echaba mucho de menos a su hija y disfrutaba recibiendo a sus amigas. Por su parte, Kate agradecía la posibilidad de estar en una casa familiar, incluso aunque no fuera suya. Le encantaba la sensación de historia compartida, viejos retratos o cariñosos recuerdos.

Charlotte Highwood le tiró de la manga.

—Señorita Taylor, mire. ¿Es la milicia?

Se volvió para clavar la mirada en el prado abierto. Sin duda, eran los miembros de la milicia local, vestidos con el uniforme correspondiente y desfilando en formación. Parecía que iban directamente hacia ellas.

Qué extraño.

—No tenía conocimiento de que hoy tuvieran instrucción —comentó Diana.

—Tampoco yo. —E incluso aunque así fuera, ¿por qué la hacían allí, en la propiedad de sir Lewis Finch?

—Parece un simulacro de combate —cloqueó Charlotte, llena de excitación—. Mujeres contra hombres. ¿Podemos hacer nuestra propia formación? ¿Montar las bayonetas y todo?

Diana tiró del pelo de su hermana.

—Gansa.

Cuando la columna de hombres vestidos con casacas rojas se acercó más, Kate reconoció al cabo Thorne al frente. No resultaba difícil; excedía en altura a la mayoría de los hombres y tenía los hombros el doble de anchos.

Y su conducta era mil veces más desagradable.

—Señoras —intentó tranquilizarlas ella, manteniendo la voz baja—, bajen las armas, por favor. Parece que los hombres desean discutir sobre algún tema.

Con una brusca orden, Thorne detuvo a los hombres. Otra ruda indicación y formaron frente a ellas en una sola línea.

Thorne se acercó y Kate se inquietó. Su espalda pareció marchitarse bajo aquella maciza sombra que bloqueaba por completo la luz del sol. Odiaba el efecto que tenía aquel hombre sobre su persona; sabía que no le caía bien, pero ¿qué más daba? Parecía que a él no le gustaba nadie, así que ¿por qué debería importarle? ¿Por qué debería permitir que él la hiciera sentir tan pequeña e impotente?

—Cabo Thorne... —le saludó, haciendo un gesto con la cabeza y no una reverencia—. ¿A qué debemos esta... interrupción?

—Tengo que hacer una investigación y espero conseguirlo con ayuda de sus señoras y mis hombres. Quiero saber si alguien tiene algún motivo para pensar que la señorita Minerva Highwood y lord Payne estaban...

—¿Enamorados? —terminó ella.

—Involucrados de alguna manera.

Ella se encogió de hombros.

—Cabo Thorne, deberíamos pensar que el hecho de que hayan huido juntos es prueba más que suficiente de que sí estaban *involucrados*.

Él negó con la cabeza.

—No estoy de acuerdo. He dado vueltas y vueltas al tema. No tiene lógica.

—La señora Highwood ha dicho que...

—Lo sé, señorita Taylor. No soy estúpido.

—Jamás he insinuado tal cosa.

—Sé lo que ha dicho la señora Highwood —explicó él—. Y he decidido que no me importa. En ausencia de lord Payne soy el encargado de la milicia, y eso quiere decir que soy responsable de la seguridad de este lugar y de cada hombre, mujer o niño que vive en él, incluida la señorita Minerva. Si su salud, felicidad o virtud están en peligro de alguna manera, es mi responsabilidad traerla de regreso a casa. Sana y salva.

—¿Y qué ocurre si ella no está en peligro, sino que se ha fugado para casarse felizmente?

—Eso es lo que pretendo averiguar. —Él retrocedió unos pasos—. Voy a recorrer la línea de los hombres —gritó— y luego la de las mujeres. A cada uno le haré la misma pregunta. Antes de su desaparición, ¿alguno de ustedes tuvo alguna razón para pensar que lord Payne y la señorita Minerva Highwood estaban...?

—Enamorados —volvió a facilitarle la situación ella, solícita—. Parece tener problemas con esa palabra en concreto, cabo Thorne. ¿O quizá el problema está en el concepto? —Él no se inmutó—. No comprendo a este hombre —le susurró a Diana—. Cualquiera diría que tiene una roca en la cabeza o una piedra en el corazón.

Diana sonrió.

—Lo dudo mucho. Si eso fuera cierto, Minerva se habría quedado prendada de él y no de lord Payne. Le encantan las rocas y las piedras.

El cabo Thorne acababa de detenerse delante del señor Fosbury, el propietario de El Toro y la Mariposa.

—Fosbury.

—Sí, señor.

—Antes de que desaparecieran, ¿tenía usted alguna razón para creer que lord Payne y la señorita Minerva sentían afecto el uno por el otro?

El señor Fosbury se rio entre dientes.

—¿Afecto? No, señor. Eso sería toda una sorpresa.

Thorne avanzó hacia el herrero.

—Dawes. La misma pregunta.

El enorme hombre lanzó una mirada en dirección a las mujeres.

—No, cabo. Por lo que yo sé, habría dicho que él sentía inclinación por la señorita Diana. Y sea teniente o no, creo que es un bastardo por ir detrás de ella. Si va a salir en su busca, le ruego me permita unirme a la cuadrilla.

—Bueno, eso es... muy amable por su parte, imagino —insistió Kate, susurrándole a su amiga—. Aunque innecesario.

Diana no respondió.

El cabo Thorne continuó interrogando a cada uno de sus hombres. El vicario, algunos campesinos... Tras la octava negativa inquebrantable, Thorne la miró de una manera breve y presuntuosa. Una mirada que decía: «Ya lo decía yo».

Ella se limitó a arquear las cejas en respuesta.

—Hastings —ladró él mientras se acercaba al siguiente hombre, pescador de profesión—. Antes de que se fugaran juntos, ¿tenía usted alguna razón para pensar que lord Payne y la señorita Minerva Highwood estuvieran involucrados?

El hombre enderezó los hombros.

—Sí, señor.

Thorne se detuvo bruscamente cuando había comenzado a avanzar hacia el siguiente miliciano. Al escuchar la respuesta de Hastings, el gigantesco oficial se paró en seco, girando solo la cabeza, no el cuerpo. A ella le pareció que el antinatural movimiento resultaba, si cabe, todavía más amenazador.

—¿Qué ha dicho, Hastings? —bramó.

Incluso el pobre miliciano pareció amedrentado.

—Er... He dicho que sí, señor. Tengo motivos para pensar que mantenían una relación.

—¿Por qué? ¿Qué? ¿Cómo? —Lanzó las preguntas como si fueran balas.

Ella soltó una risita tonta.

—Hágale las preguntas de una en una, cabo. Dé al pobre hombre la oportunidad de responder.

Oh, oh... La mirada recayó entonces sobre ella. Era pura oscuridad, exigente amenaza. Por supuesto, ella la ignoró; no era uno de sus soldados a quien pudiera reprender. Tuviera o no fortuna o familia, ella era una señora. Él no tenía potestad alguna sobre su persona.

Sin embargo, ocultó la mano en la espalda para que él no viera que le temblaba.

—Los vi juntos en la cala —explicó Hastings, que por fin había recuperado la voz— hace algunos días, cuando iba a comprobar mis redes al amanecer. La señorita Minerva estaba en traje de baño y lord Payne se desvestía hasta quedar casi desnudo por completo.

—¿Se pusieron a nadar? —preguntó Diana—. ¿En abril?

—No sé lo que hicieron después. Solo sé que los vi. —Hastings se encogió de hombros—. Y cuando regresé de nuevo, algunas horas después, acababan de salir del agua.

—Ya sé que todavía no es mi turno —reclamó la atención Rufus Bright desde el último puesto de la fila—, pero yo también los vi juntos.

—¿Cuándo? —dijeron al unísono Thorne y ella, que parecían compartir la misma consternación.

—La otra noche, cuando estaba de guardia en el castillo. Algo después de... —Rufus miró de

rejo a las mujeres y se llevó un dedo a la garganta para aflojarse el cuello de la casaca—. Algo después de medianoche vi salir a la señorita Minerva de los aposentos de lord Payne. Estaba sola.

Charlotte lanzó un gritito antes de cubrirse la boca con las manos. Kate vio que Diana intentaba tranquilizarla.

—¿Por qué no dijo nada esa noche? —exigió Thorne—. ¿Permitió que caminara sola hasta casa? ¿Sin protección de ningún tipo?

—Bueno, señor, sabe tan bien como yo que no es la primera vez que lord Payne recibe alguna visita femenina después de anocheecer.

«¡Oh, santo Dios!».

Ella se adelantó unos pasos.

—Cabo Thorne, ¿no es suficiente? Quería pruebas. Creo que Hastings y Rufus le han facilitado más que suficientes. ¿Podemos concluir por fin esta innecesaria inquisición pública, antes de que descubramos algún detalle más que resulte ser demasiado bochornoso para la familia Highwood?

El enorme oficial soltó el aire despacio.

—Está realmente segura de que Payne se casará con ella...

—Sí —repuso.

—Bien, pues tiene usted razón, se va a casar con ella. Yo me encargaré de ello. Ahora mismo, la única incógnita es si está haciéndolo de forma voluntaria en este momento o si se casará con ella cuando regrese... —Thorne hizo crujir los huesos de sus manos—, a punta de pistola.

CAPÍTULO

16

Que Dios le librara de la incompetencia!

Sentado como estaba sobre el mullido suelo del bosque, con los brazos retorcidos a la espalda y atado a un grueso castaño, Colin sintió una punzada de nostalgia por la milicia de Cala Espinada. Era posible que al principio hubieran sido un patético grupo de voluntarios, incapaces de desfilar coordinados, pero aquella banda de estúpidos salteadores de caminos, en contraste, les hacía parecer un batallón de infantería.

Primero habían estado discutiendo, durante más de media hora, si debían creerse que fuera un príncipe, un vizconde o un charlatán. Luego argumentaron, durante un tiempo similar, sobre qué hacer con él, a lo que, por supuesto, tuvo multitud de sugerencias que hacer; lo que le supuso otro puñetazo en la cara.

Hasta ese momento, los criminales habían resultado ser expertos en una sola cosa: hacer nudos.

Por fin habían decidido informar a su líder, al parecer el jefe de algún tipo de banda. Así que le ataron a aquel castaño, dejando como única vigilancia al nervioso y más joven miembro de la pandilla. El muchacho estaba apostado a tres metros, con una pistola apuntando a su pecho.

No era aquel crío armado lo que le molestaba, sino las cuerdas que le amarraban al árbol. Odiaba sentirse aprisionado, no soportaba que le obligaran a hacer nada, fuera lo que fuese.

«Permanece tranquilo. Al final alguien te liberará».

Sencillamente era demasiado valioso para que lo mataran. Pero cuanto más tiempo estuviera allí atado, preso de la indecisión de los ladrones, más tardarían en ponerse en contacto con Bram. Y más tiempo estaría Minerva sola y sin dinero.

Pensar que podía estar hambrienta y asustada en un pueblo extraño hacía que... se estremeciera de cólera e impotencia. Enfurecido, se retorció intentando soltar las cuerdas que le retenían.

Ya no le quedaba paciencia. No podía esperar más. Tenía que escapar.

—¿Por qué tú? —preguntó a su captor, tratando de parecer calmado.

—¿A qué se refiere?

—¿Por qué te han dejado a cargo de un rehén tan valioso? Apenas parece tener edad para afeitarte.

—Cumpliré diecinueve años en verano. —El muchacho se rascó la barbilla—. Porque tanto Grubb como Carmichael querían ser quien se lo dijera al jefe. Seguramente están discutiendo en este momento por ver quién consigue contarle antes el cuento.

—Ah. —Reclinó la cabeza mientras luchaba y tironeaba de las cuerdas que le ataban las muñecas. Nada. ¡Maldita fuera! Ojalá pudiera llegar al cuchillo que guardaba en la bota...—. Entonces —comentó como quien no quiere la cosa—, si no te he entendido mal, estos Grubb y Carmichael están intentando atribuirse todos los honores, ¿no?

—Así es como yo lo veo.

—Estoy seguro de que tienes razón. —Asintió con la cabeza—. Muy astutos. Te voy a decir una cosa: quizá no deberías haberme dicho sus nombres. —El chico cerró los ojos y maldijo

sonoramente—. No te preocupes. Estoy seguro de que Grubb y Carmichael no te matarán.

—No haga eso. No haga eso... No vuelva a mencionar sus nombres —ordenó, apuntándole con la pistola.

—Bueno, tampoco es que pueda olvidarlos, ¿sabes?

El chico se puso en pie.

—Los olvidará si le disparo.

—Pero entonces te verás en problemas. En cuanto regresen Grubb, Carmichael y el jefe y se encuentren con que has matado a un valioso rehén —bajó el tono de voz—, ¿cuánto tiempo crees que seguirás vivo?

Al ladronzuelo comenzaron a temblarle las manos.

—Yo no accedí a secuestrar a nadie. Se suponía que solo iba a mirar mientras ellos robaban.

—No —convino él con suavidad—. Por supuesto que no has accedido a esto. ¿Secuestrar a un aristócrata? Eso no es cosa tuya.

—No lo es, ¿verdad? Yo solo quería conseguir algunas monedas para llevar a mi novia a la feria.

—Para comprarle un par de chucherías y conseguir que te deje meterle la mano debajo de la falda.

—Exactamente.

Colin lo miró pensativo.

—Voy a decirte una cosa. ¿Ves las botas que llevo? Te proporcionarían una buena suma en cualquier sitio. Si me desatas, son tuyas. Lárgate, consigue el dinero y lleva a tu novia a la feria. Cuando la ley comience a buscar a Grubb y a Carmichael, y te aseguro que así será, tú no serás uno de sus objetivos. Estarás olvidado. Ni siquiera sé tu nombre.

El joven lo miró con suspicacia y fue acercándose poco a poco.

—Tengo una idea mejor: voy a quitarle las botas y a dejarle aquí.

Sintió que lo atravesaba una penetrante astilla de miedo. Su compostura se tambaleó al punto de acelerársele la respiración. La mera imagen de quedarse allí solo, atado a un árbol..., con la noche a punto de caer...

Sería preferible rogarle a aquel tipo que le matara.

Pero se limitó a cerrar los ojos.

«Mantente tranquilo. Esto es lo que quieres. Lo que imaginabas que haría».

Todavía con el arma en una mano, el joven comenzó a tironear de su bota izquierda con la otra.

—Jamás podrás quitármela de esa manera —comentó él, forzándose a utilizar un tono indiferente a pesar del sudor que le goteaba por la espalda—. Deberías dejar el arma a un lado. Estoy atado, no puedo hacer nada.

Tras un buen rato porfiando con las botas, el ladrón soltó una maldición e hizo lo que él le había propuesto: dejó la pistola a un lado y utilizó ambas manos para su empeño. Por fin la bota se deslizó con un siseo.

El chico la tiró a un lado y se centró en la otra.

—Por favor, hazlo con suavidad —bromeó él—. Ten piedad de mis viejas articulaciones.

En realidad sus articulaciones no le preocupaban lo más mínimo, pero había apostado todas sus esperanzas a la pequeña navaja plegable que guardaba en la bota derecha. Si se caía donde pudiera alcanzarla y el captor no reparaba en ella... Después, si lograba hacerse con la navaja y tenerla entre sus manos, en solo unos minutos podría estar libre.

Pero si algo salía mal, se quedaría allí atado. Solo Dios sabía cuánto tiempo, probablemente

hasta que se hiciera de noche. Hasta que la oscuridad cayera como un espeso y ominoso manto. Hasta que la sed y el hambre llegaran, animando a los demonios que inundarían su incesante tormento.

Hasta que aparecieran los perros salvajes.

«¡Dios, no! ¡Por favor, Dios mío, no!».

El corazón se le desbocó en el pecho.

Cuando el joven le levantó la pierna para tirar de la bota, flexionó los músculos, acercándose a él. Tenía que conseguir que la navaja cayera cerca. Si salía volando cuando le sacara la bota...

«Tranquilízate...», se dijo a sí mismo mientras notaba que la bota comenzaba a aflojarse.

Crack. Un chasquido apenas perceptible entre la maleza reclamó su atención.

Su captor no escuchó el sonido, estaba demasiado absorto luchando contra el calzado. Pero él lanzó una mirada de reojo y lo que vio allí le detuvo el corazón.

¡Minerva!

Minerva Highwood, con su vestido azul oscuro de viaje, con el que parecía una institutriz, emergía lentamente de la maleza. Avanzaba hacia ellos con todo el sigilo de un gato, con el único objetivo de hacerse con la pistola olvidada. Vio cómo se ponía un dedo sobre los labios fruncidos para pedirle que se mantuviera en silencio.

Él abrió los ojos como platos.

«No —vocalizó—. No. Vete».

Ella se acercó todavía más, hasta que pisó una rama.

En esa ocasión el ladrón percibió el sonido y alzó la cabeza, girándola hacia Minerva.

Con un cruel gruñido, Colin cogió impulso y le propinó una patada en la cara con todas sus fuerzas. Luego atrapó la garganta del tipo, usando las piernas a modo de tijera e inmovilizándole. Pero no iba a poder sujetarlo mucho tiempo más.

—Coge la pistola —ordenó a la joven.

Mientras ella recogía el arma, él apretó el cuello del salteador de caminos entre las piernas.

—Sé lo que estás pensando —dijo con la voz entrecortada por el esfuerzo—. Que ella es solo una chica con gafas y que no es posible que sepa disparar ese arma. Pero te equivocas. Lo hace muy bien. —Alzó la voz—. Min, demuéstraselo. Dispara a aquel abedul.

—¡No pienso dispararle a un árbol! Desperdiciaría un disparo y no tengo más pólvora. ¿De qué serviría? Desde luego, Colin...

—¿Ves? —le indicó al hombre—. Sabe muy bien lo que está haciendo. —Soltó al ladrón, antes de darle una última patada en la mandíbula—. No hagas ningún movimiento repentino.

Minerva clavó los ojos en el joven antes de apuntarle con la pistola.

—¿Le disparo?

—No, no. Tengo una navaja en la bota derecha. Por favor, ve a buscarla.

Sin dejar de apuntar al ladrón en ningún momento, ella se movió en diagonal hasta la bota. Buscó la navaja con una mano y volvió a atravesar el claro, esgrimiéndola como si fuera una daga.

—Muy bien —dijo ella, y miró al forajido con cara de pocos amigos—. ¿Dónde se la clavo?

«¿Clavársela?».

Colin la miró sin poder apartar la vista, anonadado. Tenía el pelo alborotado y medio suelto, flotando alrededor de los hombros. En sus ojos brillaba una intensa fiereza y notó que había fruncido los labios en un gesto amenazador.

Ya había visto antes aquella mirada salvaje y primitiva en su cara. En Cala Espinada, cuando la observó derribar a un hombre hecho y derecho con una bolsa llena de rocas, e incluso aquella vez

que le había retado a él mismo a un duelo. Adoptaba aquella expresión de furia cuando pensaba que alguna de sus hermanas o uno de sus amigos corría peligro. Incluso *Francine*.

Pero se trataba de la primera vez que aquella mirada era por defenderle a él.

Era asombrosa. Se suponía que no debía estar allí, pero estaba. Por él. Dispuesta a disparar o a clavar la navaja a un hombre por protegerle. Y estaba condenadamente hermosa.

—No vas a clavarle nada, cielo —dijo bajito—. Vas a usar la navaja para desatarme.

—¡Oh! ¡Ah, sí! —A Minerva se le escapó una risita—. Supongo que eso tiene más sentido.

Utilizando una sola mano, ella no podía liberarle tan rápidamente como a él le habría gustado. Pero tras algunos minutos de forcejeo intentando cortar las cuerdas, por fin lo consiguió.

Él le arrebató la pistola en cuanto pudo y golpeó al ladrón con la culata, haciéndole caer al suelo. Recogió el cuerno para guardar la pólvora y la munición de repuesto antes de mirar a Minerva.

—Deprisa. Debemos marcharnos antes de que se despierte.

—¡Oh, Colin! Te han golpeado. —La vio sacar un pañuelo del bolsillo para apretarlo con ligeros toquitos contra la comisura ensangrentada de su boca, lo que le hizo dar un respingo.

—No es nada.

—¿Y nuestro dinero? —preguntó ella al tiempo que escrutaba a su alrededor.

—Se lo llevaron los otros ladrones.

—Oh, menos mal que conservo un soberano. Lo cosí al forro de mi corsé.

—Bien —masculló él mientras se volvía a poner la bota izquierda—. Eres una mujer de recursos.

—Pareces alterado —aseguró Minerva, al tiempo que hacía una bola con el pañuelo y la ocultaba en el interior del puño.

—Estoy molesto. —Se puso de pie y comenzó a caminar en la dirección por la que había llegado ella. Tenían que irse de allí tan pronto como fuera posible—. No puedo creer que estés aquí, Minerva. Te di instrucciones específicas de que siguieras hasta el siguiente pueblo, donde estarías a salvo.

—Lo sé. Pero le dije a la señorita Gateshead que me dejara bajar cuando habíamos avanzado medio kilómetro. No... —Ella le cogió la muñeca—. No podía dejarte solo.

Él se dio la vuelta y clavó los ojos en ella.

¡Santo Dios! No sabía qué sentía. ¿Estaba aliviado de estar libre? ¿Furioso con ella por desobedecer sus órdenes? ¿Abrumado por la felicidad que suponía verla sana y salva, y allí, con él? Las emociones bullían en su interior mezclando todos aquellos sentimientos.

Solo sabía una cosa: no podía tocarla en ese momento. Si lo hacía no estaba seguro de qué ocurriría: si la sacudiría sin cuidado, si la abrazaría sin sentido para acabar sollozando en su regazo o si la tomaría sobre el suelo del bosque hasta que tuviera los testículos vacíos...

Hiciera lo que hiciera, ella acabaría lastimada. Y eso podría provocar que aquella condenada prueba fuera para nada.

—Espera. —Cuando llegaron a un pequeño claro, ella le detuvo—. Mi baúl está por aquí. Lo escondí bajo algunas ramas.

—¿Has traído a *Francine* contigo?

Así que esa era la razón de que ella hubiera tardado tanto en aparecer.

—Bueno, no iba a dejarla. —La vio arrodillarse sobre la tierra y comenzar a quitar las ramas que ocultaban el baúl escondido—. Y menos después de lo que has hecho para salvarla.

—¿Después de lo que he hecho para...? ¿Para salvar a *Francine*? —Se agachó al lado de ella

para ayudarla en su tarea—. Eres una chica inteligente, Min, pero a veces resultas absolutamente obtusa. No daría ni un pelo para salvar ese miserable trozo de yeso. Así que no hablemos de poner mi vida en peligro.

—Pero sí por quinientas guineas.

—Créeme, no aceptaría ni cinco mil por estar atado a un árbol de esa manera. Jamás me habría marchado con los salteadores de caminos si tú no me hubieras obligado a hacerlo.

—¿Que yo te obligué? —Su tono subió una octava—. No te obligué a nada. Es más, te habría estrangulado allí mismo por haberte presentado voluntario. Estaba muerta de miedo.

—Bueno, pues tuve que elegir entre presentarme voluntario o que tú fueras asesinada. Te lo habrías jugado todo para salvar a ese miserable lagarto si no hubiera intervenido. Y habrías terminado muerta, o algo peor.

—¿Lo hiciste por mí?

—Minerva. —Se acercó para abrazarla, pero recapacitó y se limitó a hacer gestos con las manos—. No me dejaste elección.

—Lo siento. —La vio pasarse la mano por el pelo—. Lamento mucho haberte puesto en esa tesitura. Es solo que... Mi carrera está en este baúl. Es la única posibilidad que tengo de ganarme el reconocimiento de mis colegas, mi única probabilidad de éxito. Ya me he arriesgado mucho. Cuando el salteador intentó llevárselo, no pensé. Simplemente... reaccioné. —Sorbió por la nariz antes de mirarle—. ¿Me entiendes?

—Oh, por supuesto, claro que lo entiendo. Lo que hay en ese baúl representa tu carrera y yo solo soy un tipo adecuado para viajar contigo esta semana. Es evidente que la seguridad de *Francine* es lo más importante.

—No. —Ella negó con tanta fuerza que se le torcieron las gafas—. No es eso. Estás dando la vuelta a mis palabras y lo sabes. Pero en ese frenético momento, en el carruaje, podría haber arriesgado mi vida por salvar el baúl. Sin embargo, y debes creerme cuando digo esto, nunca quise poner en peligro la tuya. Por eso vine a rescatarte.

Él asintió lentamente con la cabeza. No tenía sentido discutirlo más cuando ella lo exponía de esa manera.

A fin de cuentas, ¿qué podía decir? Admitía ante sí mismo que había albergado alguna absurda fantasía masculina en la que ella corría a través del bosque para salvarlo, con el pelo al viento flotando suelto sobre su espalda, los pechos bamboleándose a cada paso y auxiliada por pajaritos cantarines que piaban en todas direcciones solo porque había sabido en su corazón que él necesitaba su ayuda. Porque en el momento en el que el carruaje de las Gateshead se alejó rodando, se habría dado cuenta de que la ciencia no significaba nada para ella —nada en absoluto— si no estaba él. Y ahora ella debería caer a sus pies y rogarle con aquellos exuberantes labios que le permitiera ser su esclava para siempre jamás.

No. Eso no era real, desde luego. Minerva había vuelto a por él porque era conveniente para sus objetivos. Y lo único decente que podía hacer. Ella había sido tan exigente y leal como siempre. Nada había cambiado entre ellos.

¡Maldita fuera!

Se incorporó y agarró una de las asas del baúl.

—Tenemos que movernos. El joven al que noqueé no nos perseguirá; estará demasiado ocupado corriendo en busca de su novia. Pero cuando sus socios se den cuenta de que he desaparecido...

—¡Oh, Dios! —Ella alzó su lado del baúl—. Es posible que nos persigan.

CAPÍTULO

17

Caminaron a través del bosque con *Francine* a cuestas. Minerva supo que estaban viajando hacia el norte por el calor del sol de la tarde en el costado. No habían cruzado ninguna extensión grande de agua, así que asumió que se encontraban todavía en suelo británico, pero no podía aventurar más datos al respecto. Y si era sincera, no estaba segura de que Colin supiera mucho más que ella.

¿Había sido realmente esa mañana cuando se sentó exhausta sobre el baúl a un lado de la carretera y declaró que no podía dar ni un paso más? Colin había insistido en que debía buscar fuerzas en su interior. Mirándolo retrospectivamente, no le quedaba más remedio que admitir que él estaba en lo cierto. Había avanzado kilómetros y kilómetros, sin haber comido nada desde la cena de la noche anterior.

Dar un paso tras otro requería de todo su poder de concentración. El hambre la acosaba a cada paso y la reconcomía por dentro.

—Que me aspen... —Colin se detuvo en seco—. Y yo pensando que odiaba el campo...

Minerva levantó la vista. Ante ellos se extendía un prado. Un vasto prado de hierba en medio del bosque. Toda la superficie estaba alfombrada de campanillas, miles de tallos verdes que se curvaban grácilmente y en cuyos extremos colgaban flores muy azules. La luz del sol llegaba desde lo alto a través de los árboles para iluminar las flores desde distintos ángulos. Toda la escena resultaba increíble.

Era magia pura.

—Incluso yo, hastiado como estoy, tengo que admitir que esta imagen es preciosa.

—¿Crees que serán comestibles? —Fue lo único que se le ocurrió responder, estando como estaba muerta de hambre.

Él se rio, haciéndola sonreír. Y eso sirvió para aligerar su estado de ánimo. Los salteadores de caminos habían quedado atrás. Ellos se hallaban sanos y salvos, y seguían conservando a *Francine*. Era posible que tuviera el estómago vacío, pero dentro de su pecho crecía la esperanza.

Quizá no estuviera todo perdido.

Mientras atravesaban el prado, tuvo la extraña impresión de caminar por encima de olas. Pero aquel era un mar de pétalos, no de agua salada. Se le enganchó el pie en una rama caída, tropezó y perdió el equilibrio.

—¿Estás bien? —preguntó Colin.

Ella asintió con la cabeza.

—Tenía la mente en otro sitio. Me preguntaba cuánta arcilla contendrá este suelo.

—¿Qué?

Colin soltó su lado del baúl. Ella le imitó.

—Ya sabes —explicó—. Arcilla. Una mezcla de polvo y agua. Es necesario que la contenga el suelo para que florezcan las campanillas y...

—Estás aquí, en mitad de este prado tan increíble —abrió los brazos para abarcar el esplendor

de la naturaleza—, ¿y te pones a pensar en cuánta arcilla contiene el suelo? Sin duda, pasas demasiado tiempo con los ojos clavados en lo que tienes bajo los pies.

Colin rodeó el baúl y la empujó para que perdiera el equilibrio. Con suavidad, la tumbó sobre las campanillas. Ella quedó sobre la espalda, jadeante y mareada por el repentino movimiento. Por la repentina cercanía.

Él se dejó caer junto a ella.

—Así. Descansa. Mira el cielo para variar.

Minerva miró hacia arriba. Notaba los latidos del corazón en los oídos y el aroma a hierba invadía sus sentidos. La hierba y las campanillas la sobrepasaban, bamboleándose con la suave brisa, rezumando belleza. Más arriba, el cielo brillaba azul, casi despejado salvo algunas nubes etéreas que parecían sentirse orgullosas de convertirse en conejos, dragones o barcos de vela.

—¿Qué se supone que debo ver? —preguntó.

—No lo sé. ¿Qué busca la gente cuando contempla el cielo? ¿Inspiración? ¿Belleza? —Suspiró—. Si te digo la verdad, esta imagen siempre ha hecho que me sienta intimidado. El cielo parece eterno. No puedo evitar sentir que tiene expectativas sobre mí. Expectativas que no he cumplido. —Colin guardó silencio durante un buen rato—. Me recuerda a tus ojos.

Ella le dio un codazo.

—Tengo los ojos castaños. Y por la humedad que siento en la espalda, definitivamente esta tierra es rica en arcilla. Necesitaba mirar al cielo para darme cuenta.

Con una risa entrecortada, él rodó hacia ella y la inmovilizó con una pierna.

—¿Sabes? Eres la mujer más sorprendente del mundo.

Ella contuvo el aliento.

—Tú también sueles sorprenderme. Y no necesariamente de manera agradable.

—Si las sorpresas fueran siempre agradables, no serían sorpresas.

—Supongo que estás en lo cierto.

Él le apartó algunos mechones de pelo de la cara, le quitó las gafas y las dejó encima del baúl.

A ella se le desbocó el corazón al ver que él bajaba la cabeza muy despacio y la besaba... En la punta de la nariz.

Parpadeó sin dejar de mirarle, esforzándose en enfocar y leer su expresión. ¿Era una broma o una muestra de cariño? No logró descubrirlo.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque no lo esperabas. ¿Qué clase de sorpresa ha sido? ¿Agradable o desagradable?

—No estoy segura.

—Entonces debo volver a intentarlo.

Él inclinó la cabeza y la besó en la sien... En la barbilla, en la mandíbula, entre las cejas...

Le recorrió con la lengua el lóbulo de la oreja... La garganta... Bajó hasta el cálido y sensible valle entre sus pechos.

Ella contuvo el aliento.

—Colin...

Él le apresó la falda y atrajo su pelvis hacia la de él.

—Mín —gimió contra su cuello—. Sé que es una locura, pero necesito esto. Ahora. Aquí mismo, en medio de toda esta belleza. Necesito sentirte ardiente y viva debajo de mí.

Cuando él se inclinó para besarla en la boca, ella le puso una mano en el pecho.

—Creo que esto no es una buena idea.

Él deslizó la mano por su cuerpo.

—¿Lo que hicimos anoche no fue bueno?

Prohibidas memorias de aquel frenético, lujurioso y demoledor placer la inundaron. Notó humedad entre las piernas y supo que no tenía nada que ver con la tierra empapada.

—Fue bueno, pero resultó confuso.

—Esto no es nada confuso. —Le cubrió un pecho con la mano y el pezón se convirtió en un pico tenso y dolorido—. Es físico. Instintivo. Liberar la tensión en un placer mutuo.

Colin dibujó una línea de besos sobre su garganta, provocando que ávidas espirales de deseo la recorrieran de pies a cabeza. Y aun así...

—No estoy... —Se quedó sin aliento al recibir otro ansioso beso—. No estoy segura de que me sienta a gusto siendo el instrumento de tu liberación.

—Haces que parezca algo unilateral, pero te prometo que tú también disfrutarás.

Minerva no lo dudaba.

Él deslizó la mano por el escote y movió los dedos bajo la tela en busca del seno, que liberó con experimentada habilidad.

—¡Dios mío! —jadeó él, rodeando el desnudo pezón con la punta del dedo—. Eres tan suave... Tan cálida, dulce y tierna...

Capturó el erizado brote con la boca y emitió un gemido al tiempo que succionaba la punta, antes de comenzar a trazar remolinos con la lengua alrededor del pico.

Ella sintió que se mareaba por las exquisitas sensaciones. La manera en que él la tocaba, la besaba, la lamía, la chupaba... Era increíble. El placer se tornaba casi palpable y notó un anhelante dolor en lo más profundo del vientre. Resultaba imposible sentirse así y no desear más.

Pero Colin no era el único que tenía principios. No era el único que poseía reglas. Ella no podía seguir recibiendo ese tipo de *lecciones* y continuar disimulando. Quería que eso fuera real.

Él colocó su pierna entre las de ella.

—Tienes fuego en tu interior, Min. Posees un talento natural para la pasión.

¿Talento para la pasión? ¿Ella?

—Incluso si eso fuera cierto —adujo ella—, mira adónde me ha llevado. —A ser expulsada de un carruaje, atracada en el siguiente, estar perdida en el bosque, sentirme hambrienta y apenas disponer de dinero.

—Pero has acabado aquí, en una de esas hermosas tardes con que nos gratifica la campiña inglesa, tumbada sobre una exuberante alfombra de campanillas, mirando hacia un impresionante cielo azul.

—Contigo.

—Conmigo.

Guardaron silencio durante una dilatada pausa, hasta que ella sintió que la conducta de Colin sufría un repentino cambio. Los músculos de su pecho se tensaron bajo su contacto y cambió el tono de su voz.

—Entiendo... —Pareció concluir él, y retiró los dedos de su pecho—. Ese es el problema. No se trata del lugar ni del placer; es por mí. Crees que estás con el hombre equivocado.

—Colin...

Él se alejó de ella.

—Prefieres compartir esto con otro hombre. Alguien como sir Alisdair Kent, con el que podrías hablar sobre la proporción de arcilla de la tierra y negar la parte de ti misma que anoche gritó mi nombre.

Ella se sonrojó mientras se apresuraba a cubrir su seno con el corpiño antes de buscar las gafas

a tientas.

—No es necesario ser tan cruel.

—No soy cruel. —Le vio ponerse en pie, sin importarle las manchas de tierra y de hierba que lucían ahora sus pantalones—. Solo siento lástima por ti, eso es todo. He intentado romper ese caparazón en el que te escondes, enseñarte a disfrutar de la vida, pero he captado el mensaje: no quieres. Piensas seguir encerrada en esa dura jaula que has construido a tu medida hasta que te mueras. Espero que a sir Alisdair no le molesten los cuartuchos estrechos.

—¿Por qué debería disculparme? ¿Por querer algo más que lecciones de carnalidad por lástima? Al fin y al cabo, eso es todo lo que se merece una sabionda torpe, ¿verdad? —Se levantó con cierta dificultad—. Al menos sir Alisdair recordará mi nombre.

—Quizá. —Él hizo desaparecer la distancia que les separaba, acercándose tanto que le rozó los pechos con el torso—. Pero ¿podría besarte él de una manera que no seas capaz de olvidar jamás?

Durante un momento, ardiente y confuso, sus alientos se mezclaron.

Sin embargo, antes de que ella pudiera pensar algún tipo de réplica, él se apartó. Asió el baúl y se lo echó al hombro.

—Venga, vamos —la apuró con irritación—. A estas horas ya deberíamos estar llegando allí.

—¿Llegando allí? ¿Llegando adónde?

Ella le imitó sin comprender aquella cólera irracional. Y pensar que la sabiduría popular sostenía la opinión de que las mujeres eran el sexo de estado de ánimo más variable...

Siguieron caminando durante un cuarto de hora más. Luego abandonaron el bosque justo en la cima de una colina.

A lo lejos, a los pies de la ladera, había una inmensa casa de piedra, rodeada de jardines y edificaciones anexas.

—¡Santo cielo! —jadeó ella—. ¿Qué lugar es ese?

—Winterset Grange —repuso él—. Sabía que debíamos estar muy cerca. Ahí reside un buen amigo mío. Necesitamos un lugar donde pasar la noche, donde escondernos, por si acaso esos saltadores de caminos siguen en los alrededores.

—¿Y vamos a presentarnos sin más ante la puerta de tu amigo? ¿Sin que nadie nos haya invitado? —Agitó una mano en el aire—. ¿Con el aspecto que tenemos ahora?

—Oh, a nadie le extrañará. A Winterset Grange siempre está llegando gente. Los invitados entran y salen a su antojo. Cada vez que está en la residencia, el duque es un incansable seguidor de Baco.

Ella lo miró fijamente.

—¿Duque? ¿Vamos a ser los invitados de un duque?

—No es un duque al uso —aseguró Colin, como si eso fuera suficiente para tranquilizarla—. Hal es un buen tipo, ya verás. Es el patrocinador principal de un popular círculo de amigos que se dedica a los juegos de azar. Se llama el Club del Chelín y yo soy miembro. Jamás me diría nada por presentarme sin invitación, siempre y cuando aparezca con dinero que perder en su mesa de juego.

—Pero es que no tienes dinero que perder en ningún sitio. Entre los dos reunimos un soberano.

—Detalles..., detalles...

Empezaron a bajar la cuesta cubierta de hierba. La enorme mansión pareció crecer según se acercaban, como si un niño travieso estuviera detrás de la edificación inflándola como si fuera la vejiga de un cerdo. Era tan grotescamente grande, con aquellas ventanas hundidas con las cortinas echadas, que parecían mirarlos con ojos lascivos.

A ella no le gustó. No le gustó lo más mínimo.

Cuando estuvieron más cerca, Colin la arrastró hasta los jardines, detrás de un cortavientos de cipreses. Tras sumergir su pañuelo en una fuente, se frotó la cara y el cuello con él y volvió a anudarse la corbata. Luego se sacudió el polvo de la pechera de la casaca, antes de realizar un enérgico movimiento de cabeza con el que domó el pelo al instante.

No era justo. Un mero arreglo de treinta segundos y tenía mejor aspecto del que ella podría ofrecer tras utilizar planchas calientes y ser peinada por dos doncellas francesas.

—¿Estoy presentable? —preguntó él.

—Es injusto, luces el mismo aspecto bien parecido de siempre.

Él ladeó la cabeza para clavar los ojos en ella.

—Bien, ahora veamos qué podemos hacer contigo.

Ella hizo una mueca. ¿Qué?, sin duda.

—Seguramente nada, milord —se burló en tono áspero.

—Bueno, no puedes entrar ahí pareciendo tan..., tan estirada, abotonada y reprimida. No si queremos que puedas hacerte pasar por mi amante.

—Tu... —Bajó la voz, como si los cipreses tuvieran oídos—. ¿Tu amante?

—¿Cómo voy a explicar si no tu presencia? Soy amigo del duque de Halford desde hace años. No puedo decirle que eres mi hermana, sabe que no tengo hermanas. —Él llevó las manos a los botones de su chaquetilla de viaje. Comenzó a desabrocharlos uno a uno desde el cuello—. Primero hemos de deshacernos de esto. —Cuando la hubo abierto del todo, le deslizó la prenda por los hombros y le sacó las mangas. Durante todo ese tiempo, ella permaneció allí parada, sin ni siquiera protestar. Colin dobló la chaquetilla y la dejó a un lado—. Esto tampoco nos vale —murmuró, estudiando la seda tornasolada con que estaba confeccionado el vestido de viaje—. Deberías haberte vestido hoy de rojo.

Ella se enfadó.

—¿Qué le pasa a este vestido? —Le gustaba esa prenda. Era una de las mejores que poseía. El tono, verde azulado, le favorecía. O eso le habían asegurado.

—Eres demasiado recatada —afirmó él—. Pareces una institutriz, no una amante.

¿Recatada? Bajó la mirada a la seda. El corpiño le cubría los pechos y la alta cintura imperio ceñía la tela alrededor de las costillas, desde donde caía una falda ahuecada hasta los pies. Era un patrón que seguía la moda imperante, enfatizando las curvas de su silueta. Uno que según la modista que lo realizó era muy atrevido. Las mangas en especial. Se abullonaban un poco en los hombros, desde donde se unían a la parte superior del brazo mediante encaje. Desde ese punto, la tela se ceñía a sus brazos hasta las muñecas.

Él tomó precisamente el encaje con los dedos y lo frotó con las puntas antes de deslizar la mano hasta el puño. A su paso, una intoxicante sensación la atravesó, como si resbalara por una brillante pendiente de seda.

«¿Ves?». Estas mangas son ingeniosas y *sensuales* fundas de tela. No hay nada recatado en ellas.

—Quizá esto sirva. —Le vio cerrar los dedos en torno al puño y tirar con fuerza.

—¡No, no lo hagas!

Y así, como si nada, la ingeniosa manga desapareció. El tirón hizo que la costura del encaje cediera y se soltara del resto. Quedaron flotando los hilos, como dedos tortuosos. En solo unos segundos, Colin se había deshecho de una manga y estaba haciendo lo propio con la otra.

Por fin, la dejó en paz cuando solo dos breves tirantes de tela le cubrían los hombros. Dos

pequeñas tildes de seda, donde antes había comillas.

Tras dar un paso hacia atrás para estudiarla, desató uno de los lazos de encaje y lo agarró por los extremos.

—¿Por qué haces esto?

Él arqueó una ceja.

—Quiero que parezcas más sugerente.

—¿Parecer sugerente obliga a ser disoluta?

—Son tus palabras, no las mías. —Le puso las manos en la cintura y la hizo girar sobre sí misma con la única finalidad de verle la espalda. Entonces buscó la hilera de corchetes que cerraba la espalda. Comenzó en la base del cuello y los desenganchó uno a uno.

—Esto es demasiado —protestó ella, intentando zafarse—. No pienso ir desnuda.

Él la sostuvo con firmeza y ella notó su cálido y áspero aliento en el cuello.

—Estás obligada a mostrarte como yo quiera mirarte. Esa es la función de una amante, después de todo. Sin duda, a sir Alisdair Kent le gustan las mujeres estiradas y comedidas, pero fue a mí al que elegiste como compañero de viaje... y tengo una reputación que mantener.

Él siguió abriendo el vestido hasta la mitad de la espalda, justo a la altura de los omóplatos. Luego moldeó el escote, ensanchando el espacio que dejaban los tirantes sobre los hombros, dejándolos en una inclinación realmente indecente. El borde de la camisola quedó a la vista, como si de un encaje blanco que adornase la expuesta hendidura se tratase.

Tras hacer que volviera a girar para quedar de cara a él, Colin examinó su obra. La joven se ruborizó. Él había tomado un vestido de viaje perfectamente respetable y lo había convertido en un diseño de amplio escote, digno de una cualquiera.

Y todavía no había terminado con ella. Subió las manos hasta su pelo y comenzó a arrancar las pocas horquillas que le quedaban en el tambaleante moño. Si ella no estuviera debilitada por el hambre y aterrada por encontrarse sin dinero en medio de ninguna parte, no le habría permitido tal tratamiento.

Aquello era mucho más que una broma. ¿Podía Colin...? ¿Podía, realmente, estar *celoso*?

—De verdad, Colin, siento que te parezca tan mal el aprecio que tengo por sir Alisdair, pero humillándome de esta manera no te granjearás mi buena opinión.

—Es posible. —Se deshizo de las últimas horquillas y le ahuecó el pelo alrededor de la cara—. Pero te aseguro que agrandará en gran medida mi satisfacción personal y nos mantendrá a salvo de muchas preguntas curiosas.

Por último, Colin le quitó las gafas y las plegó para guardarlas en el bolsillo interior de la casaca.

—Las necesito. —Ella intentó recuperarlas.

Él le atrapó la muñeca.

—No, no es cierto. Desde el momento en que traspasemos esas puertas, no te separes de mí. ¿Lo has entendido bien? Créeme, lo último que quieres es que alguno de los invitados de Halford piense que deseo compartirtelo. —¿Compartirla? ¿En qué antro de perdición y depravación se estaban adentrando?—. En cuanto a mí —la tranquilizó él—, me comportaré como un protector servil, encandilado y celoso.

Ella contuvo una risita impropia de una dama.

—Ese será el papel de tu vida.

—Y tú... —Él le alzó la barbilla con la punta del dedo—. Tú deberías también interpretar tu papel a la perfección, cielo.

—¿Mi papel? No sé cómo ser una amante. —Y menos alternando con duques. Se convertiría en un tembloroso flan entre hombres poderosos.

—Oh, no te infravalores así. Creo que lo harás muy bien. Para tu información, una amante es como una pequeña criatura salvaje. Cuando le parece, puede hacer que un hombre se sienta irresistible, deseable y muy fascinante. Como si fuera el único hombre en el mundo. —Él se inclinó más cerca hasta que le habló en un provocativo susurro. Estaba demasiado cerca para que ella pudiera verlo con claridad, y se convirtió en un feroz borrón masculino—. Gime como si lo fueras todo para ella y, cuando obtiene lo que quiere, te despacha mordazmente como si no significaras nada, absolutamente nada. Creo que naciste para ese papel, ¿no crees?

—No, no lo creo —dijo con voz temblorosa—. Cómo te atreves a sugerir que soy una, una... Lo que ocurrió anoche fue culpa tuya.

—Lo sé.

—Y no creo que sea la primera mujer que pasa una noche agradable en tus brazos y no quiere saber nada de ti al día siguiente.

—Claro que no. Solo eres la última en una larga y distinguida lista. Y no te hagas ilusiones, no serás la última.

—Entonces ¿por qué estás tan enfadado? ¿Es que no estás acostumbrado a tales crueldades? ¿Qué herida te he podido causar, salvo una minúscula punzada de dolor en tu orgullo?

Él la miró durante un buen rato.

—No lo sé.

Entonces él estiró las manos y le pellizcó ambas mejillas con fuerza.

—¡Ay! —Comenzó a apartarle con furia—. ¿Por qué has hecho eso?

—Necesitas un poco de color en las mejillas si vas a ejercer de mi amante y no tenemos colorete. —La rodeó con un brazo y la acercó más para pasarle el pulgar por el labio inferior—. Y estos labios se ven demasiado tensos y pálidos.

Inclinando la cabeza, capturó su boca con un beso brusco y exigente. Le introdujo la lengua entre los labios para realizar un barrido del interior. Luego le atrapó el labio inferior entre los dientes y se puso a mordisquearlo. Cuando puso fin al beso, ella tenía la boca hinchada, hormigueante y dolorida.

Ella le clavó el codo, haciendo uso de toda la fuerza del brazo para poner cierta distancia entre ellos. La soltó y ella pudo retroceder unos pasos, mientras se pasaba la punta de los dedos por la boca para comprobar si tenía sangre.

—¿Estás satisfecho ahora?

Él gimió, frustrado. Ahora que había cierta distancia entre ellos, Minerva podía discernir mejor su expresión. Era levemente hambrienta y también cautelosa.

—No. Ni de cerca, Min. —Se inclinó para asir el baúl—. Ni de cerca.

CAPÍTULO

18

Si Winterset Grange tenía un aspecto austero y sombrío desde el exterior, al acceder al interior parecía que se retrocedía en el tiempo hasta llegar a la Antigua Roma, tal era el culmen de exceso y depravación que allí había.

De hecho, Minerva llegó a pensar que no llevar puestas las gafas era tanto un obstáculo como una bendición. Mirara hacia donde mirara, había borrosos esbozos de carne. Pinturas de desnudos lascivos cubrían las paredes y los techos, mostrando hasta tres hileras de pechos y traseros. Había esculturas decadentes en los nichos y algún decorador ambicioso había cubierto todo ello de una pátina dorada.

La siguiente escultura que vio parecía representar a Pan haciendo cabriolas sobre una columna corintia. Si entrecerraba los ojos, incluso lograba percibir las vetas plateadas y rosadas de la piedra, definitivamente de origen italiano.

—Es una pena que un mármol tan bello esté tan mal utilizado. —Deslizó los dedos por la fría piedra. Retiró la mano al momento al darse cuenta de que la protuberancia cilíndrica que había asido no era un cuerno ni una flauta.

Mientras buscaba un lugar seguro en el que descansar la mirada, se fijó en el empapelado. Un agradable y neutro tono blanco servía de fondo a parejas bailando..., ¿o estaban haciendo otras cosas?

Entrecerró los ojos y estudió con atención las figuras, concentrándose en las formas.

No, aquellas parejas no estaban bailando.

—¡Payne! ¡Qué alegría verte! —Un hombre atravesó lentamente el vestíbulo hasta ellos, vestido con una bata oriental atada de manera indolente. Parecía joven... De la misma edad que Colin, supuso, y resumaba un cierto aire de disipación cultivada que venía envuelta en el ambiguo aroma del humo de opio. Estaba flanqueado por dos mujeres más ligeras de ropa que él; una redondeada morena y una pelirroja. Ella no lograba distinguir las expresiones de las féminas, pero la sensualidad que desprendían era casi palpable. Sintió su mirada, fría y aguda.

«Esta chica anodina no puede ser una de nosotras», imaginó que pensarían.

«No lo soy», quiso gritar. Tuvo una breve pero nítida imagen de Colin y su depravado amigo enredados en una danza sensual con aquellas mujeres, casi desnudas, en la que acabarían tirando al priápico Pan al suelo antes de retozar con él a sus pies y...

Pero no tenía dinero. Ni ningún lugar al que ir ni ninguna manera de llegar. Ni siquiera tenía sus gafas, así que alzó la barbilla y adelantó las caderas. Se acercó contoneándose a Colin y levantó el brazo para apoyarlo en su hombro. Por supuesto, sin las lentes para corregir su vista, calculó mal la distancia y lo puso en el aire, tropezando y cayendo sobre él. Lo único que consiguió fue ponerle el brazo en el pecho y que todo el mundo la mirara como si esa hubiera sido su intención desde el principio.

Estaba segura de que nadie estaba creyéndose su papel.

Una mujer emitió una risita y la otra soltó una carcajada.

Minerva quiso que se la tragara la tierra.

—Señoras —tomó la palabra el hombre que presumía que era el duque de Halford—, no sé si recuerdan a mi buen amigo Payne.

—Claro que sí —ronroneó una de ellas—. Somos viejos amigos, ¿verdad?

Ahora sí que quiso que se la tragara la tierra o, mejor todavía, morirse de una vez. Sabía que Colin estaba enfadado, pero ¿cómo podía estar haciéndole eso?

El susodicho ladeó la cabeza.

—Siempre es un placer verte, Hal. Lamento llegar sin anunciarme, espero que no te importe que te imponga mi presencia.

—¡No estás imponiendo nada! Santo Dios, has salido de la nada. Ni siquiera he escuchado llegar a tu carruaje. —El hombre renunció al abrazo de una de las mujeres y le dio a Colin un puñetazo en el brazo—. El mayordomo te anunció, pero no le creí. Lo último que supe de ti fue que tu primo te había puesto la correa.

—Al parecer he logrado escapar.

—Maravilloso. Tu sentido de la oportunidad no podría ser mejor. Se espera que Prinny se deje caer a finales de semana —comentó, refiriéndose al Príncipe Regente—. Chicas, id en busca del ama de llaves y decidle que prepare una habitación para Payne.

—Sí, milord.

Halford despachó a las mujeres con sonoras palmadas en sus traseros. Entonces Minerva sintió la penetrante mirada del duque sobre ella. Se le puso la piel de gallina.

—Ahora —dijo él lentamente—, déjame ver a tu acompañante. ¿No vas a presentarnos, Payne? No creo que nos hayamos visto antes.

—No, estás en lo cierto. —Colin bajó la mano por su espalda—. Melissande es nueva.

«¿Melissande?». Entrecerró los ojos para evitar ponerlos en blanco.

—No me parece de tu tipo —aseguró el duque.

—Siempre me ha gustado la variedad, ya sabes. Es posible que pueda parecer inocente, pero en la cama resulta sorprendente.

—¿De veras? —El duque se dirigió a ella—. Bueno, Melissande, estoy seguro de que mi amigo te habrá dicho que todos somos como hermanos en Winterset Grange. ¿No vas a mostrar a tu anfitrión un poco de aprecio? Quizá podrías empezar con un beso.

El corazón le dio un vuelco.

Notó que Colin apretaba el brazo en torno a su cintura para atraerla hacia su costado, prohibiéndole que se moviera.

—Tendrás que disculparla —explicó parsimonioso—. No habla ni una palabra de inglés.

—¿Ni una palabra? —El duque se rio entre dientes—. *Parlez-vous français?*

—Ni tampoco de francés. Proviene de un diminuto principado de los Alpes. Ni siquiera puedo recordar cómo se llama. Tienen su propio dialecto.

—Mmm —consideró el duque—. Por fortuna, el placer es una lengua universal —aseguró al tiempo que deslizaba el dedo por su hombro desnudo.

Ella le lanzó una mirada enfurecida. Fuera duque o no, estuviera fingiendo o no, ningún simposio haría que ella soportara tal tratamiento. Incluso aunque careciera de la belleza de una debutante, de los dones y gracias sociales, era una señora y una mujer con ideas propias. ¡Tenía su dignidad!

Cuando el impertinente contacto de Halford se dirigió más abajo, jugueteando hacia su atrevido escote, ella se erizó y le apartó la mano bruscamente antes de mostrar los dientes con un sordo

gruñido. La violencia era también una lengua universal.

—Contrólate, Halford. —Colin estaba tenso. No había diversión ahora en su voz, solo amenaza latente—. No es una chica con la que se pueda jugar. Un amigo de mi primo, que trabaja para el Ministerio de la Guerra, me ha pedido que no le quite los ojos de encima. Hay rumores, sospechas. La inteligencia de la Corona sugiere que es una princesa en el exilio o... una asesina inmisericorde.

El duque soltó una carcajada.

—A juzgar por la magulladura en tu mandíbula, apuesto por lo último. Y hablando de apuestas, ven conmigo. Vamos todos al cuarto de juego.

El duque giró sobre sus talones —unos talones desnudos, puesto que no parecía llevar nada debajo de la bata— y caminó con suavidad por un largo corredor.

Colin y ella se rezagaron varios pasos.

—¿Así que ahora soy una asesina inmisericorde? —siseó—. ¿Cómo se te ocurren todas estas cosas?

Él la hizo callar al tiempo que refrenaba a propósito sus pasos con la única finalidad de ser los últimos de la fila.

—Improvisación, ¿recuerdas? Tenía que ofrecer alguna explicación para tu comportamiento.

Delante de ellos, el duque llamó a voces a un amigo en cuanto dobló la esquina.

Una vez que Halford estuvo fuera de la vista, ella se detuvo en seco en el pasillo y tiró del brazo de Colin. No comprendía cómo podía hacerle eso, ser tan protector y sacrificado en un momento y tan condescendiente el siguiente.

—No me merezco esto —susurró—. Que ayer cometiera el error de aceptar tus..., tus atenciones no me convierte en una fulana. ¿Cómo te atreves a obligarme a alternar con esas mujeres corrompidas?

—Créeme, esas mujeres no se denominarían así. ¿Qué te hace pensar que son fulanas? Quizá sean damas, de cuna tan elevada y tan bien educadas como tú, que disfrutaban de eso que a ti no te gusta hacer: pasar un buen rato. Disfrutar de la vida.

—¿Qué? —Le clavó el dedo en el pecho—. Sé de sobra cómo pasar un buen rato. Sé disfrutar de la vida.

Él ladeó la cabeza y la miró.

—¡Oh, por supuesto que sabes!

—¿Cómo te atreves? —Volvió a clavarle el mismo dedo en el pecho—. ¿Cómo te atreves a traerme a este lugar para participar en las bacanales de este duque lascivo?

Él le asió la muñeca.

—¿Preguntas cómo me atrevo? —susurró por lo bajo. No tenía que verle la expresión para saber que estaba enfadado. Irradiaba cólera—. Me atrevo igual que me atreví a arriesgar mi vida para salvar la tuya, cuando te expusiste delante del salteador de caminos. Me atrevo a traerte a una casa confortable donde podremos encontrar comida y refugio durante una noche después de habernos pasado el día caminando por el bosque. Me atrevo, sí. —Él le deslizó las manos por los hombros, hasta detenerlas en la base del cuello. Como si tratara de decidir si besarla o estrangularla. Ofrecería resistencia en un caso u otro—. Vamos a ir a esa sala de juego. Comeremos, beberemos y jugaremos. En cuanto podamos, nos iremos a nuestra habitación y dormiremos todo lo bien que podamos. Te juro que cuando salgas de aquí mañana por la mañana, seguirán estando a salvo tanto tu virtud como esa desaprobadora personalidad tuya en esa pequeña coraza de la que tanto te jactas. —Lo vio sacudir la cabeza—. Ahora, acércate a mí e interpreta tu

papel.

—¿El papel de asesina inmisericorde? Podría resultar inspirador.

—El papel de mi amante. —Colin le deslizó los dedos entre los cabellos, arrancando una exquisita sensación de su cuero cabelludo—. Busca en el interior de esta inteligente mente e intenta escudriñar en tu imaginación la mejor manera de fingir para convencer a todos los que nos rodean. Te recomiendo que intentes encontrar en mí algo que admirar, porque, a pesar de todo, deberás hacerles creer que prefieres mi compañía a la de un montón de piedras.

El roto dolor en su voz la tomó por sorpresa. Así que esa era la razón de tan cambiantes estados de ánimo y de su comportamiento errático... De alguna manera, al tratar de proteger sus frágiles emociones, había logrado hacerle sentir inferior a las piedras.

—Colin... —Le acarició la solapa de la casaca—, puedo convencerlos de que me gustas, no es necesaria imaginación.

Él le pasó el pulgar por la barbilla.

—¿No? —preguntó con la voz más ronca.

—Pero nadie se creará que somos amantes. Has oído reírse a esas mujeres. Tú mismo lo dijiste en Cala Espinada; nadie creará que me quieres.

Con un gemido, él le deslizó las manos por la espalda. Tras ahuecarle las manos sobre las nalgas, la alzó y la apretó contra el siguiente nicho en la pared. La apresó de una manera sumamente excitante, presionando su cuerpo duro y musculoso contra el de ella.

La besó en la oreja.

—¿Y si te digo que esa noche fui idiota?

—Entonces estaría de acuerdo.

—¿Y si te digo que todo ha cambiado? —La besó en el cuello—. ¿Que en las últimas veinticuatro horas he sentido deseos de asesinar a tres hombres diferentes solo por atreverse a tocarme, uno de ellos un duque? ¿Que estoy desesperado de anhelo, consumido de deseo? ¿Que te necesito como no he necesitado a ninguna otra mujer en mi inútil y depravada vida?

Le pasó la lengua por el pulso y ella contuvo el aliento.

—Entonces dudaría de ti —jadeó.

—¿Por qué?

—Porque... —«Porque dudo de mí misma»—. Porque sé lo fácil que te salen las mentiras.

Él le agarró el trasero con firmeza y se llevó su pelvis contra la suya, haciendo que una oleada de placer le atravesara las venas a toda velocidad.

—¿Lo sientes? —gruñó él. Ella asintió con la cabeza. ¡Santo Dios! ¿Cómo no iba a sentirlo?—. Llevo así días enteros, Minerva. Desde antes de que saliéramos de Cala Espinada. Aunque no creas nada más, debes creer en esto. —Se mecía contra ella—. Esto no miente.

Colin siguió con la farsa.

Siguió a Minerva a la sala de juego. Después de saludar a media docena de caras familiares cerca de la mesa donde se jugaría a las cartas, a las que presentó a su amante Melissande como una princesa exiliada o una asesina inmisericorde, se sentó.

Y agarrando a Minerva por las caderas, la puso en su regazo. Cuando notó aquel dulce trasero sobre su muslo izquierdo, le pasó un brazo por los hombros y dejó caer la mano hasta que rozó el seno con los dedos. Con perezosos movimientos, dibujó el delicado borde del escote donde el encaje cubría el nacimiento de los pechos.

—Quédate aquí cerca —le susurró mientras le acariciaba la oreja con la nariz. Y dado que estaba cerca, probó a atrapar el diminuto lóbulo con los dientes.

En resumen, les hizo parecer una pareja feliz, y no por aparentar en beneficio de Halford ni para demostrarles nada a ella o a ninguna otra persona.

Lo hizo solo porque la deseaba. Y terminó descubriendo que le gustaba la sensación que aquello le producía.

—Bien, Payne. —El duque se acercó a la mesa de juego—. La partida está en marcha.

Colin examinó las monedas y las cartas esparcidas por el tapete.

—Jugaré por valor de un soberano, ¿de acuerdo? No llevo demasiadas monedas conmigo.

—Por supuesto. —El duque le ofreció dos montones de chelines, cada uno con diez piezas de altura.

Minerva se tensó en su regazo.

—Tranquila —murmuró contra su pelo—. Confía en mí. —Ella debía entender que aquello era necesario. Unas horas ante la mesa de juego les proporcionarían efectivo para mantenerse. Emitió un sonido de duda que terminó como un jadeo, pero guardó silencio—. ¿Puedes ser un buen anfitrión, Hal, y darnos de comer a mi acompañante y a mí y ofrecernos un par de copas de vino? Ella necesita algo de sustento.

—Es posible, dada la imagen que ofrecéis.

—Sí, bueno... —Sonrió de oreja a oreja—. Sin duda, durante los últimos días nos hemos agotado el uno al otro.

Los jugadores sentados alrededor de la mesa se rieron a mandíbula batiente. El duque solo hizo gestos con las manos para que los sirvientes trajeran el refrigerio solicitado y comenzó a repartir las cartas. Halford siempre era pura profesionalidad cuando se encontraba en la sala de juego.

Él se concentró en las cartas, ella se fijó en la comida.

Minerva se encargó de él, ocupándose de pequeños detalles. Mientras él se concentraba en las cartas que llevaba en la mano, ella le llenó el vaso de vino, le preparó una rodaja de carne asada que metió entre las dos mitades de un panecillo con mantequilla. Durante el proceso se manchó de mantequilla el pulgar y se lo llevó a la boca para limpiarlo. Él sabía que no pretendía en absoluto parecer tímida o provocativa, lo que lo hacía todavía más excitante.

Era algo que había percibido en ella desde aquella primera noche en la torre; Minerva poseía una sensualidad carnal que en ella resultaba tan natural como respirar, pero que solo emergía cuando se sentía confiada. O cuando había bebido un poco de vino. Se preguntó qué sería lo que la llevaría a mostrarse así de manera permanente ante el mundo.

Imaginó que necesitaría, sobre todo, mucha seguridad. Quizá su ingreso en la Real Sociedad Geológica podría proporcionársela, por lo menos hasta cierto punto, pero el hombre adecuado conseguiría mucho más. El hombre correcto plantaría semillas de confianza en lo más profundo de su ser y las vería crecer hasta convertirse en vides sanas y robustas que ofrecerían al afortunado fruta dulce y abundante.

Pero la única fruta que a ella le preocupaba por el momento era la que contenía el plato de uvas y melocotones que les habían puesto delante. Llenar su estómago vacío era claramente la meta de Minerva en ese momento y la emprendió con las lonchas de queso y jamón. Cuando un sirviente le ofreció una bandeja con pequeños pastelitos, ella dejó a un lado la copa con un jadeo y estiró la mano hacia allí.

Colin la vio meterse uno en la boca antes de ofrecerle otro.

En vez de cogerlo de sus dedos, él le asió la muñeca y la atrajo hasta su boca. Devoró el

pequeño manjar directamente de su mano, demorándose para lamerle las yemas con la punta de la lengua. La escuchó suspirar. Aquel sonido fue más dulce que la miel y más pecaminosamente delicioso de lo que un bocadito podría llegar a serlo nunca.

—Es tu turno, Payne —avisó Halford tras aclararse la voz.

Colin se obligó a salir de su ensimismamiento y lanzó un chelín al centro de la mesa.

—Sí, perdona.

Jugó mientras comían. Cuando ambos estuvieron ahítos, él hizo señas a los sirvientes para que retiraran platos y bandejas.

Minerva se acomodó en su regazo y comenzó a jugar con el pelo de su nuca, peinándolo con los dedos ociosamente. Le acarició luego los tendones del cuello, apaciguando la tensión que había allí acumulada. Unos roces de bondad que él no merecía.

—Sabes que lo siento, ¿verdad? —le dijo al oído—. Me refiero a lo que dije antes.

Ella asintió brevemente con la cabeza.

Con un jadeo, él le deslizó el brazo por la cintura y la acercó todavía más para que apoyara la frente en su pecho.

La besó en la coronilla.

—Duerme si tienes sueño.

Minerva suspiró profundamente de pies a cabeza y se derritió entre sus brazos. Aquella tierna intimidad que existía entre ellos... Supuso que tenía sentido dadas sus aventuras de los últimos días y noches, pero aun así suponía toda una sorpresa.

Había disfrutado de intimidad física con muchas mujeres y se había relacionado emotivamente con otras tantas, pero hasta ese momento había tratado de mantener separadas las dos esferas sociales. Había unas a las que consideraba sus amigas y otras con las que se acostaba. Sabía que permitir que ambos grupos se mezclaran significaba problemas.

Minerva Highwood había significado problemas para él desde el principio.

Pero bien sabía Dios que él también los había supuesto para ella. Allí, acurrucada contra su pecho, parecía más pequeña y frágil. En las últimas veinticuatro horas, Minerva había recorrido un montón de kilómetros a través de la campiña inglesa, le habían robado todo su dinero y había amenazado a punta de pistola a un salteador de caminos para acabar en una casa que exudaba tal exceso de bacanales que cualquier otra virgen habría salido de allí corriendo a voz en grito. Y todo eso justo un día después de haber disfrutado de su primer orgasmo de verdad.

Ni una sola vez se había deshecho en lágrimas ni rogado que la llevara con su familia. Solo una mujer entre un millón habría estado a la altura en circunstancias similares.

En ese momento se hizo una promesa a sí mismo: aunque no hiciera nada bien en su vida, conseguiría que Minerva Highwood llegara a tiempo a Edimburgo para realizar su presentación. Y lo haría de una pieza y con la virtud intacta.

Encontraría la manera, aunque todavía no sabía cómo, de mantener esas intenciones hasta el final.

Le acarició el pelo con suavidad y la estrechó con el brazo izquierdo mientras sostenía sus naipes con la mano derecha.

—Duerme... —murmuró de nuevo.

En el momento en que ella cambió de posición en su regazo, su muslo rozó el suyo. La reacción de su cuerpo fue inmediata e instintiva. La sangre se agolpó en su ingle, endureciendo su miembro y haciendo tambalear alguno de aquellos recién esbozados principios. La deseaba y no era capaz de fingir lo contrario.

Pero también debía esforzarse en ocultar otra reacción todavía más visceral: la abrumadora ternura que crecía en su pecho.

El hecho era simple e inconcebible: Minerva le importaba.

CAPÍTULO

19

Una vez más, Minerva se despertó entre los brazos de Colin. Estaba acostumbrándose a despertarse así, envuelta en su calor, en su fuerza, en su aroma a especias. No se apresuró a espabilarse, sino que revoloteó en ese mundo nebuloso entre los sueños y la realidad durante un rato más. Suspirando contra su chaleco, abrazándose a su tenso cuello.

Confiaba en ese hombre. Era un notorio granuja, un tipo mentiroso y desvergonzado, pero confiaba en él. Lo suficiente como para haberse quedado dormida entre sus brazos en medio de toda aquella depravación.

Miró parpadeando la mesa de juego, intentando enfocar la confusión de cartas y monedas. ¿Cuánto tiempo había pasado? Parecía que mucho. La mayoría de los jugadores se había retirado ya y solo quedaban Colin y Halford.

Clavó los ojos en el montón de chelines que había frente a ellos. ¿Habían aumentado sus fondos lo suficiente como para continuar el viaje? Al comienzo de la partida contaban con veinte monedas.

Ahora contó...

Cuatro.

Se le detuvo el corazón. ¡Oh, santo Dios! ¿Cómo podía haber hecho eso? Había confiado en Colin y estaba perdiéndolo todo.

Entonces su mirada cayó sobre las cartas que él sostenía en la mano. Lo que vio le dio razones para respirar aliviada. Aquellas cartas prometían. No las podía apreciar exactamente sin las gafas, pero eran todas rojas y figuras. La lógica más pura decía que tenían que ser buenas. Por lo menos había una pareja de jotas.

Miró entonces al centro de la mesa, repleta de monedas. Era dinero más que suficiente para reemplazar al que había robado el salteador de caminos. Quizá hubiera suerte.

—Solo tengo una pareja de nueves. —El duque tiró sus cartas—. Estoy seguro de que posees una jugada mejor, Payne.

«¡Sí! La tenía».

Ella apretó los puños, aferrando el borde del chaleco de Colin, presa de la excitación.

Él se quedó callado durante un buen rato.

—Lamento que no tengas razón, Hal —dijo finalmente—. Pero tu pareja supera mis cartas —aseguró, y dejó sus naipes boca abajo sobre la mesa.

Con una ávida carcajada, el duque de Halford recogió sus ganancias.

Minerva soltó el chaleco de Colin y le miró aturdida. Consternada. Cuatro chelines. Ahora solo tenían cuatro chelines. Debía apartarlo de esa mesa antes de que lo perdiera todo.

Pero ¿cómo? Por culpa de las descabelladas historias que él inventaba, no podía hablar. Aquella gente creía a pies juntillas que ella era quien él había dicho: Melissande, una princesa exiliada de un diminuto principado alpino. O, por el contrario, una asesina inmisericorde que podía matarlos mientras dormían. Y en el tiempo que le quedaba libre, la amante de Colin.

Su sensual y mundana amante.

Se mordió los labios. Quizá sí había una manera de arrancarle de aquella mesa de apuestas sin usar las palabras.

Se reacomodó en su regazo y estiró la mano para acariciarle el pelo. Los espesos mechones oscuros resbalaron entre sus dedos, haciéndole cosquillas en la palma como si fueran plumas. Con la otra mano tomó el flojo nudo de la corbata para hacer resbalar la seda, hasta que la prenda se deslizó de su cuello en un movimiento lento y sensual. Creyó oírle gemir por lo bajo.

Comenzó a acariciarle el cuello. El aroma a brandy parecía haberse adherido a su piel, enervante e intoxicante. Sin gafas, incluso tan cerca, él no era más que un borrón sin afeitado. Pero, no obstante, un borrón muy bien parecido. Le besó en la mejilla.

Él contuvo el aliento y ella casi perdió el ánimo para continuar. Sin embargo, ya había comenzado a hacer eso y ahora no había marcha atrás.

Inclinó la cabeza y depositó un beso en la parte inferior de la mandíbula.

Al otro lado de la mesa, el duque soltó una risita.

A ella se le detuvo el corazón. Se quedó paralizada, con los labios apretados contra la garganta sin afeitado de Colin. ¿En qué estaba pensando? ¿De verdad creía que podía hacerse pasar por una descarada seductora? ¿Ella? Estaba claro que Halford no iba a picar el anzuelo. Nadie con dos dedos de frente lo haría.

—Payne —intervino el duque—, ¿no prefieres excusarte en las siguientes manos? Parece que la hermosa Melissande tiene necesidad de ir a la cama.

Ella notó que la nuez de Colin se movía en la garganta.

—Puede esperar.

—Quizá —repuso el duque, con una conocedora risita entrecortada—. Pero ¿y tú? Jamás había visto unos nudillos tan blancos como lo están los tuyos en este momento.

Minerva se sintió eufórica. Halford la creía. Colin se estaba viendo afectado por sus caricias. Era una seductora, aunque todavía no hubiera tenido éxito en su propósito de apartar a Colin de la mesa de juego.

Redobló sus esfuerzos. Comenzó a tirarle del pelo y le chupó el cuello, deslizando la lengua desde su pulso hasta la oreja. Con la punta dibujó cada voluta y cada vuelta del lóbulo.

—Vamos arriba —susurró—. Llévame arriba, ahora.

Colin le apretó la mano contra la espalda, robándole el aliento. Pero aquella muda reprimenda únicamente azuzó su rebelde naturaleza. ¿De quién había sido la idea de que ella interpretara ese papel? Pues ahora que no se quejara. Además, estaba comenzando a disfrutar de aquello. Y a juzgar por la dura y caliente cordillera que presionaba contra su muslo, una parte de él también disfrutaba.

«Esa parte no puede mentir».

Le besó en la clavícula, llevando los dedos a los botones de la camisa. Soltó los dos primeros para poder deslizar los dedos en el interior y acariciarle el pecho, suave y musculoso.

El duque observó.

—Te veo cada vez peor, Payne. Dado que no pareces interesado en disfrutar tú mismo de los atributos de Melissande, quizá no te importaría hacer una apuesta. Una gran cantidad de dinero contra sus abundantes y obvios... encantos.

Ella tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para no dejar que averiguara que lo había comprendido por la acritud en su mirada. O por darle un puñetazo en el estómago.

Colin también se tensó.

—Cuidado, Halford.

—¿Por qué? Ella no comprende ni una palabra de lo que decimos. —El duque barajó y repartió las cartas—. Una mano, un ganador. Tú apuestas la chica y yo todo lo que llevo ganado. Quien se lleve las ganancias podrá disfrutar de doble diversión.

Cada músculo del cuerpo de Colin se endureció como una piedra al instante. Cerró uno de los puños y la otra mano salió disparada hacia la pistola que guardaba junto a la cadera.

A ella se le heló la sangre en las venas. Aquel impulso protector estaba muy bien, pero lo último que necesitaba era que Colin tuviera problemas con el duque. Serían expulsados de Winterset Grange esa misma noche, sin otra cosa que la ropa que les cubría.

Estaban a un minuto del desastre. Pero, por lo que ella podía distinguir en la tempestuosa expresión de Colin, él no pensaba más allá de los diez próximos segundos.

Ella se vio bruscamente alzada de su regazo cuando él se puso en pie y señaló al duque con el dedo.

—Ni se te ocurra...

Plaf.

Minerva le abofeteó, cruzándole la cara.

Él la miró de soslayo, anonadado.

Ella cuadró los hombros. Él no le había dejado elección. Tenía que poner fin a la discusión entre ambos hombres de la manera que fuera. Y era evidente que Colin no podía comenzar una pelea con el duque si ella se peleaba primero con él. Así que...

Plaf. En esta ocasión utilizó la mano izquierda, girándole la cara en la otra dirección.

Luego dio un paso atrás, mostrándose tan dramáticamente enfurecida como suponía que debía mostrarse una princesa alpina de pelo oscuro y sangre caliente, y entrecerró los ojos.

—Tú... —comenzó adoptando un burdo acento, a medias entre el italiano y el francés—. Bas-tar-do.

Él frunció el ceño.

—¿Qué?

«Oh, por el amor de Dios».

—Túuuu... —Le puso ambas manos en el pecho y le empujó—. Baaaaas-tar-doooo.

Halford se rio al tiempo que se levantaba de la silla.

—Creo que te está llamando bastardo, amigo. Te has metido en un pequeño problema, parece que la moza comprende algo de nuestro idioma después de todo. ¡Ay!

Por fin, Colin se dio cuenta de la artimaña.

—P-pero, Melissande, puedo explicártelo.

Ella se dio la vuelta, gruñendo.

—Tú. Bas-tar-do. Bas-tar-do.

Cuando Colin volvió a tomar la palabra, ella se percató de que luchaba por no reírse.

—Tranquila, cielo. Y haz lo que hazas..., por favor, por mi vida, no te dejes llevar por uno de esos temperamentales ataques salvajes de pasión incontrolable.

Canalla incorregible. No tenía duda alguna de que él lo decía como desafío.

Muy bien, él se lo había buscado. Iba a recoger el guante.

Cogió un vaso de vino de la mesa, lo bebió casi por completo y luego arrojó lo que quedaba a la cara de Colin. El líquido les salpicó a los dos. Riachuelos color rubí recorrieron la aturdida expresión masculina.

Con un sordo gruñido, se lanzó sobre él, colgándose de sus hombros y rodeándole las caderas

con las piernas. Le lamió el vino de la cara, recorriéndole las mejillas, la barbilla..., incluso las cejas, antes de culminar la escena de amante enloquecida dándole un lento, profundo y salvaje beso en los labios que provocó que él gimiera contra su boca y le agarrara el trasero con ambas manos.

—Arriba —gruñó ella sin apartar los labios—. Ahora.

Por fin, la sacó fuera de la habitación, besándola locamente mientras recorrían la mitad del pasillo. Allí se detuvo, al parecer incapaz de contener las carcajadas un solo momento más. La apretó contra la pared y jadeó impotente contra su cuello, muerto de risa.

Bueno, le alegraba que alguien encontrara diversión en todo aquello.

Sin dejar de reírse, la dejó en el suelo y la arrastró escaleras arriba hasta un pasillo lateral. Abrió la puerta de una de las habitaciones, que parecía familiar para él. La decoración de la misma sufría el mismo exceso de hojas doradas y escasez de buen gusto que el resto de Winterset Grange.

—¡Oh, Min! Has estado perfecta.

—Ha sido humillante. —Cerró la puerta con furia.

—Bueno, has interpretado el papel de amante a la perfección. —Se quitó la casaca, dejó la pistola a un lado y comenzó a desabrocharse el chaleco—. ¿Cómo diantre se te ocurrió? Lo de las bofetadas..., lo del vino. ¿Cómo se te ocurrió la idea de...?

—¡Se llama improvisación! —le interrumpió—. Bajar la cuesta corriendo y todo eso. —Se pasó las manos por el pelo despeinado y suelto mientras giraba a su alrededor hasta dar con el baúl de *Francine*, que alguien había colocado debajo de una mesa auxiliar de esbeltas patas—. Tenía que alejarte de la mesa de juego antes de que perdieras el dinero que nos quedaba y lo echaras todo a perder. Ya nos hemos quedado sin dieciséis chelines de mi soberano. ¿No se supone que las deudas de juego son deudas de honor que deben ser pagadas al instante? —Se acercó a él para meter con atrevimiento la mano en el interior del chaleco. Le rozó el pecho con el dorso de los dedos y le escuchó contener el aliento—. Necesito mis gafas —le explicó, sintiéndose de repente muy tímida.

Cogió las lentes y se las puso. De pronto pudo enfocar la habitación.

Ojalá las gafas pudieran ayudarle también a entender a Colin. ¿Qué había hecho allí abajo? ¿Intentar poner fin a su viaje? Quizá había tenido ya suficiente de ella y de *Francine* y había decidido aprovecharse de la generosidad del duque en Winterset Grange hasta que llegara su cumpleaños.

—Formamos el Club del Chelín —explicó él—. Jugamos con chelines, pero cada uno representa cien libras.

—¿Cien libras cada uno? —Notó que se mareaba y se llevó la mano a la frente—. Pero ¿cómo demonios vamos a pag...?

—No lo haremos. —Se quitó el chaleco y lo dejó a un lado—. Siempre pierdo y nunca pago. Saben que siempre pasa eso.

—Pero ¿por qué lo pierdes siempre todo? Podías haber ganado la última mano. Tus cartas eran mejores que las del duque. Le dejaste ganar.

Él tiró de la corbata y la lanzó sobre el respaldo de una silla.

—Sí, bueno... A todo el mundo le cae bien el perdedor gentil. Por eso siempre me dan la bienvenida en cualquier partida, ya sea aquí o en Londres. Tengo muchos amigos.

—¿Amigos? —Escupió la palabra—. ¿Crees que estas personas son tus amigos? ¿Los que permiten que te sientes a su mesa y pierdas montones de dinero? Eso no se ajusta a ninguna

definición de amistad que yo conozca. —Él no respondió, se sentó en el borde de la cama para quitarse las botas—. No te respetan, Colin. ¿Por qué van a hacerlo? No te conocen de verdad. A tu auténtico yo.

—¿Tú sí que conoces a mi auténtico yo?

—Supongo que no. Ni siquiera estoy segura de que tú te conozcas bien a ti mismo. Solo sabes convertirte en aquel que la situación requiera.

Él apartó las botas de una patada y se dirigió sin decir palabra a un cuarto anexo. Probablemente el área destinada al aseo o un vestidor. Algunos sonidos de salpicaduras de agua confirmaron sus sospechas.

—Me refiero a que comienzo a percibir un patrón. —Ella alzó la voz—. Todas tus reacciones son variaciones del mismo tema. Un canalla encantador, amante de la diversión, que oculta un profundo dolor. Es evidente que lo tienes aprendido. ¿No te cansas nunca?

—Me canso, sin duda. —Colin regresó con el pelo húmedo, la camisa por fuera del pantalón y las mangas subidas hasta los codos—. Min, por favor, estoy algo borracho y muy cansado. ¿Podemos seguir diseccionando mi comportamiento mañana por la mañana?

—Supongo que sí —suspiró ella.

—Entonces métete en la cama. Estoy exhausto.

Tras hacer leves contorsiones, Minerva logró desabrochar los corchetes del vestido. Tiró de la andrajosa seda manchada de vino para deslizarla por las caderas y la dejó a un lado. Pensar que no tenía otra cosa que ponerse al día siguiente era, sin duda, deprimente. Por lo menos podría hacer sonar la campanilla para darse un baño en condiciones. Tendría que conformarse con agua y jabón.

Tras abrocharse la camisola, se tumbó en la cama junto a Colin y se dedicó a mirar el techo.

Pasaron algunos minutos.

—No estás durmiendo —dijo ella.

—Y tú tampoco.

Ella se mordió los labios. Algo le daba vueltas en la cabeza y era un buen momento para comentarlo.

—Él tampoco me conoce.

—¿A quién te refieres? —fue la anonadada respuesta de Colin.

—A sir Alisdair Kent. —Al mencionar el nombre, notó una repentina tensión en el lado de la cama de Colin—. Quiero decir que él conoce mis conclusiones científicas y admira mi intelecto, pero no me conoce en persona. Toda mi comunicación con la Sociedad ha sido a través de correspondencia escrita y siempre he firmado como M. R. Highwood. Y sir Alisdair Kent... Bueno, él cree que soy un hombre.

Transcurrió un buen rato.

—Pues está a punto de llevarse una gran sorpresa —comentó él finalmente.

Ella soltó una risita tonta sin dejar de mirar al techo.

—Sí, es cierto. —No quiso pensar si la sorpresa resultaría agradable o desagradable.

—Pero es muy extraño —meditó Colin—. Noté cierto afecto genuino en esa carta.

—Estoy convencida de que se trata solo de amable interés.

—No estoy tan seguro. Quizá esté enamorado de ti.

El corazón le dio un vuelco extraño. No por la idea en sí, sino porque el concepto sonaba extraño en sus labios: amor.

—¿Cómo es posible? —Rodó hacia Colin y dobló el codo para apoyarse en él—. ¿Es que no

has oído lo que acabo de decir? Sir Alisdair piensa que soy un hombre.

—Oh, claro que te he oído. —Sus penetrantes ojos buscaron los de ella—. Quizá piensa que eres un hombre e, igualmente, está enamorado de ti. Si es así, a ese pobre tipo le espera una buena decepción.

Ella frunció el ceño, sin entender las implicaciones.

Él se rio por lo bajo.

—No me hagas caso, cielo. Me duelen los testículos y mi orgullo ha tomado las riendas. Me siento rastroso y muy lujurioso esta noche. Si sabes lo que es más conveniente para ti, me ignorarás y te darás la vuelta para dormir.

—¿Por qué te duelen los testículos? —Se sentó en la cama—. ¿Te hiciste daño? ¿Fue el salteador de caminos?

Con un gemido, él se cubrió los ojos con la muñeca.

—Mi querida niña, es posible que seas una geóloga genial, pero tus conocimientos de biología dejan mucho que desear. —Minerva bajó la mirada a la parte frontal de los pantalones de Colin. Parecía muy abultado—. Duérmete, M.

—No, creo que no voy a dormir. Todavía no. —Con repentina determinación, dio un tirón de la bragueta. Había desabrochado uno de los lados antes de que él pudiera incorporarse sobre los codos.

—¿Qué estás haciendo?

—Satisfaciendo mi curiosidad.

Deslizó la mano bajo la tela y él se estremeció. Una oleada de intoxicante poder la atravesó. El vino que había bebido con la cena había borrado sus inhibiciones. Quería saber, ver y tocar... la parte más honesta y auténtica de él.

«Esto no miente».

—He hecho lo que me pediste y he actuado como tu amante ahí abajo, así que me lo he ganado. Quiero verte y tocarte a placer. Nunca he tenido la oportunidad de hacerlo.

—La madre de...

—Tranquilo. ¿No es eso lo que me dijiste tú? Piensa en esto como en una... excavación. —Sonriendo, ella acercó la mano a la dura y cálida longitud—. Será en nombre de la ciencia.

«En nombre de la ciencia».

Ja. Aquello era una frase de primera clase. Eso es lo que era. Casi de la misma categoría de «Sálvame la vida esta noche» o «Querido, enséñame lo que significa amar». Colin tomó nota mental para recordarla en el futuro.

Entonces ella acercó la mano a su miembro erecto y la mente se le quedó en blanco.

—¡Dios mío! —se escuchó mascullar. Esto era peligroso; estaba medio borracho y apenas tenía control sobre sí mismo.

«Reglas», se recordó a sí mismo. Tenía reglas.

Pero, curiosamente, ninguna de ellas podía derrotar a la frase que decía que le acariciaba «en nombre de la ciencia». Sin duda, Minerva Highwood había transformado el deporte de la cama por excelencia en algo completamente distinto.

Durante un momento ella le sostuvo suavemente, deslizando el pulgar de arriba abajo por la parte inferior de su erección. Una leve y deliciosa fricción que era más provocativa que satisfactoria. Luego ella le soltó para quitarle los pantalones y la ropa interior, forcejeando para

que bajaran de sus caderas.

—Es que se interponen —explicó la joven cuando él le lanzó una mirada escandalizada.

Resignado, dejó caer la cabeza hacia atrás. No tenía ni idea de cómo detener aquella exploración científica ni tampoco ningún deseo de hacerlo. La ayudó alzando las caderas y pateando los pantalones una vez que ella consiguió bajárselos hasta las rodillas.

—Oh, por qué detenerse aquí —masculló él al tiempo que agarraba el borde de la camisa con ambas manos y se la quitaba por la cabeza, antes de volver a dejarse caer sobre el colchón—. Ya está. Aquí tienes tu espécimen vivo. Explora a voluntad.

Y lo hizo. Exploró su cuerpo, cada centímetro de él, a un ritmo pausado que le llevó a enloquecer de deseo y comenzar a lamentarse de haberse ofrecido como material de estudio. Cuando ella puso el dedo en el centro de su pecho y comenzó a bajarlo, estuvo seguro de que un caracol habría sido mucho más rápido.

Demasiado exhausto y ebrio para actuar de otra manera, yació allí y aguantó. Padeció la lenta y dulce exploración a la que ella sometió sus brazos, su pecho, su abdomen... ¡Dios!, sus tetillas. Emitió un sonido que temió que no resultara demasiado masculino cuando ella se las frotó. Y durante todo ese tiempo, su ignorada erección brincó y palpité reclamando atención, arqueándose hacia su ombligo en lo que él suponía que debía de ser un brillante y deseable tono rojo oscuro.

—Si tu intención es torturarme —siseó—, estás haciendo un excelente trabajo.

—¿De veras? —Ella pasaba en ese momento los dedos por su clavícula. Jugando con él con toda la intención, ¡la muy bruja!

Con una maldición, le tomó la mano y la colocó sobre el punto donde ambos querían que estuviera. El alivio fue inmediato e intenso. E insuficiente.

—Dios... —Ella dijo la palabra con tan impresionado y complacido tono de admiración que le hizo preguntarse por qué no se había dedicado a corromper vírgenes más a menudo—. Es tan..., pero tan firme.

—Eres tú la que haces que se ponga así. —Incapaz de contenerse más, él curvó la mano sobre la de ella y la instó en silencio a agarrarlo con más fuerza, mostrándole cómo hacerlo. Ella le complació con algunos tentadores movimientos.

—¿Cómo lo llamas tú? —preguntó ella—. Sé que recibe diferentes nombres.

—¿Nombres? ¿Como Peter, Belvedere o sir Charles Grandison? —Tenía la respiración entrecortada—. Es solo mi verga, cielo.

Ella lo acarició de la punta a la base.

—Tu verga.

¡Oh, Dios santo! Le volvía loco escucharla hablar de esa manera.

—Me gusta mucho tu verga. Suave como el talco por fuera. —Deslizó otra vez la mano de arriba abajo—. Pero como granito por dentro.

Él se rio. Una risa nerviosa, como si quisiera hacerle creer que le encontraba gracia al asunto aunque no tuviera ni pizca.

—Bueno. Los dos sabemos cuánto te gustan las piedras.

—De hecho, adoro las piedras. —Una coqueta sonrisa apareció en su cara—. Las encuentro completamente fascinantes. Me gusta tenerlas en las manos. Explorar cada cordillera y contorno. —Pasó la punta del dedo por el glande, dibujando la acampanada forma de la corona y la hendidura mojada de la punta. Luego deslizó la yema hacia abajo por toda la longitud, hasta la raíz—. Algunas tienen venas muy interesantes.

—Imagino que nunca has... En nombre de la ciencia, por supuesto, que nunca te has metido uno

de esos objetos tan fascinantes en la boca, ¿verdad?

Ella se quedó paralizada.

—¿Qué?

Él se puso una mano sobre los ojos. Aquella era la razón por la que tenía reglas sobre las vírgenes. Y acababa de formularle una obscena petición con voz ronca y lasciva.

—Estoy borracho, Min. —Agitó la mano como disculpa—. Olvídate de lo que he dicho.

—¿Cómo voy a olvidarme de que has dicho eso? —Apretó estrechamente la verga, como si quisiera estrujarla hasta obtener una respuesta de su punta—. Vaya una sugerencia... ¿Las mujeres realmente...? —La escuchó tragar saliva—. ¿Realmente?

—¿Quieres escuchar una verdad muy cruda, muy carnal y completamente científica? —Se apoyó con esfuerzo en el codo y estiró la mano hacia su cara para ahuecarla sobre su mejilla, mientras acariciaba los labios entreabiertos con el pulgar—. Tienes la boca más erótica y sensual que haya visto nunca —le dijo con voz ronca—. Estos labios tan dulces y exuberantes me vuelven loco. Me resulta imposible mirarlos y no... No preguntarme cómo sería.

Ella abrió los ojos como platos.

—Te lo has preguntado.

Él asintió con la cabeza.

—¡Oh, sí!

—¿Te has pasado tiempo preguntándote cómo...?

—Si lo sumaras serían horas.

—¿Cómo sería...?

—Sí. —Él le deslizó el pulgar entre los labios sorprendidos y lo introdujo en el interior de su boca, cálida y mojada—. Sí.

Se miraron a los ojos sin moverse. Entonces, tras una prolongada y tensa vacilación, ella cerró los labios alrededor del pulgar. Curvó la lengua bajo la yema, haciéndole cosquillas, acariciándolo. Una profunda sensación se irradió hasta su erección y le hizo gemir de indefenso placer.

—¡Dios mío, sí! Así, de esa forma. —Retiró el pulgar varios centímetros, luego volvió a introducirlo otra vez, más hondo. Las mejillas de Minerva se ahuecaron cuando comenzó a succionarlo—. Eres increíble, Min. Eres maravillosa. Y también... condenadamente hermosa.

Ella gimió en el momento en que Colin quiso retirar el pulgar y apretó los labios en torno a él. Se escuchó un leve suspiro cuando por fin lo sacó del todo.

—¡Cielo santo! —masculló, y se dejó caer sobre la cama—. Acabarás conmigo.

Minerva se volvió hacia su miembro y lo sostuvo por la base para lanzarle una mirada evaluativa. El mero pensamiento de imaginar su longitud enterrada en aquella boca era suficiente para llevarle al clímax en ese mismo momento.

Pero su condenada conciencia hizo su aparición.

—Min, no es necesario que... ¡Maldición! En realidad no debes.

—¿Por qué no? Tú quieres que lo haga, ¿verdad?

—Con cada célula de mi ser, créeme. Pero no puedo pedírtelo y tú no debes ofrecerte. Haría que... Haría que todo resultara muy embarazoso por la mañana.

Ella se rio.

—No podemos pensar en eso. Ya hemos pasado por ello y lo hemos superado.

Con un grácil movimiento de cabeza lanzó la larga melena oscura por encima del hombro e inclinó la cabeza —y aquella tentadora boca— lentamente. Sin duda, aquella chica era una

verdadera científica aventurera.

«Reglas».

Debía tener alguna regla contra eso. E incluso, aunque no tuviera una regla establecida, ¿qué código de conducta permitiría que deslizara la verga en la boca de una virgen pero no en su sexo? Bueno, un código que probablemente debería revisar algún día.

Pero en ese momento notó su dulce beso y alcanzó el cielo cálido y resbaladizo de su boca. Cualquier pensamiento desapareció de su mente.

—¡Oh! —gimió, envuelto en su calor—. ¡Oh, Minerva!

Ella deslizó los labios más abajo, resbalando sobre el hinchado glande y parte del eje. Entonces comenzó a succionar con suavidad y le acarició con la lengua en dulces oleadas. Él arqueó las caderas sobre el colchón y maldijo por lo bajo.

Minerva se apartó, dejando su erección brillante, dolorida y posiblemente tan dura como para desmenuzar piedra. Él intentó ocultar su decepción. Ella había llevado a cabo su experimento y satisfecho su curiosidad. No iba a pedir más. No podía hacerlo.

Pero en vez de alejarse por completo, ella comenzó a depositar tiernos besos de arriba abajo del eje. Cerró los ojos y se dejó envolver por los tímidos susurros de la sensación. Era la tortura más dulce que hubiera sufrido nunca.

Cuando lo tomó de nuevo en su boca, se deslizó más profundamente, casi hasta la mitad de la longitud. La lenta retirada le volvió loco de necesidad y se retorció sobre las sábanas, sujetándose a ellas para poder soportarlo.

Pero no encontró sosiego.

Como el torturado bastardo que era, estiró los brazos hacia ella e hizo lo que llevaba tanto tiempo deseando. Enredó los dedos en aquel oscuro y sedoso cabello y lo enroscó en su mano. Luego la guio, enseñándole a complacerlo. A mover su exuberante y cálida boca por la erección con un ritmo profundo y constante.

Era un canalla. Era un monstruo. Iba a arder en los fuegos del infierno.

Y valdría la pena.

—Sí —suspiró, vencido por el exquisito placer—. Min, es bueno. Tú eres buena.

Relajó las caricias en su pelo y ella se retiró otra vez, enderezándose.

—No lo hagas —jadeó tragando saliva—. No tienes por qué continuar. —Como si eso le convirtiera en una especie de santo generoso.

Ella se limitó a sonreír. Primero se quitó las gafas, las dobló y las dejó a un lado. Luego se acomodó mejor, poniéndose a horcajadas sobre una de sus piernas para inclinarse otra vez y tomarlo en su boca.

Él gimió. Minerva aprendía rápido. Ahora iba en serio. Sin pizca de arrepentimiento, observó cómo aquellos maduros y exuberantes labios se deslizaban por su miembro. La fricción húmeda y apremiante era solo parte del placer. El resto provenía del dulce triunfo de ser el receptor de sus caricias, de ser el favorecido. Y, sobre todo, de estar dentro de ella de alguna manera. Era lo que más deseaba. Todas aquellas noches junto a ella había querido estar en su interior. Ser parte suya.

Sentirse unido a alguien, y no solo.

Bajó la mano por su costado en una tierna caricia hasta llegar al dobladillo del camisón. Tiró de él para deslizar debajo los dedos y subirlos por el interior desnudo del muslo. Ella gimió y separó las piernas un poco. Él interpretó el sonido como de aliento por su parte, por lo que subió la caricia un poco más. Por fin ahuecó la mano sobre su sexo, húmedo e hinchado, protegido por rizos tentadores.

«Sí. ¡Dios mío, sí!».

Le deslizó un dedo entre los resbaladizos pliegues, frotando su sexo de arriba abajo. Ella gimió y movió las caderas en busca de su contacto. Introdujo el dedo corazón en la apretada funda y lo dejó quieto antes de comenzar a moverlo, cortos empujes que ella imitó con su boca. Cuando aceleró el ritmo, también lo hizo ella. Cuando presionó más profundamente, Minerva se hundió más sobre su erección, albergándola casi hasta la base.

El placer fue tan agudo, tan intenso, que no pudo soportarlo más.

Comenzó a mover la mano, a friccionar la palma contra el inflamado brote. Entre gemidos, ella buscó su contacto al tiempo que comenzaba a hacer rodar las caderas con energía, casi frenética. Por primera vez, su ritmo vaciló.

—¡Min! —la apartó.

Ella alzó la cabeza y le miró con los ojos brillantes de excitación. Él dejó la mano izquierda entre sus muslos pero puso la derecha sobre la de ella, con la que Minerva aferraba la base de la erección.

—Así. —La arrastró de arriba abajo—. Sí.

Se dieron placer el uno al otro con un ritmo firme y constante, mirándose a los ojos hasta que el éxtasis se acercó. Hasta que vio que a ella se le cerraban los párpados involuntariamente y fruncía el ceño.

—Colin —suspiró sin aliento.

—Sí, cielo. Eso es. —Él comenzó a mover la cabeza en la almohada mientras batía ambas manos cada vez más rápido—. No hay vuelta atrás. Eso es...

Ella gritó. Sus músculos internos comenzaron a palpar y a ceñirse al dedo que tenía sepultado en el interior de su cuerpo. Entonces el clímax de él estalló, haciendo que se estremeciera de pies a cabeza mientras una cegadora luz blanca inundaba su mente.

En los momentos posteriores mantuvo los ojos cerrados. Retiró el dedo de su interior y le bajó el camisón. Su pecho subía y bajaba al compás del agitado aliento. Intentó que ella se tendiera a su lado, pero se quedó donde estaba, a horcajadas sobre su pierna, con el puño cerrado alrededor de la cada vez más floja erección.

Ahora que la curiosidad había sido satisfecha y la necesidad saciada, esperó que ella se retirara. Sin duda alguna Minerva se daría cuenta de la insensible manera en que acababa de utilizarla, de qué libertades se había tomado con su cuerpo y su confianza. Esperó que le odiara, que le odiara con renovado rechazo ante aquella pasión impropia.

Cuando por fin reunió el valor suficiente para alzar la cabeza y ver su reacción, se la encontró volviéndose a poner las gafas. Su expresión no parecía hablar de odio o repugnancia, sino más bien...

Interés científico. Por supuesto.

—¡Oh, Colin! —Minerva mojó la punta del dedo en su pegajoso abdomen antes de frotar dos dedos, como si estuviera comprobando la calidad de su semilla—. Es fascinante.

CAPÍTULO

20

Él tenía razón. La situación era un poco embarazosa por la mañana.

Minerva dejó a Colin durmiendo en la cama y se levantó tan sigilosamente como le fue posible para llamar a la doncella. Se reunió con la criada en la puerta de la suite e interpretó unos ridículos gestos de mímica para pedir que le llevaran un baño caliente a la estancia contigua.

Sintió una pizca de ansiedad al ver que los sirvientes subían el agua en una bañera, con miedo de imaginar lo que parecía todo aquello. Una joven soltera compartiendo habitación con el caballero desnudo que continuaba durmiendo en la cama. Pero las criadas parecían aburridas y compuestas, no horrorizadas. Pronto fue evidente que para los sirvientes de Winterset Grange aquello no era un escándalo. Era solo... un viernes más.

¡Santo Dios! ¡Ya era viernes! Cada vez eran menos los días que faltaban para el simposio y apenas habían recorrido un tercio del camino hasta Edimburgo.

A pesar de la urgencia que aquel cálculo le produjo, se tomó su tiempo para bañarse. La doncella había puesto a su disposición jabones y aceites aromáticos, pétalos de rosas para el agua y rodajas de pepino frío para las ojeras. Aceptó la ayuda de la criada para lavarse el pelo y luego despidió a la chica, recreándose en la bañera hasta que el agua se enfrió y sus músculos se relajaron.

Mientras se secaba con la toalla, lamentó el hecho de no tener más que la misma ropa interior y el arruinado vestido de seda del día anterior. Quizá podría conseguir ropa de repuesto en algún lugar de la casa, pero sabía que no soportaría vestir la ropa desechada de una amante. Entonces sus ojos cayeron sobre el baúl. El lugar donde guardaba la huella, los apuntes de los estudios sobre *Francine* y... su ajuar.

Atravesó la estancia envuelta en la toalla y abrió el baúl. Dejó a un lado todos sus apuntes y papeles, así como los rollos de acolchada tela blanca que protegían la huella de yeso. En la mayoría de los casos, aquellos cilindros voluminosos eran sábanas bordadas, manteles o fundas de almohadas, pero también había otros artículos de naturaleza más personal.

Camisones bordados. Camisolas transparentes. Corsés que elevaban los pechos. Medias de seda y ligeros de encaje.

Había olvidado durante años todas aquellas cosas en el interior de un armario. Jamás pensó que acabaría dando uso a un atavío tan sensual y provocador. Había descartado la idea de llegar a casarse algún día.

Después de todo lo que estaba ocurriendo —¡cielos, sobre todo después de lo ocurrido la noche anterior!—, el matrimonio estaba más lejano que nunca. Pero eso no quería decir que no pudiera utilizar esas cosas, ni que debiera negarse a disfrutarlas. Las prendas que contenía su equipaje eran elegantes, sensuales y, sobre todo, suyas. Además, tenía lo más parecido a un marido con quien exhibirlos.

Desenrolló una impoluta camisola blanca, con un escote bajo tanto en la espalda como en el frente, adornado con encaje. Dejó a un lado la ramita de lavanda seca que se usaba para que oliera

a fresco, se la puso y se estudió en el espejo.

Tras girarse sobre sí misma para mirarse desde diferentes ángulos, deslizó las manos por el torso, estirando la delicada tela hasta que se transparentaron los pezones rosados y el triángulo de vello oscuro entre las piernas. Volvió a pasarse las manos por el cuerpo, disfrutando del suave calor de su piel bajo el frío género, dibujando las curvas suaves de sus pechos, su vientre y sus caderas. Al ver sus propias manos acariciándose, se le aceleró el pulso.

Ese cuerpo deseaba.

Ese cuerpo era deseado... por él.

Desde el dormitorio llegaron los sonidos que emitió Colin al moverse y hablar entre sueños. Ella se sobresaltó y tuvo que apretar las manos sobre la boca para no soltar una carcajada.

Se puso unas medias de seda pura y las sujetó con ligas de color rosa. Volvió a llamar a la doncella para que la ayudara a atar un corsé francés, que disponía de unas copas para los senos que los separaban y alzaban. Con cierta renuencia se puso encima de nuevo el vestido de seda azul. Pero el efecto era muy diferente, con el precioso bordado de la camisola asomando por el escote. Buscó en el baúl una sobrefalda blanca bordada, que parecía un delantal y cubría la mayoría de las manchas de vino.

Todavía tenía el pelo húmedo, así que en vez de recogerlo en lo alto, cogió algunos mechones de alrededor de la cara y los aseguró en la coronilla con peinetas de carey. El resto cayó sobre los hombros, cubriéndole la espalda.

—Buenos días.

Se giró y vio a Colin entre las sábanas, apoyado en un codo y frotándose la cara sin afeitarse con la otra mano.

—Buenos días —repuso, conteniendo el deseo de girar sobre sí misma para pedirle aprobación.

Él parpadeó antes de mirarla fijamente. Esbozó una amplia sonrisa.

—Bueno, Min. Estás muy guapa.

Una burbuja de frívola alegría bulló en su interior. Era un cumplido sencillo pero perfecto. Si él hubiera dicho sin más «preciosa», «hermosa» o «incomparable», no se lo habría creído. Pero ¿cómo no creerse un simple «guapa»? Eso, sin duda, resultaba absolutamente creíble.

—¿De verdad? —preguntó. No le importaría nada volver a escucharlo.

—Eres la viva estampa de una hermosa jovencita de campo. —Él deslizó la mirada por su cuerpo y clavó los ojos durante mucho tiempo en el valle que se extendía entre sus pechos, insinuado por el encaje—. Consigues que me muera por encontrar un pajar.

Ella se ruborizó de la misma manera en que se sonrojaría una atractiva muchacha de campo.

—¿Cuánto tiempo llevas levantada? —preguntó él con un bostezo.

—Una hora. Quizá algo más.

—¿Y no me he despertado? —Frunció el ceño—. Increíble.

Una criada llevó una bandeja con el desayuno. Mientras Colin se levantaba de la cama y se dirigía al cuarto anexo para afeitarse, ella se deleitó con unos huevos pasados por agua, panecillos con mantequilla y chocolate humeante.

—¿Has dejado algo para mí? —preguntó él cuando regresó al dormitorio, un rato después.

Ella alzó la vista, lo miró y la cuchara se le cayó en la mesa.

—Bueno, no es justo.

Él se había ausentado durante quince o veinte minutos a lo sumo. En ese tiempo había tomado un baño, se había afeitado y se había puesto unos pantalones limpios y una camisa recién lavada.

Quizá ella estuviera «guapa» o «atractiva», pero él estaba, sencillamente, magnífico.

Vio cómo se abrochaba los puños de la camisa.

—Siempre dejo aquí algo de ropa. Aunque, por desgracia, no dispongo de ninguna casaca. No me queda más remedio que volver a ponerme la misma.

Aunque fue una mezquindad por su parte, esas palabras le ofrecieron cierto consuelo.

Él se sentó frente a ella y tomó una rebanada de pan.

—Bueno, sobre lo que ocurrió anoche... —comenzó él.

—¿Debemos hablar sobre lo que ocurrió anoche? —le interrumpió ella, avergonzada.

Él untó la tostada con mantequilla con movimientos lentos y constantes.

—Creo que debemos hacerlo. Lo principal es disculparse.

—¡Oh! —Ella asintió con la cabeza al tiempo que tragaba saliva—. Lamento haberme aprovechado de ti. —Él se atragantó con el bocado de tostada—. Hablo en serio —prosiguió la joven—. Estabas muy cansado y algo borracho, mi comportamiento fue... absolutamente reprochable.

Colin negó con la cabeza y emitió algunos ruiditos para mostrar su desacuerdo. Logró tragar el trozo de tostada que tenía en la boca con un rápido sorbo de té.

—Minerva... —Estiró el brazo sobre la mesa para acariciarle la mejilla—. Eres... Fuiste toda una revelación. Créeme, no tienes razones para disculparte. La desvergüenza fue toda mía. —La miró con preocupación—. No creo que debamos seguir con este viaje, cielo. Me he jurado a mí mismo que te llevaría hasta Escocia intacta, pero si continuamos compartiendo la cama, corro el riesgo de arruinarte de manera irrevocable.

—¿Qué quieres decir?

Él arqueó una ceja.

—Creo que sabes muy bien lo que quiero decir.

Lo sabía. Quería decir que la deseaba más de lo que había deseado a otra mujer en su inútil y depravada vida, y que no estaba seguro de que pudiera honrar su promesa de no seducirla.

Se le aceleró el pulso. De euforia..., de temor...

—Pero no podemos abandonar ahora. No podemos darnos por vencidos.

—No es demasiado tarde —aseguró él—. Podemos regresar a Londres esta misma noche. Te llevaría a casa de Bram y Susanna. Diríamos a todo el mundo que has sido su invitada durante estos días. Es posible que haya alguna que otra murmuración, pero si mi primo da la cara por ti, no estarás arruinada.

Ella miró fijamente el mantel. El mero pensamiento de rendirse y regresar a Cala Espinada sin haber llegado a Edimburgo... Estaba preparada para regresar arruinada, deshonrada; sin embargo, no sabía si podría seguir viviendo si regresaba derrotada.

¿Cómo podría regresar a su vieja vida y fingir que nada de esto había ocurrido? Imposible.

—Min...

—Podemos lograrlo, Colin. Llegaremos a Edimburgo a tiempo. Puedo pararte los pies si es eso lo que te preocupa. Volveré a lanzarte pullas y a ser poco atractiva. Y..., y esconderé un buen garrote debajo de la almohada. —Él se rio—. De todas maneras, ahora estoy satisfecha. Ya sabes, en términos de curiosidad. Después de lo que ocurrió anoche estoy segura de que ya he visto todo lo que hay que ver.

—Créeme —intervino Colin con la voz baja y ronca—, no has visto ni una pequeña fracción de lo que te podría mostrar.

«Oh, no lo hagas. No me digas eso».

—Colin, por favor. —Cerró los ojos con fuerza y luego los abrió—. Piensa en el dinero. Piensa en las quinientas guineas.

Él negó con la cabeza.

—No se trata de dinero, cielo.

—Entonces piensa en *Francine*.

—¿En *Francine*?

—Piensa en lo que representa. ¿Y si hace mucho tiempo, antes incluso de que hubiera hombres, había criaturas como ella por todas partes? Te imaginas, lagartos gigantes vagando por la Tierra. Incluso surcando el aire.

—Er... —Notó que él luchaba por no reírse.

—Sé que lo encuentras divertido, pero hablo en serio. Los descubrimientos como esa huella cambian la historia... O, al menos, consiguen que podamos comprenderla de otra manera. Hay mucha gente a la que no le gustan estos temas. Los geólogos podemos parecer aburridos, pero en realidad somos renegados. —Sonrió—. Sé que has estado con muchas mujeres, pero *Francine* podría ser la hembra más escandalosa y transgresora con la que hayas compartido el dormitorio. —Él se rio entonces de forma amable. Ella siguió un impulso y le cogió la mano—. Colin, por favor, no me hagas eso. Este es mi sueño, lo he arriesgado todo por él. No puedes fallarme.

Él respiró hondo.

Ella le apretó la mano.

—Halford no se levanta nunca antes del mediodía —comentó—. Deberíamos salir de aquí lo antes posible y sin que nadie se dé cuenta si queremos evitar preguntas.

Ella se vio inundada por una dulce y cálida sensación de alivio.

—¡Oh, gracias! —Volvió a apretarle la mano—. Pero tenemos tan poco dinero que ¿cómo haremos? ¿Dónde iremos?

Él dio un mordisco a la tostada y masticó con indiferencia.

—Al norte —respondió al final.

Resultaba realmente asombroso, pensó Minerva, hasta dónde podía llegar un hombre solo con su encanto. A media mañana, Colin ya había logrado convencer a una retahíla de comerciantes y agricultores para que les echaran una mano con el objeto de poder reincorporarse a la carretera que llevaba al norte.

Después de detenerse a charlar con un hacendado, Colin regresó a grandes zancadas a donde ella esperaba, sentada en una valla cercana.

Él entrecerró los ojos para protegerse de la brillante luz matutina.

—Dice que nos puede llevar hasta Grantham esta tarde a cambio de algunas horas de trabajo por la mañana. Sus mozos están ocupados cubriendo de paja el tejado de la casa. Si les ayudamos, nos llevará después en el carro.

—¿Hasta Grantham? Sería estupendo, pero...

—Pero ¿qué?

Ella ladeó la cabeza.

—Está claro que no se ha dado cuenta de que eres vizconde.

—¿Vizconde? ¿Vestido con esto? —Sonriente, él señaló la polvorienta y desastrada casaca. La tela apenas hacía recordar el azul oscuro original y sus botas no habían sido lustradas desde hacía días—. Ni hablar. Este hombre piensa que somos viajeros normales, por supuesto.

—Pero... —¿Cómo decir aquello sin ofender su orgullo?—. Colin, ¿has techado con paja alguna vez en tu vida?

—Claro que no —replicó animadamente mientras la ayudaba a pasar el baúl por encima de la valla—. Esta es mi primera oportunidad.

—Si tú lo dices.... —Suspiró hondo.

Cruzaron a un campo lleno de pulcras filas de tallos y ambiciosas tijeretas verdes que comenzaban a cubrirlos. Se veía la casa a lo lejos. Varios hombres subían por escaleras de mano acarreando fardos de dorada paja fresca para el techo. Parecían hormigas pululando sobre un plato lleno de crema amarilla.

—Quédate aquí. —Colin se quitó la corbata y enrolló con ella la pistola antes de introducir ambas en el bolsillo de la casaca. A continuación se quitó esta y se la tendió—. Cuídala.

Dicho eso, se unió a los hombres en la labor. Minerva fue reclutada con rapidez por las mujeres para ordenar y atar fardos con la paja, que era descargada del carro con la horca. Supuso que si podía ser una inmisericorde asesina o una misionera convincente, también podía hacer eso. Después de todo, estaba acostumbrada a trabajar muchas horas al día triturando rocas con el martillo.

Una hora después le dolía la espalda y tenía miles de diminutas abrasiones en los antebrazos expuestos. Sentía la cabeza hinchada por el espeso y dulzón aroma de la paja. No había resultado ser particularmente hábil en el trabajo y sospechaba que las mujeres comenzaban a perder la paciencia con ella, pero no se daba por vencida.

Se irguió un momento para estirar la espalda. Haciendo sombra sobre los ojos con una mano, buscó a Colin entre los hombres. Allí estaba, cerca de la cumbre del tejado, apoyado atrevidamente en dos vigas. Sin vacilar ni un instante ni mostrar el más leve indicio de desequilibrio, caminó por la estrecha superficie de la viga, inclinándose para recoger un manojo de paja fresca. Por supuesto, a él le había resultado fácil; igual que todo lo demás.

Le observó durante algunos minutos mientras distribuía la paja en una gruesa capa, antes de fijarla con finas ramitas de avellano. Luego le vio alzar una herramienta que parecía un cruce entre un peine con púas metálicas y un mazo. Con rápidos y firmes movimientos de sus brazos, golpeó el nuevo tejado de paja. Se detuvo para secarse la frente y comentar algo con sus compañeros. Por la manera en que se rieron, supuso que debía de haber sido un buen chiste.

Se encontró dividida entre la admiración y la envidia. Parecía condenada a moverse por la vida sintiéndose en todo momento una extraña, mientras que Colin encajaba siempre en todas partes. Pero por primera vez consideró su encanto con otros ojos; no como una habilidad, ya fuera social o sexual, sino simplemente como una faceta de su personalidad.

Él la vio en ese momento y alzó la mano para saludarla.

—¡Tallyho!

—Estás chiflado —replicó, sin poder evitar sonreír al tiempo que meneaba la cabeza.

Chiflado, sin duda.

Un chiflado que había conseguido agrietar su caparazón.

¡Menuda ironía! Colin siempre le regañaba, le decía que debía abandonar ese caparazón. Pero ¿no tenía uno todo el mundo? Una dura armadura externa para proteger a la suave y vulnerable criatura que había debajo.

Se le ocurrió que quizá las personas eran más parecidas a los amonites de lo que ella suponía. Tal vez también construían caparazones sobre un consistente e invariable factor, calidad o circunstancia de la niñez. Cada cámara del mismo era solo una ampliación de lo anterior que

crecía año tras año, hasta que giraba en espiral y volvía a cerrarse sobre sí mismo.

El caparazón de Colin se había formado por culpa de la tragedia. La muerte de sus padres había definido aquella primera cámara protectora. Esta había crecido para envolverle y fue ampliada con cada triste y solitario dormitorio que ocupó. Pero ¿y si lo que aquella persona escondía bajo todas esas cámaras vacías y resonantes no era una tragedia? ¿Y si era un hombre que disfrutaba de la vida y amaba a las personas pero daba la casualidad de que había visto morir a sus padres y padecía un caso grave de insomnio tenaz?

¿Y quién era ella debajo de todas sus capas? ¿Era realmente una chica pedante y torpe a la que solo preocupaban fósiles y rocas o una atrevida aventurera que se había jugado el todo por el todo impulsada no por la esperanza de lograr el éxito profesional, sino por la minúscula probabilidad de alcanzar el amor? De encontrar a una persona que pudiera comprenderla, apreciarla y permitir que la comprendiera y apreciara a su vez.

No podía mentir. En Cala Espinada se había dejado llevar por la vana ilusión de que sir Alisdair Kent podía ser ese hombre. Pero ahora, al observar los hechos de forma retrospectiva, tenía que reconocer otra certeza difícil de asumir: cada vez que se había imaginado con sir Alisdair, mirando unos ojos que reflejarían aceptación, deseo, afecto y verdad, esos ojos se habían parecido mucho a otros con el mismo color que los diamantes de Bristol. Y estaban acompañados por una mandíbula firme, con un hoyuelo en el centro.

Se sentía confundida. Lo que quería —necesitaba— en un futuro próximo era compartir la huella de *Francine* con la comunidad científica, pero no sabía a lo que aspiraba después. Y si imaginaba lo que realmente le pedía al futuro lejano...

¿Cómo iba a soportarlo si ese futuro no se cumplía?

Cuando la paja se acabó, los trabajadores se reunieron en largas mesas, formadas por simples tablones sobre caballetes, para degustar una comida sencilla. Ella ayudó a las demás mujeres a acarrear canastas de pan recién hecho, embutidos y queso. La cerveza fluyó libremente de un tonel.

El estado de ánimo general se transformó en entusiasmo. Los hombres se asearon y se pusieron las casacas; las chicas se quitaron los delantales y se colocaron lazos en el pelo las unas a las otras. El carro que hasta hacía un rato había estado lleno de paja para cubrir el tejado había sido barrido y aguardaba al fuerte y robusto equipo.

—Su carroza aguarda, princesa —se burló Colin mientras le tendía la mano—. Después de usted.

La ayudó a subir al carro y cargó el baúl. Ella lo empujó hasta el extremo más alejado y se sentaron en fila... Los tres. Ella cruzó las piernas, Colin se tumbó desgarbadamente y *Francine* se quedó de pie, en la caja.

—¿No te molesta viajar en carro? —preguntó ella.

Él meneó la cabeza.

—No me importa, siempre que sea un vehículo abierto.

Todos los demás trabajadores entraron en tropel y antes de que se cerrara la trampilla, media docena de sonrosados cerditos se unieron a la carga. Uno de ellos encontró el camino hasta su regazo y se acomodó adorablemente sobre la sobrefalda blanca, justo encima del lugar donde ella había guardado un trozo de queso del almuerzo.

—¿Vamos todos para Grantham? —preguntó ella en voz alta, al tiempo que alimentaba al animal.

La joven que estaba sentada frente a ella la miró fijamente como si fuera tonta.

—¿A qué otro sitio íbamos a ir hoy, día de feria?

Ah, era día de feria. Eso explicaba la aparente excitación. Y los cerditos.

Cuando el carro se puso en marcha, las muchachas que les acompañaban se juntaron en un corrillo y comenzaron a cuchichear entre ellas, lanzándoles alguna que otra mirada furtiva a ellos dos.

Adivinó que se hacían conjeturas sobre su relación, que se preguntaban si aquel desconocido tan bien parecido estaba disponible o no. Tras algunos cuchicheos y codazos, parecieron elegir a una morena para que se enterara.

—Entonces, señor Sand —preguntó la joven, sonriendo—, ¿qué les lleva, a usted y a su amiga, hasta la feria de Grantham?

Ella contuvo el aliento, esperando estúpidamente ser reclamada como algo distinto a su hermana. Algo más que una amante.

—Negocios —repuso Colin con soltura—. Somos gente del circo.

«¿Gente del circo?».

—¿Gente del circo? —repitieron varias de las chicas.

—Sí, por supuesto. —Él se pasó la mano por el pelo con gesto perezoso—. Yo bailo en la cuerda floja y mi mujer, aquí presente... —la rodeó con un brazo atrayéndola hacia él—, es una tragasables de primera clase.

«¡Oh, Dios mío!».

Minerva se cubrió la boca con la mano y ahogó los indefensos gemidos contra la palma.

—Me he atragantado con polvo de paja —explicó ella unos momentos después mientras se borraba las lágrimas de la risa de los ojos.

Miró a Colin de reojo. Aquel hombre era un sinvergüenza. Un incorregible granuja muy bien parecido. Y..., ¡oh, maldito fuera!, estaba a un tris de enamorarse de él sin remedio.

—Tragasables... —repitió la morena, al tiempo que le lanzaba una mirada escéptica.

—¡Oh, sí! Posee un raro talento. Debes creerme cuando te digo que me he pasado varios años en el mundo del circo y jamás había visto nada parecido. Deberías haber presenciado la función que ofreció anoche. Brillante, no te digo más. Tiene una manera de tragar el...

Le dio un codazo.

—¿Qué? —Él le atrapó la barbilla y la obligó a mirarlo. En sus ojos brillaban chispitas de diversión—. Es cierto, cielo. Eres demasiado modesta.

Ella notó como si se cayera vertiginosamente en aquella mirada cariñosa y ardiente. Y entonces él la besó. Ni en la boca ni en la mejilla. Justo en la comisura de la sonrisa.

El carro tomó una curva del camino y puso fin al beso. Ella apoyó la frente en su hombro y suspiró feliz.

Las demás mujeres que les acompañaban en el interior del vehículo también suspiraron, pero de decepción.

«Sí, chicas, a llorar amargamente por ahí. Está pillado. Por lo menos por hoy».

Tomó la mano de Colin y se la apretó agradecida. Junto con todo el placer que de forma tan magistral había arrancado de su cuerpo, ahora la iniciaba en una sensación muy distinta.

La de ser envidiada.

—Bueno —claudicó la morena—, lo cierto es que nunca se sabe con quién se va a encontrar una en el camino al norte. Ayer mismo, mi hermano me dijo que uno de sus amigos pasó cierto tiempo con un príncipe perdido. —Todos se rieron menos ella. Colin tensó el brazo sobre sus hombros—. No, en serio —prosiguió la chica—. Era un príncipe con ropa de paisano.

A su lado, otra joven meneó la cabeza.

—Tu hermano ha vuelto a contarte una historia fantástica, Becky. Imagínate, un príncipe perdido viajando de incógnito, recorriendo precisamente este camino. ¿Qué querría hacer? ¿Asistir a la feria? —Se rio con nerviosismo—. Yo no me creería nada.

—No lo sé. —Minerva sonrió y se acurrucó más cerca de Colin—. Yo me lo creería.

—Bueno. —La morena arqueó una ceja—. Si ese príncipe existe, será mejor para él que no se encuentre con los amigos de mi hermano. Tienen un asunto que resolver con él.

CAPÍTULO

21

Aquella noche no pudieron abandonar Grantham. Y no fue por culpa del amor, el dinero, los lagartos gigantes o ningún otro de los motivos que ahora impulsaban a Colin a seguir adelante.

Todos los carros, carruajes o carretas del condado habían acudido al pueblo para la feria y ninguno tenía previsto marcharse.

Colin se abrió paso entre la multitud, esquivando los caballos y las carretas que se interponían en su camino, para regresar junto a Minerva. Tras dejar atrás un carro lleno de gallinas en jaulas, la divisó a lo lejos.

Se detuvo en seco, impactado. Admirado.

Ella se había sentado, por supuesto, encima de su precioso baúl, con la barbilla apoyada en la mano. Las gafas se le habían deslizado hasta la punta de la nariz, por lo que podía mirar por encima de las lentes, como hacía siempre que su atención estaba a más de cinco metros de distancia. El espeso pelo oscuro caía sobre sus hombros formando ondas y los postreros rayos del sol arrancaban algún brillo rojizo. Estaba mordisqueándose aquel dulce y exuberante labio inferior que tan loco le volvía mientras, despreocupadamente, llevaba el ritmo de una música distante con los dedos.

Era preciosa. La imagen perfecta de una muchacha de campo con los ojos brillantes, disfrutando de la feria.

—Nada —le dijo tras acercarse a ella—. Quizá tengamos más suerte un poco más tarde. —Lanzó una mirada por encima del hombro hacia el animado prado—. Así que por ahora podemos dedicarnos a ver la feria.

—No tenemos dinero. —Se subió las gafas por la nariz antes de sostener en alto una moneda de oro entre la punta de los dedos—. Este soberano debe durar hasta Edimburgo.

Él se la arrebató y se la guardó en el bolsillo de la casaca.

—Mirar es gratis. Y, además, tenemos que comer algo, aunque seamos frugales.

—¿Unos hermanos frugales? —inquirió ella, mirándole fijamente—. ¿Un caballero frugal con su amante? ¿Gente del circo frugal?

—Novios frugales. —Le tendió la mano—. Solo por hoy. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Sonriente, ella la cogió y él tiró para ayudarla a ponerse en pie.

Oh, el dulce afecto que descubrió en sus ojos le calentó el corazón antes de... estrujárselo con fuerza. Un buen hombre no jugaría a los novios con ella cuando sabía de sobra que no habría nada más.

Pero no era un buen hombre. Se trataba de Colin Sandhurst: canalla, temerario, incorregible, y, por todo eso, no podía contenerse. Quería que ella se divirtiera, echarla a perder y alimentarla con dulces y caprichos. Robarle un par de besos cuando ella no se lo esperara. Quería ser un hombre joven y embelesado que recorría la feria acompañado de su novia.

En otras palabras, quería vivir honestamente. Aunque fuera solo ese día.

Alzó el baúl de *Francine* y se lo puso sobre el hombro derecho, ofreciéndole a Minerva el otro

brazo. Juntos se movieron entre la multitud, dejando atrás la iglesia. Anduvieron entre las filas de ganado que competía por ser el mejor; cerdos y comadreja a los que pusieron nombres ridículos y que convirtieron en objeto de discusiones para ver cuál merecía la escarapela de campeón y por qué.

—*Hamlet* debería ganar una cinta —discutió Minerva—. Sus ojos son los más brillantes y sus jamones los más gruesos. Además, está bastante limpio para ser un cerdo.

—Pero *Hamlet* es un príncipe. Pensaba que tú solo te fijabas en los caballeros —señaló él—. ¿No prefieres a ese *Sir Francis Bacon* de ahí?

—¿A ese tan cochino, que gruñe y se revuelca en el barro?

—Entiendo que gruñir es una señal de inteligencia porcina.

—Por favor... —Ella le miró de reojo—. Aún hay clases...

—Es bueno oírlo —susurró él por lo bajo—. O eso creo.

Vagaron entre los puestos, que exhibían montones de mercancías tan exóticas como uno podía esperar en el corazón de Inglaterra; había desde naranjas hasta relojes de oro, desde gorritos franceses a betún oloroso. Deseó poder comprarle de todo un poco, pero convinieron que solo gastarían seis peniques en un lazo a juego con su vestido.

—Así podrás usarlo para recogerte el pelo —dijo él.

—¿Quieres que me recoja el pelo?

—No, no, de eso nada. Me gusta vértelo suelto.

Ella meneó la cabeza.

—Qué ridículo eres.

Él fingió erizarse ante la ofensa.

—No sabes aceptar un regalo.

—¿Un regalo? —Minerva se rio y se acercó más a él—. Has comprado esa cinta con mi dinero. Pero te lo agradezco igual. —Le besó en la mejilla.

—Eso está mejor.

Con un chelín y algunos peniques, Colin compró la cena, consistente en una pequeña jarra de leche fresca y dos pasteles de carne. Encontraron un lugar despejado en lo alto del prado y se sentaron frente a frente sobre el baúl. Ella dispuso un pañuelo a modo de mantel provisional.

—Tengo muchísima hambre —aseguró ella sin apartar la vista de la comida.

Él le tendió uno de los pasteles.

—Entonces... al ataque.

Minerva dio un buen mordisco al pastel, hundiendo lentamente los dientes en las capas de masa y relleno. Él vio cómo cerraba los ojos con un revoloteo de pestañas antes de lanzar un gemido de placer.

—¡Oh, Colin! ¡Qué maravilla! —Se deleitó, pasándose la lengua por los exuberantes y provocativos labios fruncidos.

Él la miró fijamente; de repente se sentía indefenso, no podía moverse ni hablar. Una lujuria salvaje y primitiva le inundó, le puso duro como una piedra.

Tenía que volver a sentir esos labios otra vez en él. ¡Tenía que sentirlos! No se trataba solamente de un deseo, era imperativo. Su cuerpo se moría por ellos. Para continuar su existencia sobre la tierra necesitaba lo siguiente: comida, agua, refugio, ropa... y los labios de Minerva Highwood.

Ella lo miró con timidez entre las oscuras pestañas y tomó un sorbo de leche. Luego volvió a relamerse los labios.

Corrección. Necesitaba comida, agua, refugio, ropa, los labios de Minerva Highwood y... la lengua de Minerva Highwood.

Los recuerdos de lo ocurrido la noche anterior pasaron como un relámpago por su mente. Ni siquiera intentó contenerlos. No, los dejó salir a la superficie, demorándose en recordar cada momento erótico y carnal en su memoria. Sí, debían grabarse todos y cada uno de esos instantes bienaventurados para que pudiera volver a revivir la escena en los meses y años venideros. No solo por deseo, sino por necesidad.

«Esos labios. Esa lengua».

—¿No vas a comer? —preguntó ella.

—No. Digo, sí. —Se estremeció—. Ahora mismo.

Le dio un buen mordisco a su pastel. Estaba bueno y sabroso, todavía conservaba el calor del horno. Lo disfrutó, pero no tanto como viéndola comer a ella.

Increíble. Había hecho la corte a alguna de sus amantes con joyas o encaje veneciano, las había acompañado a la ópera en los palcos más lujosos del teatro, las había alimentado con ostras y bayas de azúcar servidas en bandejas de plata, pero jamás había sido testigo del puro y honesto placer que estaba observando en ese momento: el que disfrutaba Minerva Highwood devorando un pastel de carne en algún lugar perdido de la campiña inglesa.

Ella se chupó el pulgar al terminar y alzó la mirada al cielo.

—Pronto anochecerá. ¿No deberíamos intentar encontrar transporte?

—Seguramente.

Recogieron a *Francine* y la transportaron entre ambos, deambulando hacia las cocheras para carruajes y establos. Pasaron junto a una fila de puestos con juegos de carnaval.

Una niña tiró de la casaca de Colin. Parecía una chiquilla abandonada, pero sus ojos brillaban de entusiasmo a pesar del remendado vestido amarillo.

—Señor, ¿no quieren usted y su dama conocer la fortuna? —La chiquilla señaló un tenderete a unos pasos de allí—. Mi madre dice la buena ventura por seis peniques. Puede ver el futuro claro como el cristal. Les dirá todo lo que quieran saber de la vida, del amor, los hijos que van a tener. ¡Incluso les puede anunciar el día de su muerte! —Susurró las últimas palabras.

Colin sonrió y dejó el baúl en el suelo.

—Bueno, es una oferta tentadora.

—Colin, no podemos —le siseó Minerva al oído—. Solo nos quedan dieciocho chelines. No podemos andar malgastando el dinero en adivinas.

Sabía que tenía razón, pero había algo en la sonrisa de dientes separados de la niña que le impedía pasar de largo.

—¿Cómo te llamas, cielo? —preguntó a la criatura.

—Elsbeth, señor.

—Bien, Elspeth. —Se inclinó hacia ella—. Me temo que no podemos pagar a tu madre. Somos almas más bien frágiles, ¿comprendes? De todas maneras, no estoy seguro de si podré soportar la revelación de mis futuros amores, hijos o, mucho menos, la fecha de mi muerte. ¿No prefieres que te diga yo a ti tu fortuna?

—¿A mí? —La niña entrecerró los ojos con precoz cinismo al tiempo que movía con la lengua el flojo diente delantero—. ¿Cómo me la va a decir?

—Bueno, en realidad es muy fácil. —Sacó un penique del bolsillo y lo puso en la palma de la niña—. En tu futuro veo un dulce.

Elsbeth sonrió y cerró la mano.

—En este mismo momento.

Cuando salió corriendo con la moneda firmemente agarrada, él ahuecó una mano alrededor de la boca y la llamó.

—Cariño, no vayas a hacerme quedar como un charlatán. No lo gastes en otra cosa, ¿eh?

Se volvió y se encontró a Minerva con la mirada alzada hacia él.

—¿Es cierto lo que le has dicho? —preguntó.

—¿Qué le he dicho? —repuso, confundido.

—Que temas al futuro.

Colin alzó la barbilla sin pensar, como si tuviera que capear un temporal. En su mente repicó una alarma como si hubiera fracasado en su propósito.

—No le he dicho eso.

—Has dicho algo muy parecido.

«¿Lo había hecho?». Quizá sin querer.

—No temo al futuro. Solo creo que no se debe jugar con él ni crearse falsas expectativas. Las esperanzas son las madres de las decepciones. Si no esperas nada, siempre te sorprendes.

—Pero así jamás te sentirás realmente satisfecho. No experimentarás la alegría de esforzarte hacia una meta y lograrla.

Él suspiró profundamente. ¿Por qué Minerva resultaba siempre tan receptiva?

«¿No te cansas nunca?», le había preguntado la noche anterior, refiriéndose a «vivir el día a día», a «al diablo con todo», a «vive sin preocupaciones».

Sí, claro que le cansaba. Envidiaba a hombres como su primo, que poseía sentido del deber y un propósito por el que batirse en duelo si fuera preciso. Los hombres como Bram se despertaban cada mañana sabiendo lo que querían, por qué y cómo lograrlo. ¡Maldición!, incluso envidiaba a los hombres a los que había ayudado esa mañana a cubrir de paja el tejado de una casa.

Envidiaba a Minerva, con sus descubrimientos y dedicación, mucho más de lo que ella podría llegar a suponer.

—Si lo que estás preguntando es por qué no hago algo útil con mi vida, te diré que sí que lo hago. Soy vizconde, cielo. El título lleva aparejada una responsabilidad. O la llevará cuando tome el control de las cuentas. Aunque mi más alta meta en esta vida es permanecer vivo y no estropearlo todo. No puedo arriesgar mi vida comprando una comisión como oficial ni tampoco enrolarme en un barco pirata.

—¿No se supone que los caballeros deben administrar sus tierras?

—¿Y quién dice que no lo hago? —La miró de reojo—. Aunque te parezca mentira, todos los meses me dedico a revisar las cuentas, para asegurarme de que mi finca está siendo bien administrada. Y cumplo con mi parte para que siga siendo así al mantenerme alejado. —Se encogió de hombros—. Sé que algunos caballeros desarrollan intereses intelectuales o políticos para ocupar su tiempo, pero ¿qué quieres que te diga? No soy un especialista. Se me dan bastante bien algunas cosas, pero no sobresalgo en ninguna de ellas.

—Eres hombre de muchos oficios —convino ella pensativa.

—Bueno, pues eso mismo. Si pudiera dedicarme al comercio, algo que no puedo hacer...

Guardaron silencio durante unos segundos.

—Claro que tienes talentos, Colin.

Él le guiñó un ojo con picardía.

—Oh, ya lo sé.

—No me refiero a eso.

—Vamos a ver. Se me da bien mentir, beber, proporcionar placer a las mujeres e iniciar peleas de taberna. —Tras dar un par de pasos, se detuvo delante de un puesto donde se ofrecía un juego de lanzamiento de bolas—. Y esto. Soy muy hábil en esto.

Tomó una de las redondas bolas de madera y comenzó a jugar con ella, lanzándola al aire y recogéndola con la mano. Sopesó su peso haciéndola rodar por la palma de la mano.

—¿Cuánto cuesta jugar? —le preguntó a la mujer que había detrás del mostrador.

—Tres peniques un intento, señor. Debe lanzar la pelota a las canastas. —La mujer señaló una enorme canasta al fondo. Detrás había una serie de canastas similares puestas en fila..., cada una más pequeña que la anterior—. Si acierta en la primera, obtiene una manzana. Si es en la siguiente, una naranja. Y sucesivamente, melocotones, cerezas, uvas. —Indicó la última, casi tan pequeña como la propia bola—. Si encesta en la última, habrá conseguido una piña importada de las islas Sándwich.

«Seguro». Sonrió burlonamente. Una piña achaparrada y marchita que parecía provenir de un invernadero y haber pasado varias semanas viajando por la campiña inglesa.

Era fácil entender en qué consistía el juego. En esencia, los jugadores pagaban tres peniques por una manzana. Si tenían suficiente habilidad, obtenían también la naranja.

Resultaba evidente que nadie conseguía la piña.

Depositó los tres peniques encima del mostrador.

—Tiraré una vez.

Obtuvo la manzana con facilidad, como había imaginado. Tendió la brillante fruta a Minerva, que se había sentado en el baúl.

—Venga —la urgió—. La vida es algo incierto, cómetela ya.

Para cuando había conseguido la naranja y tres melocotones maduros, una pequeña aglomeración de niños se congregaba a su alrededor. Mientras evaluaba si lanzar a la canasta que le premiaría con cerezas, miró a un lado y supo al instante de dónde habían salido tantos críos. La pequeña Elspeth se había sentado junto a Minerva sobre el baúl. El jugo de uno de los melocotones resbaló por su barbilla cuando intentó dar un mordisco ladeado a la fruta para evitar el lugar donde se le movía el diente. Al parecer, los dulces que había podido obtener con un penique no habían sido suficientes para ella; había vuelto a por más y había traído consigo a todos sus amigos.

Tras lanzar otra vez y ganar, pasó a Minerva la bolsita de cerezas para que las distribuyera.

—Una para cada uno —dijo él a los niños reunidos—. Y nada de escupir los huesos.

Por el jolgorio que se formó, cualquiera habría pensado que acababa de regalarles monedas de oro.

Minerva resultó empujada y apartada, pero aun así le brindó una amplia sonrisa mientras abría la bolsa.

—¿No quieres una?

Él negó con la cabeza. Aquella sonrisa —real y hermosa— era la mejor recompensa que podía tener.

—¡A por las uvas! —gritó un niño—. ¡Oh, Dios! Nunca he probado una uva en toda mi vida.

La corpulenta mujer que llevaba el negocio se cruzó de brazos.

—Ávidas urracas. Pedid lo que queráis. No conseguiré ganar las uvas.

—Ya veremos. —Colin sopesó la bola de madera en la mano. La cesta en la que debía introducirla se encontraba a unos diez pasos y tenía el diámetro de un plato. Si lanzaba de forma directa, la pelota rebotaría en el borde y caería fuera. La mejor opción era trazar un arco alto,

para que entrara limpiamente desde arriba.

Sostuvo la bola en alto; los niños contuvieron el aliento antes de que la lanzara.

Y, unos segundos después, pasaba unos racimos de uvas para que las degustaran. Estaban repletas de semillas y algo marchitas, algunas de ellas a medio camino de convertirse en pasas, pero un niño que jamás había comido uvas no iba a quejarse. Los críos se las metieron en la boca y se miraron los unos a los otros entre sonidos de deleite.

—¡La piña! —Comenzaron a pedir a gritos entre saltitos—. ¡A por la piña!

Colin esbozó una media sonrisa. La cesta de la piña era del tamaño de una taza de té. No estaba seguro siquiera de que la bola cupiera allí dentro, y mucho menos desde tan lejos.

—No os hagáis ilusiones, niños.

—¡Oh, pero yo he soñado con piñas!

—Mi madre es criada. Probó una piña una vez y dice que sabe a ambrosía.

—¡Puede hacerlo, señor! —chilló Elspeth.

Lanzó la pelota de madera a la niña.

—Frótala para darme suerte, cielo.

La cría esbozó una amplia sonrisa mientras lo hacía y se la devolvió.

Él le guiñó el ojo a Minerva y se encogió de hombros.

—Allá vamos.

Miró la canasta, calculó el lanzamiento... y lanzó la bola.

CAPÍTULO

22

Cuando la bola de madera surcó el aire, todos los niños se cogieron de las manos y contuvieron el aliento, esperanzados. Minerva aguantó la respiración con ellos, y eso que ni siquiera le gustaba la piña.

«Entra —rogó para sus adentros—. ¡Entra!».

No entró.

La bola rebotó contra el borde de la cesta y cayó al suelo. Ella no pudo evitar unirse al colectivo gemido de decepción.

Colin se encogió de hombros y alzó las manos en el aire, a modo de disculpa.

—Lo siento, chicos. Otra vez será. —Tenía buen perder. Era un perdedor gentil, como siempre, pero ella notó que también estaba desilusionado. No porque su orgullo se viera afectado, sino por los niños. Quería darles algo bueno que recordar y... ¿quién podía echárselo en cara?

Olvidando cualquier tipo de cautela y frugalidad, se acercó al mostrador.

—¿Cuánto cuesta la piña? —preguntó a la dueña de la caseta—. ¿Me la vende por tres chelines?

En los ojos de la mujer brilló una expresión de avaricia, pero su voz fue firme.

—No está en venta.

—Entonces intentaré conseguirla yo. —Un caballerete bien vestido dio un paso al frente. Parecía ser la versión local de un petimetre... Probablemente el hijo de algún caballero del condado que acudía a la feria con el bolsillo repleto y creyéndose mejor que los demás. Estaba flanqueado por un par de amigos, que parecían tan ansiosos de diversión como él.

—Lo siento, señores. —La corpulenta mujer cruzó los brazos—. El negocio está cerrado.

—Por favor... —suplicó el caballerete con un gesto amable al tiempo que lanzaba a Colin una mirada de superioridad—. Había esperado poder poner en evidencia a este tipo.

Los amigos le rieron el chiste. Entretanto, los niños rodearon a Colin como si lo hubieran reclamado como uno de ellos y tuvieran que batirse en su defensa. Resultó un gesto muy tierno.

—Bien —intervino Colin en tono cordial—, si está dispuesto, podría satisfacerle de alguna manera. Si lo que quiere es demostrar su puntería, podemos arreglarlo. ¿Qué le parece utilizar blancos y pistolas?

Entre los niños reunidos surgió un susurro de excitación. Al parecer, poder disfrutar de un concurso de tiro al blanco era un bálsamo efectivo para la decepción de haber perdido la piña.

El joven miró a Colin de arriba abajo sin dejar de sonreír burlonamente.

—Se lo advierto, soy el mejor tirador del condado. Pero si insiste, estoy dispuesto a competir contra usted.

—Entonces también debería estar dispuesto a aceptar mi dinero. Apostémonos algo.

—Por supuesto. Indique su apuesta.

Colin rebuscó en los bolsillos y ella le miró alarmada. Sabía que era un excelente tirador, pero no se le ocurriría arriesgar todo su dinero, ¿verdad?

—Cinco libras —dijo Colin.

«¿Cinco libras?».

—¿Cinco libras? —repitió el caballere.

No podía creérselo.

—¿Cinco libras? —le susurró ella por lo bajo tras acercarse a él—. ¿Te has vuelto loco? ¿De dónde vas a sacar cinco libras?

—De aquí. —Vio que Colin sacaba un pequeño rectángulo de papel doblado de un bolsillo interior—. Acabo de encontrármelo en la casaca. Debe de llevar meses ahí, pero lo había olvidado.

Ella abrió el papel y se subió las gafas para mirarlo. Sin duda, era un billete por valor de cinco libras.

Cinco libras... Durante todo el tiempo que ella había estado devanándose los sesos sobre cómo estirar los escasos chelines y peniques de que disponían, él llevaba cinco libras en el bolsillo. ¡Ese hombre era imposible!

—No puedes arriesgar ese dinero —susurró ella—. Es...

—Es una apuesta. —El caballere sacó una bolsa con monedas, cogió cinco y se las puso a ella en la mano—. Cinco libras.

¡Oh, Dios! Aquella situación le producía un mal presentimiento.

Formaron un auténtico desfile, un amplio grupito que se dirigió hasta el límite de los terrenos donde estaba instalada la feria, lugar en el que se podría llevar a cabo un concurso de puntería sin peligro para nadie. Estaba atardeciendo ya cuando levantaron una diana de paja; los observadores eran ahora una pequeña multitud formada no solo por niños, sino también por adultos.

—Un único disparo cada uno —dijo el engolado petimetre mientras indicaba con la cabeza el blanco situado en mitad del prado—. El que acierte más cerca del centro de la diana se lleva las ganancias.

—Me parece bien —convino Colin—. Usted primero.

El joven se demoró en limpiar y cargar la pistola —un arma brillante con dos cañones—, alardeando de sus conocimientos. Se trataba de una pistola Finch, notó ella con diversión. Su amiga Susanna también se reiría si lo viera.

Con cierto aire pomposo, el petimetre alzó el arma y realizó su disparo. Apareció un círculo oscuro en la diana, a varios centímetros del centro.

El joven aceptó los aplausos con una reverencia. Ella puso los ojos en blanco. Cualquiera de las mujeres de Cala Espinada lo habría hecho mejor.

Sin duda alguna, Colin lo haría mejor.

Por una vez en su vida, Colin ni siquiera alardeó de cara a la galería. Únicamente se quitó la casaca y se pasó la mano por el pelo ondulado. Y aquellos dos gestos fueron suficientes para que se convirtiera en el objeto de deseo de cada mujer, de envidia de cada hombre y en el ídolo de todos los niños presentes. ¡Santo cielo!, era guapísimo.

Tan deslumbrada quedó por su maravillosa apariencia física que casi olvidó sumirse en un estado de pura ansiedad. Antes de que supiera lo que pasaba, él dio un paso al frente, alzó la pistola y disparó. Cuando se disipó el humo, se quitó las gafas para mirar al blanco.

En el mismo centro, por supuesto.

Los niños comenzaron a saltar y a gritar con descontrolada alegría y unos cuantos de los presentes intentaron, sin éxito, llevarlo a hombros en señal de victoria.

Ella cerró los dedos sobre el pequeño capital que tenía en las manos. Diez libras. Diez libras

que lo cambiaban todo. Ahora sí podrían llegar a tiempo. Lograrían llegar a Edimburgo, y *Francine* tendría su oportunidad.

Cuando Colin por fin se deshizo de los jubilosos niños y la miró, sonreía de oreja a oreja. Oh, podría haberle besado allí mismo, delante de todas esas personas.

Pero el derrotado caballere también quería hablar con él.

—Es usted un tramposo —escupió tras acercarse a él—. No sé qué clase de estafador será usted, pero no dude que mi padre, que es el magistrado de este condado, lo averiguará. Creo que querrá hablar con usted y llevaremos de paso ese billete suyo de cinco libras como prueba; estoy seguro de que lo habrá robado.

Dando un paso atrás, Colin se puso la casaca.

—No quiero problemas —aseguró.

Uno de los amigos del hombre se adelantó con el puño en alto.

—Bueno, pues ha encontrado unos cuantos.

Minerva sabía que en una pelea a puñetazos Colin podría vencer con facilidad a dos de esos jóvenes. Pero si el caballere ofendido era realmente hijo de un magistrado local, ponerse a luchar contra él era una mala idea.

¿Por qué siempre tenían que acabar huyendo para evitar un caótico y violento motín? ¿Serían capaces de hacerlo esa vez con las diez libras en el bolsillo y sin apenas consecuencias? ¿Aunque solo fuera por esa vez?

—Mire —repuso Colin, dándoles una ruidosa palmada en el hombro a cada uno de ellos—, quizá esté en lo cierto y no haya sido demasiado deportivo por mi parte, pero seguramente podremos resolver todo esto sin involucrar a ningún magistrado. Solo por eso, y para probar que soy un tipo decente, les daré una oportunidad de ganar. Doble o nada.

El caballere le lanzó una mirada sarcástica.

—Si cree que voy a...

—No, no —se apresuró a interrumpirle Colin, en tono suave y conciliador—. No seremos usted y yo. Nombraremos a nuestros segundos. Este será el suyo —dio una palmada en el hombro a uno de los tipos que le acompañaba—, y disparará contra mi chica —propuso, mirándola a ella.

«¡Oh, no! Colin, no me hagas esto».

—¿Contra su chica? —El petimetre se rio entre dientes.

—Incluso se quitará las gafas —les tentó Colin con un gesto de rendición—. Ya se lo he dicho, no quiero problemas. Puede conseguir que me encierren, pero no por eso será más rico. Y así es posible que recupere sus cinco libras.

El tipo dio un paso atrás y sonrió.

—Bueno, de acuerdo. Será como usted dice.

—Doble o nada. —Colin tomó en brazos a la pequeña Elspeth y la sentó encima de la valla—. Elspeth sostendrá el dinero. —Cogió las diez libras que Minerva tenía en la mano y las puso en la palma de la niña.

El caballere sacó su bolsa, pidió algunas libras prestadas a sus amigos y, finalmente, tendió su apuesta a la sonriente Elspeth, que guardó todo el dinero dentro de un pañuelo anudado. Él tendió la pistola a su ansioso compañero, que resultó ser un tirador mediocre. Acertó dentro de la diana, pero a bastante distancia del centro.

Era el turno de Minerva, que notó un frenético hormigueo en el estómago.

—Denos un momento —pidió Colin a los caballeros, sonriendo—. Tengo que explicarle cómo manejar la pistola.

Los hombres se miraron y rieron mientras él la acompañaba hasta la línea de disparo.

—Colin, ¿en qué estabas pensando? —susurró, temblando—. ¿Qué voy a hacer?

—Vas a disparar, por supuesto. Y vas a acertar justo en el centro del blanco.

Con confianza, Colin le quitó las gafas, las dobló y se las guardó en el bolsillo interior de la casaca.

Le puso la pistola cargada en la mano y, colocándose a su espalda, la rodeó con los brazos para obligarla a alzar el arma, como si estuviera enseñándole a disparar.

—Después de que aprietes el gatillo —le murmuró en el oído—, coge el pañuelo de las manos de Elspeth. Yo me ocuparé de *Francine*. Y corre, corre tan rápido como puedas, por ese camino.

—Movié la pistola a un lado, indicándole la dirección—. No te detengas ocurra lo que ocurra. Que no se te pase por la cabeza siquiera volver la vista atrás. Te alcanzaré, te lo prometo.

Ella se apoyó en él, deleitándose en su fuerza y su calor.

—Pero... Pero ¿qué ocurre si no acierto?

—Acertarás. —La besó en la oreja y dio un paso atrás al tiempo que le soltaba los brazos—. Anda, venga, haz que me sienta orgulloso de ti.

Ella apuntó al blanco, cerrando los ojos para enfocar. Le temblaban las manos. Trató de recordar todos los consejos recibidos de Susanna y la señorita Taylor. Como las demás mujeres de Cala Espinada, había aprendido a disparar, pero su puntería no había sido especialmente buena. Su madre no había ocultado nunca que consideraba ridícula su participación en dicha actividad.

«Una chica que apenas ve tres en un burro, ¿armada con una pistola? —había dicho—. Cariño, los caballeros ya se mantienen a distancia. No es necesario espantarlos».

Respiró hondo e intentó no escuchar las risas.

—*Francine* —susurró—, va por ti.

En el momento en que estaba a punto de apretar el gatillo, una voz resonó sobre la multitud reunida, rompiendo el silencio y consiguiendo que se le paralizara el dedo y se le helara la sangre en las venas.

—¡Ese es! ¡Ahí! —«¡No, no podía pasar eso!»—. ¡A por él, chicos! —gritó la voz—. ¡Ese es! ¡El príncipe Ampersand, de Crustácea!

Ella bajó el arma, anonadada, y miró a Colin.

—¡Dispara! —ordenó él con los ojos muy abiertos y feroces—. ¡Ahora!

—De acuerdo.

Con una repentina seguridad y absoluta sangre fría, alzó los brazos, apuntó al blanco y apretó el gatillo. Sin detenerse a mirar el resultado del disparo, cogió el dinero de las manos de Elspeth y corrió. Los salvajes gritos de entusiasmo de los niños le dijeron lo que necesitaba saber. Lo que había sentido en las entrañas.

Había acertado justo en el centro, tal como Colin había predicho.

Sonriendo para sus adentros, bajó la cabeza y comenzó a mover brazos y piernas a toda velocidad, corriendo imparable por el camino.

Su respiración se había vuelto tan jadeante y su corazón latía con tanta fuerza que apenas lograba oír el golpeteo de sus propias botas en la tierra, pero pronto fue consciente del ruido de otros pasos a su espalda. No se atrevió a bajar el ritmo ni siquiera para saber si pertenecían a Colin. Continuó corriendo como si fuera el mismo diablo quien le pisara los talones.

Y mientras huía como si su vida dependiera de ello, con una pistola en una mano y un puñado de dinero en la otra, se le ocurrió que aquel debía de ser un momento decisivo en su vida. Sin duda,

nunca le había ocurrido algo así en toda su existencia.

Acababa de probar que todos los juicios de su madre estaban equivocados. No era normal y corriente, sino guapa. No era distraída y torpe, sino segura de sí misma y una tiradora de primera.

Pero, sobre todo, no estaba desesperada. Poseía veinte libras y había realizado un importante descubrimiento científico.

Y, además, tenía a Colin, el granuja más atractivo y encantador de Inglaterra, corriendo tras ella.

Si no fuera porque los perseguían unos salteadores de caminos y el hijo furioso de un magistrado, diría que la vida nunca había sido mejor.

—Ven por aquí —gritó Colin, alcanzándola cuando estaban ya en los límites del pueblo. Lo vio meterse por un callejón con *Francine* en brazos y le siguió. Sus pasos resonaron en la estrecha y oscura calleja antes de que atravesaran bajo un pasaje abovedado que llevaba hasta el muro que cerraba el camposanto de la iglesia y que, desde allí, conducía fuera de la población.

Aminoraron un poco el paso para trasladar a *Francine* entre ambos mientras el sol se ponía frente a ellos. Solo cuando hubieron atravesado dos prados y coronaron la cima de una colina, se detuvieron a tomar aliento y mirar hacia atrás.

No vieron a nadie.

—¿Cómo lograste escapar? —preguntó ella.

—Gracias a Elspeth y su ejército. Entorpecieron el avance de nuestros perseguidores. Pero todavía no estamos a salvo. —Jadeante, Colin señaló con la cabeza una cabaña cercana—. Vamos hacia allí.

No se trataba de una vivienda propiamente dicha, solo un reducido refugio que utilizaban los pastores para dormir mientras sus rebaños vagaban por aquellos pastos. Esa noche estaba vacío. Lo más probable era que no hubiera ninguna oveja suelta por los prados para que también los pastores pudieran disfrutar de la feria.

Colin tuvo que agacharse para no tropezar con el umbral de la reducida entrada. En el interior encontraron una pequeña chimenea, una lámpara de aceite, varios ganchos, cayados y otros útiles de pastoreo... Y un estrecho catre.

Todavía jadeante por la carrera, ella localizó un pedernal y encendió la lámpara.

—¿Sabes qué? —Se volvió hacia Colin mientras la llama iluminaba el espacio—. Hoy es mi cumpleaños.

Él se rio.

—¿De veras?

—No, no de verdad. —Soltó una risita tonta—. Pero si lo fuera, habría sido el mejor de mi vida. Colin, has estado increíble.

—Tú sí que eres asombrosa. —La tomó por la cintura y la estrechó contra su pecho, todavía agitado—. Asombrosa.

Aquellas palabras de alabanza le pusieron la piel de gallina. Pero cuando él la apretó con fuerza, un extraño obstáculo redondo se interpuso entre ellos.

Colin la miró con el ceño fruncido.

—¡Oh! —Se rio ella. Se retiró un poco y sacó el misterioso objeto del bolsillo de la sobrefalda para mostrárselo—. Te he guardado un melocotón.

Él miró la fruta antes de clavar los ojos en ella.

—Mínerva...

Una repentina conciencia hizo hormiguar cada centímetro de su piel. El hambre en los ojos de

Colin, el calor que crecía donde se tocaban sus cuerpos... Eso no era una lección ni un experimento para satisfacer su curiosidad científica. No se trataba de una actuación.

Era real.

Él inclinó la cabeza poco a poco, como alargando el momento. Así hizo que ella se pusiera de puntillas, que se estirara hacia él con ansiedad, hasta que finalmente él le deslizó la mano por la nuca y capturó su boca en un apasionado y profundo beso.

Se le cayó el melocotón de los dedos y este rodó por el suelo cubierto de paja, mientras ella se llenaba las manos de él. Se besaron y se abrazaron con todas sus fuerzas; sus lenguas se enredaron al mismo tiempo que sus dedos se hundían en los cabellos del otro. Parecía como si no pudieran acercarse lo suficiente, como si no fueran capaces de besarse con suficiente intensidad, como si no hubiera suficiente piel a su disposición.

Minerva notó que sus pezones se convertían en picos enhiestos y sintió la dura cordillera de la erección de Colin contra el vientre. Su mente aceptó lentamente lo que sus cuerpos ya sabían: solo había una manera de satisfacer esa necesidad. Solamente una para lograr la cercanía que ella necesitaba con tanta intensidad.

—Minerva. —Colin le deslizó la lengua desde la garganta a la oreja—. Quiero hacer el amor contigo.

Incluso las palabras... Aquella atrevida e inequívoca declaración hacía que el fuego atravesara sus venas. Caliente, poderoso, absorbente...

Había una docena de razones para rechazarlo, pero eran las razones de los demás. De su madre, de sus amigas, de la sociedad... Ella ya había dejado atrás todas esas expectativas. Si se interrogaba a sí misma, no tenía dudas. Su cuerpo deseaba sentir su piel contra la de ella. Su mente estaba deseosa de experimentar la pasión física... con él. Y su corazón...

Oh, su corazón ya era suyo para que lo rompiera.

Las manos de Colin fueron a las cintas que sujetaban la sobrefalda. Con hábiles movimientos desató la prenda y la liberó de ella. Luego se dedicó a la hilera de corchetes de la espalda.

—Te prometí que no lo haría —recordó con la voz áspera por la necesidad—. Me prometí a mí mismo que no lo haría, pero no puedo evitarlo, Min. Te deseo demasiado.

Ella le besó la garganta y apretó su cuerpo contra el suyo, intentando demostrarle que no encontraba palabras para expresar lo que realmente quería. Que también le deseaba, que necesitaba su contacto. Mientras él se ocupaba de soltar los corchetes, ella enredó los dedos en su pelo ondulado.

—Colin... —suspiró.

Él llevó las manos a sus hombros antes de mirarla a los ojos.

—Si no quieres hacerlo, dímelo ahora. —Le vio tragar saliva—. Dilo y me detendré.

Como única respuesta ella se bajó el vestido por los brazos y dejó caer la seda azul a sus pies. Él le tendió una mano para ayudarla a mantener el equilibrio mientras daba un paso para salir del charco que había formado la prenda.

A su lado Colin soltó un silbido.

—Mírate. Eres preciosa.

Sintió que se ruborizaba de placer al ver que él apreciaba las prendas de su ajuar que había encontrado en el baúl. El corsé francés con esas copas de encaje para los pechos y la camisola blanca... Las medias de seda. Estaba segura de que todas esas prendas habían sido creadas para ese momento, para que él las viera sobre su cuerpo. Para ese alocado día en la feria; para mostrarlas en aquel cómodo y humilde lugar donde pasarían la noche. Para descubrir esa pasión

en los ojos de Colin cuando la miraba.

Aquello era todo lo que siempre había querido.

Abrió el baúl y buscó las sábanas que había bordado con sus propias manos para utilizarlas en una improbable noche de bodas. Juntos las extendieron en el estrecho catre.

Incluso si fuera a la tumba soltera, conocería más pasión esa noche de la que algunas mujeres experimentan en toda una vida. Se prometió disfrutar de cada caricia. Recordar cada contacto. Mantener abiertos los ojos durante cada instante, incluso en ese momento en el que la besaba en aquel tierno lugar debajo de la oreja.

Colin la tomó por la cintura y la giró sobre sí misma. Se estremeció, de espaldas a él, cuando comenzó a aflojarle los cordones del corsé. Por fin, la restrictiva prenda se soltó de su cuerpo y ella dejó escapar un profundo e intoxicante suspiro.

Él la estrechó con un suave gemido. Ella notó la tensión de los sólidos pectorales en la espalda cuando le apesó los pechos sobre la camisola. Gimió en el momento en que él alzó y acarició sin cesar los suaves globos, convirtiendo los pezones en tensos picos ansiosos.

Se dio la vuelta entre sus brazos, queriendo tocarle también. Deslizó las manos bajo las solapas de la casaca hacia los hombros y separó la prenda de su cuerpo. Él la dejó resbalar por los brazos hasta el suelo. Entonces ella tiró de la floja tela de la camisa para liberarla de la cinturilla y poder deslizar las manos por debajo para explorar los suaves contornos musculosos de su torso.

Él levantó los brazos todo lo que pudo, casi rozando el techo, y ella le quitó la camisa por la cabeza. Una vez que se deshicieron de la camisa de Colin, él quiso despojarla de la camisola y, tomando el borde inferior de la prenda, se la subió lentamente, recorriendo todo su cuerpo..., hasta que se la quitó por completo y la dejó resbalar de los dedos hasta el suelo. Entonces él pasó las manos muy despacio por su espalda y su tórax, excitando cada lugar con sus dedos. Las palmas estaban un poco ásperas por el trabajo realizado con la paja esa mañana, pero la deliciosa fricción solo incrementó la excitación.

Le demostraba que eso era real.

Se quedó desnuda ante él, salvo por las medias y las ligas. Él le pasó la mano por las nalgas y la parte posterior de los muslos. Estaba segura de que le quitaría las ligas, pero solo rozó la delicada seda antes de alzarle la pierna. Se rodeó la cadera con su muslo al tiempo que la estrechaba con fuerza. Sus pechos impactaron contra el torso desnudo y, mientras se besaban, ella no pudo evitar frotarse contra el sólido calor para aliviar el sordo dolor interno que padecía. Él gimió contra sus labios.

Colin introdujo una mano entre sus cuerpos para ahuecarla sobre su sexo. A ella se le licuaron las entrañas y notó que se humedecía.

Él introdujo dos dedos en su interior, forzando la entrada hasta que frotó la palma contra el firme montículo. La reacción de su cuerpo fue inmediata e intensa. Colin comenzó a mover la mano y ella siguió el ritmo, surcando las sensaciones al tiempo que gemía sin contención.

Ya se hallaba cerca del final. Estaba a punto de alcanzar el clímax.

Él retiró los dedos y ella lloriqueó por la repentina pérdida.

Colin la alzó contra su pecho para llevarla al catre.

—¡Maldición! Sé que debería pensar en ti, que debería conseguir darte placer antes de nada, pero quiero estar dentro de ti. Quiero estar profundamente perdido en tu interior cuando te corras.

Sin duda, no podía protestar por eso.

Le observó sentarse en el baúl y forcejear para quitarse las botas y los pantalones. Su erección saltó libre entre los botones desabrochados y ella estiró la mano hacia la oscura y tentadora curva.

Él la dejó explorar a sus anchas, separando los muslos para que pudiera acariciar toda la longitud y la vulnerable bolsa que había debajo, mientras suspiraba con cada caricia. La joven pasó la yema de los dedos por la gota de humedad que fluía de la punta para esparcirla por el glande.

Él le sujetó la muñeca y la detuvo.

—No puedo resistirlo más —aseguró con una risa ronca.

—Entonces ven. —Esas palabras la hicieron sentirse seductora y atrevida. Se desperezó sinuosamente en el catre, ofreciéndole su cuerpo en una invitación pálida y rosada.

Colin no perdió el tiempo. Se movió entre sus piernas y le separó los muslos. Frotó el engrosado miembro de arriba abajo entre sus pliegues, haciéndola gemir de placer. Cuando situó la ancha y suave cabeza de la erección en la entrada de su cuerpo, ella deseó que la llenara.

—Estás muy mojada —gimió él mientras presionaba hacia delante—. Mojada y cerrada.

Ante la lenta y sorprendente invasión, no pudo contener un grito de dolor. Abrió mucho los ojos y jadeó.

Ya estaba. Él se encontraba dentro de ella. Estaban haciendo el amor.

Era... maravilloso y terrible a la vez. La inundación de sensaciones y emociones la abrumó. Sus pechos estaban siendo presionados por el firme peso de su torso. Su corazón se inflamó con una creciente ternura.

Pero la parte que estaba entre sus piernas hacía mucho daño.

«Colin sabe lo que está haciendo», se dijo a sí misma. Sin duda alguna, pronto se transformaría en algo maravilloso.

Sucedería en cualquier momento.

Él se retiró un poco y volvió a empujar. Se introdujo profundamente en su interior, abriéndola todavía más. Ella sabía por sus exploraciones previas que la erección era más gruesa en la base. Cuanto más avanzaba, más aumentaba el dolor. Vaciló, estaba a punto de rogarle que se detuviera.

—¿Puedes...? —Ella jadeó, tomando aire—. ¿Puedes esperar? Solo un momento.

Con una maldición, él apoyó la frente en su hombro.

—Odio hacerte daño. Odio haberte hecho esto. —Alzó la cabeza—. ¡Dios, Min! Lo siento. Te compensaré, te lo juro. No sé cómo, pero... lo haré.

—Solo haz que me guste. —Sonrió con valentía—. ¿Sabes cómo hacerlo?

Él esbozó una petulante sonrisa de medio lado.

—Creo que puedo arreglármelas.

Colin se quedó quieto. No avanzó más. Le concedió la pausa que ella le había pedido y concentró la atención en lo que tenía al alcance de la mano. Se apoyó en un codo y comenzó a acariciarle un pecho con los dedos, al tiempo que le succionaba el pezón. Con cada golpe de su lengua un estremecimiento de placer le atravesaba de pies a cabeza todo el cuerpo.

Cuando él trasladó sus atenciones al otro seno, el dolor donde estaban unidos comenzó a disminuir poco a poco. Los músculos internos se relajaron alrededor de su miembro y el inflamado brote en la cúspide de su sexo reclamó atención. Instintivamente, ella se arqueó y contoneó las caderas, buscando fricción. Se encontró con que aquellos movimientos le proporcionaban un intenso placer, pero también hacían que Colin se introdujera más adentro, acercándolos más.

Contuvo el aliento, pero para su sorpresa solo sintió un repentino goce. Oyó que Colin gemía a la vez, sin apartar la boca del pezón.

El dolor pasó al olvido e intentó multiplicar la indescriptible sensación, contorsionándose contra él otra vez. Y otra. Le aceptó en su interior con tentadores empujes. Sus pelvis se frotaron

con cada movimiento justo donde ella más lo necesitaba y aquello hizo que su excitación alcanzara nuevas cotas.

—¡Sí! —exclamó él al tiempo que cambiaba de posición para tomar el control—. Así, cielo, así. —Colin le deslizó una mano debajo de las nalgas para alzarla contra su cuerpo mientras empujaba más profundo todavía—. Ahora es mejor, ¿verdad?

—Sí —susurró ella.

Él embistió con más fuerza.

—¿Sí?

—¡Sí! —Se agarró con firmeza a sus hombros—. ¡Oh, Colin! Es tan maravilloso...

Él enterró la cara en su cuello y masculló algo que sonó como «¡Gracias a Dios!», antes de comenzar a moverse con un ritmo firme y fuerte y a sumergirse un poco más con cada envite. Lo sintió en lugares que jamás había soñado que pudiera sentirlo, y aun así deseó que la llenara más. Cuando toda la longitud estuvo enterrada en su interior, él se detuvo un momento y la abrazó con fuerza.

La miró con los ojos brillantes de emoción.

—Esto es lo que quería, Min. Hace mucho tiempo que lo deseo. No te imaginas cuánto.

Ella le acarició la mejilla.

—Yo también.

Él la besó con dulzura al tiempo que comenzaba a empujar otra vez. Firme y profundo. Real y seguro. Ella se arqueó hacia él, desesperada por sentir más. Urgiéndole en silencio, separó más las piernas y le rodeó con ellas la cintura para que se deslizara más profundamente todavía. En ese momento él se friccionó contra un lugar secreto y sensible, un sitio especial en su interior, y ella comenzó a sollozar con cada envite. Intentó agarrarse a su espalda, clavándole las uñas al tiempo que le mordía el hombro.

«No te detengas ahora. Por favor, no te detengas nunca».

Ella surcó la ola de placer cada vez más arriba, más y más alto, hasta que se rompió. Él la estrechó con fuerza sin dejar de acariciarla mientras la joven giraba y giraba rodeada por el éxtasis.

Colin la alzó entonces un poco más para embestir en un nuevo y más profundo ángulo. El ritmo se incrementó, lo mismo que la fuerza de sus empujes. A ella le encantó la sensación de estar presa entre sus brazos. Que la tomara tan profundo, tan firme, tan fuerte como quería. Como si al chocar con tanta dureza pudieran convertirse en un solo ser.

Y podrían engendrar a una criatura si él no tenía cuidado.

—Colin... —jadeó—, debemos ser precavidos.

—Lo sé. Lo sé... Solo siente —gimió, y se clavó en ella una vez más—. Eres tan dulce... Es tan bueno, tan correcto... Así..., muy, muy...

Con un grito gutural que pareció salir de su alma, Colin se retiró y se desplomó sobre ella, estremeciéndose entre sus brazos. Su semilla se derramó sobre su vientre como una especie de confesión. Un afectuoso e importante secreto.

Ella le acarició la espalda para sosegarle. Él se quedó quieto, pero era Colin y jamás se quedaba callado. Y cuando siguió allí, quieto y callado sobre su pecho, ella comenzó a preocuparse. ¿Y si ella no lo había hecho... bien? Quizá no había sido suficiente... O tal vez había sido demasiado. Quizá él había querido que fuera más apasionada... o más atrevida. O simplemente diferente.

Estaba a punto de disculparse y de rogarle que le ofreciera una segunda oportunidad cuando él

rodó a un lado.

—¡Oh, Min! Ha sido increíble. Jamás hubiera soñado que pudiera ser tan bueno estar contigo —aseguró mientras le retiraba el pelo de la cara. A ella se le llenaron los ojos de lágrimas de alivio y felicidad. Él se tendió sobre la espalda, con los brazos detrás de la cabeza—. ¿Sabes? Estoy seguro de que no debería decirte esto, pero ahora mismo podrías pedirme cualquier cosa..., lo que fuera..., y te lo daría.

—¿De verdad? —Soltó una risita tonta—. ¿Lo que desee? ¿Oro, plata, perlas, rubís?

—Hecho. Hecho, hecho y hecho.

—La luna.

—Es tuya. La bajaré del cielo para ti en cuanto recobre el aliento. Y si quieres, te ofreceré de paso algunas estrellas.

Ella se acurrucó contra él.

—No te molestes, no puedo imaginar nada que hiciera que este momento fuera mejor.

Pero era mentira. Había una cosa que ella deseaba y que no podía pedirle. Si pudiera pedir cualquier cosa, solo pediría eso.

«Ámame».

«Ámame y déjame amarte».

Las palabras le ardían en la lengua, pero no podía decirlas. ¡Qué patética! ¡Qué cobarde era! Podía llamar a su puerta en medio de la noche y exigirle que la respetara como persona; podía atravesar la campiña inglesa con la esperanza de llegar a ser valorada por sus logros, por sus estudios, pero le faltaba el coraje necesario para pedir lo que más quería en el mundo.

Ser amada, solo por ella misma.

CAPÍTULO

23

En algún lugar aulló un perro y rompió el silencio nocturno.

Colin se levantó de la cama, tembloroso y empapado en sudor. Abrió la puerta de la cabaña de pastores y tragó el aire frío de la noche con ávidas bocanadas. El retumbar de su corazón se aplacó ligeramente y recostó la cabeza sobre la muñeca que había apoyado previamente en el marco de la puerta mientras maldecía por lo bajo.

Notó una suave y ligera caricia recorriéndole la espalda de arriba abajo. El contacto no cuestionaba ni exigía. Simplemente le decía que no estaba solo.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó ella finalmente.

Negó con la cabeza.

—No es nada fuera de lo normal, solo me ha pillado por sorpresa. Las últimas noches no me desperté ni una vez. Había comenzado a pensar que...

—¿Que yo era tu cura? —Escuchó el sarcasmo en la voz de Minerva—. Creo que yo también lo esperaba, pero imagino que fue una tontería.

—No creo que fuera una tontería. —Suspiró y se pasó las manos por el pelo como si así pudiera olvidar las pesadillas—. Imagino que la culpa es de este lugar.

—Es demasiado pequeño y oscuro. Podemos coger las sábanas y dormir bajo las estrellas. O, si lo prefieres, nos olvidamos de dormir y nos ponemos en camino.

—No, no. Todavía falta mucho para que amanezca. Volveré a dormirme, pero creo... —Buscó a tientas la camisa y se secó con ella el sudor de la frente y el cuello—. Creo que prefiero hablar.

Las palabras fueron una sorpresa para ambos. Los dos eran conscientes de que no quería hablar del clima ni de la ruta que iban a seguir, ni de ningún otro tema por el estilo. Ella supo al instante lo que insinuaba.

—Por supuesto —dijo Minerva, enderezándose—. ¿Enciendo la lámpara?

—No, no te molestes. —Con la puerta abierta entraba la luz de la luna por el hueco. Él veía el contorno plateado del perfil femenino y el preocupado destello de sus ojos oscuros. Era suficiente.

Regresaron a la cama, donde la abrazó, inclinando la cabeza para inhalar la esencia a jazmín que desprendía su espeso pelo. No sabía muy bien cómo empezar; jamás había hablado con nadie de lo que ocurrió esa noche, no se lo había contado a nadie con detalle. Pero mantenerlo en silencio tantos años no le había ayudado y quizá había llegado el momento de probar a sacarlo fuera. Tenía que actuar de alguna manera para poder superarlo; para ser él quien controlara sus días y sus noches; para que su existencia adquiriera cierta semblanza de normalidad y monotonía.

Quería una vida normal y corriente, y deseaba que Minerva fuera parte de ella.

—No será agradable escucharlo —le advirtió—. ¿Estás segura de que no te importa?

Ella se acurrucó contra su pecho.

—Tú tuviste que vivirlo, Colin, yo encontraré fuerzas para escucharlo.

—Quizá deberíamos esperar a que sea de día.

—Si prefieres esperar, podemos hacerlo, pero yo estoy preparada ahora si tú también lo estás.

Él respiró hondo antes de comenzar.

—No sé cuál fue la causa. Me refiero a qué provocó el accidente. Regresábamos a casa tras visitar a unos vecinos. No se trataba de un viaje largo, por lo que no llevábamos lacayos, solo nos acompañaba el conductor. Yo me había dormido sobre el asiento, frente a mis padres, y ellos estaban sentados juntos. Recuerdo haberles escuchado hablar y reírse de algo. Creo que mi madre se metía con mi padre por ser demasiado indulgente. Me quedé dormido con sus voces de fondo. Me desperté algo más tarde, con los gritos.

Ella le rodeó con sus brazos.

—Debiste de sentirte muy confundido.

—Sí, en efecto. No sabía qué ocurría. Estaba muy oscuro y era evidente que habíamos volcado. Me había caído del asiento. Intuí que al volcar el carruaje había aterrizado sobre la puerta. Me corté con el cristal de la ventanilla.

—Aquí. —Ella dibujó la cicatriz en su sien.

Asintió con la cabeza.

—Salvo esa herida, parecía ileso, pero estaba aterrado. La oscuridad era absoluta; como si llevara una venda sobre los ojos. Y olía a sangre... —Se le revolvieron las entrañas y tuvo que mantener la compostura como pudo—. Era un olor penetrante, sofocante. Llamé a mi madre y ella respondió. Su voz parecía débil y extraña, pero no dejaba de repetirme una y otra vez que todo saldría bien; que debía ser valiente; que alguien vendría a ayudarnos en cualquier momento. Quería creerla, pero sabía que era incapaz de moverse.

—¿Y el conductor?

—Gravemente herido. Había salido despedido desde el pescante a cierta distancia, pero no lo sabíamos en ese momento. Solo se escuchaban los relinchos de agonía de los caballos.

—¿Y tu padre?

—Muerto.

—¿Lo sabías en ese momento?

—No, pero mi madre sí. Por la manera en que habían sido... —Contuvo un aliento tembloroso—. Esta es la parte más desagradable, cielo.

—Sigue. —Minerva le acarició el hombro—. Te escucho.

—Había una especie de estaca. Todavía hoy no sé si era parte del carruaje o algo que había en la zanja. O quizá fuera parte de una cerca o una rama, no lo sé. El caso es que los empaló a los dos. Entró por el pecho de mi padre y se clavó también en el costado de mi madre.

Ella se estremeció.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Colin!

—Me temo que todavía hay más. Mientras siguió hablando, supe que mi madre estaba viva. E incluso cuando no pudo seguir haciéndolo, escuchaba su respiración, ronca y sibilante. Pero cuando eso se detuvo... me volví loco. Me dio un ataque de pánico. Quería salir de allí. Grité y golpeé las paredes del carruaje hasta que perdí la conciencia. Luego... —Contuvo la emoción. Había llegado ya muy lejos, tenía que soltarlo todo—. Entonces llegaron los perros salvajes, atraídos por los lamentos de los caballos y el olor de la sangre. Mataron a los animales. Yo me pasé media noche gritando que quería salir y la otra media rezando para que aquellas bestias no entraran.

—¡Oh, Dios! —Él sintió sus lágrimas, frescas y húmedas sobre la piel.

—Lo siento —se disculpó él con rapidez, al tiempo que la estrechaba con fuerza—. Lo siento.

—Sabía perfectamente lo perturbadora que resultaba la escena. Y esa era la razón por la que jamás la había compartido con nadie. Odiaba estar pintando aquella escena en la imaginación de Minerva—. No debería habértelo contado.

—Claro que sí. —La joven alzó la nariz en el aire—. Por supuesto que tenías que contármelo. ¿Cómo has podido guardártelo dentro tantos años? Yo soy la única que debería sentirlo. —Le rodeó el cuello con los brazos y le abrazó con fuerza—. Colin, lo siento. Son solo palabras y no son suficientes, pero lo siento muchísimo. Deseo con todo mi corazón que no hubieras tenido que sufrir así, pero me alegro de que me lo hayas contado.

Él enterró la cara en su pelo. Por un momento temió romper a llorar y supo que si sucumbía al llanto —aunque fuese descontrolada y ruidosamente— ella no le abandonaría. De hecho, estaba seguro de que Minerva esperaría algunas lágrimas. Aquellos brazos tan suaves, dulces y fragantes le abrazaban justo como necesitaba ser abrazado.

Así que decidió dejarse llevar.

Pero las lágrimas no llegaron. Qué extraño...

¿Por quién debía llorar? ¿Por sus padres? Le dolió su pérdida, sí. Todavía los echaba de menos, pero hacía tiempo que había dejado atrás el luto. Había sido el horror sufrido esa noche lo que más le había afectado. El miedo... y la vergüenza.

Aquella profunda y soterrada vergüenza oculta.

—Durante años —confesó— pensé que había sido culpa mía. Que si no me hubiera quedado dormido, no habría ocurrido.

Ella contuvo el aliento.

—Eso es ridículo.

—Lo sé.

—Por supuesto que no fue culpa tuya.

—Lo sé.

—Eras un niño. No podías hacer nada.

—Lo sé. Y ahora que soy adulto lo comprendo racionalmente, pero... —Pero jamás había logrado deshacerse de aquella sensación. Era como si necesitara que alguien más confirmara su inocencia. Alguien inteligente y lógico. Alguien que supiera que iba a decirle la verdad sin tapujos. Alguien como Minerva—. No fue culpa mía —dijo.

—No —convino ella—, no lo fue.

Dulce y hermosa Min. Aquello era lo que más le había gustado de ella desde el principio. Su seguridad.

Ella le besó en la mandíbula y Colin respiró hondo. Aunque pareciera mentira, se sentía tan ligero que si los brazos de Minerva no estuvieran anclándole al suelo, podría salir volando.

—¿Sabes qué? —preguntó adormecido—. Siempre he pensado que la muerte de mis padres fue como una especie de balada. Se amaban con toda su alma, incluso un niño como yo lo percibía. Parece casi normal que tuvieran un final tan poético. Siempre juntos; en la vida y en la muerte. Debes admitir que es así como ocurren las tragedias..., y uno es un romántico empedernido.

Ella se mantuvo en silencio un buen rato, pero él supo que no estaba dormida porque no dejó de acariciarle el pelo.

Colin casi se había dejado llevar por el sueño cuando la escuchó responder.

—Si escribes los versos, yo los cantaré.

Minerva no volvió a dormirse esa noche. Su corazón y su mente se hallaban demasiado colmados y, de alguna manera, estaba segura de que él dormiría más profundamente si ella vigilaba su sueño.

Cuando los primeros rayos de sol inundaron la cabaña, estiró el brazo izquierdo. Lo levantó en el aire intentando que la sangre volviera a circular por los dedos dormidos. A continuación, el hábito y la necesidad hicieron que bajara el brazo a un lado, en busca de las gafas.

Con un incoherente murmullo, Colin se giró sobre sí mismo y depositó un brazo que pesaba como el plomo sobre su torso. Él movió los dedos palpando un seno.

¡Oh, Dios! Se le paralizó el corazón, dejando de palpitar. Luego experimentó un rápido latido. Dolía como cuando se meten los dedos helados en una palangana con agua caliente. De pronto tuvo que pensar que debía respirar, porque había olvidado hacerlo.

Lo primero que ella buscaba cada mañana eran sus gafas, no podía enfrentarse al día sin ellas.

Colin la buscaba a ella.

Sabía que no podía sanarle; ninguna mujer podría. Los acontecimientos ocurridos pertenecían al pasado y no podían ser modificados; sin embargo, quizá no fuera una cura lo que necesitaba, sino... una nueva perspectiva. Alguien que le aceptara como la persona imperfecta que era y le ayudara a ver el mundo de otra manera. Como le ocurría a ella con las lentes.

Al cabo de una hora la idea le parecería absurda, pero aquellos primeros rayos de sol perdonaban todas esas tonterías. Y solo por un momento se permitió soñar. Imaginar lo que sería despertar así cada día, sintiéndose esencial para él; que fuera la última persona con quien él hablara por la noche y lo que necesitara cada mañana..., impulsado por la familiaridad y el deseo de sentirla.

Cuando él comenzó a despertar y la besó en la mejilla, Minerva le deseaba con tanta desesperación y anhelo que una parte sensible y palpitante de su corazón se encogía previendo la decepción.

Le dio la espalda, poniéndose sobre un costado, incapaz de explicarle cómo había llegado a estar tan abrumada, incluso en ayunas. Él se acomodó detrás de ella, acunándola con su cuerpo. Aquella posición enfatizaba todos los contrastes físicos que existían entre ellos. Los duros contornos de su pecho se apretaban contra su espalda. El espeso vello de sus piernas se rozaba contra sus muslos, más suaves.

Bajo las sábanas, él comenzó a dibujar sus curvas con posesivo ardor hasta que, rodeándole la cintura con un brazo, la apretó contra su torso. Ella sintió su erección contra las nalgas.

—Min... —suspiró él, rozando la nariz contra la curva de su cuello—. Vuelvo a necesitarte. ¿Puedes...?

Ella asintió con la cabeza. Pero antes de que le diera tiempo a volverse hacia él, Colin se había apoderado de su pierna para alzársela y se movía a su espalda. Situó su duro miembro entre sus muslos.

La joven se puso rígida, sin saber qué esperar.

—Tranquila. —La besó en el cuello mientras deslizaba los dedos por su vientre, aproximándose poco a poco a su sexo—. Déjame enseñarte.

La acarició íntimamente con paciente habilidad hasta que no solo estuvo preparada, sino desesperada de deseo.

—Ámame... —le imploró. En ese momento podía decir lo que sentía sin correr demasiados riesgos.

Él tomó la erección en la mano, le inclinó las caderas en el ángulo adecuado y se introdujo en

su interior.

Todavía estaba dolorida de la noche anterior, pero él fue suave y la acunó entre sus brazos, impulsándose desde atrás con movimientos lentos y medidos. El dulce ardor que siempre surgía entre ellos creció y se extendió. Ella se relajó, ondulando al compás de sus empujes para intentar alcanzar el éxtasis.

Colin ahuecó la mano sobre uno de sus pechos y le pellizó el pezón antes de seguir bajando la mano por su cuerpo.

«Sí... Más abajo... Tócame ahí».

Él sabía lo que ella deseaba ardientemente. Atrapó la hinchada perla con la punta de los dedos y comenzó a frotarla en apretados círculos febriles, hasta que ella se estremeció y gritó de exquisito placer. Después de que el clímax se aminorara, él se retiró y comenzó a empujar con dura desesperación entre sus muslos. Cuando Colin se corrió, ella saboreó su ronco gruñido.

—Buenos días. —Ella sintió su sonrisa contra la nuca.

—¿Lo son?

—¿No lo crees? —Su tono cambió—. ¿Estás diciéndome que no querías que...?

—No. —Giró sobre sí misma en la cama para verle la cara—. No lo lamento. No lamento nada, pero quiero asegurarte, por si acaso ibas a decirlo..., que no tengo expectativa alguna.

«Solo esperanzas. Tristes y vanas esperanzas».

Él parpadeó.

—No tienes expectativas...

Sin duda alguna, él tenía que entender a qué se refería.

—Lo que compartimos fue maravilloso, pero quiero que sepas que no espero nada más.

—Bueno —replicó él secamente—. ¡Qué generosidad por tu parte!

—¿No te sientes aliviado? —No comprendía el tono irritado de su voz.

Él se puso boca arriba y se frotó el puente de la nariz.

—Minerva, no soy capaz de decidir a quién estás insultando más. Después de lo que ocurrió anoche deberías tener expectativas.

—¿Expectativas de qué? —Tragó saliva.

—Expectativas por mi parte.

—Pensaba que eras tú el que siempre estaba en contra de ofrecer expectativas sobre cualquier cosa. ¿No es esa la grandiosa máxima que rige tu vida? ¿No fuiste tú quien dijo que las expectativas conducen a las decepciones? ¿Que si no se espera nada, todo lo que se alcanza es siempre una agradable sorpresa?

Él soltó una carcajada.

—En ese caso... —La miró con los ojos avellana chispeando con intensidad—. ¡Sorpresa! —La besó en la punta de la nariz—. Vas a casarte conmigo.

CAPÍTULO

24

Bien, pensó Colin. Sin duda, había logrado sorprenderla.

Ahora bien, si había dos categorías de sorpresas, agradables o desagradables, no estaba seguro de en cuál clasificarla. Sospechaba que en la segunda.

Minerva no movía ni un músculo, pero, detrás de las lentes, sus pestañas parecían gemelos abanicos de ébano.

—¿Casarme? ¿Contigo?

Colin intentó no sentirse ofendido.

—Debo decir, Minerva, que esta no es exactamente la aceptación feliz y jadeante que un hombre desea oír.

—Esta tampoco ha sido la propuesta ardiente y enamorada que una mujer desea recibir. De hecho, ni siquiera estoy segura de que sea una propuesta.

—Imagino que tienes razón —convino en tono más ligero—. Y ahora tienes una tregua temporal. Debemos levantarnos y darnos prisa si queremos llegar a York esta noche.

—Espera, espera... —Ella le sujetó del brazo cuando él se incorporó—. Estoy confundida. ¿Esta es una de esas tontas situaciones en las que los caballeros sacan a relucir su código de honor? ¿En el que profieres una descuidada propuesta al amanecer, directa a mi cabeza, para satisfacer de alguna manera tu honor?

—No, no es nada de eso. Hablo en serio; tengo intención de casarme contigo.

—Creía que habías jurado renunciar al matrimonio.

Él se encogió de hombros.

—Creo recordar haberte dicho algo semejante.

—En efecto. Colin, aprecio el gesto... —La vio morderse el labio inferior—. De verdad. Pero no pienso casarme contigo solo porque sientas un repentino ataque de conciencia. Los dos sabíamos desde el principio que mi reputación se vería arruinada.

—Eso es lo que parecía, sí, pero la realidad es esta.

—Si te digo la verdad, no me siento arruinada en absoluto —aseguró Minerva, al tiempo que le brindaba una tímida sonrisa—. Solo algo dolorida en algunos lugares. ¿Te arrepientes de lo que ha ocurrido?

Él le acarició la mejilla.

—¡Dios mío, no! Ni remotamente.

Deslizó la mirada por su cara, dulce y preciosa. Tras lo que habían compartido también esa mañana, algo en su alma había ocupado por fin el lugar correcto.

—Entonces ¿de qué va todo esto? ¿Qué es lo que estás pensando?

Ella se sentó en la cama. Las sábanas se deslizaron hasta las caderas y revelaron su torso desnudo.

Colin se quedó sin aliento. ¡Maldición! Ella se mostraba ante él justo como la primera noche. Las gafas habían resbalado hasta la punta de su nariz, el pelo suelto le cubría los hombros pero

dejaba al descubierto los pechos perfectos, que parecían rogarle que los tocara.

Ahogó un ronco gemido.

—Estoy pensando que lo que ocurrió anoche era inevitable —aseguró—. Y debería haberlo sabido el día que abandonamos Cala Espinada. Pienso que lo que debería hacer, como caballero que soy, es detener de inmediato este alocado viaje y hacer las disposiciones para organizar una boda. —Se interrumpió para besarla en los labios ligeramente—. Pienso que lo que me gustaría hacer de verdad es volver a la cama, atrancar la puerta y pasarme el resto de la semana conociendo tu cuerpo de arriba abajo. Pero sobre todo, Min... —Le subió las gafas para que pudiera enfocar su cara—. Pienso que te hice dos promesas: llevarte a Escocia a tiempo de participar en el simposio y hacerlo sin seducirte en el camino. Te juro que cumpliré al menos la mitad de mi palabra. —Se levantó de la cama y le tendió la mano—. Así que pienso que esta conversación va a tener que esperar. No podemos perder el tiempo.

Ella sacudió la cabeza, desconcertada, pero asió su mano.

—De acuerdo.

Colin cogió un cubo de cuero de la cabaña y salió a recoger agua a un riachuelo cercano. Mientras Minerva se aseaba dentro del refugio, él se bañaba en el agua helada sin molestarse en quitarse la camisa.

La prenda necesitaba un buen lavado y él un fortificante baño helado que aplacara su lujuriosa entrepierna. Había tomado la virtud de Minerva la noche anterior y había vuelto a hacerle el amor esa mañana. Había roto todas sus reglas y abandonado los pocos principios que regían su vida. No importaba qué objeciones pusiera ella ni cómo diera la vuelta a las palabras, su conciencia insistía en que solo había un camino a seguir.

Debía casarse con ella.

Pero antes tenía que llevarla a ese maldito simposio.

Ella no quería casarse con él solo porque la hubiera arruinado, pero tampoco él deseaba eso. No, quería que se casara con él porque la había ayudado a triunfar. Le demostraría —y también se demostraría a sí mismo— que podía ser bueno para ella.

Cuando se sumergió en el agua fría, una oscura e insidiosa duda comenzó a colarse entre sus pensamientos.

«El camino hasta Edimburgo está pavimentado de buenas intenciones».

Apartó todas aquellas dudas, salió a la superficie y se limpió el agua de la cara. Esta vez sería diferente. Ese día... todo era diferente. Por el amor de Dios, ¡odiaba el campo! Y allí estaba, en medio de la campiña, muriéndose por regresar a una cabaña de pastores, con el ridículo deseo de poder alquilarla como casa de verano.

Cuando regresó al refugio, seguía mojado y tembloroso. Ella le miró severamente desde detrás de las gafas.

—Vas a coger frío.

Él se encogió de hombros sin dejar de escurrir los faldones.

—El sol secará la ropa con rapidez. Además, lo primero que haremos cuando llegemos a York será comprar prendas nuevas. —Se subió bruscamente los pantalones y se los abrochó bajo la chorreante camisa.

—¿Estás seguro de que es posible llegar a tiempo al simposio? —Minerva contó los días que faltaban con los dedos—. Solo quedan tres días.

—Lo conseguiremos. Llegaremos a York esta noche. Ahora que disponemos de dinero, avanzar desde allí será coser y cantar. Tardaremos solo unas horas en comer, ir de compras y alquilar un

tílburi. Luego nos pondremos en camino.

—Pero te sentirás fatal. Los tílburis son pequeños y estrechos. Por no hablar de lo caros que son. No tendremos fondos suficientes para alquilar un caballo para ti una vez dejemos York atrás.

—Pero son los carruajes más rápidos. Si no nos detenemos, llegaremos a Edimburgo justo a tiempo.

—¿Si no nos detenemos? ¿Ni siquiera por las noches? —Le miró preocupada.

Él negó con la cabeza.

—Si lo hacemos no nos dará tiempo.

—Pero Colin...

—Y tampoco tenemos tiempo que perder discutiendo. —Asió un lado del baúl de *Francine*—. Pongámonos en marcha.

Disponer de dinero simplificó mucho las cosas. Desayunaron apropiadamente en el primer pueblo que encontraron y allí alquiló un caballo mientras que ella cubría la distancia en el carruaje de postas. Sería el último caballo que alquilaría en el camino.

Llegaron a York al atardecer. Colin quiso alojarse en la mayor y mejor posada y, sin separarse de Minerva, se acercó al posadero.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor? —preguntó el hombre.

—Queríamos una buena cena y disponer de una habitación durante algunas horas, las suficientes para descansar y cambiarnos de ropa. Luego necesitaría que me dijera adónde tengo que dirigirme para alquilar un tílburi con conductor con el que viajar hacia el norte.

—¿Hacia dónde se dirigen? —preguntó el hostelero.

—Vamos a Edimburgo. Y nuestra intención es no detenernos hasta llegar allí.

—¿De veras? —El hombre les miró con sospecha mientras revisaba con sus ojillos legañosos su desastrado atavío.

—Por supuesto, le pagaré por adelantado —prometió Colin.

—Oh, sin duda. Por supuesto que lo hará. —El posadero frunció el ceño y se frotó la coronilla. Pronunció una cifra y él le pagó.

—Escuche, quizá pueda ayudarme en otra cosa —indicó Colin, y se inclinó hacia delante para hablar con el hombre por lo bajo—. A mi mujer le han robado el equipaje, así que antes de continuar, necesito encontrar un vestido para ella. Algo bonito.

El hombre observó a Minerva.

—Mi esposa puede encontrar algo para ella, supongo.

—La mejor calidad que se pueda adquirir con esto. —A la cantidad que había dispuesto para el tílburi agregó varios soberanos.

Minerva contuvo el aliento.

—Colin, no. No podemos permitirnos ningún lujo.

—No es negociable. Quiero que tengas un vestido.

—Pero...

El posadero se rio.

—Vamos, señorita. Sin duda alguna, él no quiere que vaya hecha un cromo. Estén fugándose o no, un hombre quiere que su novia se vista de manera correcta.

—Pero... —El hombre se alejó y desapareció tras una puerta, dejándola con la palabra en la boca—. Señor, no estamos fugándonos...

—Por supuesto que no —repuso desde lo lejos—. Los jóvenes amantes jamás lo reconocen. Ella miró a Colin.

Y este se encogió de hombros.

—No tiene sentido discutir. ¿Acaso crees que se tragará que nos dirigimos a un simposio de geología?

—Es extraño —comentó Minerva cuando estaban sentados a la mesa mientras cenaban—. Hoy hemos tenido una suerte desacostumbrada. Ciertamente ha bajado la temperatura, pero apenas ha caído una ligera llovizna. No hemos perdido dinero ni pertenencia alguna. No nos hemos peleado con nadie ni nos hemos topado con un salteador de caminos. A pesar de todo, no hago más que mirar por encima del hombro, esperando ver a esos ladrones en busca del príncipe Ampersand.

—Oh, no te preocupes por ellos. Los hemos dejado muy atrás. Créeme, esa banda no estaba lo suficientemente bien organizada para seguirnos una vez dejamos el condado. —Se frotó la mandíbula—. Pero tengo que admitir que no me sorprendería del todo que alguien nos diera alcance.

—¿Quién?

—Bram. O Thorne. O ambos. Cuando mi primo tenga noticias de esto, no va a reaccionar de manera favorable. Sabe de sobra que dos días antes de marcharnos no tenía planes para casarme. Y si Susanna expresó alguna duda razonable en lo que se refiere a tu voluntad..., no le habrá llevado mucho tiempo decidir que necesitas ser rescatada.

La doncella les llevó dos copas de vino. Él pidió una vigorosa comida a base de carne, caldereta de pescado, verduras con salsa y tarta de manzana. Su estómago gruñó con fuerza al pensar en los manjares.

—Pero dejé una nota —explicó ella cuando la doncella se alejó—. Le escribí a mi hermana que nos fugábamos para casarnos.

—Pobre evidencia la tuya. Te olvidaste de dejar el diario.

—Ciertamente. Y en el diario que dejé no era demasiado halagadora para con tu carácter —confesó, mirándole por encima del borde de la copa—. Pero no fue eso todo lo que dejé atrás. Había algo más.

—¡Oh! ¿De verdad? —Intrigado, se inclinó hacia delante—. ¿Qué?

—Pues..., er... —La vio sonrojarse antes de tomar un buen trago del vino—. Es posible que tú me escribieras una carta.

CAPÍTULO

25

Cabo Thorne!

Samuel Thorne detuvo la pala en el aire. Reconocería aquella voz en cualquier parte.

«¡Maldita sea! Ella no, y menos ahora».

—Cabo Thorne, yo... —La señorita Taylor dobló la esquina y se detuvo en seco al verle—. Oh, está aquí.

¡Sorpresa! ¿Las mujeres bien educadas no poseían reglas de decoro que les impedían sorprender a los hombres medio desnudos en plena faena? ¿Cómo se suponía que debía saludarla él, con la camisa manchada de barro y sudoroso de pies a cabeza?

Dejó la pala a un lado y se pasó la manga precipitadamente por la cara, antes de cerrar el cuello de la camisa.

Ella ni siquiera tuvo la decencia de apartar la mirada. De hecho, clavó los ojos en él. Unos ojos muy abiertos y llenos de curiosidad. Se le ocurrió que podría quitarse la camisa por encima de la cabeza, arrojarla al suelo y decirle: «Aquí estoy. Recree la mirada a placer. Esto es lo que años de robos, de trabajos forzados, en prisión y en la batalla, hacen en el cuerpo de un hombre».

Casi se rio en voz alta ante aquel pensamiento. Oh... Ella habría huido espantada si se diera esa situación.

La escuchó aclararse la voz.

—Lamento mucho interrumpir sus... excavaciones.

—¿Para qué ha venido, señorita Taylor? ¿Qué puedo hacer por usted?

Ella agitó el papel que llevaba en la mano.

—He venido a demostrárselo. La verdad sobre la fuga. Tengo aquí una carta de amor dirigida a Minerva Highwood y escrita por el propio lord Payne. La señorita Charlotte la encontró en el cajón donde Minerva guarda las medias.

—Imposible. —Se tragaría las uñas antes que creer que Payne estaba enamorado de la señorita Minerva Highwood. Todavía le reconcomía el hecho de no haber perseguido a la pareja la primera noche, pero ¿qué otra cosa podía hacer si la propia madre de la chica se lo había prohibido?

Esperaba que la señorita Taylor dejara el tema en paz. Ya bastante sufría en su presencia sin tener que soportarla durante más tiempo del necesario.

Ella se acercó y le tendió la carta.

—Léala usted mismo.

¡Santo Dios! Ahora estaba dispuesta a comprobar sus conocimientos. Miró el sobre y una sensación de intranquilidad se instaló en sus entrañas. Sabía leer con razonable precisión —de hecho, mucho mejor que la mayoría de los hombres de su regimiento—, pero necesitaba disponer de cierto tiempo y espacio para concentrarse en un cuidadoso examen cuando se trataba de una misiva de esa extensión. Y le resultaría todavía más difícil con una espléndida y hermosa mujer mirando por encima de su hombro. ¿Cómo se suponía que iba a poder decir dos palabras

coherentes en su presencia?

Sostuvo en alto las sucias manos como pretexto.

—Tendrá que leérmela usted misma.

Ella bajó el papel.

—«Mi hermosa y amada Minerva...» —leyó en voz alta.

Y eso fue lo último que él escuchó. Oh, ella siguió leyendo y él oyendo, pero no percibía el significado, solo su clara y brillante voz.

Qué extraño... Sus palabras eran musicales incluso cuando no cantaba. La melodía recorría su cuerpo y no de manera agradable. Dolía. Igual que cuando la pala chocaba con fuerza contra una roca inquebrantable en vez de encontrar tierra. La sacudida reverberaba en todos sus huesos, en sus dientes.

En su corazón.

Y lo peor era que ahora él no tenía ni la más remota idea de qué había dicho ella. Quizá habría sido mejor que se hubiera dedicado a mirar el escrito por sí mismo.

—Ya basta. —Alzó una mano en alto—. Payne no escribió esta carta.

—Claro que lo hizo. Está firmada por él.

Él ladeó la cabeza y clavó los ojos en la parte final.

—Esta letra no es suya. Sé que no lo es. —Se limpió las manos en los pantalones antes de caminar a grandes zancadas hasta la torre que Payne había utilizado como alojamiento. Abrió la puerta y se dirigió directamente al escritorio.

Rebuscó entre un montón de papeles hasta dar con una página con la caligrafía de Payne, que le tendió.

—¿Ve?

Ella puso una junto a la otra y las comparó.

—Tiene usted razón. La manera de escribir es diferente.

—Ya se lo he dicho. Payne no ha escrito esa carta.

—Pero no lo entiendo. ¿Quién escribiría esto y lo firmaría con el nombre de lord Payne?

Él se encogió de hombros.

—Quizá sea una broma cruel para que ella se hiciera ilusiones. O tal vez lo escribiera ella misma.

—Pobre Minerva...

Él observó la manera en que la señorita Taylor se mordisqueaba el labio inferior y se obligó a mirar hacia otro lado.

—Pero, sea como sea, parece haber resultado —adujo ella—. Se han fugado juntos.

Él hizo una mueca mientras contenía el deseo de decirle todo lo que le había contado la señora Ginny Watson unos días antes. En un momento de enfado, la joven viuda le había explicado el desarrollo de la visita de la señorita Minerva Highwood al castillo Rycliff a medianoche. Él estaba enterado de la verdad más allá de toda duda.

Payne y la señorita Highwood no se habían fugado para casarse.

Sin embargo, terminarían casados. Él iba a asegurarse de ello. Si Payne se atrevía a regresar soltero de esa aventura, no permanecería en dicho estado demasiado tiempo. Acompañaría a la señorita Minerva ante el altar de Santa Úrsula, aunque fuera a punta de pistola. Proteger a las mujeres del pueblo era su deber y se lo tomaba muy en serio.

Y esa era también la razón por la que mantenía la boca cerrada en ese momento.

La señorita Taylor no necesitaba saber lo que le había contado la señora Watson. Si a esa mujer

le gustaba creer en el amor verdadero y en ese tipo de historias en las que todo el mundo era feliz para siempre jamás, él se llevaría aquellas desagradables certezas a la tumba. Después de todo, aquel no era el primer secreto que se veía obligado a ocultar; solo uno de tantos que había prometido guardar, y era por el bien de ella.

La señorita Taylor examinó con cuidado los dos papeles.

Él se cruzó de brazos.

—¿Qué está fisgando ahora?

—Nada... —se disculpó—. Bueno, quizá sí. Él intercambia un gran número de cartas con sus administradores.

—Mire, tengo que cavar un pozo y...

—Espere. —La vio coger un papel del montón—. ¿Qué es esto? —Comenzó a leer en voz alta—. «Millicent... Madeira... Michaela... Marilyn...». Y está escrito de su puño y letra.

—¿Y qué? Es solo una lista de nombres.

—Sí. Una lista de nombres femeninos, y todos empiezan por la letra eme. —Notó que a ella se le enrojecían las mejillas—. La carta no significa nada, de acuerdo, pero esto... Esto sí es una prueba. ¿No lo ve?

—No, no lo veo. No veo nada.

—Lord Payne siempre ha actuado como si no pudiera recordar el nombre de Minerva. La ha llamado desde Melissa a Miranda o cualquier otro nombre que empezara por eme. Pero viendo esto se desprende que lo ha hecho a propósito. ¿No se da cuenta? Lo hacía solo para tomarle el pelo. Incluso se ha molestado en redactar esta lista.

—Eso lo único que demuestra, a mi parecer, es que resulta ser todavía más tunante de lo que pensaba.

Ella chasqueó la lengua con impaciencia.

—Cabo Thorne, está claro que usted no comprende nada del amor.

Él se encogió de hombros. Ella tenía razón. Comprendía el deseo, entendía la necesidad; comprendía la lealtad y la profunda devoción desde mucho antes de que esa mujer inundara su mente.

Pero no sabía ni una maldita cosa sobre el amor.

Y ella debía dar gracias a Dios por ello.

Ahora mismo estaba allí, ante él, sonriendo con valentía. Nadie le había sonreído así nunca. Pero ella, sin embargo, siempre había actuado de esa manera. Con alegría, haciendo frente a todo. Cantando como un ángel incluso cuando estaba parada ante las mismas puertas del infierno.

—¿No lo sabía? —preguntó ella—. Una aparente aversión a menudo enmascara una profunda atracción oculta.

Él notó que se le calentaba la cara.

—No en este caso.

—Oh, sí. La lista no prueba que lord Payne sea un tunante. —Plantó el papel contra su pecho—. Lo que demuestra es que está locamente enamorado.

CAPÍTULO

26

En esos momentos Minerva estaba muy arrepentida de haber mencionado la existencia de aquel papel.

—Exijo saber lo que pone en esa carta. —Con una pícaro sonrisa de oreja a oreja, Colin la siguió por la escalera de la posada.

—¿Podemos dejar el tema, por favor? Me has preguntado una y otra vez durante la cena. Y ya te lo he dicho, no me acuerdo.

—Y yo te he dicho que no te creo.

—No importa lo que tú creas.

Ella abrió la puerta de sus habitaciones. Mientras cenaban, un sirviente se había ocupado de adquirir las prendas que Colin iba a necesitar. Y también había conseguido un vestido de segunda mano, en bastante buen estado, para ella. Un atavío de color marfil que poseía un diseño sorprendentemente bonito, con diminutos capullos de rosa bordados.

En la chimenea ardía un buen fuego y también había una cama, con almohadones y mantas... ¡Oh, cómo le gustaría poder tenderse en ella y permanecer allí durante días enteros!

—Voy a cambiarme antes de que esté preparado el tálburi. —Se ocultó detrás del biombo con la esperanza de evitar la conversación.

—Mientras, me afeitaré. —Escuchó que él se acercaba a la jofaina—. Pero voy a seguir insistiendo hasta que me lo confieses todo. ¿Compuse páginas ensalzando tus atributos? ¿Comparé tus ojos con diamantes de Brighton?

—Son diamantes de Bristol. Y no, no lo hiciste.

—Ajá... Así que sí recuerdas el contenido.

Ella emitió un resoplido.

—Muy bien. Sí, me acuerdo. Recuerdo esa carta casi palabra por palabra.

Escuchó la salpicadura del agua al caer en la palangana y el susurro de la brocha de afeitar contra sus mejillas. Un familiar aroma a jabón para afeitar inundó el aire. Tenía olor a especias.

—Te estoy escuchando... —la apremió.

Detrás del biombo, ella se mordisqueó una uña.

—Escribiste que me habías observado cuando yo no me daba cuenta. Que me recorrías con la mirada cuando estaba ensimismada o con la cabeza inclinada sobre un libro. Que admirabas mi oscuro y revuelto pelo que siempre se las arregla para escapar de las horquillas y acaba cayéndome sobre el cuello. Que habías notado que mi piel es más pálida donde el sol no la ha besado. Aseguraste que te veías consumido por una pasión salvaje y primitiva por una hechicera con el pelo negro como el azabache y los labios exuberantes. Que percibías en mí una extraña y sorprendente belleza que otros hombres habían pasado por alto. ¿Te suena familiar?

—Oh, no es posible que pusieras eso... —Él masculló una maldición y golpeó la jofaina con la navaja—. Es imposible que recuerdes todo lo que te dije esa noche.

—Claro que es posible. ¿Qué mejores palabras para rellenar una carta que se supone que está

escrita por ti? Después de todo, eran tuyas. —Inspiró por la nariz—. Escribiste también que yo era la razón por la que te habías quedado en Cala Espinada durante todos esos meses. Y te despedías con las palabras más dulces: «Eres tú, Minerva. Siempre has sido tú».

Él guardó silencio durante un buen rato. El tiempo que ella necesitó para desabrochar los catorce corchetes del vestido de seda azul, aflojar los cordones del corsé y desabotonar los diminutos botones de la camisola. El que a él le llevó terminar de afeitarse y atravesar la estancia con lentos y medidos pasos.

Se escuchó el chirrido de la cama cuando Colin se hundió en ella.

—¡Dios mío! ¡Qué idiota he sido! —Ella no lo negó—. ¿Sabes lo más irónico de todo esto, Min?

—¿Qué?

—Que tú siempre me has gustado.

Minerva soltó momentáneamente la liga antes de volver a cogerla. Se dio el gusto de dejarse llevar un instante por la esperanza que embargaba su absurdo corazón antes de chasquear la lengua con incredulidad.

—Por favor...

—No, de verdad —insistió él—. Es cierto, siempre me has gustado.

«¿Ves?», se dijo a sí misma, tirando bruscamente de los lazos de las enaguas.

—Y tienes que admitir —continuó él— que hubo algo entre nosotros desde la primera vez que nos vimos.

—¿Te refieres a algo que se llama *antagonismo*? —Se puso el vestido nuevo y lo alisó sobre las enaguas y el corsé. Le quedaba un poco estrecho—. ¿A la misma hostilidad que muestran dos gatos peleándose por un ratón?

—Algo así. —Él se rio entre dientes—. No, es solo... —Bajó la voz como si estuviera confesando un secreto—. Siempre he considerado que, de alguna manera, podías verme de una forma que nadie más era capaz. Que con esas pequeñas gafas podías atisbar en mi interior. Y no es que mantuvieras precisamente en secreto que despreciabas lo que veías, lo que te convertía, sin duda, en una persona más inteligente que la mayoría. Me fascinabas y no podía evitarlo. Tu penetrante mirada, esa boca tuya tan tentadora y tu aparente inmunidad a mis encantos... Si te traté mal, y sé que lo hice, fue porque siempre me he sentido impotente contigo.

Ella enderezó la espalda. No podía creerse lo que estaba oyendo.

Se puso de puntillas para asomar la cabeza por encima del biombo y clavó los ojos en él. Estaba tumbado en la cama, recién afeitado y aseado, con los tobillos cruzados y la cabeza apoyada en las manos. Su postura decía: «Sí, ¿qué pasa?, soy así de guapo. Y ni siquiera tengo que esforzarme».

—¿Te sentías impotente conmigo? —repitió ella—. ¡Oh, Colin! Eso es demasiado.

—Es la verdad. —Su mirada transmitía pura sinceridad.

Minerva volvió a refugiarse tras el biombo, sorprendida de que los frenéticos latidos de su corazón no lo hubieran hecho estallar.

—Jamás te he despreciado —aseguró ella—. Lo sabes. —Le tocó a él chasquear la lengua con incredulidad—. Bueno, es posible que te despreciara un poco. Pero fue solo porque... —Suspiró. Ya no era posible negarlo más—. Solo porque me sentía muy atraída por ti. No quería, pero no podía evitarlo. Todo lo que tenías que hacer era mirarme y me daba un vuelco el corazón. Cada vez que trataba de decir algo ocurrente en tu presencia, acababa siendo una impertinencia o algo mortalmente aburrido. Siempre me he considerado una mujer inteligente, pero, te lo juro, Colin, tú

me has hecho sentir muy estúpida.

—Bueno... Eso resulta extrañamente complaciente.

Ella se rio de los recuerdos y de sí misma.

—Además, los habitantes de Cala Espinada no se cansaban de repetir lo buena pareja que hacías con Diana. Lo escuchaba en el salón de té, en la tienda para todo, cada tarde ante la chimenea... Una y otra vez... Pero nunca te imaginaban como pareja de una chica normal como yo. Y, bueno, puede que fuera capaz de pasar por alto muchas cosas, pero ¿ser tu cuñada? —Se secó bruscamente una lágrima—. Adoro a mi hermana. Nunca le he envidiado su dulzura, elegancia o belleza, pero sí le habría envidiado tenerte a ti. El mero pensamiento me ponía enferma. Así que, ya ves, tú y yo luchábamos por la corona de «El más desesperado». Creo que gané yo.

Tras un largo silencio, él dio unas palmadas.

—Bueno, espero que te encuentres preparada para intercambiar esa corona por un premio de quinientas guineas. Estoy viendo el tílburí desde la ventana. Parece que el carruaje ya está listo.

Ella salió de detrás del biombo.

—¿Qué tal me queda? —Se dio la vuelta y se miró en el espejo—. ¿Estoy presentable?

Él se acercó por detrás y le puso las manos en los hombros para mirar su imagen por encima de su cabeza.

—El vestido servirá. Tú, por otro lado...

«¿Ella? ¿No servía?».

Sin pensar, intentó zafarse de sus manos, pero él le clavó los dedos en los hombros, impidiendo que se moviera. Minerva lo observó en el espejo mientras él examinaba su figura de arriba abajo.

Apenas podía aguantar el suspense.

—Por el amor de Dios, Colin, ¿qué ocurre?

—Eres muy hermosa, Min —aseguró en tono de admiración, como si sus palabras le sorprendieran incluso a él—. Sí, señor, eres impresionante.

Ella soltó un bufido de indignación.

—No lo soy. Sabes que no lo soy.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque nadie me lo ha dicho hasta ahora. Tengo veintiún años, si fuera guapa, alguien me lo habría dicho ya.

Él pareció reflexionar sobre el asunto durante un momento mientras acariciaba un adorno de la manga.

—Es difícil imaginar que todo el mundo haya pasado por alto una belleza de tal magnitud. Quizá no fuiste guapa hasta hace muy poco.

A ella se le escapó una risita.

—Estoy segura de que no he experimentado ninguna dramática transformación en los últimos tiempos. —Se estudió otra vez en el espejo solo para asegurarse. Los mismos ojos castaños de siempre, enmarcados por el alambre de las gafas, le devolvieron la mirada. La cara redonda y la ancha boca, demasiado grande. Tenía la piel pecosa y algo bronceada por las vivencias de los últimos días, pero salvo eso...—. Presento el aspecto de siempre.

—Bueno, yo no —aseguró él con llaneza, sin apartar la vista del reflejo—. He cambiado. Estoy destruido por completo.

—No hagas eso. No me tomes el pelo. —«No puedo soportar volver a sufrir esto otra vez».

—No estoy tomándote el pelo. Mi intención es elogiarte.

—Pues no lo hagas. No quiero cumplidos. No me hago ilusiones al respecto.

—¿Intentas convencerme de que no tienes sueños? —Él se rio—. Min, posees la imaginación más desbordante que conozco. Puedes descubrir una extraña huella sobre la tierra y conjeturar, a continuación, que eso significa que hubo un paisaje primitivo repleto de lagartos gigantes. ¿Por qué no puedes creer que eres hermosa? —No supo qué decir—. Quizá hermosa no sea la palabra más adecuada —meditó él—. Es demasiado común y sin embargo tú... Tú eres única. Mereces un cumplido único. Me refiero a uno más sincero, pero que sea excepcional. Uno dedicado exclusivamente a ti. Uno del que no dudes.

—Oh, de veras, no es necesario...

—Calla. Voy a buscar uno. Te voy a piropear de verdad. Nada de pelo negro como el azabache y disparates por el estilo. No es necesario que respondas nada a cambio, pero insisto en que lo aceptes.

Ella lo observó en el espejo; tenía el ceño fruncido con profunda expresión de concentración.

—Una vez, hace muchos años —dijo al cabo de un rato—, escuché la charla de un tipo en el Club de los Aventureros. Hablaba sobre sus viajes a las selvas amazónicas.

A ella no le gustó nada hacia dónde parecía dirigirse aquello. Tenía el atroz presentimiento de que iba a compararla con alguna extraña planta carnívora. Una que atrajera a su presa con una flor de intensos colores o que despidiera un aroma embriagador.

—Este tipo era entomólogo.

¡Oh, Dios! ¡Aquello resultaba todavía peor! Insectos. Iba a compararla con algún bicho gigantesco de patas peludas que escupía veneno o comía pequeños roedores.

«Tranquilízate», se dijo a sí misma. Puede que la equiparara a una mariposa. Las mariposas eran bonitas, incluso algunas variedades eran realmente hermosas. Había oído que en el Amazonas las había grandes como platos.

—De todas maneras, ese hombre se pasó casi todo el tiempo con los nativos, en lo más profundo de la selva, siguiendo la pista a escarabajos.

—¿Escarabajos? —La palabra fue casi una queja.

—Lo cierto es que, si te soy sincero, no recuerdo muy bien lo que hizo allí. Me pasé gran parte de la charla durmiendo. Sin embargo, sí me acuerdo de que comentó que el lenguaje de los nativos con los que convivía poseía docenas de palabras para describir la lluvia. Tal vez porque era lo más común para ellos. Allí donde vivían llovía casi constantemente. Varias veces al día. Así que tenían palabras para la llovizna, la lluvia más fuerte y la lluvia torrencial. Algo así como dieciocho términos para las tormentas y un sistema para clasificar la niebla.

—¿Por qué me cuentas esto?

Colin le acarició el brazo.

—Porque estoy aquí y quiero ofrecerte el cumplido más apropiado, pero me falla el vocabulario. Creo que necesito una excursión científica. Necesito aventurarme en alguna selva donde la hermosura tome el lugar de la lluvia. Donde la belleza caiga del cielo a intervalos regulares. Donde cubra cada superficie, el suelo, el vapor del aire. Porque entonces hallaría una palabra específica para describirte tal y como te veo ahora mismo... —Sus miradas se encontraron en el reflejo.

Encantada por sus caricias y su envolvente tono de afecto, observó en el espejo que sus propios ojos se empañaban. Se apoyó adormecida contra el pecho de Colin. Notó el latido de su corazón contra la espalda, que retumbó en su pecho como un tambor distante.

—Así tendría muchas palabras para describir la belleza —continuó él, acercando los labios a

su oído y bajando todavía más el tono de voz—. Palabras para aguaceros cotidianos de hermosura, para la belleza brumosa que desaparece cada vez que se intenta captar. Para el primor iluminado por un trueno impresionante y bruscamente oscurecido al instante. Y, más allá de todo eso, existiría esa palabra... Una palabra de esas que no se pueden pronunciar más de dos veces en una vida y que cuando se hace es en voz baja y reverente, eso seguro. Una palabra que describiría un repentino y catastrófico torrente de perfección capaz de cambiar paisajes; de fabricar llanuras y valles; de alterar el curso de los ríos, y de dejar a la gente aferrada a los árboles, viva pero resentida, agitando sus puños hacia el cielo. —Un leve indicio de frustración sexual hizo más ronca su voz—. Y maldeciría a los dioses con ellas, Min. Algún monzón salvaje me ha atravesado ahora mismo, mientras te miraba. Me has cambiado por dentro y no tengo mapa con el que guiarme.

Se miraron ensimismados en el espejo.

—Me he enamorado de ti —aceptó ella con tranquila resignación—. Si parece que he cambiado de alguna manera, imagino que será por eso.

Observó su reacción con atención. La cara de Colin se convirtió en una máscara, congelada en el tiempo; eternamente bien parecida pero sin emociones.

—¡Oh, Min! —dijo finalmente con una pícaro sonrisa.

—Para. —Sostuvo la mano en alto, intentando poner distancia entre ellos. Sabía de sobra que él estaba a punto de hacer un comentario despectivo para ahuyentar la tensión. «¡Oh, Min! No te preocupes. Lo superarás pronto». O: «¡Oh, Min! Piensa que aún te queda el pobre sir Alisdair»—. Ni se te ocurra hacer eso. —Dio la espalda al espejo para girarse hacia él—. No te lo tomes como un chiste. He necesitado mucho coraje para decírtelo. No es necesario que digas nada a cambio, pero insisto en que seas lo suficientemente maduro para aceptarlo. No permitiré que menosprecies mis sentimientos ni que te menosprecies a ti mismo como si no fueras digno de ellos, porque eres digno, Colin. Eres una persona generosa con buen corazón que merece ser amada. Profunda, verdadera y frecuentemente.

Él parecía desconcertado por completo. Bueno, ¿y qué pensaba él que iba a decirle después de los elogios que le había brindado? No se podía comparar la belleza de una mujer con un torrencial monzón y luego sorprenderse de haber resultado mojado.

—Eres demasiado temerario... —Le acarició la mejilla—. De verdad, deberías dispensar esos elogios con algo más de cuidado.

—Eso parece.

Ella suspiró y pasó las manos por las desastradas solapas de su casaca.

—Sé que sigues empeinado en esa locura de que nos casaremos en Escocia. Por una cuestión de honor, supongo. Ya que me has facilitado este momentáneo exabrupto de coraje, voy a confesarte otra cosa más: no voy a casarme contigo por una cuestión de honor.

—¿De veras?

—No. —A pesar de lo difícil que le resultó, se obligó a mirarle fijamente—. Solo me casaré contigo si me amas y me permites amarte. —Una agrídulce sonrisa curvó sus labios—. Aquella primera noche en la torre me diste un indicio de lo que sería poseer tu amor. Fue la sensación más emocionante que haya conocido. Por un momento sentí como si fuera capaz de cualquier cosa... Que todo podía ser posible, pero al final no fue así... Me aplastaste, Colin. Más de lo que me gustaría admitir. Prefiero ser una solterona pobre, fracasada, despreciada y solitaria antes que tener que sufrir esa angustia a diario.

La mirada de Colin fue de absoluto pesar.

—Siempre es igual, cielo. Mis intenciones son buenas..., pero la gente que me rodea acaba herida.

Y así, sin más, su corazón se vio inundado por las emociones que provocaba aquel tiempo prestado.

Buscar consuelo en el hombre capaz de quebrarla le parecía muy estúpido, pero fue lo que hizo. Apoyó la frente en su hombro. Él la estrechó con fuerza entre sus brazos y le acarició la espalda de arriba abajo, al tiempo que apretaba la mejilla contra su cabello.

—Os llevaré a ti y a *Francine* a Edimburgo de una pieza. —La besó en la coronilla—. Aunque no pueda prometerte nada más, te prometo eso.

CAPÍTULO

27

Por el amor de Dios.

Colin se consideraba un patriota, un devoto siervo de la Corona, pero en ese momento odiaba Inglaterra. Era un condenado país, infestado de lluvias interminables y carreteras enlodadas, llenas de baches y en mal estado.

El primer día, tras abandonar York, había ido bien, con breves paradas cuando cambiaban de caballos. Pasó algo de angustia en el interior del carruaje, pero se acomodó junto al conductor en el pescante durante la mayor parte del tiempo. Las carreteras y el clima no ofrecían entonces motivos de queja y la sensación reinante era de optimista esperanza.

Pero ese día había comenzado a llover. Y había seguido. Y seguido...

En una de las postas habían tenido que esperar más de una hora para que pusieran a su disposición un nuevo equipo de refresco y la carretera se hallaba en unas condiciones tan deplorables que se veían obligados a desplazarse a paso de tortuga.

Más adelante, un reloj comenzó a hacer tictac en su mente. Cada hora que se rezagaban, cada vez que se veían obligados a quedarse atrás, se alejaban más de su meta. Y aquel retraso se convertía en un salvaje impulso en su interior.

Tenía que lograr que Minerva llegara a tiempo al simposio. Lo había prometido. Si no podía conseguir llevar a cabo ese viaje, ¿cómo podría pedirle que le confiara el resto de su vida? Las buenas intenciones y los cumplidos bonitos no eran suficientes. Tenía que demostrar su capacidad, tanto a ella como a sí mismo.

Sin embargo, no todo estaba perdido. Todavía tenían tiempo para llegar a Edimburgo dentro del plazo, aunque las posibilidades de éxito menguaban a pasos agigantados. No les quedaba margen de error. Mientras almorzaban unas horas antes, se dijo para sus adentros que desde ese instante todo iba a salir bien.

Unos veinticinco kilómetros después se quedaron atascados.

La crisis comenzó en la última posta. No había caballos para realizar los cambios debido a la lluvia y el barro, y no esperaban tener animales disponibles en las próximas horas. Colin había tenido que hacer uso de todo su poder de persuasión y de una significativa suma de dinero para convencer al conductor de que continuase con los mismos animales, prometiéndole que si se metía por una carretera secundaria conocía un lugar a tan solo unos kilómetros donde podrían encontrar caballos de refresco.

Y aquella argucia habría funcionado si no hubiera habido aquel surco en la vía, donde se quedaron enterradas dos de sus ruedas.

Intentó aligerar el peso, pero no sirvió de nada.

Rodeó el carruaje hasta la parte trasera y empujó con toda su energía mientras el conductor azuzaba los caballos. No funcionó.

Ahora, mojado y cubierto de barro, intentaba con todas sus fuerzas mantener a raya la desesperación. Podrían lograrlo. No era demasiado tarde. Podrían salir de allí con la ayuda de un

equipo de refresco, pero las pobres bestias que les habían llevado hasta allí estaban exhaustas. Tras intercambiar unas palabras con el conductor, ayudó al hombre a desenganchar los caballos y regresó junto a Minerva.

—¿Por qué se marcha? —preguntó ella, abriendo la puerta para hablar con él—. ¿Por qué se lleva los caballos?

—Esos animales están demasiado cansados para sacarnos del fango, así que va a intentar cambiarlos; le he indicado un lugar cerca de aquí. Ahora debemos esperar a que regrese.

Ella lo miró fijamente.

—¿Debemos esperarle aquí? —Él asintió con la cabeza—. ¿Bajo la lluvia?

Miró al cielo.

—Creo que está a punto de escampar.

—En ese caso... —Minerva abrió la puerta por completo con intención de salir del tálburi, pero el pie se le hundió en el barro hasta el tobillo—, esperaré fuera contigo.

—No, no, de eso nada. Vuelve adentro —la urgió él—. La lluvia no va a parar ahora.

Unas gotas puntearon sus gafas.

—¿Me has mentido?

«¡Por todos los demonios!».

—Solo trataba de ser optimista.

—¿Para qué molestarte? —La vio estudiar la carretera antes de menear la cabeza—. Colin, tienes que admitir que...

—No, no lo digas. —Sabía qué palabras estaba a punto de decir y serían mortíferas—. Ni se te ocurra verbalizarlo.

—Son solo hechos. Incluso aunque el conductor regrese, habremos perdido unas horas preciosas. Y con esta lluvia...

—Que no lo digas, te he dicho. —La sostuvo por la parte superior de los brazos y la obligó a darse la vuelta para mirarle. La lluvia había pegado algunos mechones de pelo a sus mejillas—. No se ha acabado, Min. Te hice una promesa. Te llevaré, junto con *Francine*, hasta Edimburgo de una pieza. —Le pasó las manos por los brazos, calientes bajo la tela. La tela de aquel vestido que había conseguido el posadero de York era demasiado fina para ese clima—. Ahora vuelve a meterte en el carruaje antes de que te enfríes.

Ella se dispuso a responder, pero el distante ruido de cascos en el barro impidió que lo hiciera. Colin se giró sorprendido. Se acercaba un vehículo, arrastrado por cuatro caballos impresionantes.

—¿Ves? —se jactó, soltándola al instante—. Te lo dije. Mira, ahí viene nuestra salvación.

Cuando el carruaje se aproximó, Colin comenzó a saltar en medio del camino al tiempo que agitaba los brazos. El conductor frenó.

Se abrió una ventanilla y se asomó una cara. Se trataba de una mujer de pelo canoso cubierto con un gorrito de encaje. ¡Estupendo! Las mujeres maduras solían caer rendidas ante él.

Pero aquella en particular entrecerró los ojos.

—¡Usted! —gritó, ofendida.

¡Maldición! ¡Maldición! ¿Cuántas posibilidades había de que ocurriera eso?

—¿Por qué, señora Fontley? —aduló, forzando una amplia sonrisa—. Me alegro de volver a verla. Una suerte para nosotros. Como puede ver, tenemos ciertas dificultades.

—Debería estar preso, villano.

—¿Sabe qué le digo? —La cara del señor Fontley apareció también en la ventanilla—. Que

tiene mucho valor, señor Sand... Si es que es su nombre auténtico.

—No lo es, la verdad. Le mentí en Londres y me equivoqué. Pero ahora voy a contarle la verdad. Soy un desastroso vizconde insomne, pero —señaló a Minerva— mi acompañante es una geóloga increíble. De hecho, acudimos a un simposio sobre geología. Necesitamos estar en Edimburgo mañana por la mañana, para que ella pueda presentar sus conclusiones sobre lagartos gigantes y, posiblemente, dar una nueva visión a nuestra manera de entender la historia natural de la Tierra.

La señora Fontley chasqueó la lengua con incredulidad.

—¿Lagartos? Primero cobras y ahora lagartos...

—No, no. Esto no tiene nada que ver con las cobras. Se lo juro por mi vida, y esta vez digo la verdad.

El señor Fontley dio un golpe en el techo.

—Adelante —ordenó al conductor.

—Por favor. No pueden dejarnos aquí. —Aferró el picaporte de la puerta.

A través de la ventanilla, la señora Fontley le golpeó los dedos con una sombrilla cerrada.

—Apártese de nuestro carruaje, villano.

—¡Gilbert! —Minerva golpeó la ventanilla delantera del carruaje—. Gilbert, por favor. ¿No puede convencer a sus padres de que nos ayuden?

El joven apretó la punta de los dedos contra el cristal y la miró con tristeza.

—Rezaré por usted.

El conductor azuzó los caballos y Colin tuvo que apartar a Minerva para que no fuera arrollada por las ruedas. Cuando el carruaje ya les había sobrepasado, los lacayos lanzaron a la calzada dos objetos rectangulares que aterrizaron con un ruido seco, salpicándoles de barro.

Los baúles de Minerva.

Él clavó los ojos en ellos intentando reírse. Pero no era el momento adecuado para ello. Aquello no tenía gracia alguna.

Tras secarse el agua de lluvia de la cara, se volvió hacia ella y se la encontró mirándolo.

—No te molestes —la detuvo—. Sé lo que vas a decir.

—¿De veras?

Él asintió con la cabeza.

—Vas a decir que es culpa mía. Que si no hubiera mentido a los Fontley, ahora nos habrían ayudado. —Ella no añadió nada. Se cruzó de brazos y se miró las botas, sumergidas en el barro—. Pero te respondería —prosiguió— que si no hubiera mentido a los Fontley, jamás habríamos llegado tan lejos.

Ella lo observó con el ceño fruncido.

—¿Sueles mantener este tipo de discusiones contigo mismo?

—Y entonces tú me dirías: «Pero Colin...». —Puso voz de falsete para imitarla—. «Si hubiéramos tomado el carruaje de postas desde el principio, ya habríamos llegado a Edimburgo». Y tendrías razón.

—Por favor, no pongas palabras en mi boca.

Él hizo un gesto para acallarla.

—Estás temblando. ¿No tendrás una manta en uno de esos baúles tuyos?

Ella meneó la cabeza.

—Estoy bien.

—Maldita sea, no me digas que estás bien. —La lluvia arreció, haciéndole subir el tono de voz

—. Estás cada vez más mojada. Y te encuentras aquí, no en Escocia. Estás... —«Estás conmigo y no con un hombre mejor»—. Así que no me digas que estás bien, Min.

—De acuerdo —replicó ella, también a gritos, cerrando los puños—. No estoy bien. Me siento decepcionada, derrotada y muy miserable. ¿Contento?

¡Dios, maldición! Se pasó ambas manos por el pelo y miró la carretera, que se perdía a lo lejos. Era tan simple... Un camino. Solo un sendero de tierra que conducía de un lugar a otro. Y el resto de las personas civilizadas, cuando querían desplazarse de un lugar a otro, se subían a un puñetero carruaje y se movían a donde fuera. Cualquier otro hombre de Inglaterra la habría llevado ya a Edimburgo.

Cualquier otro hombre la habría mantenido alejada de aquel aguacero y estaría con ella en un lugar seco y seguro.

Recorrió a grandes zancadas los metros que le separaban de la puerta del tálburi y la abrió.

—Entra.

Minerva dejó de discutir y entró en el carruaje. Colin se unió a ella y cerró la puerta una vez estuvo en el interior. Tuvieron que apretarse debido al espacio que llenaba el tercer ocupante. *Francine* ocupaba un lugar seco y seguro en el interior del vehículo desde el momento en que comenzó a llover.

Tras contorsionarse para quitarse la casaca mojada y ponérsela a Minerva sobre el regazo a modo de manta, Colin se desató el pañuelo que llevaba al cuello y utilizó las partes secas para retirar la humedad que cubría su cara y su cuello.

Ella lo observó con preocupación.

—No pasa nada —aseguró él—. El conductor no tardará mucho en regresar, le di unas indicaciones muy claras. Cuando vuelva nos pondremos en camino. Todo va bien.

—Entonces ¿qué haces con esa pistola?

Mientras ella miraba, él sacó el arma de debajo del asiento y se puso a cargarla.

—Simple precaución —aseguró—. En esta situación, somos presa fácil para salteadores de caminos.

Ella no supo interpretar su sombrío estado de ánimo. Parecía contener más de lo ocurrido con el carruaje. Colin parecía echarse la culpa de todo, incluido el clima. Y ella estaba furiosa consigo misma por permitir que se hiciera más recriminaciones. Nada de lo ocurrido era culpa de él.

—Colin, este viaje fue idea mía. Lamento mucho haberte puesto en...

—No es necesario hablar de eso. —Destapó el cuerno para guardar la pólvora sobrante. Ella intentó respetar su deseo, pero no le resultó fácil—. Es una pena que no disfrutemos de un clima mejor —comentó él con ligereza después de un minuto en opresivo silencio, pasando los dedos por el cristal de la ventanilla—. Aquí hay toda clase de rocas interesantes, piedras de todo tipo. Para ti sería como estar en el cielo.

Ella miró por la ventana y solo vio un cuadrado gris.

—Así que has estado antes por aquí.

—Oh, muchas veces.

«¿Muchas veces?». Aquello no tenía sentido. Por lo que sabía, él siempre había evitado el campo desde que...

—¡Oh, Dios! —Una fría certeza atravesó sus huesos y le cogió la mano—. Colin, ¿estamos

cerca de tu casa?

El silencio confirmó lo que él no dijo. Notó una opresión en el corazón. Así que esa era la razón por la que sabía tan bien dónde encontrar caballos de refresco. Había enviado al conductor a su propia finca.

—¿Fue muy cerca de aquí? —preguntó ella—. Me refiero al accidente.

Él tomó aliento con tanto ahínco que pareció que respirar le costaba un gran esfuerzo.

—Lo cierto es que no. No queda demasiado cerca.

Pero supuso que eso significaba que no quedaba tampoco demasiado lejos.

Abrumada por la emoción, se acurrucó a su lado, entrelazando sus dedos con los de él. Colin se encontraba en un carruaje estrecho y poco ventilado, la noche estaba cayendo y se hallaban no demasiado lejos del lugar donde sus padres habían perdido la vida y él la inocencia.

Para Colin Sandhurst aquello era como atravesar descalzo las avenidas de azufre del infierno, y lo estaba haciendo por ella.

Por ella.

Minerva le sujetó la mano con más fuerza. Quiso darle las gracias.

«Gracias por creer en mí. Por enfrentarte a esto por mí. Si no estuviera ya locamente enamorada de ti, me enamoraría en este instante».

Pero sabía que lo que él necesitaba en ese momento no eran tiernas demostraciones de afecto. Aquella situación exigía distracciones.

—Estoy segura de que no permaneceremos aquí demasiado tiempo. ¿Qué quieres hacer para pasar el rato?

—¿Por qué no me lees tu presentación? Puedo fingir hacerte preguntas interesantes. —Ella se rio—. No, en serio —aseguró él con voz suave—. Me gustaría escucharla. No puedo decirte que vaya a comprender cada palabra de tu exposición, pero no tengo que ser un experto para saber que estás diciendo algo importante. No es necesario que sea geólogo para entender si tu presentación está bien escrita y cuidadosamente razonada. ¿Y qué me dices de la manera en que pronuncias todas esas palabras polisílabas? —Frotó su muslo contra el de ella—. Me pone duro como una piedra.

Ella se sonrojó. No solo por aquella sugerencia carnal, sino por el honesto aprecio que exponía de sus conocimientos. A pesar de lo mucho que se había burlado de ella durante meses, tenía que concederle que nunca había sugerido que su mente fuera inferior a la de él ni que el sexo débil tuviera algún hándicap intelectual. ¿Cuántos hombres de su rango e importancia reconocerían sin inmutarse que una joven soltera era superior a ellos académicamente?

Pensó que se enterarían en cuanto llegaran a Edimburgo.

Si es que llegaban a Edimburgo, claro estaba.

—Lo haremos —insistió él, como si le hubiera leído el pensamiento—. Venga, léeme la presentación de una vez.

—Está demasiado oscuro para que pueda leer las notas.

—Oh... —Él se recostó contra la pared del carruaje. De pronto parecía tenso y preocupado. Le vio meterse un dedo en el cuello y aflojar—. Imagino que está a punto de hacerse de noche.

¡Caray! Ella se dio un cabezazo mentalmente. De todas las tonterías que podía haber dicho...

Colin trataba con todas sus fuerzas de ocultar su incomodidad física, pero ella era consciente de su sufrimiento.

—Colin, ¿por qué no salimos y caminamos un poco?

—Porque está diluviando.

—Un poco de lluvia no hace mal a nadie.

—Te enfriarías. Y *Francine* se estropearía. Si estuviera cayendo una fina llovizna, permanecería a salvo en el baúl, pero ¿con un aguacero como este? El agua se filtraría por las costuras y el yeso acabaría por desintegrarse.

—Pues la dejaremos aquí, en el carruaje.

Él hizo una mueca.

—Ni hablar. He hecho un largo y trabajoso viaje con esa vieja chica y no pienso perderla de vista ni un segundo. Estoy bien, puedo soportarlo, Min. El conductor estará de regreso muy pronto con caballos de fresco y seguiremos adelante.

El tono de voz no admitía discusión.

—Bueno, pues pienso que, mientras, debemos distraernos de alguna manera —insistió ella—. Ya sé. Hagamos una lista de términos matemáticos que suenen lascivos. Parábola —susurró bajando la voz.

Tras una pausa, los dedos de Colin apretaron los suyos.

—Mosaico.

—Binomio.

—¿Por qué detenerse ahí? Trinomio.

—Bueno, eso parece realmente pervertido.

—Eso no es nada. He estado reservando este. —Él se inclinó hacia su oreja para susurrarle al oído—: Anillo.

Riéndose, ella se sentó en su regazo.

—¡Oh, Colin! Esta es la razón por la que te amo.

Él le rodeó la cintura con las manos.

—Por amor de Dios, ¿por qué mi mente adolescente se dedicó a vagar por lugares obscenos cuando debería haber asistido a clase de matemáticas?

Ella se encogió de hombros.

—Quizá necesitabas una buena razón para mantener el interés.

—Sí, yo también lo creo. —Apoyó su frente en la de ella y bajó varias octavas el tono de voz—. Por eso estoy aquí, Min. Debes saber por qué. Necesitas una razón mucho mejor que esa para amarme, e intento por todos los medios darte una.

«¡Por Dios! Qué hombre más pesado».

Contoneándose y tirando de las faldas, logró ponerse a horcajadas en su regazo.

—Limitate a besarme.

Encerrando la cara de Colin entre sus manos, ella rozó sus labios contra los de él, quien, al instante, le devolvió el beso con intensa voracidad. Sus lenguas se enredaron juguetonas.

Ella le tomó una mano y la puso sobre uno de sus senos. Colin gimió contra sus labios al tiempo que ahuecaba los dedos para amasar la suave redondez antes de frotar la palma contra el pezón. Los besos se volvieron más ávidos y urgentes. Él le saqueó la boca y ella le devolvió todo lo que él le daba.

La firme protuberancia de su erección se puso de manifiesto, presionando contra el interior de sus muslos. Colin llevó la mano libre a sus nalgas y la acercó todavía más, para friccionar su pelvis contra la de ella.

—Sí... —Ella se inclinó para aflojarse el corpiño—. Sí. Hazme el amor.

—Min, deseo... —Le levantó las faldas entre jadeos—. ¡Dios! No voy a poder ser suave ahora mismo. No puedo hacerte el amor. No puedo.

Ella gimió decepcionada sin dejar de frotarse contra él. Le necesitaba, y si no interpretaba mal las significativas proporciones alcanzadas por su miembro, él no se quedaba atrás. No podía negarse.

Colin apoyó la sudorosa frente contra su cuello y comenzó a lamer y a mordisquear la curva superior de los pechos.

—Te mereces un amante dulce y sensible. Un hombre que te ofrezca todo lo que deseas, pero ahora mismo yo solo quiero tomarte. Tomarte con fuerza, de una manera salvaje. Lo suficientemente salvaje como para iluminar toda la puñetera noche.

Colin metió la mano debajo de sus enaguas y encontró su sexo, donde sumergió los dedos profundamente, sin preliminares.

Ella contuvo el aliento. Estaba tan mojada, tan preparada para él que sus dedos se deslizaron muy adentro.

—¿Puedo...? —Comenzó a meterlos más hondo todavía—. ¿Quieres...?

—Sí —se obligó a decir ella—. Sí.

Él retiró los dedos y comenzó a desabrochar con nerviosismo los botones de la bragueta.

—Dilo. Necesito saber que entiendes lo que deseo, que estás dispuesta por completo.

Minerva no solo estaba dispuesta. Se encontraba anhelante, desesperada.

—Sí —susurró—. Tómame. —El deseo la atravesó. Ella se sintió realmente poseída por él—. Tómame —repitió con más fuerza. Ahora sabía a ciencia cierta lo que significaban esas palabras. Estaban dotadas de una fiereza que era también parte de ella—. Tómame. Ya.

Colin se colocó y se clavó en ella con un empuje duro y casi doloroso. Ella gritó de júbilo. Con bruscos movimientos de caderas, él se introdujo todavía más profundamente. Ella se dejó caer sobre él y el tílburí se meneó, traqueteando con sus bruscos envites.

—¡Oh, Dios mío, Minerva! No te merezco. Eres demasiado buena. Eres tan ardiente, estás tan mojada... No podrías ser mejor. Delicada, inteligente...

Santo Dios, ¿es que ese hombre no dejaba nunca de hablar? Ahora ella no quería conversar. Quería más..., más profundo, más duro... Más.

Le atrapó el lóbulo de la oreja entre los dientes y gruñó al tiempo que separaba las piernas para albergarle por completo. Él se aferró a sus caderas y comenzó a embestir salvajemente, subiéndola y bajándola por su longitud. Ella siguió el ritmo de sus envites con abandono, apoyando un brazo en el techo del carruaje para impulsarse con más fuerza. Se aferraron el uno al otro con uñas y dientes, gruñendo y gimiendo como animales.

Todo el carruaje se sacudió y se bamboleó con una cadencia frenética. Las pequeñas ventanas de vidrio se empañaron con el calor de su pasión.

Ella cerró los párpados, bloqueando el paso a la poca luz diurna que quedaba. Las palabras de pasión de Colin se convirtieron en gruñidos inarticulados. El ritmo de su acoplamiento cobró poder y se convirtió en un remolino por derecho propio.

Entre sus brazos, ella se quedó muda, se sintió indefensa, se le quedó la mente en blanco, fue incapaz de pensar. Solo percibía sensaciones. Y solo lo sentía a él.

Cuando alcanzó el clímax, gritó sin contención. De placer, de alegría. El éxtasis recorrió su cuerpo por completo. Él se retiró demasiado pronto con una sarta de maldiciones y bendiciones jadeantes y expulsó su cálido chorro contra el interior de sus muslos.

—Min... —Le cubrió la cara y la garganta con una serie de besos cálidos y húmedos. Su voz estaba ronca por la emoción—. Min, no me dejes nunca.

Ella le rodeó el cuello con los brazos.

—Colin, te...

Un fuerte y rudo golpe la interrumpió, seguido por un chirrido metálico y un trémulo gemido ahogado.

Y sintieron que caían. Se encontraron aferrándose el uno al otro mientras el tálburi se inclinaba hacia un costado.

—¡Oh, no!

CAPÍTULO

28

Se cayeron juntos del asiento, golpeándose contra la pared interior del carruaje. En ese mismo momento, la pared se convirtió en suelo cuando el vehículo giró sobre su eje.

El tílbur se desplomó sobre el barro con un sonido seco. El movimiento los separó. Minerva notó una fuerte y dolorosa sacudida en el hombro al impactar contra el panel lateral.

—¡Min! —Colin se dejó caer a medias sobre ella—. ¡Minerva, dime que no...!

—Estoy bien —se apresuró a interrumpirlo—. Estoy ilesa.

«Casi por completo».

No pensaba decírselo a él, pero el hombro le molestaba un poco. Aquel no era un grave accidente con consecuencias mortales. El tílbur ni siquiera estaba en movimiento cuando cayó. Realmente solo habían sido arrastrados por un trozo de cerca o una rama caída.

—Por favor, no te mueras. —La estrechó con todas sus fuerzas—. Si te mueres, ruego a Dios que me lleve también.

¡Santo Dios, vaya declaración! Se obligó a ignorar las implicaciones de aquellas palabras y a concentrarse en lo primordial: tranquilizarlo.

—Colin, no estoy muriéndome. Ni siquiera estoy herida.

Él le miró la cara.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿No te duele nada? ¿Sientes las piernas? ¿Los brazos?

—¿Es que no notas que estoy rodeándote con ellos?

Le acarició la espalda de arriba abajo hasta que él soltó un pesado suspiro.

—Sí. —Colin apartó el peso de su pecho mientras se reía entre dientes. Lo vio pasarse la mano por la cara—. Santo Dios. Nunca pensé que este tipo de vehículos fuera tan inestable al no estar amarrado a los caballos. Imagino que fuimos un poco...

—¿Entusiastas? —Ella sonrió—. Bueno, mira la parte buena: ahora las ruedas ya no están atascadas en el barro.

—Es cierto. Deja que te ayude a incorporarte.

Desenredaron sus extremidades. Colin fue el primero en levantarse y le tendió la mano.

Cuando se puso de pie, notó que sus botas se veían rodeadas por el agua que comenzaba a filtrarse por las dañadas paredes laterales del carruaje y chapoteó en el barro.

—¡Oh, Dios!

Colin también lo había percibido. Ladeó el baúl para alejarlo del creciente charco. *Francine* iba tan protegida en el interior que, sin duda, había sobrevivido a la caída, pero no lo haría a la inmersión en agua.

—Eso demuestra que no fue... Que no fuimos nosotros... Ya sabes... Los que hicimos que el tílbur cayera. Al menos no fue solo culpa nuestra.

Él negó con la cabeza.

—La carretera está inundándose, por eso se deslizaron las ruedas.

El agua enlodada comenzaba a apoderarse del borde del vestido de Minerva.

—Deberíamos salir de aquí ya.

—De acuerdo. —Colin alzó las manos y empujó la puerta con todas sus fuerzas.

No se abría.

La joven observó cómo agarraba el picaporte con una maldición y lo sacudía con ruidosa violencia.

—¡Ábrete, maldita sea! —masculló—. ¡Ábrete!

—Está bien —intentó tranquilizarle ella—. No estamos atrapados. Si rompes la ventanilla, puedo salir por el hueco y abrir la puerta desde el exterior.

—Tienes razón. Siempre has sido la más lista. Apártate a un lado y cúbrete la cabeza.

Ella obedeció mientras él sacaba un pañuelo del bolsillo para envolver el arma con él. Luego cogió la pistola por el cañón y golpeó el cristal con la culata. El material se agrietó después de dos golpes.

Pequeños fragmentos de vidrio cayeron como gotas de lluvia sobre sus hombros y cabeza. Cuando el aguacero de cristal fue sustituido por pequeñas gotas de lluvia, la situación adquirió una mejor perspectiva. Minerva observó cómo él golpeaba los trozos que habían quedado pegados al marco hasta desmenuzarlos por completo.

—Vamos. —Colin le tendió la mano—. Apoya la bota en mi mano e impúlsate aferrándote a mis hombros. Yo te ayudaré a subir.

Ella asintió con la cabeza.

Una vez hubo sacado los hombros y la cabeza por la pequeña abertura, apoyó las manos a ambos lados de la escotilla provisional y alzó el resto de su cuerpo. La lluvia la empapó al instante, pegándole el pelo al cuello y la frente. Ella se apartó los mechones con impaciencia.

En cuanto estuvo fuera del carruaje, se arrodilló sobre la parte que quedaba arriba —y que antes era un lateral— y tiró del picaporte con ambas manos sin dejar de maldecir al retorcido trozo de metal.

—¡Maldita sea! El picaporte también está atascado por fuera. —Se asomó al interior—. Sal por la ventanilla como he hecho yo. Es posible que te cueste un poco, pero podrás.

—Sí, yo lograré pasar por ahí, pero *Francine* no. —Alzó el baúl con ambas manos, apartándolo del agua. Era demasiado grande para caber por allí—. Venga, refúgiate debajo de los árboles. Yo me encargaré de mantenerlo a salvo hasta que amaine la lluvia.

—¿Quieres que te deje ahí solo?

Una leve emoción atravesó los rasgos de Colin, pero él la hizo desaparecer al instante.

—Estaré bien. No estaremos demasiado lejos. Ya conoces nuestra señal, M, «Tallyho» y todo eso...

Ella meneó la cabeza. Aquel hombre era absolutamente imposible. Solo cinco minutos antes la había estrechado entre sus brazos, rogándole que nunca le dejara, prometiendo incluso seguirla a la tumba. ¿De verdad pensaba que iba a abandonarlo en ese momento? ¿Que le dejaría atrapado en un carruaje oscuro, a solas, en las mismas carreteras en las que habían perdido la vida sus padres?

Sin duda, estaba chiflado.

—No pienso dejarte ahí solo.

—Bueno, pues yo no pienso soltar el baúl.

Ella volvió a tirar del picaporte, pero este se mantenía en sus trece.

—Quizá pueda forzarla de otra manera. Dame la pistola, por favor.

Él se estiró para tenderle el arma a través de la ventana rota. Ella cerró los dedos en torno a la culata... y le apuntó a él.

—Sal de ahí, Colin.

Lo dijo con fría y serena tranquilidad al tiempo que protegía el arma de la lluvia con su cuerpo. No tenía intención de dispararle, pero esperaba conmocionarle lo suficiente como para que renunciara a aquel tonto y testarudo deseo de quedarse allí dentro con el baúl.

Bueno, sin duda, lo había sorprendido.

La mirada de incredulidad con que él la observaba se paseaba de su cara a la pistola y viceversa.

—Min, ¿te has vuelto loca?

—Podría preguntarte lo mismo. Se acabó, Colin. —Se le quebró la voz—. ¡Se acabó! No vamos a llegar a Edimburgo a tiempo y no vale la pena que pases ni un solo minuto de desasosiego más.

—Al infierno con mi... desasosiego. El trabajo de tu vida está en ese baúl y no pienso dejar que se estropee. Todavía podemos llegar a tiempo al simposio, Min. En cuanto el conductor regrese...

Minerva alzó la cabeza y miró a su alrededor. No había señal alguna del conductor ni de los caballos. El camino estaba cubierto de riachuelos de lodo que transportaban una marea de hojas muertas y ramas caídas. Y la lluvia cada vez caía con más fuerza, produciendo un resonante sonido metálico contra los paneles del títburi.

Tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima del estrépito.

—El agua está subiendo y cae la noche. El títburi se encuentra dañado. Incluso aunque el conductor regresara con los caballos, el camino está intransitable. Se ha acabado.

—¡Maldita sea, Min! No me hagas esto. No te rindas. Te hice una promesa y por Dios que la cumpliré. Encontraré la manera.

—No puedes...

Un grito de alarma hizo que se perdiera el resto de sus palabras. El volcado carruaje comenzó a desplazarse. Una creciente corriente de agua de lluvia había comenzado a mover el títburi, haciendo que resbalara sobre el lodo.

Le dio un vuelco el corazón. Tenía que sacar a Colin de allí. Aquella testaruda insistencia en querer permanecer en el vehículo no solo resultaba una temeridad, sino que entrañaba un gran peligro. Si la corriente de agua seguía creciendo, el títburi comenzaría a deslizarse por la carretera.

Empuñó la pistola con más fuerza.

—Colin, suelta el baúl. Tenemos que alejarnos de este carruaje ya. No quiero más discusiones.

—No. —Él negó con la cabeza—. No pienso hacerlo, Min.

—Entonces no me dejas elección.

Alzó la pistola, apuntó, oprimió el gatillo...

Y disparó.

—¡Santo...!

¡Bang!

«Santo cielo, lo ha hecho. Me ha disparado», pensó Colin cuando la pistola detonó. «¿Cuándo demonios se han convertido mi sangre y mis entrañas en polvo blanco?», se le ocurrió a

continuación.

Cuando el polvillo se posó, él se dio cuenta de que Minerva no le había disparado a él. Había apuntado directamente al baúl. Y aquellas motas blancas que flotaban en el interior del carruaje no eran los restos de su corazón calcificado.

Era *Francine*.

¡Oh, Dios!

¡Maldición! Deseó que Minerva le hubiera disparado a las entrañas. Le habría dolido menos. Al menos estas habrían tenido la posibilidad de recuperarse. *Francine*, por otro lado...

Francine había desaparecido.

—¿Por...? —Se atragantó con el yeso en suspensión—. ¿Por qué has hecho eso?

—Porque no me has dejado elección —lloró ella al tiempo que soltaba la pistola—. Ahora sal ya de ahí. Se ha acabado.

«Se ha terminado».

Sí, se había terminado. Todo había terminado. Ella acababa de disparar a sus esperanzas y sus sueños. No importaba si el conductor llegaba con cuatro caballos de refresco. No importaba ya si las nubes se dispersaban y les acompañaba hasta Escocia un buen clima. Sin *Francine* todo había acabado.

Se tragó el amargo nudo que tenía en la garganta. No quedaba más que admitir la derrota.

Le había fallado. A pesar de todos sus esfuerzos, había fallado a Minerva. Sus buenas intenciones habían acabado convertidas en proyectiles de mortero, y en esa ocasión fue *Francine* quien recibió el impacto.

Salió por la ventanilla rota. Saltó el primero del nuevo techo del tálburi y al aterrizar el agua enlodada le cubrió las pantorrillas.

—Lánzate a mis brazos —le ordenó.

Ella obedeció. Se aferró a su cuello como si él fuera el héroe de su cuento de hadas y no el villano que lo había estropeado todo.

—¿Adónde vamos? —preguntó la joven.

Él miró fijamente la carretera, intentando ver tras la cortina de la tupida lluvia. ¿Qué eran esas sombras?

¿Caballos? Sí, eran caballos. Cuatro de los mejores que poseía. Por fin acababa de llegar el conductor, acompañado de dos de sus propios mozos de cuadras, miembros del personal de Riverchase.

Soltó el aliento que contenía.

—A casa. Nos vamos a casa.

La distancia que los separaba de Riverchase era de apenas unos kilómetros, pero las condiciones en que se hallaba la carretera les obligó a recorrerlos de una manera muy lenta. Colin sostenía a Minerva ante él, sobre la silla de montar, intentando protegerla del frío y la lluvia lo mejor que podía.

Durante un rato pensó que se había quedado dormida.

Hasta que ella habló con la voz entrecortada.

—¿Colin? ¿Qué es ese lugar tan enorme e impresionante que se ve a lo lejos?

—Es Riverchase. Mi casa.

—He pensado que tal vez lo sería. Es preciosa. Toda de granito.

Él se rio para sus adentros. Solo ella podía fijarse en eso en primer lugar.

—Es piedra de la zona.

—Apuesto lo que quieras a que brilla cuando le da el sol.

—Sí, es luminosa.

Él tensó el brazo alrededor de ella, pegándola a su pecho. Por primera vez notó que Minerva temblaba de pies a cabeza.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Solo tengo frío. Solamente f-frío.

Maldiciendo por lo bajo, puso el caballo al trote. La lluvia torrencial se había convertido en una fina llovizna, pero Minerva ya estaba empapada. Tenía que llevarla ante un buen fuego lo más rápido que pudiera.

La parte buena era que el personal de Riverchase había sido advertido por el conductor de que su amo se encontraba en los alrededores. La casa se había puesto en marcha con rapidez. Cuando se aproximó al camino de acceso, la puerta principal se abrió y un grupo de sirvientes salió para ayudarles.

Colin bajó primero del caballo y luego tomó a Minerva en brazos. Le puso un brazo en la espalda y con el otro le sostuvo los muslos para subir los catorce escalones de granito que conducían a la entrada.

La anciana ama de llaves, la señora Hammond, se adelantó para saludarle. Aunque hacía casi dos años que no la veía, no respondió a la bienvenida.

—¿Ha encendido el fuego? —preguntó.

—En la salita, milord.

Al tiempo que acomodaba el peso de Minerva entre sus brazos, siguió apresuradamente al ama de llaves hasta la estancia en cuestión. Dejó la empapada y temblorosa figura de la joven sobre un lujoso diván y arrastró el pesado mueble con su preciada carga hasta situarlo frente a la chimenea. Era un fuego recién prendido y sus llamas resplandecían alegres y danzarinas.

—Esta es una estancia preciosa —comentó ella con la voz temblorosa—. Estoy e-en-encantada —le castañeteaban los dientes— de poder conocer tu casa.

—Guarda silencio. No intentes hablar. Te enseñaré todo después.

—De acuerdo.

La vio esbozar una sonrisa tan forzada y temblorosa que quiso aullar de angustia. No debería estar ocurriendo eso. Le quitó las gafas y las secó con un paño antes de volver a ponérselas.

La señora Hammond seguía esperando en el umbral.

—Traiga mantas —ordenó él—. Y un vestido limpio y seco. No me importa de quién sea. Y té caliente con algo de comer en cuanto sea posible.

—Sí, milord.

Una vez que la mujer desapareció, comenzó a despojar a Minerva de toda aquella ropa mojada. Ella intentó ayudarle, pero los dedos le temblaban demasiado.

—Estate quieta, cielo. Déjame a mí.

Por fin se consideró vencido por los botones y corchetes y sacó la navaja plegable de la bota para cortar el vestido. Arrancó la empapada tela de su cuerpo y lanzó las prendas al fuego. Cuando la despojó de la delgada y suave muselina, quiso llorar.

Una semana antes había albergado una ambigua preocupación sobre la posibilidad de arruinar a esa chica. Había pensado que llegaría a desacreditar su reputación más allá de cualquier reparación posible, pero... ¿habían sido los ataques a su virtud el principal peligro?

Ojalá ella hubiera sido tan afortunada.

Al verla ahora, encogida, tiritando sin control, con la piel pálida y los labios amoratados, con el vestido hecho jirones... Todos los sueños de Minerva habían quedado destruidos en un camino secundario y sus esperanzas habían muerto. Cuando la desnudó, encontró una horrible e hinchada magulladura en su hombro.

Aquello iba mucho más allá de cualquier ruina social. Era la devastación absoluta. Y solo él era el culpable.

El profundo y visceral dolor que sintió en ese momento le indicó dos cosas igual de trágicas.

La amaba más que a nada en el mundo.

Y la había perdido para siempre.

CAPÍTULO

29

Mientras se acurrucaba en aquel cálido nido de mantas, Minerva pensó que era sorprendente lo que una hora de descanso, el fuego de una chimenea y un té caliente podían hacer en el ánimo de una mujer. Decidió también que las mantas de lana serían, a partir de ese momento, su atuendo favorito.

Aunque todavía no había disfrutado de la excursión prometida por la casa, a juzgar por lo poco que había apreciado hasta ese momento, Riverchase era la mansión más impresionante que ella hubiera visto nunca.

Si Colin abandonaba su lugar junto al fuego y se sentaba a su lado, se sentiría totalmente recuperada. Parecía muy desgraciado. Empezó a levantarse para acercarse a él, pero Colin la detuvo extendiendo la mano.

—Ni se te ocurra —fueron las únicas palabras que dijo. —Su voz, sus ojos, eran fríos. Ella se reclinó en el diván—. Mañana te mandaré a Londres —aseguró él sin dejar de mirar el fuego.

—¿Vas...? —Contuvo el aliento, herida—. ¿Vas a mandarme a Londres? Sin acompañarme.

Ahora que Escocia ya no era su destino, suponía que tenía sentido volver. Pero ¿al día siguiente? ¿Cada uno por su cuenta?

Él asintió con la cabeza.

—Será más seguro de esta manera. Y más conveniente. Por supuesto, dispondrás de unos hombres de escolta que velarán por tu seguridad. Y la señora Hammond, el ama de llaves, será tu acompañante.

—¿Y tú?

—Yo me adelantaré a caballo para advertir a Bram, así te estará esperando.

—¿Lord Rycliff? Pero ¿qué piensas decirle?

—La verdad. —Hizo un gesto vago—. O alguna versión edulcorada. Que partimos de Cala Espinada con la idea de fugarnos a Escocia, pero no funcionó. Y que solicito su ayuda y la de Susanna para que tu reputación no quede mancillada. Le diremos a todo el mundo que no pasamos de Londres, que te pusiste enferma la primera noche y que te has alojado en su casa durante toda la semana.

La perspectiva de llevar a cabo tal charada le revolvió el estómago.

—Susanna es mi amiga. No quiero que mienta por mí.

—Este tipo de cosas está a la orden del día.

Minerva sabía que era cierto. Más de una de las mujeres que conoció en Cala Espinada había sido enviada allí para superar un escándalo o una indiscreción. Susanna, otrora la dirigente de la localidad, había guardado gran cantidad de secretos. Sí, sin duda, la sociedad en general le debía su discreción en muchos asuntos.

Pero una cosa era encubrir aquel viaje ante la opinión pública y otra que él la borrara de sus recuerdos. Colin hablaba como si a partir de entonces fueran a comportarse como desconocidos el uno con el otro.

—¿Es eso lo que quieres de verdad? —le preguntó—. ¿Que nos comportemos como si nada de esto hubiera ocurrido?

—No importa lo ocurrido, jamás carecerás de nada. Una vez que me ocupe del control de mis cuentas, te pasaré discretamente una cantidad, suficiente para que puedas vivir como desees, adquirir una casa donde quieras. Podrás dedicar tu vida a la geología. Tus hermanas y tú dispondréis siempre de mi protección.

—¿De tu protección? Entonces ¿seremos amantes?

—¡Santo Dios, no!

—¡Oh! —Contuvo un sollozo—. ¿Ni siquiera eso?

Con una maldición por lo bajo, él cruzó la estancia y se sentó a su lado.

—Minerva, jamás te degradaría de esa manera. Después de todo el dolor que te he causado, no te culparía si me desterraras de tu vida. —Colin ocultó la cabeza entre las manos—. No me obligues a hacer una lista con todo en lo que te he fallado.

—Entonces haré yo una con todo lo que me has dado: mantas y té caliente; un día en la feria; una manzana, una naranja y cerezas; la posibilidad de ganar veinte libras en un concurso de tiro; el valor para cantar en una taberna; recibir por primera vez cumplidos honestos; una desbordante y jadeante pasión, y aventuras como para llenar una vida. Piénsalo, esta semana he sido una misionera, una asesina, una princesa perdida hace tiempo... Y, no nos olvidemos, una tragasables.

Él levantó la cabeza y la miró con media sonrisa.

—Créeme, nunca en mi vida olvidaré *eso*.

Ella notó que se le calentaba el corazón al ver aquella chispa de su buen humor habitual. Aquel era el Colin que conocía y amaba.

Se encogió de hombros.

—Después de toda esta aventura, quizá volver a ser una simple geóloga sea una decepción.

—No lo hagas. No me mientas, Minerva —suplicó él al tiempo que le acariciaba la mejilla—. Sé cuánto deseabas participar en ese simposio. No me digas que no estás desilusionada.

No, no podía hacerlo. Y tampoco podía contener más las lágrimas. Él la sostuvo entre sus brazos mientras ella lloraba por la pobre y destruida *Francine* y sus arruinadas ambiciones científicas.

Tras unos minutos de desahogo, se enjugó las lágrimas.

—Solo quería dejar mi huella. Mi propia marca duradera sobre la faz de la Tierra igual que *Francine* dejó la suya. Una pequeña señal que sobreviviera para las generaciones venideras: «Minerva Highwood estuvo aquí y el mundo es un poco diferente gracias a su presencia». Era lo único que quería.

—Sí, y tendría que haberlo hecho. —Colin se levantó del diván y caminó hasta la chimenea, donde golpeó con el puño la repisa—. Lo habrías conseguido. Tu único error fue unirte a mí.

—Eso no fue un error.

—Por supuesto que lo fue. ¿No te has dado cuenta todavía, Min? Voy dejando mi huella por donde paso. Pero en mi caso no son simples huellas, son más bien cráteres.

Con un dedo empujó a una frágil pastora de porcelana hasta el borde de la repisa y de pronto... esta cayó de cabeza al suelo.

—¡Oh, mira! —dijo él con fingida sorpresa—. Colin Sandhurst estuvo aquí. —Empujó otra figura que siguió el mismo destino—. Y aquí. —Otro adorno más—. Y aquí también.

Mientras aquella melodía de destrucción se desvanecía en el silencio, ella respiró hondo y se obligó a mantener la calma.

—Colin, ¿podrías...? —Los nervios le jugaron una mala pasada y le falló la voz—. ¿Podrías amarme?

Él la miró fijamente.

—Por Dios, no me preguntes eso.

—¿Por qué?

—Porque no puedo responderte. No importa lo que diga, te destruiré de todas maneras. Ni siquiera soy capaz de llevar la huella de yeso de *Francine* hasta Escocia, ¿cómo se me podría confiar algo tan precioso como tu corazón?

Ella se cubrió los hombros con una manta y se levantó. Cruzó la estancia hasta donde se encontraba él y se colocó en la otra esquina de la chimenea.

—Colin, si tú me pudieras amar... no me importaría nada más. Tú vales mucho más que un premio científico de quinientas guineas.

—Oh, ¿de veras? —Hizo girar el dedo señalando la magnífica salita en la que se hallaban—. Sí, es evidente que valgo más.

—No me refiero a eso, y lo sabes.

—Esto jamás ha sido una cuestión de dinero. Sé lo que realmente querías conseguir. Querías asistir a ese simposio. Lo has arriesgado todo por ello, Min. Tu seguridad, tu reputación..., tu propia vida. Y yo he destruido esos sueños.

Ella le acarició la muñeca y esperó a que él le sostuviera la mirada.

—Tú no has destruido mis sueños. Lo único que hiciste fue romper mi coraza. Liberar las ataduras que me atenazaban.

Él le rozó la mejilla con los nudillos.

—Min... —susurró.

Ella sonrió y se secó una lágrima solitaria.

—A pesar de todo, esta ha sido la semana más excitante y mágica de mi vida. Me entristece que termine así.

—Lo sé, lo sé. Es una lástima, ¿verdad? —Cogió el atizador y revolvió el fuego—. Yo también me había creado una ilusión. Supongo que no era más que una vana esperanza. Soñaba con que, con este alocado y tumultuoso viaje..., solo estuviéramos escribiendo la historia de nuestro futuro.

Ella se rio.

—¿Quieres decir que íbamos a convertirnos realmente en misioneros en Ceilán? ¿O que acabaríamos actuando en un circo?

—No, no. No me refiero a que estuviéramos prediciendo nuestro futuro. Lo que quería decir es que esperaba que estuviéramos escribiendo una historia para nuestro futuro. El cuento que relataríamos una y otra vez con copas de vino en los banquetes y en los aburridos días primaverales, cuando el césped estuviera anegado de lodo. ¿Sabes a qué me refiero? A que fuera nuestra historia, Min. Una que recordaríamos y con la que nos reiríamos en los años venideros; la que incluso relatarían nuestros... —Su voz se desvaneció mientras colocaba el atizador en su lugar.

—¿Nuestros qué? —Le dio un vuelco el corazón—. ¿Nuestros hijos? —¿Colin había soñado una vida con ella?

—Minerva, eres la persona más inteligente que conozco. Puedes mirar una extraña huella en el suelo y ver un vibrante mundo de la antigüedad. Y ahora mírame a mí. —Ver sus fogosos ojos, iguales a los diamantes de Bristol, jamás era un sacrificio—. Dime la verdad —suplicó—. ¿Puedes imaginar un futuro agradable conmigo?

Ella se puso de puntillas para revolverle el pelo.

—¿Con sinceridad?

—Con sinceridad.

—Cuando te miro, mis pensamientos son algo así como: «Solo Dios sabe qué pruebas voy a tener que superar si sigo este camino». —Sonriendo, le puso la mano en la nuca—. Pero, por suerte o por desgracia, Colin, a algunas mujeres nos gusta que la vida nos sorprenda.

Él guardó silencio durante un largo y jadeante momento.

—Bien... —dijo al fin en tono misterioso. De pronto, la abrazó con ferocidad, lo que la cogió por sorpresa—. Entonces. ¡Sorpresa!

CAPÍTULO

30

Colin la aplastó contra la pared y acarició con codicia todas las partes del cuerpo de Minerva que quedaban a su alcance. La besó con fervor en la frente, las mejillas, los labios...

Necesitaba eso. La necesitaba a ella.

La necesitaba ahora.

Tiró con brusquedad de los botones de la camisola. Algunos los desabrochó, otros saltaron de sus ojales. Muy pronto, la endeble prenda estaba en el suelo a sus pies.

—Minerva... —Con un resonante suspiro, él presionó todo su cuerpo vestido contra la desnudez femenina. Apretó las manos contra la pared al tiempo que le separaba los muslos con una rodilla. Incluyó la cabeza para besarle y chuparle el cuello, friccionando durante todo el rato la enhiesta erección contra su calor. No pudo contener un gemido—. Te necesito, Min. Te necesito más que a nada en el mundo.

—Estoy aquí —suspiró ella mientras le rodeaba los hombros con los brazos—. Soy tuya.

«Soy tuya». Una dulce punzada de emoción atravesó el corazón de Colin. Aun así, mantuvo las manos contra la pared, sin confiar en ser capaz de controlarse una vez que comenzara a tocarla. Pero se separó un poco para mirarla. Para admirarla.

Ella trató de abrazarle.

—Colin...

—Espera. —La voz le temblaba de deseo—. Déjame observarte.

Ella se relajó contra el empapelado, exhibiéndose ante él. Colin nunca había soñado que una mujer pudiera ser tan hermosa.

Contra aquella pared era más luminosa que una pintura de cualquier maestro holandés. Su piel perfecta hacía que la pastora de porcelana llorara con envidiosa amargura. Y sus pechos...

No tenía ningún objeto decorativo con el que comparar sus pechos, pero le ponían tan duro como la madera del suelo. Sus senos eran tan excitantes como la primera vez que los vislumbró, en aquella posada de Londres.

Besó la elegante curva de la garganta y, antes de ponerse de rodillas sobre el frío suelo, le chupó aquellos deliciosos pezones. Se acomodó ante ella, descansando la cabeza sobre su vientre. Le besó levemente el ombligo, le acarició el interior del muslo con la nariz... Sí, sería una larga y agradable visita.

—¡Dios mío! —Se internó entre sus piernas separadas y estudió con atención los rizos oscuros—. Siempre he querido hacer esto.

Ella soltó una risita.

—Solo hace una semana que emprendimos viaje.

—Siempre he querido hacerlo. —Separó sus pliegues con los dedos, para explorarlos mientras frotaba el pulgar contra la hinchada perla—. Ni te lo imaginas, Min. No sabes cuánto tiempo llevo esperándote.

Depositó un casto beso encima de su sexo. Era solo un prelude de lo que quería hacer, pero no

deseaba que ella se escandalizara.

Luego deslizó un brazo debajo de una de sus rodillas y la obligó a apoyar la pierna en su hombro. Después abarcó las caderas con las manos, llegando al sexo con la punta de los pulgares y abriéndolo para sus ojos. Para su beso.

Ella ahogó un gemido.

—Colin...

—No hables. —Sopló las palabras sobre la delicada carne—. Yo te di la oportunidad de reconocermé a fondo. Ha llegado mi turno.

Y la exploró. Por completo. Deslizó la lengua, apenas un roce, por cada pétalo sonrojado y húmedo. Por un lado, por el otro, hasta rodear el brote hinchado en la cresta. Juguetearlo otra vez. Indagando ligeramente, hasta que a Minerva se le entrecortó la respiración y arqueó las caderas, clavándole el talón en la espalda para obligarle a acercarse más.

«Sí. Eso es. Estréchame con fuerza. Reclámame. Conviérteme en un esclavo de tu placer».

Pero su parte más malvada no pensaba darle lo que ella más deseaba. Todavía no. Continuó a su ritmo, provocándola con esas pequeñas atenciones, hasta que ella se meció contra su boca con una urgente cadencia, sin contener los quejidos de necesidad que vibraban en su garganta.

—¡Oh, Colin! ¡Oh, Dios!

A pesar de lo blasfemo que podía parecer, le encantaba ser nombrado por delante del Altísimo en el universo de Minerva. Incluso aunque fuera por un breve y caprichoso segundo.

—¿Sí, cielo? —murmuró entre un lánguido movimiento de lengua y el siguiente.

—Necesito... Necesito algo...

—¿Esto? —Sumergió la lengua en su interior.

Ella contuvo el aliento y se retorció.

—Más...

Minerva se agarró a su pelo mientras él paladeaba su intoxicante sabor, que parecía haberse grabado a fuego en su lengua. Necesitaba mucho más de ella. Y no podía esperar.

Le puso la pierna en el suelo, se levantó y se deshizo de los pantalones con rapidez. Se despojó de la camisa, pasándola por la cabeza, antes de arrojarla a un lado. Agarró las nalgas de Minerva con ambas manos y la alzó contra la pared, inmovilizándola con una aguda mirada, decidido a leer cada emoción en su rostro.

—¿Me deseas, Min?

—Sí.

—¿Me necesitas?

—¡Sí! —Ella se contorsionó contra él de manera salvaje, con recién adquirida habilidad.

—¿Me amas? —Su voz sonó ronca; aspiró y las palabras se perdieron en su garganta. Se introdujo en ella, forzando la entrada de su dura longitud en la apretada envoltura—. Ámame —gruñó, silabeando las palabras entre los empujes—. Á... ma... me...

—Sí. —Ella contuvo el aliento, al tiempo que oscilaba la pelvis para aceptarle más profundamente—. Sí.

Él la penetró con firmeza hasta chocar contra ella en el ángulo que sabía que le daría más placer.

—Ámame. No dejes de hacerlo nunca, ¿me oyes? No será tan bueno con ningún otro. Solo conmigo, Min. Solo conmigo.

—¡Colin! —Ella le clavó las uñas en los hombros y se separó de la pared, colocándose cara a cara. Le metió la lengua en la boca como si estuviera hambrienta de él—. Te amo. Deja de hablar.

Era justo lo que quería hacer.

La presionó contra la pared, sin más palabras. Solo embistiendo y retirándose, empujando una y otra vez mientras la besaba. Besos calientes, húmedos y profundos. Solo existía aquella desesperada y primitiva necesidad de estar más cerca de ella de todas las maneras posibles.

Sin una advertencia previa, ella se tensó. Se aferró a él para surcar el éxtasis, gimiendo contra su oído. Él notó que los músculos íntimos de su amada comenzaban a vibrar a su alrededor, rodeando su erección de palpitantes oleadas.

En esa ocasión no se contuvo. No habría podido ni aunque hubiera querido. Cabalgó la cresta del placer y siguió embistiendo con frenesí para que su clímax fuera continuación del de ella.

Cuando eyaculó en su interior, sintió una cegadora alegría; aquello no se parecía a nada que hubiera sentido antes. Se entregó a sí mismo. Se encontró girando en un lugar extraño y oscuro. Se perdió allí durante un momento, dejándose azotar por la dicha, desamparado. Pero enseguida las tranquilizadoras caricias de Minerva lo llevaron de vuelta a la realidad.

Ella siempre le salvaba de la oscuridad.

¿Cómo no iba a hacerlo? Era la dueña de su corazón.

—Minerva... —Exhausto y tembloroso, escondió la cara en su cuello—. Necesito preguntarte algo.

—¿Sí?

—Sí. Esta es una pregunta muy importante. Una que jamás le he hecho antes a ninguna mujer. Y quiero que medites con cuidado la respuesta. —Ella asintió con la cabeza—. Después de que toda esta locura haya acabado y estés de regreso sana y salva en tu casa, ¿crees que podrías dejar que... —tragó saliva sin dejar de mirarla a los ojos— te corteje?

Ella lo miró boquiabierta.

—¿Cortejarme? ¿Tú... quieres cortejarme?

—Sí. Es lo que más deseo. Más que ninguna otra cosa.

—Colin, no sé si te das cuenta de que en este momento estás dentro de mí.

—Sí, soy exquisitamente consciente de ello.

Ella le retiró con suavidad el pelo de la frente.

—Entonces es como decir que sujete al caballo cuando ya se ha desbocado, ¿verdad? ¿No crees que, llegados a este punto, un cortejo formal sería una molestia innecesaria?

—No es una molestia, en absoluto. —Besó el confuso mohín de sus labios—. Y creo que es necesario. Mereces ser cortejada, Min. Mereces flores, picnics, paseos por el parque y todo lo demás. Y no quiero presumir, pero sospecho que una vez que me aplique a ello, se me va a dar muy bien.

—Estoy segura de ello, pero...

—La temporada estará pronto en pleno apogeo. —Se retiró suavemente de su interior y la depositó en el suelo—. Convenceré a tu madre para que te envíe a Londres, así podré prodigarte mis atenciones delante de toda la sociedad.

—¿Cómo vamos a hacerlo después de que hayamos regresado solteros de este escandaloso viaje? Incluso aunque contemos con la ayuda de tu primo, las murmuraciones serán terribles.

El chasqueó la lengua.

—Incluso si hay algo de escándalo y nos niegan la entrada en el vetusto Almack's, ¿qué más nos da? Seremos bien recibidos en otros muchos lugares. Bailes, funciones de ópera, obras de teatro, Vauxhall... Seremos la comidilla de Londres.

—Sí, ya me imagino. Todos se preguntarán qué es lo que la torpe sabionda vertió en tu vino

para hacerte perder la razón.

—No. No hables así. —Le puso el dedo debajo de la barbilla—. Odio que te menosprecies, Min. Soy capaz de golpear a cualquiera que te insulte, pero no sé cómo protegerte de ti misma. Así que hazme un favor y, sencillamente, no lo hagas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Vio que le temblaba el labio inferior y se lo dibujó con el dedo.

—Mimarte me producirá mucho placer. Conseguiré que te sientas como una reina. Haré todo lo posible para conquistarte.

—Pero Colin... No sé si te das cuenta de que no es necesario que me conquistes. —Él vio brillar con afecto sus ojos castaños—. Ya te lo he dicho: soy tuya.

Él la tomó en brazos y la llevó junto al diván. La camisola estaba arrugada y rota, así que buscó su camisa y le ayudó a ponérsela. Se la pasó por la cabeza, le sacó el pelo por el cuello y se lo colocó alrededor de la cara. Su ropa era provocativa en ella, el cuello abierto ofrecía un descarado vislumbre de sus pechos desnudos. Minerva le miraba con los ojos brillantes y las mejillas atractivamente sonrojadas.

¡Santo Dios! Adoraba mirarla. Su corazón y su erección sostenían que debía casarse con ella de inmediato y mantenerla allí mismo, comenzar a disfrutar de esa estampa todos los días. Todas las noches.

Pero por una vez en su vida iba a permitir que fuera su cerebro el que tomara las decisiones. Cuando obraba con precipitación, incluso sus mejores intenciones acababan descarrilando. Un matrimonio apresurado, por muy tentador que sonara, no era la manera correcta de hacer las cosas.

Se puso los pantalones y se sentó con las piernas cruzadas junto a ella, frente al fuego.

—Eres tan joven... —comenzó a decir.

—Solo tengo cinco años menos que tú —le interrumpió ella—. Mi madre se casó cuando tenía diecisiete años y mi padre cuarenta y tres.

—Eres muy joven —insistió él—. Y esta semana ha sido turbulenta para ti, por decirlo suavemente. Quiero darte tiempo, espacio en el mundo real, para que estés segura de tus sentimientos.

—Estoy segura de mis sentimientos.

—Te mereces ser cortejada. Necesitas saber que puedes elegir antes de comenzar tu vida con alguien, y más si es con un tipo como yo. Incluso debes echar un vistazo a sir Alisdair Kent. Es posible que después de todo no sea un viejo lleno de verrugas.

Ella le acarició la cara.

—Te amo a ti, Colin. Nada va a cambiar eso.

—Mi amor, mi dulce cielo. —La cogió entre sus brazos y la estrechó con fuerza.

«Te amo a ti. Nada va a cambiar eso».

Oh, cómo quería tomar esa atrevida e inequívoca declaración y aceptarla como cierta. Grabarla en piedra, tatuársela en la piel, dibujarla con mosaicos en el suelo. Entonar acordes celestiales para Minerva, para que jamás dudara de él. Pero había aprendido —de ella, de la vida— y sabía muy bien lo poco que Minerva había visto del mundo. Aunque su agotada alma deseaba con ardor la seguridad que ella le ofrecía, podía esperar unos meses.

Ella, más que nadie, debía comprender el valor de una prueba científica.

—Si lo que dices es cierto, entonces no hay ningún mal en esperar, ¿verdad? —comentó, mirándose en sus ojos oscuros. Le acarició la mejilla, en busca de su sonrisa—. Conozco muy

bien las consecuencias de las decisiones impulsivas; no suelen salir bien. Cuando me case contigo, quiero que todo el mundo lo sepa y eso incluye demostrar que no es un vehemente antojo. Quiero esperar hasta después de mi cumpleaños, así nadie sospechará que me he casado contigo para tener control sobre mi fortuna.

—¿Después de tu cumpleaños? ¿Estás sugiriendo que no hagamos vida en común durante meses?

Él asintió con la cabeza.

—Eso es, sí.

—¿Qué ocurrirá durante todas esas noches, Colin? ¿Cómo piensas superarlas? —La vio tragar saliva—. No creo que sea capaz de aguantar que tú...

Él la silenció con un beso.

—Los votos matrimoniales deben esperar, pero te haré un juramento aquí y ahora. —Le tomó la mano y la apretó contra su corazón—. Minerva, te prometo que mientras viva, no pasaré la noche en brazos de ninguna otra mujer. No fingiré que vaya a ser una espera placentera, pero lograré superarlo. Será mucho más fácil atravesar la oscuridad si tú eres el precioso y cálido faro que me encuentre al final del camino.

Ella pareció decepcionada y él se odió a sí mismo por ello, pero aquella era la decisión de su vida, la que más debía cuidar y hacer correctamente. Si eso significaba moverse al ritmo de un caracol, estaba dispuesto a hacerlo.

—No te preocupes —la tranquilizó—. Esto es lo mejor, ya lo verás. Lo hemos hecho todo al revés. Comenzamos fugándonos, después hicimos el amor y ahora te cortejaré. Cuando seamos dos viejecitos con el pelo plateado, quizá consigamos coquetear. Nos haremos ojitos el uno al otro por encima de nuestros tazones de avena. Seremos la envidia de matrimonios con la mitad de nuestra edad.

Ella sonrió.

—¡Oh, Colin! Si pudieran verme ahora mismo, sería la envidia de todas las mujeres de Inglaterra.

—Y también de unas cuantas de Escocia. Se te olvida que me he criado muy cerca de la frontera.

Él hizo el comentario como si nada, pero una repentina idea hizo que una oleada de excitación atravesara su cuerpo de pies a cabeza.

«Escocia».

Colin sufrió una transformación inmediata. Minerva observó que la expresión de su cara cambiaba de tierno afecto a fría determinación en un instante.

Ella le pasó la mano con tímida sensualidad por el torso, esperando conseguir que volviera a cambiarla.

No funcionó.

Colin se levantó y le tendió la mano.

—Ven. Vamos, deprisa.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Te lo explicaré mientras subimos las escaleras. No tenemos tiempo que perder.

Desconcertada, ella tomó su mano. Él la ayudó a levantarse antes de recoger todas las prendas que estaban tiradas por el suelo.

—Ahora ya estarán preparadas las habitaciones y habrán recogido tus baúles de la carretera. Te acompañaré al dormitorio y ordenaré que una doncella te ayude a bañarte y vestirte.

—¿A medianoche?

Él lanzó una mirada por la ventana.

—En realidad casi está a punto de amanecer.

Le puso la mano en el hueco de la espalda y la acercó para guiarla fuera de la salita hacia las suntuosas y elegantes escaleras. Mientras subían apresuradamente, ella intentó no pensar demasiado en el hecho de que estaba recorriendo descalza y a hurtadillas una de las mansiones más grandes y con más solera de Inglaterra, y sin otra cosa que la cubriera que la camisa de Colin. Un escándalo con todas las de la ley.

Pero por otro lado... Algún día sería la señora de aquella casa. Quizá... Si el cortejo iba como debía...

¡Dios, estaba muy confundida!

—Y mientras yo me baño y me visto, ¿qué harás tú?

—Lo mismo —aseguró él—. Asearme y arreglarme. Luego prepararé los caballos.

—¿Los caballos?

—Sí. Debemos salir tan pronto como sea posible. —Se detuvo en medio del pasillo—. ¿Cuál era la puerta...? Mmm... Sí, esta es tu habitación.

La guio a una estancia exquisita, decorada en tonos marfil y verde hierba. Ella no pudo más que admirar las molduras y emitir un suspiro de placer cuando sus pies cansados del viaje se hundieron en la gruesa y lujosa alfombra.

—Colin, acabamos de llegar. Apenas hemos dormido desde hace días. ¿No podemos descansar un poco antes de salir disparados otra vez? Esta es la habitación más hermosa que he visto nunca.

—Lo más hermoso de ella eres tú. —Él se alejó de la joven, que permaneció en el centro de la alfombra, y comenzó a recorrer la habitación. Primero abrió las cortinas. El tenue resplandor plateado del amanecer se filtró por las ventanas—. Aquí está el vestidor —le dijo, señalando una puerta abierta—. Y el dormitorio se halla por ese lado. Espero que tengas más tiempo para explorarlo la próxima vez que vengas. —Pasó ante unas puertas cerradas—. Ahí está el cuarto de baño, y esto es el armario.

Ella cerró los ojos con fuerza y luego volvió a abrirlos.

—Colin, ¿adónde tienes intención de llevarme?

—A Escocia. Al simposio.

—Pero... es demasiado tarde. El simposio es hoy.

—Lo sé. Por eso debemos darnos prisa. Llegaremos tarde, es imposible evitarlo.

—¿Y cómo tienes pensado conseguirlo? Nada de carruajes, Colin. Es imposible. —Sabía lo mal que se había sentido en el tálburi la noche anterior. No pensaba obligarle a pasar por lo mismo otra vez.

—Tengo un plan —comentó él misteriosamente—. Ya verás.

—Pero *Francine*...

—*Francine* sigue existiendo. Da igual que ese trozo de yeso esté destruido. La huella sigue existiendo. Ella dejó su impronta en el mundo. —Se acercó a Minerva y le cogió las manos—. Y también lo harás tú, Min. Quizá no ganes el premio al no llevar esa prueba contigo, pero estarás allí y presentarás tu descubrimiento.

Ella no supo qué decir.

Una doncella apareció en la puerta del cuarto de baño. Al verlos, la joven carraspeó e hizo una reverencia.

—Milady, el baño está listo.

Colin mostró su aprobación a la doncella antes de apretarle las manos a Minerva.

—Hemos llegado muy lejos, Min. No vamos a darnos por vencidos ahora. Esta es la historia de nuestro futuro... La que vamos a contar a nuestros amigos, a nuestros invitados y a nuestros hijos y nietos. La historia no termina mal, sino con un triunfo... *Tu* triunfo. —Colin acercó las manos de la joven a sus labios para besar una y luego la otra. Ella se derritió—. Solo confía en mí. Te llevaré hasta allí y me sentiré muy orgulloso de ti —aseguró él.

—¿Iremos en esto? —Una hora después, Minerva se detenía en las escaleras de acceso a Riverchase, vestida con un modelo de viaje confeccionado en oscura tela verde. Esperaba parecer optimista, pero no se sentía precisamente así—. ¿Vamos a ir hasta Edimburgo en *esto*?

Examinó con atención lo que tenía ante sus ojos bajo la brumosa claridad del amanecer. En el camino de acceso esperaba el faetón más elegante y engalanado que había visto en su vida. El pescante, estrecho y con cabida para dos personas —el conductor y un pasajero—, se hallaba al menos a dos metros del suelo. Al pequeño carruaje deportivo estaban amarrados dos purasangres negros idénticos. Parecían más unos caballos de carreras que unas bestias de tiro.

—Eso no puede ser seguro —afirmó ella.

—No es exactamente un modelo familiar.

—Destacaremos en la oscuridad. —Se estremeció cuando el primer rayo de sol iluminó la laca amarilla de un narciso.

—Sí, está pintado en vivos colores, y resulta vistoso y temerario, en efecto. —Colin tiró de una brida de cuero para comprobar su resistencia—. Pero es el medio de transporte más rápido de Inglaterra. Lo gané en una partida de cartas hace unos cuantos años.

—Lo ganaste, pero ¿sabes conducirlo?

Él se encogió de hombros y sonrió.

—Pues ahora lo descubriremos.

Ella se acercó al faetón, presa de una gran ansiedad que se obligó a contener, decidida a ser valiente. Colin estaba volcando en ella toda su fe y ella tenía que corresponder a ese valor.

Se subió al pescante con la ayuda de un lacayo. Los purasangres se movieron impacientes y el faetón se bamboleó sobre las ruedas. A ella le dio vueltas la cabeza.

«No mires abajo», se prohibió a sí misma.

Por supuesto, en ese mismo instante bajó la mirada. ¿Acaso tales pensamientos surtían efecto alguna vez?

Colin se subió al asiento, aterrizando a su lado. Ella le vio bajarse el ala del sombrero y coger las riendas.

—Son solo cien kilómetros. Esa es la distancia que nos separa de Edimburgo. Si el clima no nos lo impide, podremos hacer casi veinticinco kilómetros por hora, quizá algo más si azuzo a los caballos. Es un faetón muy ligero. Con un poco de suerte estaremos allí a mediodía. Podemos conseguirlo, Min. De verdad.

Ella asintió con la cabeza.

—Si tú lo dices... —Enlazó un brazo con el de él y tragó saliva—. Colin, sabes conducir esto, ¿verdad?

Él sonrió.

—No haces más que preguntarme eso.

—Y tú no haces más que responder con evasivas.

Él clavó los ojos en la carretera y movió las riendas, indicando a los caballos que se pusieran en marcha.

—No me gusta viajar en carruaje. Conducirlos es un asunto muy distinto.

Una vez que dejaron atrás el camino de acceso a Riverchase, Colin agitó las riendas, incitando a los caballos, urgiéndolos a adoptar medio galope.

No trotaron a razonable velocidad. ¡Volaron!

—¡Oh! —El viento atrapó su sorprendida risa y la hizo flotar a través de los jardines que rodeaban Riverchase.

«Así se debe sentir una bala».

Arrastrado por aquellos majestuosos y elegantes animales, el faetón levantó el vuelo por el camino de grava como si fuera una carroza tirada por los propios ángeles. El asiento estaba situado sobre unos muelles y la amortiguación absorbía los surcos del camino.

Al llegar al final del sendero, Colin frenó a los caballos y los guio hasta la carretera con hábil facilidad. Parecía como si hubiera nacido con unas riendas en la mano.

Ella se acercó a él, para hacerse oír por encima del rugido del viento y los cascos de los animales.

—¡Eres un malvado! Claro que sabes conducir.

—¡Pertenezco al Club de los Cuatro Caballos! —repuso él al tiempo que le guiñaba el ojo con picardía—. Pura furia en la ciudad.

Con una carcajada, ella se llevó la mano al sombrero, pero estaba demasiado eufórica por el viento y la velocidad para quejarse. Sí, claro que sí. Aquel bribón pertenecía a todos y cada uno de los clubes que le convenían. Clubes de caballeros, de boxeo, de apuestas, de aventureros. ¿Por qué no pertenecer también a un club de conductores?

Así era su vida en Londres. Todos esos clubes. Todos esos amigos. Todas esas brillantes y opulentas diversiones.

Todas esas mujeres...

Mientras se dirigían hacia el norte a toda velocidad, su mente daba vueltas al mismo ritmo que las ruedas del faetón.

Aquella propuesta de un cortejo público la emocionaba, eso seguro. El mero pensamiento de asistir a bailes y funciones de ópera del brazo del elegante y bien parecido lord Payne hacía que su corazón se desbocara. Y le creía cuando decía que se preocupaba por ella. No estaba mintiendo.

«Está volando en este cacharro hacia Escocia por ti. Por supuesto que le importas», se dijo a sí misma.

No obstante, solo unos días atrás Colin se había pasado la mañana cubriendo con paja el tejado de una casa. Se había entregado a aquel trabajo servil con fuerza, entusiasmo y buen humor, pero no había dado la palabra de pasar el resto de su vida haciéndolo. Aquella repentina inclinación por ella ¿no sería simplemente producto de las circunstancias extremas?

Y si ella dudaba de su inclinación, quizá también él vacilaba del amor que le profesaba.

O tal vez solo dudaba de ella.

A lo mejor el problema era que no tenía la certeza de que pudiera llegar a ser una buena vizcondesa. ¿Y quién podría culparlo? Por el amor de Dios, recordó aquella enorme y hermosa propiedad. ¿Quién iba a pensar que ella podría ser su dueña? Había llegado allí hecha un desastre y chorreando agua por toda la alfombra del vestíbulo. Los criados la odiarían...

No podía evitar preocuparse por cientos de cosas a la vez. Colin también debía de estar en la

misma situación. De hecho, había admitido su incertidumbre; por eso quería esperar.

Y es que esperar era lo más inteligente, razonó consigo misma. Retrasar un compromiso era una acción apreciable y correcta.

Pero ¿por qué la aterrizzaba?

Se detuvieron tres veces a cambiar de caballos, regresando siempre a la carretera en el mínimo tiempo posible. El paisaje verde surgía exuberante detrás de cada curva, como una diosa recostada despertando de un sueño invernal.

El viento, en contraste, era gélido como una bruja cruel.

Minerva se acurrucó debajo de una manta de abrigo, pero el frío atravesaba las fibras. Cuando el camino dejó de ser tan sinuoso y pudo sujetar las riendas con una mano, Colin estiró el brazo sobre sus hombros. Ella se dejó abrigar, consolándose con su aroma y la familiar calidez al tiempo que observaba cómo guiaba los caballos con aquella mano enguantada con absoluta confianza.

Ella le rodeó la cintura, abrazándose a él con fuerza. No importaba lo que sucediera dentro de unas horas o al día siguiente. Aquello —solo aquello— valía por todo.

Se aproximaron a Edimburgo cuando el sol había alcanzado su cénit.

—Ya casi hemos llegado —aseguró él, tras volver a subir al pescante después de haber preguntado la dirección a un comerciante—. ¿Preparada para tu grandioso momento?

—Er...

«No lo sé. No saben que soy una mujer. He perdido mis notas y apuntes. No creerán la existencia de *Francine* sin pruebas. Y después de recorrer cien kilómetros aquí sentada, mi pelo debe de presentar un estado lamentable».

«Van a reírse. ¡Oh, Dios! Sé que todos se reirán de mí».

El terror le encogía el estómago, pero ella se negó a pronunciar sus miedos en voz alta. Le había prometido a Colin que no volvería a hablar mal de sí misma.

—Creo que sí. Si tú estás conmigo, estoy preparada para cualquier cosa.

Él detuvo los caballos en una parada, en mitad de una calle.

—¿Es aquí? —preguntó ella, mirando a su alrededor.

—No. —Con la punta de un dedo enguantado, le giró la cara hacia él—. Pero he pensado que sería mejor no hacer esto delante de la entrada de la Real Sociedad Geológica.

Inclinó la cabeza y la besó. Allí mismo, en la calle, con dulce y sensible pasión. Las preocupaciones que la embargaban menguaron, empujadas por la creciente emoción que inundaba su corazón.

—¿Mejor? —preguntó él mientras tomaba de nuevo las riendas.

Ella asintió con la cabeza, notando que su confianza regresaba.

—Gracias, lo necesitaba.

Tras unos minutos más por estrechas calles adoquinadas, Colin detuvo los caballos ante un majestuoso edificio de ladrillo. Lanzó las riendas junto con una moneda a un niño que había en la acera, antes de rodear el faetón para ayudar a Minerva a bajarse.

—Deprisa. Llegas justo a tiempo de hacer una educada entrada triunfal con un leve retraso.

Subieron corriendo las escaleras con los brazos enlazados. Ella estaba tan preocupada por tropezarse con las faldas que no percibió la presencia de un portero... O alguien similar.

Una voz profunda la detuvo.

—Perdón, ¿pueden decirme adónde creen que van?

CAPÍTULO

31

Minerva dio un respingo. Debería haber sabido que no podía ser tan fácil.

—Estamos aquí para el simposio de geología —explicó Colin—. Llegamos tarde debido a un contratiempo en el viaje, así que si nos deja pasar...

El hombre, con espesa barba, no se inmutó. Clavó el dedo en un papel lleno de datos.

—Lo siento, señor. Pero solo pueden entrar los miembros de la Sociedad.

—Yo soy miembro —intervino Minerva—. Formo parte de la Sociedad. Mi nombre es M. R. Highwood. Debo de estar en su lista.

—¿Usted? —Detrás de la barba canosa del hombre apareció una impropia sombra roja—. ¿Reclama ser M. R. Highwood?

—En realidad, hago mucho más que reclamarlo. Afirmo ser la señorita Minerva Rose Highwood. No puedo creer que mi nombre no le resulte familiar. Mis conclusiones han aparecido al menos en cinco números de la gaceta de la Sociedad a lo largo de los últimos diecisiete meses.

—¿De veras, Min? —Colin le acarició la espalda—. ¿Cinco artículos? Eso es brillante, cielo. Me siento muy orgulloso.

Ella se sonrojó. Al menos alguien apreciaba sus logros. Alguien muy bien parecido, inteligente y, contra todo pronóstico, dispuesto a pelear por ella.

Aquel pomposo idiota que agitaba aquella tonta lista delante de ella... no la intimidaba. Ya no.

—Señora, debe de haber un malentendido. Los miembros de la Sociedad son todos caballeros.

—Sin duda, hay un malentendido —aseguró ella, sonriendo ahora con actitud complaciente—. Pero no es mío. Durante los últimos dos años he pagado mis cuotas y he compartido mis conclusiones, incluso he mantenido correspondencia como miembro de pleno derecho de la organización. Jamás he confirmado ser un hombre. Si la Sociedad asumió una realidad equivocada, no es culpa mía. Aclarado este punto, ¿puede permitirme entrar? Tengo una presentación que hacer.

—No creo. —El hombre se plantó delante de ella y miró a Colin—. No podemos permitir esto. A menos que ella tenga algo que...

—Disculpe, pero ¿por qué se dirige a él? —Le interrumpió ella—. Estoy aquí y puedo mantener mis propias conversaciones.

El hombre suspiró.

—Mi querida jovencita, yo...

—No soy una jovencita. Ni tampoco soy *su querida* nada. —¡Santo Dios! Esperaba que aquel impertinente de rostro encendido no fuera sir Alisdair. Este siempre le había parecido un tipo razonable—. Escuche, ¿señor...?

—Barrington.

—Señor Barrington. —Sonrió aliviada—. Estoy aquí para presentar mis conclusiones en el simposio. Soy un miembro muy valorado de la Sociedad, que ha promovido importantes descubrimientos, y tengo algo muy interesante con lo que contribuir. Además, da la casualidad de

que soy mujer, pero una mujer que sabe mucho de geología. Le sugiero que lo acepte.

A su lado, Colin contuvo la risa.

—Bien hecho, cielo. ¡Bravo!

—Gracias.

El señor Barrington, sin embargo, no parecía divertirse.

—Este simposio es un acto restringido a los miembros de la Real Sociedad Geológica y sus invitados. Y como la Sociedad es solo para caballeros, la puerta está cerrada para usted.

—Vamos —intervino Colin. Ella reconoció su tono más dominante y señorial—, estoy seguro de que podemos arreglar esto de alguna manera. Le confieso que me paso la vida uniéndome a distintos clubes, ¿qué debe hacer un hombre para convertirse en miembro de esta Sociedad?

—Aplicamos un exhaustivo proceso de selección. Primero debe enviar una carta de presentación, donde se indicarán sus intereses personales y cualquier publicación realizada hasta el momento. Además, debe ser acompañada de al menos tres referencias y no menos de...

—Sí, sí. Aquí va mi filiación, si es capaz de escribir al dictado. Soy Colin Frederick Sandhurst, vizconde Payne. En lo que respecta a mis intereses geológicos, me han informado de que mi propiedad está situada sobre la mayor veta de granito de todo el condado de Northumberland. Para que dé referencias, nombro a mi primo, general Victor Bramwell, conde de Rycliff. En segundo lugar, a mi estimado amigo el duque de Halford. Y en tercero...

Ella se aclaró la voz.

—Ejem...

—En tercer lugar a M. R. Highwood —remató Colin.

—Señor, yo...

—¡Oh, no! —Colin alzó un dedo—. Creo que es milord para usted.

—Milord, estoy seguro de que la Sociedad se sentirá honrada por su interés. Sin embargo...

—Me parece que es necesario mencionar que en lugar de los derechos usuales y como una concesión para acelerar el proceso, estoy dispuesto a entregar una suscripción anual de, por ejemplo, ¿mil libras? —El señor Barrington abrió desmesuradamente los ojos—. Oh, de acuerdo. Es usted un buen negociador, Barrington. Que sean tres mil. —Esbozó una amplia sonrisa ante el profundo silencio—. Bueno. Ahora que esa parte está arreglada, voy a entrar al simposio. La señorita Highwood será mi invitada.

—Pero, milord, las damas solteras no pueden entrar ni siquiera como invitadas. No es correcto.

—¡Por el amor de Dios, hombre! Eso es una estupidez. ¿De qué demonios necesita la Sociedad proteger a las mujeres solteras en unas secas conferencias sobre la composición del suelo? ¿Acaso se encuentran sus miembros azotados por una especie de frenesí polvoriento del que ninguna joven está a salvo?

El señor Barrington se alisó la chaqueta.

—Algunas veces los debates resultan acalorados.

Colin miró a Minerva.

—Mín, ¿puedo atizarle un mamporro?

—Creo que es una mala idea.

—¿Atravesarle con algo?

—Seguramente esa idea es todavía peor.

—Entonces no hay solución. —Suspiró.

—Lo sé. Vas a tener que entrar solo y exponer la presentación en mi nombre.

—¿Qué? No. —Él meneó la cabeza—. No, no puedo hacerlo.

—Por supuesto que puedes. Me has escuchado ensayar en innumerables ocasiones. Ya sé que hay muchas palabras polisílabas, pero podrás superar este reto.

—Minerva, son tus conclusiones. Son tus colegas. Debería ser tu momento.

—Sí, pero... —Apenas logró contener las lágrimas, y parpadeó para hacerlas desaparecer—. Pero no me dejan entrar.

—No dejan entrar a mujeres solteras. Así que cástate conmigo. Aquí y ahora...

Ella lo miró conmocionada. Sus ojos, como diamantes de Bristol, brillaban llenos de sinceridad.

—¿Casarnos? Pero nosotros... No podemos...

Él le cogió las manos.

—Estamos en Escocia, Minerva. No es necesaria una licencia, ni siquiera una iglesia. Solo necesitamos testigos. Barrington, aquí presente, puede hacer los honores y...

Colin se dio la vuelta justo a la vez que otro hombre abría la puerta y se dirigía hacia ellos, ladeando la cabeza.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó el recién llegado con voz profunda y solemne.

Minerva le recorrió con la mirada de la cabeza a los pies. Era alto, bien parecido y... Bueno, alto y bien parecido. Realmente su figura había sido toda una visión cuando se recortó contra la puerta.

—Barrington, ¿quiénes son estas personas? —preguntó.

—¡Oh, estupendo! —intervino Colin—. Este caballero con tan buena planta puede hacer las funciones y ser nuestro segundo testigo. Así que disponemos del señor Barrington y también del señor... —Dio una sonora palmada en el hombro del individuo.

El hombre parpadeó ante el impertinente gesto de Colin.

—Soy sir Alisdair Kent.

Ella se cubrió la boca con la mano para disimular la risa.

—Muy adecuado. —Colin añadió dos lentas palmadas más en el hombro de sir Alisdair mientras lo miraba de arriba abajo de forma escrutadora—. Muy adecuado. Ya es casualidad... —Suspiró y miró a Minerva—. Este es el momento en que debería dar un paso atrás y permitir que aclaréis las cosas.

«¡No!».

—Pero no voy a hacerlo —concluyó él.

Su corazón se desbocó. «¡Gracias a Dios!»., pensó ella.

Colin apretó sus manos enguantadas con las de él mientras la miraba a los ojos.

—Minerva, te amo. Estaba esperando un momento más adecuado para decírtelo. Un lugar y unas circunstancias más románticas. —Lanzó una mirada a su alrededor—. Pero nos conformaremos con el aquí y el ahora.

—Este es un lugar maravilloso —se obligó a decir ella, conmovida—. Ahora es el mejor momento.

Él le apretó las manos.

—Te amo. Adoro que seas inteligente, leal, curiosa y amable. Me encanta que seas tan valiente, atrevida y fuerte... Pero también me gusta que no siempre lo seas, porque entonces puedo ser yo tu apoyo. Amo poder contártelo todo. Cualquier cosa. Y que siempre tengas algo sorprendente que añadir. Adoro que llames a las cosas por su nombre, que no tengas miedo de decir que una teta es una teta o que una verga es una...

—Perdón —le interrumpió sir Alisdair—, pero ¿puede explicarme alguien qué está ocurriendo

aquí?

Ella no pudo evitar reírse.

—¿Le importa? —repuso Colin en tono irritado—. Prometí a esta mujer meses de amable cortejo y por culpa de su Sociedad y sus arcaicas reglas, debo condensarlos en solo cinco minutos. Lo mínimo que puede hacer es no interrumpirnos.

Sir Alisdair se dirigió a ella.

—¿Está acosándola este hombre, señorita...? —Hizo una pausa—. ¿Es usted la señorita Highwood?

—Sí —replicó en voz baja—. Soy la señorita Highwood. Lamento la confusión. Lamento profundamente haber causado algún... problema.

Él ladeó la boca mientras la miraba de arriba abajo.

—Solo es una sorpresa, señorita Highwood. Solo una sorpresa.

—Sí, sí. Es una mujer absolutamente sorprendente. —Colin carraspeó—. Repito, caballero, ¿le importa?

Ella sonrió y arrastró a Colin, alejándose dos pasos.

—No te preocupes por él, continúa.

Una vez dispusieron de un poco de privacidad, sus ojos se encontraron.

—Como decía, cielo, adoro que llames a las cosas por su nombre. Que seas lo bastante atrevida para llamar teta a una teta y verga a una verga. Pero, por encima de todo, me entusiasma que incluso, después de pasar esta alocada y temeraria semana conmigo, en la que ha estado en juego tu corazón, tu reputación y tu futuro, seas lo suficientemente valiente como para llamar amor al amor. —Colin le encerró la cara entre las manos—. Porque ese es el quid de la cuestión. Te amo, Minerva. —Una mirada de exultante alegría iluminaba los ojos de Colin, como si hubiera acabado de desenterrar el descubrimiento científico que diera sentido a su vida—. Nos amamos.

Ella notó un nudo en la garganta.

—Sí, nos amamos.

—Quiero estar contigo durante el resto de nuestras vidas.

—Yo también quiero.

—Entonces... —Colin le soltó las manos. Se sacó un guante con los dientes y lo dejó caer al suelo, olvidado. Ella observó cómo comenzaba a retorcer el pequeño sello que ceñía su dedo meñique, una y otra vez. Él hizo una mueca—. Es posible que esto lleve un rato.

—Colin, desde luego... No es necesario que...

—Ya casi está —aseguró él, con los dientes apretados. Tenía la cara roja por el esfuerzo—. Un momento..., espera... —Minerva observó cómo él daba media vuelta y se doblaba en dos sin dejar de tirar del anillo. Comenzó a preocuparse—. ¡Ya está! —Jadeante pero con expresión de triunfo, él sostuvo el aro en alto para que lo viera—. No me había quitado este anillo desde que era niño. Lo llevaba mi padre y lo recibí después de su muerte. Comencé a ponérmelo en el pulgar, luego fue pasando por el resto de los dedos. Lleva en mi meñique mucho tiempo; tanto que casi se ha convertido en parte de mi mano. Quiero que te lo pongas tú.

—¡Oh, no! No puedo.

—No. Es necesario. —Le tomó la mano y se lo puso en la palma—. Es mi posesión más preciada, Min. Debes ponértelo. De esa manera, siempre sabré que las dos cosas más estimadas para mí están juntas. Te aseguro que será un consuelo. Y lo más conveniente. —Ella clavó la vista en el anillo antes de mirarle a los ojos, con la respiración entrecortada por la emoción—. ¿Quieres...? —Colin se aclaró la voz—. ¿Quieres casarte conmigo?

—Por supuesto que quiero —se apresuró a responder—. Por supuesto que quiero casarme contigo, pero pensaba que era tu deseo esperar, ir más despacio; cortejarme sin prisas. Parecía importante para ti.

—Sí. —Señaló la puerta cerrada y el simposio que se desarrollaba en el interior—. Pero eso es importante para ti, lo que quiere decir que también es importante para mí. —Estupefacta, le observó poner una rodilla en el suelo—. Te amo, Minerva. Quédate conmigo para siempre. Deja que me pase la vida adorándote. Dame la alegría de poder llamarte mía. —Deslizó el pequeño sello sobre su dedo enguantado—. Pero cástate hoy conmigo, para que pueda compartir mi felicidad con todos.

Ella lo miró con el corazón inflamado de amor... y supo que no había otro hombre mejor en el mundo.

Con unos apresurados votos, pronunciados en esas mismas escaleras, él se ofrecía a hacer realidad todos sus sueños. Y Colin también sería suyo para siempre jamás.

—¿Y bien, señorita? —A su espalda, el señor Barrington dio un toquecito con su lista—. ¿Tiene intención de casarse con este tipo o no?

CAPÍTULO

32

Le interesa alguna pieza de encaje, señorita Taylor? —Cuando Kate entró en la tienda para todo, Sally Bright se enderezó detrás del mostrador. La hermosa rubia cerró el periódico que estaba leyendo—. ¿O quizá una de las cintas que acabamos de recibir?

Kate negó con la cabeza, sonriente.

—Solo necesito un bote de tinta. No tengo motivos para adquirir cintas o encajes nuevos.

—¿Está segura de ello? —Sally depositó un bote de tinta en el mostrador con un sonoro golpe—. No es eso lo que he oído.

El tono de picardía en la musical voz de la chica hizo que ella la mirara con atención.

—¿Qué has oído?

Sally fingió inocencia.

—Que alguien subió hasta el castillo Rycliff el otro día. Sola.

Kate sintió que se le ruborizaban las mejillas, lo que le molestó mucho, dado que no tenía nada por lo que sentirse avergonzada.

—Sí, me dirigí al castillo. Debía hablar con el cabo Thorne. Teníamos..., teníamos un desacuerdo que dirimir.

—Ah... —Sally arqueó una ceja—. Un desacuerdo que *dirimir*. Bien, suena muy correcto.

—No se trata de nada impropio, si es eso lo que estás sugiriendo.

Se negó a mencionar que había pillado al hombre cuando estaba trabajando, medio desnudo y empapado en sudor. Que se había deleitado en toda aquella piel bronceada que cubría un cuerpo duro y musculoso. La ancha silueta de sus hombros había quedado grabada a fuego en su memoria. Era como si hubiera mirado al sol y la impresión estuviera fijada en sus retinas.

—Solo estoy bromeando, señorita Taylor. Sé que usted no haría nada impropio, pero quería decirle que tenga cuidado si no quiere que se propague una idea equivocada. Si no lo hace, acabará siendo víctima de una plaga de pequeños contratiempos. Sal en su azucarero, alfileres en sus faldas... y muchas cosas más.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Que habrá envidias. La mitad de las mujeres del pueblo le harán la vida imposible.

—¿Me envidiarán? ¿Por qué?

—¡Oh, Dios mío! ¿No lo sabe? —Sally comenzó a recolocar los artículos en las vitrinas—. Reconozco que en el momento en que lord Rycliff entró en el pueblo el verano pasado, todas las mujeres que se alojaban en El Rubí de la Reina solo tuvieron ojos para lord Payne. Es elegante, guapo, encantador... ¿Qué mujer no se quedaría embobada con él? Pero hay más mujeres en el pueblo, señorita Taylor. Sirvientas, viudas de marineros, doncellas... Mujeres que no se molestan en soñar con un vizconde. Todas ellas están esmerándose todo lo que pueden para atrapar al cabo Thorne.

—¿De veras? Pero... —Se dio una palmada en el cuello para acabar con un molesto mosquito

—. Pero es muy grande. Y grosero. Y maleducado...

—En efecto. —Sally le brindó una sonrisa conspiradora. Kate estaba asombrada—. Hasta ahora no ha pasado nada —continuó la tendera—. Le han puesto trampas por todo el pueblo, pero él se ha escabullido de cada una de ellas. Los rumores dicen que tiene cierta... *disposición*... con una viuda del pueblo vecino. La visita un par de veces al mes... Ya me entiende.

Sí, la entendía. Y ese hecho le revolvió de manera inexplicable el estómago. Era evidente que el cabo Thorne tenía derecho a hacer lo que quisiera con quien quisiera, pero a ella no le gustaba estar al tanto.

Ni mucho menos *imaginárselo*.

Sacudió mentalmente la cabeza.

—Bueno, pues puedes hacer correr la noticia entre las mujeres de Cala Espinada —y sabía que Sally pondría su empeño en ello— de que no tienen ningún motivo para envidiarme. No hay nada entre el cabo Thorne y yo. Aunque hago gala con él de la educación que poseo, no siento ningún tipo de afecto por él y ese hombre apenas puede tolerar mi existencia.

Aquel día, Thorne se había mostrado muy ansioso por verla lejos del castillo. Recordó la tensa impaciencia de sus gestos cuando la condujo hacia la salida una vez concluyeron su conversación. Era evidente que cavar un pozo le resultaba más entretenido que hablar con ella.

Sally se encogió de hombros sin dejar de pasar el paño sobre el polvo de los estantes de detrás del mostrador.

—Nunca se sabe, señorita Taylor. Nadie pensaba que hubiera algo entre la señorita Minerva y lord Payne y ya ve.

—Eso es totalmente diferente.

—¿Por qué?

—Simplemente porque... lo es. —La salvó el ruido de cascos de caballos y de las ruedas de un carruaje.

En una acrobática maniobra, Sally se agarró a uno de los estantes y se inclinó hacia el lado contrario al tiempo que estiraba el cuello para mirar por el escaparate de la tienda. Una vez que logró vislumbrar quién llegaba, dejó caer el paño de limpiar el polvo.

—Un segundo, señorita Taylor. Se trata del carruaje de postas. Tengo que encargarme enseguida del correo o me ganará una mala cara. Esos conductores de postas son todos muy hoscos. A veces ni siquiera disminuyen la velocidad.

Mientras Sally se ocupaba del correo, ella buscó en el ridículo las monedas necesarias para pagar la tinta. No tenía demasiadas. El invierno y las primeras semanas de la primavera eran la peor época del año para una profesora de música en un pueblo de veraneo. Tenía que hacer gala de una constante frugalidad.

—¿Tienes cambio de media corona? —preguntó cuando Sally regresó.

—Un momento... —Esperó mientras la joven examinaba con cuidado el montón de sobres y cartas. Cogió una misiva y la separó del resto—. ¡Oh, Dios mío! Aquí está.

—¿Qué es eso?

—Una carta de la señorita Minerva.

A Kate le dio un vuelco el corazón. Todos en el pueblo esperaban noticias de Minerva. Corrió hacia Sally.

—Es su letra, estoy segura.

—¡Oh! —gritó la joven con voz aguda—. Es el emblema con el escudo de lord Payne, mírelo.

Kate recorrió el sello rojo con los dedos.

—Sí, lo es. ¡Oh, es una noticia maravillosa! La señora Highwood debería leerla de inmediato. Se la llevaré a El Rubí de la Reina.

Sally estrechó el sobre contra sus pechos.

—De eso nada. Este sobre no se va a alejar de mí. Tengo que estar presente cuando lea la carta.

—Pero... ¿y la tienda?

—Señorita Taylor, soy miembro de la familia Bright. Por suerte, somos muchos. —Sally se lanzó hacia la puerta que comunicaba con el almacén y soltó un grito—. ¡Rufus! ¡Atiende el mostrador! ¡Tengo que ausentarme un rato!

Juntas recorrieron el césped de la plaza a toda velocidad y atravesaron la entrada de El Rubí de la Reina. Encontraron a Charlotte y a la señora Highwood en la salita. La primera bordaba la funda de un cojín y la matrona dormitaba en el diván.

—¡Señora Highwood! —llamó Sally.

La mujer se despertó con un bufido. Giró la cabeza tan rápido que se le torció el gorrito de encaje.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? ¿Ha muerto alguien?

—No ha muerto nadie —aseguró Kate, sonriente—. Pero es posible que alguien se haya casado. Sally puso la carta en la mano de la mujer de más edad.

—Venga, señora Highwood. Léala. Nos morimos por saber lo que dice.

La señora Highwood miró el sobre y palideció.

—¡Oh, Dios mío! Mi querida hija... —Con dedos temblorosos, rompió el lacre y sacó la carta. Charlotte dejó el bordado a un lado y se acercó.

La mujer tendió la carta a la hija menor.

—Ten, Charlotte, léela tú. Mi vista ya no es la que era. Y mis nervios...

Sally se cogió del brazo de Kate y todas esperaron con ansiosa expectación.

—En voz alta, señorita Charlotte —la urgió Sally—. Léala en voz alta.

—«Mi querida madre —comenzó Charlotte—. Sé que debes de preguntarte qué se le ha ocurrido en esta ocasión a tu caprichosa hija. Reconozco que la última semana no se ha desarrollado tal y como había planeado...».

—¡Oh, Dios mío! —susurró Kate.

—Está arruinada —se quejó la señora Highwood con un hilo de voz—. Y todas nosotras con ella. Que alguien me traiga un abanico. Y una copita de oporto.

Charlotte siguió leyendo.

—«... a pesar de las dificultades que encontramos en la carretera...».

—¡Que *encontraron!* —Sally hizo hincapié sobre todo en la última sílaba—. Tranquilícese, señora Highwood. Escribe en plural.

—«... ahora nos hallamos a salvo en Northumberland...».

—Northumberland... —Las mejillas de la señora Highwood recuperaron su color al tiempo que la mujer se enderezaba en el diván—. Ahí está la propiedad de lord Payne, me lo comentó en cierta ocasión. Oh, ¿cuál fue el nombre que me dijo?

—«... y siento un gran placer en comunicarte —continuó leyendo Charlotte— que estoy escribiéndote desde... —la jovencita bajó el papel y sonrió— la preciosa biblioteca de Riverchase».

CAPÍTULO

33

Dos semanas después

Mi estimada hija, la vizcondesa Payne:

¡Las campanas están repicando hoy por ti en Santa Úrsula! Le dije al vicario que era imprescindible que así fuera, no importaba que tú estuvieras en Northumberland.

¡Qué alegría tuvimos al recibir tu carta! Como mis amigas suelen decir, mi intuición no tiene parangón. Siempre supe que ese bribón de Payne sería algún día mi yerno, pero ¡quién iba a suponer que su vizcondesa serías tú! Me has convertido en una madre muy orgullosa, querida.

Por supuesto, debes disfrutar de tu luna de miel, pero has de ir pensando en regresar a la ciudad para celebrar la boda como Dios manda. Diana debe ser la siguiente, imagino que ya lo sabes. Y no le van a venir nada mal tus nuevas conexiones. Tengo más esperanzas que nunca para ella.

Si tú has podido pescar a Payne, sin duda Diana cazará a un duque.

Tuya..., etcétera.

Mamá

Con una sonrisa de diversión, Minerva dobló de nuevo la carta y se la metió en el bolsillo.

Hizo una pausa en medio del sendero para llenar sus pulmones del fragante aire caliente de finales de primavera y aflojar las cintas del sombrero de paja, que cayó a su espalda. Luego siguió con paso alegre el camino que comunicaba Riverchase con el pueblo más cercano.

Las campanillas se balanceaban sobre sus delgados tallos como si rogaran ser arrancadas. Siendo como era, se detuvo a recogerlas, junto con algunos narcisos y primulas. Cuando llegó a lo alto de la pendiente, había reunido un buen ramillete de flores. Al coronar la cumbre tenía una sonrisa en la cara. La alegría la calentaba por dentro al anticipar la visión de la ya familiar imagen de la fachada de granito.

Pero no fue Riverchase lo primero que vislumbró al bordear la cima de la colina..., sino a Colin, que recorría el mismo camino... en dirección inversa.

—Hola —la saludó él, acercándose—. Me dirigía al pueblo.

—¿Para qué?

—Iba en tu busca, por supuesto.

—Oh, bien. Yo regresaba para verte a ti. —Le sonrió con timidez al tiempo que notaba aquella familiar sensación de vértigo en el estómago.

Él señaló el ramo de flores silvestres.

—¿Hoy has preferido recoger flores en vez de rocas?

—Algunas veces me gustan las flores.

—Me alegra escucharlo. Los floreros son mucho más fáciles de ubicar en una casa. —Le acarició la mejilla con la punta del dedo enguantado—. Señorita Minerva, ¿puedo...?

—¿Besarme?

Él asintió con la cabeza.

Ella le ofreció la mejilla, poniéndose de puntillas para aceptar el sensible y cortés gesto. En el último momento, él le giró la cara y la besó en los labios. ¡Oh, Colin siempre sería un sinvergüenza! Y a ella le encantaba. Fue un beso breve, pero agradable y dulce como el sol de la tarde.

Él levantó la cabeza al cabo de un rato y la recorrió con la mirada.

—Eres... —Meneó la cabeza, sonriendo—. Eres un cataclismo de belleza.

Ella tragó saliva y se tomó un momento para recobrase de tal despliegue de gentileza masculina.

—Tú también estás devastador.

—Me gustaría pensar que mi beso es el causante de todo este precioso sonrojo, pero dudo que sea cierto. ¿Qué es lo que ha provocado que te muestres tan satisfecha?

—El beso tiene mucho que ver. Pero sobre todo el correo que recogí esta mañana. —Sacó dos sobres del bolsillo—. He recibido dos cartas interesantes. La primera es de mi madre; nos felicita por nuestro matrimonio.

Le tendió la misiva de Cala Espinada. Él desdobló la página y estudió el contenido. Según la leía, se le curvaron los labios con diversión.

—Lo siento —se disculpó Minerva—. Sé que mi madre es espantosa.

—No lo es. Solo es una mujer que quiere lo mejor para sus hijas.

—Aun así, no le dije que nos habíamos casado, solamente que hicimos escala en tu propiedad y que no me esperara de regreso hasta dentro de un mes o más. Pero es evidente que lo ha dado por hecho.

—Todos lo han dado por hecho. Recibí una carta de Bram el otro día. Quería saber por qué todavía no había enviado a los abogados la prueba escrita de que me había casado contigo. Me preguntaba si acaso no quiero recuperar el control sobre mi dinero.

Emprendieron camino hacia Riverchase, caminando muy juntos.

—Al final se enterarán de la verdad —comentó ella.

—Sí, claro que lo harán. Has dicho que tenías dos cartas interesantes. ¿Quién te ha enviado la otra?

—Sir Alisdair Kent.

Ella notó que Colin se frenaba ligeramente. Aquel sutil indicio de celos la conmovió más de lo que debería.

—Oh, ¿de veras? —dijo él, fingiendo indiferencia—. ¿Y qué dice el bueno de sir Alisdair?

—Poco. Solo que la gaceta de la Real Sociedad se ha negado a publicar mi estudio sobre *Francine*.

—¿Qué? —Él se detuvo en seco y la miró. El destello cariñoso que mostraban los ojos de Colin desde que la había visto se convirtió en un brillo airado antes de adquirir un cierto aire asesino—. ¡Oh, Min! Vaya memez. No pueden haber hecho eso.

Ella se encogió de hombros.

—Sir Alisdair dice que defendió mis estudios pero no logró convencer a los demás patrocinadores de la publicación. Afirmaron que mis pruebas eran tendenciosas y mis conclusiones demasiado espectaculares para una...

—¡Chorradas! —Colin apretó los dientes—. Cobardes bastardos. Lo único que pasa es que no quieren verse aventajados por una mujer.

—Es posible.

Él meneó la cabeza contrito.

—Lo siento, Min. Deberíamos haber entrado en el simposio aquel día. Entonces podrías haber presentado tus conclusiones en persona. Si te hubieran oído hablar, los habrías convencido.

—No, no lo sientas. —Le tomó la mano y se la apretó—. Nunca te arrepientas de eso, Colin. Yo no lo hago.

Permanecieron allí un buen rato, sonriéndose el uno al otro mientras se miraban a los ojos. Últimamente podían pasarse horas así... El amor y la felicidad fluían entre ellos y lo llenaban todo.

Ella estaba ansiosa por convertirse en su esposa, pero jamás lamentaría haberse negado a casarse con él aquel día en Edimburgo, en el umbral de la Real Sociedad Geológica.

Él había cumplido su palabra de llevarla hasta allí. Se había enfrentado a sus miedos más profundos, protagonizando una comprometida y atrevida proeza. Le había abierto su corazón y también su casa. Le había proporcionado coraje, fuerza y horas de risas. Por no hablar de la pasión y todas esas fervientes palabras de amor. Al declararse a ella, había hecho el más valiente salto de fe que se podía imaginar.

Y ella quería darle a cambio algo: el cortejo correcto que parecía necesitar. Dar al amor la oportunidad para que arraigara y floreciera. Cuando recitara los votos matrimoniales, quería que él supiera que eran promesas pronunciadas libremente, no un acto desesperado en pos de cierta gloria científica.

Colin se lo merecía.

Habían dado la espalda al señor Barrington y a la Real Sociedad Geológica aquel día, pero sir Alisdair Kent los siguió y los invitó a comer en una posada cercana. Pasaron allí varias horas inmersos en un erudito debate al que se unieron más tarde varios colegas de sir Alisdair. Los científicos la escucharon, le preguntaron, discutieron con ella y acabaron otorgándole una merecida mirada de respeto intelectual. Colin, que después confesó haber observado que las copas jamás se quedaban vacías, había mantenido el brazo casual y posesivamente posado sobre el respaldo de su silla.

No, no fue como recibir una medalla, o el premio de quinientas guineas, pero había sido casi como asistir al simposio. Y solo por eso el viaje había merecido la pena.

Después, Colin y ella habían regresado directamente a Northumberland, donde él la instaló en una preciosa casa en el pueblo con su ama de llaves, la señora Hammond, como dama de compañía. A continuación, Colin se concentró en estar a la altura de todas sus promesas con un cortejo tierno y atento. La iba a visitar casi todas las mañanas y daban largos paseos por las tardes. Le regalaba dulces y lazos, y enviaba recaderos con notas que no era necesario que firmaran. Algunas noches, la señora Hammond y ella cenaban en Riverchase, y él tomó la costumbre de cenar el domingo en la casa del pueblo.

También pasaron tiempo separados. Ella, redactando las conclusiones de los hallazgos que había realizado en Cala Espinada o explorando el escarpado paisaje que la rodeaba, y él, recorriendo su propiedad con uno de los administradores para luego realizar una valoración de cara al día de mañana.

En lo referente a los planes para un futuro común... Ella intentaba ser paciente.

Si Colin había dado un brusco salto de fe cuando se declaró, el de ella había sido más un lento deslizarse en patines sobre el hielo. Por mucho que estuviera disfrutando de su cortejo, le resultaba muy difícil no tener pensamientos negativos o angustiarse. Siempre cabía la posibilidad de que él cambiara de idea.

Un mes después de regresar de Edimburgo, habían superado su primera discusión; una tonta

disputa sobre —¡oh, sorpresa!— unos guantes perdidos. También sobrellevaron bien su segundo encontronazo, que comenzó como un tenso desacuerdo sobre si ella podía o no explorar sola las formaciones rocosas cercanas. Ella, por supuesto, sostenía que sí y él difería.

La inflexibilidad de ambos hizo que el asunto explotara en una grandiosa discusión en la que salieron temas como el de las mujeres demasiado independientes, los hombres demasiado arrogantes, la imposibilidad de cambiar las rayas del pelaje de algunos animales, rocas de todo tipo e, inexplicablemente, el color verde. Aunque el acuerdo intermedio al que llegaron —una excursión a los peñascos en la que acabaron retozando frenética y apasionadamente entre el brezo— hizo que olvidaran que mantenían diferentes opiniones.

Desde aquel momento, su cortejo había sido tan dulce y tierno como hasta entonces, pero no demasiado casto.

Minerva enlazó su brazo con el de él mientras recorrían el camino.

—No pienso rendirme. Encontraré la manera de publicar mis conclusiones.

—*Encontraremos* la manera —puntualizó él—. Si puedes esperar cinco semanas más, celebraré mi cumpleaños imprimiendo copias para enviar a cada familia de Inglaterra.

Ella sonrió.

—Serían necesarias miles de copias y no tengo tanta prisa. La huella de *Francine* ha sobrevivido millones de años en esa gruta, así que yo puedo esperar un poco más para dejar la mía.

—¿Ayudaría que te dijera que ya has dejado una huella profunda y permanente en mi corazón?

—Sí. —Ella lo besó en la mejilla, percibiendo aquel leve rastro a especias de su jabón de afeitarse—. ¿Qué tienes previsto hacer esta tarde? Esperaba pasar algunas horas en la biblioteca de Riverchase.

Él no respondió al momento.

—Si lo que deseas es pasar la tarde en la biblioteca, podemos hacerlo, pero te confieso que no es lo que había planeado.

—¿De veras? ¿Y qué habías planeado?

—Celebrar una boda.

A ella casi se le cayó el ramo de flores.

—¿Qué boda?

—La nuestra.

—Pero... no es posible.

—Claro que sí. El vicario ya ha leído tres veces las amonestaciones en la parroquia. Le envié una nota antes de salir de casa esta mañana, y le pedí al mayordomo que se ocupara de la capilla. Cuando regresemos todo estará preparado.

Ella lo miró de soslayo. ¿Cuánto tiempo llevaba Colin planeando eso?

—Pero ¿no habíamos acordado esperar hasta después de tu cumpleaños?

Él la rodeó con sus brazos, enlazándola por la cintura.

—Lo sé, pero no puedo esperar tanto. Sencillamente, no puedo. Anoche dormí bien. Sin embargo, cuando me desperté esta mañana te eché de menos de una manera intolerable. Ni siquiera sé cómo describir la sensación. Miré al otro lado de la cama y no me pareció correcto que tú no estuvieras allí. Como si al despertarme me faltara un brazo o la mitad del corazón. Me sentí incompleto. Así que me levanté, me vestí y me dispuse a ir en tu busca porque mis pies no querían moverse en ninguna otra dirección. Y ahí estabas tú, caminando hacia mí con un ramo de flores en la mano. —Colin tenía los ojos brillantes de emoción cuando le acarició la mejilla—.

No es un arrebato. Sencillamente, no puedo pasar otro día separado de ti. Quiero que compartas mi vida y mi casa... —La estrechó contra su cuerpo con fuerza, abrumándola con aquel exquisito contacto, antes de inclinar la cabeza y besar aquel suave lugar debajo de su oreja—. Y también quiero que compartas mi cama como mi esposa. Esta noche.

Sus besos hicieron que se mareara y se aferrara a él con anhelo.

—Colin...

—Te amo, Min. Te amo tanto que estoy aterrado. Dime que te casarás conmigo hoy.

Ella dio un paso atrás.

—Esto... —Tragó saliva y se pasó una mano temblorosa por la muselina amarilla del vestido—. Creo que por lo menos debería cambiarme de ropa.

—Ni se te ocurra. —Colin meneó la cabeza al tiempo que le rodeaba la cintura con las manos—. Estás perfecta. Completamente perfecta, como siempre.

La emoción le inflamó el corazón y le puso un nudo en la garganta. Tuvo que pellizcarse a sí misma para asegurarse de que no estaba soñando, aunque nunca había soñado nada tan maravilloso. Ella era perfecta, él era perfecto..., ese momento era perfecto. Casi le daba miedo hablar por si lo arruinaba todo.

«No te pares a pensar, solo lánzate cuesta abajo».

—Sí —farfulló finalmente—. Venga, casémonos.

—¿Hoy?

—Ahora mismo. —Una pícaro sonrisa inundó las mejillas de Colin y ella no pudo contener durante más tiempo la alegría. Se lanzó a sus brazos, y le rodeó el cuello con los suyos—. ¡Oh, Colin, te amo tanto...! Es posible que jamás sea capaz de expresar todo lo que siento con palabras, pero intentaré demostrártelo. Creo que necesitaré años y años.

Él se rio entre dientes.

—Disponemos de décadas, cielo. De décadas.

Un apresurado paseo de cinco minutos les llevó hasta la puerta de la capilla. Mientras Colin se alejaba en busca del vicario y para reunir a los sirvientes que actuarían de testigos, ella traspasó la verja que rodeaba el pequeño cementerio familiar y se detuvo delante de una lápida de granito, tan brillante como un espejo.

Permaneció allí un buen rato, sin saber cómo empezar. Luego respiró hondo y se secó la solitaria lágrima que le resbalaba por la mejilla.

—Siento que no nos hayamos conocido —susurró al tiempo que dejaba el ramo de flores sobre la tumba de lord y lady Payne—, pero gracias. Por él. Les prometo que lo amaré con todas mis fuerzas. También les ruego que envíen sus bendiciones, es probable que las necesitemos de vez en cuando.

Cuando salió del camposanto y dobló la esquina de la capilla, vio a Colin acompañado del vicario, el mayordomo y un largo desfile de sirvientes, alegres de asistir a la ceremonia. Él abrió la puerta de la capilla y les invitó a entrar.

—Venga, Minerva, vamos —la apresuró, al tiempo que movía el pie con impaciencia.

Cuando todos hubieron entrado y quedaban solo ellos ante la puerta de acceso, él la miró a los ojos.

—¿Preparada?

La joven asintió con la respiración jadeante.

—Si tú lo estás...

—Jamás he estado más seguro de nada en mi vida. —Le cogió la mano y se la besó—. Tu sitio

está a mi lado, Min. Y el mío, junto a ti. Lo sé de corazón, lo siento en mi alma. Estoy seguro por completo.

Jamás le había parecido más guapo.

—Tal certeza es muy propia de ti —se burló ella.

Sonriendo, él entrelazó los dedos de ambos y la condujo al interior.

Y esta era la grandiosa y épica historia que repetirían en el futuro. El cuento que contarían a sus amigos, a sus invitados y a los nietos que tendrían décadas después, igual que si fuera un cuento de hadas. Con una boda romántica, un beso embriagador... y la promesa de ser felices para siempre jamás.

Nota de la autora

F*rancine* era un iguanodonte.

Se pueden encontrar huellas bien conservadas de esta especie en muchos lugares de la costa sur de Inglaterra, pero Minerva se adelanta algunos años al hallar la impronta que identifica a *Francine* como la prueba fósil de lo que ahora llamamos dinosaurios. El geólogo afincado en Sussex Gideon Mantell publicó sus conclusiones sobre los iguanodontes a principios de la década de 1820. Y el descubrimiento de varios de los fósiles cruciales es atribuido a su esposa, Mary Ann.

Quizá la paleontóloga más joven de todos los tiempos fuera Mary Anning, que descubrió las primeras huellas fósiles de ictiosauro en los acantilados de Lyme Regis a la tierna edad de doce años. Se pasó el resto de su vida buscando valiosos hallazgos que luego vendía y exhibía, y sobre los que después escribían caballeros de esferas sociales más altas que la suya.

La Real Sociedad Geológica de Escocia es un invento mío, pero la Real Sociedad Geológica de Londres ya existía por entonces. Y no admitía a mujeres en su seno ni en sus reuniones.

Yéndonos a otros aspectos, algunos lectores pueden preguntarse por qué en Cala Espinada celebran la victoria sobre Napoleón I en abril de 1814, un año antes de que cayera en Waterloo. Bonaparte se rindió en Francia en 1814 y fue deportado a la isla de Elba. Sin embargo, logró escapar de su prisión a principios de 1815, forzando a Inglaterra y a sus aliados a la campaña de los Cien Días, así que la paz que disfrutaban los personajes en este libro es, por desgracia, temporal... Pero ellos no podían saberlo todavía.

Sobre la autora

Tessa Dare es bibliotecaria a tiempo parcial, madre a tiempo completo y escritora por las tardes. Hace poco la revista *Booklist* la nombró una de las «nuevas estrellas del panorama de las novelas románticas históricas». Vive en el sur de California, donde comparte una enorme y desordenada casa de una sola planta con su marido, sus dos hijos y un enorme perro marrón. Fue galardonada en 2012 con los prestigiosos premios RITA en la categoría de novelas de Regencia.

Manderley

Título original: *A Week to be Wicked*

© 2012, Eve Ortega

© 2013, de la traducción: María José Losada

Edición original publicada en inglés por Avon Books, sello editorial de HarperCollins Publishers.

Todos los derechos reservados

© De esta edición:

2013, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6

28760 Tres Cantos - Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.pasionmanderley.com

ISBN ebook: 978-84-8365-533-7

Diseño de cubierta: Raquel Cané

Fotografía de cubierta: Getty Images

Conversión ebook: Alma María Díez Escribano

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)



Suma de Letras es un sello editorial del Grupo Santillana

www.sumadeletras.com

Argentina

www.sumadeletras.com/ar

Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia

www.sumadeletras.com/bo

Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 277 42 42
Fax (591 2) 277 10 56

Chile

www.sumadeletras.com/cl

Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia

www.sumadeletras.com/co

Carrera 11A, n° 98-50, oficina 501
Bogotá DC
Tel. (571) 705 77 77

Costa Rica

www.sumadeletras.com/cas

La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.sumadeletras.com/ec

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito

Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador

www.sumadeletras.com/can

Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España

www.sumadeletras.com/es

Avenida de los Artesanos, 6
28760 Tres Cantos - Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos

www.sumadeletras.com/us

2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala

www.sumadeletras.com/can

26 avenida 2-20
Zona nº 14
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras

www.sumadeletras.com/can

Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México

www.sumadeletras.com/mx

Avenida Río Mixcoac, 274
Colonia Acacias

03240 Benito Juárez
México D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá

www.sumadeletras.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay

www.sumadeletras.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú

www.sumadeletras.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico

www.sumadeletras.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana

www.sumadeletras.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

www.sumadeletras.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132

11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela

www.sumadeletras.com/ve

Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º

Boleita Norte

Caracas

Tel. (58 212) 235 30 33

Fax (58 212) 239 10 51